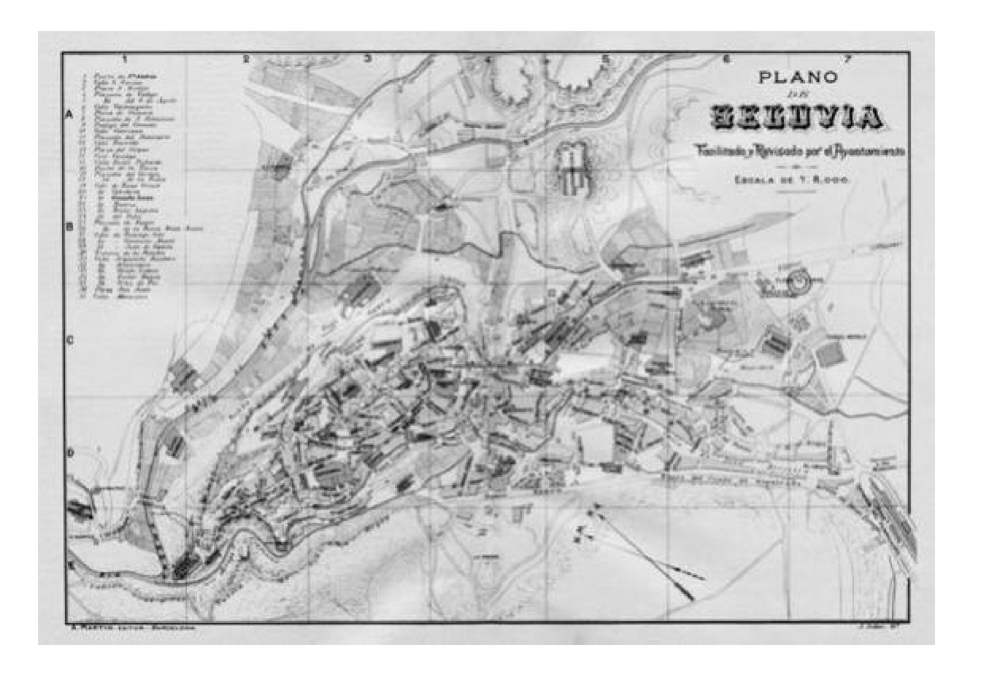

La
LÉCTORA
de
BÉCQUER
Mayte Esteban


La
LECTORA
de
BÉCQUER
Mayte Esteban

La LECTORA de BÉCQUER

Mayte Esteban

Índice


PLANO
SEGOVIA

A Segovia

Yo quisiera escribirlo, del hombre

domando el rebelde, mezquino idioma, con palabras que fuesen a un tiempo

suspiros y risas, colores y notas.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *Rima I*

Prólogo

Invierno de 1886, Segovia

Pedro inspiró una bocanada de aire para insuflarse ánimo. Destensó los hombros, se irguió y echó un vistazo al espejo, que le devolvió la mirada expectante de la niña que estaba sentada delante de él.

—No te muevas —le pidió con suavidad.

Cuando se sintió seguro, pasó el cepillo con delicadeza por el pelo negro de la niña y reunió unos cuantos cabellos sobre la coronilla, como le había visto hacer a su madre. Los sujetó con la mano izquierda, y después dejó el cepillo y tomó del tocador el lazo con el que debía anudarlos. La operación resultó tan infructuosa como las tres veces anteriores que lo había intentado. Los cabellos se le empezaron a escapar y le fue imposible conseguir que la cinta los sujetase con cierta elegancia.

Pedro Crespo era profesor de química, militar de rango, un hombre hecho y derecho que había afrontado grandes retos en la vida y estaba a punto de perder la paciencia por un simple lazo. Ana, la niña, debió de ver algo en su gesto a través del espejo del tocador y se apresuró a ayudarlo.

—¿Me dejas a mí? —le preguntó.

Él, rendido, le tendió el lazo y el cepillo. En unos instantes, ella logró lo que a él le parecía como el más difícil de los ejercicios que proponía a sus alumnos, los cadetes de la Academia de Artillería. Pedro, desde su posición tras la silla en la que Ana estaba sentada, le puso las manos en los hombros y le dio un beso delicado en el pelo.

—Creo que vamos a necesitar ayuda. Esto es demasiado complicado para mí.

—¿Dónde está María? —preguntó la niña, que llevaba dos días

echando de menos a la criada de la familia.

—Se ha despedido. Pero no me refería a una criada, que también debemos buscar una, creo que necesitamos a alguien que me ayude a ocuparme de ti como es debido. Vamos, se nos acaba el tiempo y nos tenemos que marchar ya.

Ana se volvió para mirarle a los ojos. A sus nueve años, entendía que su padre estaba sobrepasado. Asintió con la cabeza. No pensaba ponérselo más difícil que aquel lazo.

Mientras se dirigían a la puerta, su sonrisa iluminó la casa de la calle Real, la de los Crespo, justo en el momento en que otra hacía lo propio en la casa de los Garrido, en la calle de la Plata:

Hilario Garrido no había podido evitar que se le dibujase en la cara mientras apremiaba a su hijo

Mateo a vestirse.

—Padre, ¿qué tiene que tener un buen soldado? —le preguntó el niño.

Hilario no se sorprendió por la curiosidad de su hijo. Le enorgullecía que le admirase. No hacía tantos años él soñaba con ser militar y se había esforzado en conseguirlo. Había puesto todo su empeño en ingresar en la Academia de Artillería. Tras aprobar el examen de cadete en Segovia, completó en la ciudad su formación militar de dos años. Nunca regresó a la capital, de donde era, acabó quedándose destinado en el Regimiento.

—Un buen soldado debe ser honesto, justo, honrado, valiente y también tener un gran sentido del honor. ¿Sabes lo que significan todas esas palabras?

—Claro que lo sé, tengo un diccionario.

Hilario sonrió. Mateo consultaba el diccionario a todas horas. Supuso un tremendo alivio que a Benito, hermano de Hilario, se le ocurriera comprarle aquel regalo hacía un año, pues las constantes preguntas de Mateo se habían relajado un poco desde que había aprendido a encontrar algunas respuestas él solo.

—Vamos, termina de vestirte. No podemos llegar tarde.

En el barrio de San Lorenzo, muy cerca de la fábrica de la loza,

otro niño se vestía en su casa. Era Alvarito, el hijo de Álvaro Martínez. Su madre,

Ramona, le había hecho confeccionar un traje del mejor tejido del mercado. Era algo demasiado caro para que no llamase la atención en el barrio de los arrabales separados, pero a Ramona todo le parecía poco para su hijo, y ellos se podían permitir buenos paños.

—Me pica —dijo el niño, e intentó rascarse por encima de los pantalones.

—Será solo un momento, hijo. Es que es muy nuevo. Aguanta un poco. —Ramona se quedó mirándolo con devoción—. ¡Qué guapo estás! ¡Pareces un príncipe!

—¿Y yo? ¿Y yo? —preguntó Laurita, una niña algo más pequeña, que llevaba un vestido azul oscuro rematado con lazos blancos.

—Sí, sí, claro, tú también estás guapa —dijo la mujer, sin hacerle apenas caso.

Laurita resopló ante la falta de atención de su madre, se dio la vuelta y se marchó de la habitación. Se colocó al lado de su padre, que los esperaba en la puerta de la casa, y le dio la mano.

—¿Vienen ya? —le preguntó este, mirándola desde las alturas.

La niña se encogió de hombros. Álvaro se volvió al escuchar a su mujer acercarse por el pasillo. Venía halagando a Alvarito.

—¡Un príncipe! ¡Si es que este niño parece un príncipe!

—Vamos, que se nos hace tarde —apremió Martínez.

* * *

La celebración de una misa por el alma de los segovianos fallecidos en la epidemia de cólera de 1885 había convocado a una muchedumbre en los alrededores de Santa Eulalia. El recuento de víctimas, una vez libre la pequeña ciudad castellana de la enfermedad, había dado como resultado más de doscientas vidas perdidas de todas las edades. La letalidad y la velocidad del contagio aconsejaron que en su momento no se velase a los muertos, como era costumbre, y los entierros de los mismos se hicieron en la más absoluta intimidad. La epidemia se declaró terminada en septiembre, pero la normalidad no

había empezado a resurgir hasta aquellos primeros días del 86, a pesar de que meses antes, el 4 de octubre, se había cantado un tedeum en la catedral, en acción de gracias por haberse vencido la enfermedad.

Solo en aquel momento, seguros de que lo peor había pasado, las misas de difuntos aplazadas empezaron a extenderse por Segovia.

En el reducido espacio de las inmediaciones de Santa Eulalia, entre las nubecillas de vaho que el frío formaba delante de las bocas de todos, se podía palpar la tristeza, un luto que no solo se llevaba en las ropas de abrigo, sino que traspasaba las miradas. La de don Pedro, como le llamaban sus vecinos, aparecía como la de otros muchos: enmarcada por dos gruesas sombras que denotaban que la mayor parte de sus noches las pasaba insomne. Para la familia del comandante de artillería Pedro Crespo, la epidemia había sido devastadora. En tan solo unos días, Isabel, su esposa, y sus dos hijos menores, Rodrigo y Pablo, murieron. Solo Ana, de nueve años, y él mismo habían escapado de la enfermedad.

Mientras esperaba para entrar al oficio, la gente se daba los pésames atrasados.

Pedro había sentido, en los meses siguientes a la muerte de Isabel y los niños, que perdía la fe; la oración no le proporcionaba ya consuelo alguno. En los momentos duros, rezarle a un dios, de cuya existencia dudaba ahora, le había hecho afrontar algunas de las misiones en las que había participado por su condición de militar con una entereza admirable. En esos momentos, no sabía siquiera cómo enfrentar el día a día sin venirse abajo. Consideraba que era suficiente con que él hubiera extraviado aquella forma de consuelo; no iba a permitir que su niña también sintiera que no quedaba nada a lo que aferrarse y por eso la había llevado a rezar por su madre y sus hermanos. Quería que al menos ella conservara la esperanza de otra vida y la fe en un Dios misericordioso.

Antes de entrar en el templo, Pedro conversó unos instantes con el empresario textil Álvaro Martínez y su esposa Ramona. El matrimonio había acudido con sus hijos: Alvarito, algo mayor que Ana, y la pequeña

Laura. Para ellos, por fortuna, la epidemia no había supuesto pérdidas personales. En cuanto se empezó a oír hablar de los primeros casos de cólera en la ciudad, Álvaro montó a su familia en una diligencia que los llevó a Bernardos, de donde era natural y donde tenía parte de sus negocios, que consistían en la fabricación de mantas

y capotes para el Ejército. Su presencia en Santa Eulalia se justificaba por la necesidad de presentarles sus respetos a los militares con los que tenía tratos y que habían perdido a familiares en aquellos oscuros días.

—Ha sido una verdadera tristeza lo de su esposa y sus hijos. Lo sentimos muchísimo —dijo Ramona.

—Muchas gracias —le contestó Pedro.

—No debería haber permitido a doña Isabel acudir al lazareto para atender a los enfermos —añadió Álvaro—. Todo el mundo sabía lo fácil que era contagiarse.

—Lo intenté —afirmó Pedro—, créame que lo intenté, pero mi esposa era terca. Se ha ido con la pena de saber que nuestros hijos no lograron superar la enfermedad. Ojalá hubiera muerto unas horas antes, se habría ahorrado el dolor de ser consciente de que ellos tampoco sobrevivieron.

—¿Qué tal Ana? —preguntó Ramona, mirando a la niña, que en ese momento correteaba con Alvarito y otro muchacho de su edad.

—Hago lo que puedo. Supongo que está convencida de que su madre y sus hermanos están viviendo en un castillo en lo alto del cielo. Sé que tiene nueve años y no debería consentir que crea todavía en cuentos, pero prefiero que de momento esté tranquila. Habrá tiempo de contarle la verdad cuando crezca un poco más.

Pedro se quedó mirando a su hija. Sus grandes ojos negros sonreían a dos muchachos, a punto de enfrascarse en un juego con ellos, ajena al inmenso dolor que presidía la mañana, tan espeso y tan denso que lograba que el aire aplastase los hombros de la mayoría de los adultos. En aquel momento, otra mujer, la esposa de un militar, llamó la atención de Pedro, y este se despidió de los Martínez para atenderla.

Mientras hablaba con la mujer, Alvarito perseguía a Ana en un juego que consistía en darse caza y que tenía la dificultad de esquivar a la gente que se congregaba para la misa. La llevaba él, tenía que atraparla a ella o a Mateo Garrido, pero el niño no le interesaba; aunque había aceptado que jugase, Alvarito no le estaba prestando atención. Prefería perseguir a la niña, que, tal vez por ser algún año más joven, era mucho más lenta.

Cuando la tuvo a su alcance, la agarró del pelo y le dio un fuerte

tirón.

—¡Eres un bruto! ¡Déjame! —gruñó Ana, intentando desasirse de su agarre.

—¡Suéltala! —le ordenó Mateo al llegar a su altura.

—¡Tú a mí no me dices lo que tengo que hacer! —Alvarito escupió a Mateo esas palabras y este se lanzó contra él.

Ambos se olvidaron de la niña y acabaron rodando por el suelo entre las piernas de la gente que esperaba la misa. Se pusieron perdidos los pantalones largos que habían estrenado ese mismo invierno y la chaquetilla de paño que imitaba la indumentaria de los adultos. Sus padres, al detectar la pelea, acudieron raudos a separarlos. Uno de los ojos de Alvarito acabaría morado en poco tiempo, y a Mateo le sangraba la nariz.

—¿Se puede saber en qué estáis pensando vosotros dos? —gruñó Hilario, el padre de Mateo.

—Ha sido él; ha tirado del pelo a Ana —dijo el niño, a la vez que se apretaba la nariz contra la manga, intentando contener la hemorragia.

La niña asintió con la cabeza, y apoyó al hijo de los Garrido con una sonrisa de agradecimiento, pero no pudieron escuchar su testimonio, porque en ese momento Alvarito perdió los papeles y empezó a gritarle a Mateo todos los insultos que se le ocurrieron, algunos de los cuales eran palabras que jamás se había atrevido a pronunciar en voz alta. No sintió que se pusiera colorado, como cuando pensaba en ellas. Le salieron solas y en tropel, con una rabia feroz contra aquel muchacho. Álvaro Martínez solventó la situación dándole un bofetón a su hijo que lo dejó mudo en un instante.

—Le aconsejo que haga lo mismo con el suyo, si quiere que algún día sea un hombre de bien —se atrevió a decirle el empresario a Hilario Garrido.

Pero este no abofeteó a Mateo. Miró al niño con severidad y, con un gesto, le instó a que se marcharan de allí. Antes de que dieran un paso, Ana se acercó a él y le tendió su pañuelo.

—Se va a estropear —le dijo el niño, pesaroso.

—Los pañuelos están para esto —contestó ella.

Él asintió y se lo llevó a la nariz. A pesar de lo aparatoso de la sangre, se mantenía digno, sin soltar una sola lágrima.

Alvarito, por su parte, lloriqueaba bajo el brazo de Ramona. Esta, sobreprotectora y orgullosa, criticó en voz queda a su marido por lo excesivo de su método para corregir el comportamiento de su hijo. Álvaro, que era un hombre recio y seguro en los negocios, tenía el defecto de achantarse ante ella y no continuó regañando a su primogénito.

El comandante Crespo también acudió para llevarse a Ana a la iglesia.

Los Garrido dejaron Santa Eulalia. Hilario prefirió marcharse con Mateo, que seguía sangrando y se había manchado la ropa.

—Yo solo quería que tratase bien a Ana —susurró el niño, cuando su padre y él estuvieron a salvo de oídos indiscretos.

—Lo sé, pero no hace falta reaccionar como un salvaje, Mateo; no es así como quiero que te comportes.

—Pero le estaba tirando de la coleta, y a Ana le dolía. ¡Ese niño es un imbécil!

—Mateo, controla tus palabras —le señaló Hilario, con severidad, pero con cariño.

—No hay una mejor para describirlo: «imbécil» es un adjetivo, está en el diccionario. Puedo usarlo si es el más adecuado.

Su padre le revolvió el pelo. Mateo era inteligente y un buen niño, noble y generoso, incapaz de

dejar pasar una injusticia. Y listo, de eso no cabía duda, porque pensó que a él, a su edad, no se le habría ocurrido replicar, ni, mucho menos, contestar a su padre. También había que reconocerle en aquello cierta valentía o, quizá, temeridad.

—¿No dices que hay que ser justo? —preguntó Mateo.

—Sí, y noble, pero la conducta de hoy, por muy noble que haya sido tu intención, ha sido desmedida y merece un castigo. Eso también lo sabes, ¿verdad?

—Sí —contestó el niño, bajando la cabeza—. ¿Me vas a pegar?

—Nunca, Mateo. Deja que piense cuál será tu castigo mientras nos damos un paseo hasta la plaza Mayor. Quiero ser justo.

Hilario Garrido posó la mano sobre el hombro de su hijo al pasar por la Casa del Sello de Paños, en la calle de San Francisco, a pocos metros del impresionante acueducto romano. Mateo iba pensando que no le importaba el castigo. Ana le había sonreído y le había dado su pañuelo. Eso anulaba la congoja que pudiera causarle cualquier sanción que le impusiera su progenitor.

—Padre, nos hemos saltado la misa por el alma de madre —dijo, al darse cuenta de que, por su comportamiento, se habían marchado sin entrar en la iglesia.

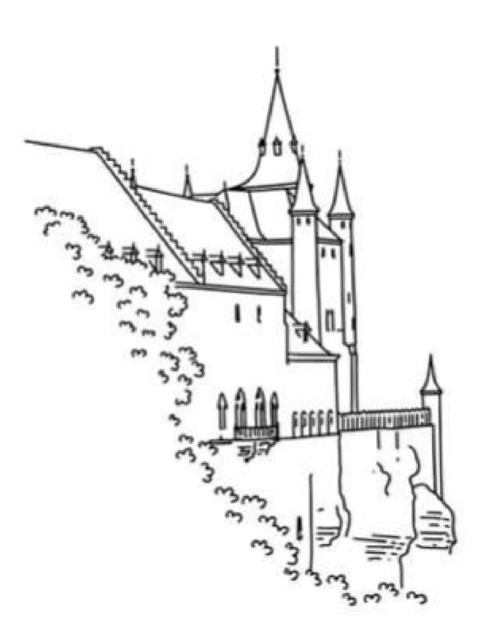
El capitán Garrido detuvo sus pasos, puso ambas manos en los hombros de su hijo de once años y le dijo muy serio:

—Tu madre no necesita misas, Mateo. Era tan buena que estará a la

vera de Dios, no lo dudes. Pero, si te quedas más tranquilo, iremos esta tarde al oficio de San Millán.

Mateo asintió mientras controlaba un suspiro.

Primera parte



Capítulo 1

Abril de 1896

Ana Crespo, que hacía unos días que había cumplido diecinueve años, había heredado la belleza serena de su madre y se lo recordaba cada día el retrato de ella que presidía la escalera. Sus profundos ojos negros y su cabello oscuro contrastaban con la blancura de su piel, de un modo similar al de la mujer que le había dado la vida y que seguía sonriendo desde la pintura. Para quien no las conociera tan bien como la hermana de su padre, podrían pasar por la misma persona. Su carácter era alegre, impaciente y mordaz, sin un atisbo de la tristeza que se le podía presumir a una huérfana de madre.

Ana bajó desde su cuarto a la cocina, donde la tía Candelaria terminaba de dar instrucciones para el desayuno a Josefa, la muchacha de dieciséis años que trabajaba como sirvienta.

—Buenos días, tía —saludó Ana nada más entrar en la cocina.

Después le hizo una carantoña al canario que cantaba en su jaula y le quitó a

Josefa una de las galletas que había dispuesto en un plato.

—Buenos días, mi niña. Ha llegado carta de tu padre.

Candelaria, una matrona de mediana edad, soltera y entrada en carnes, señaló la misiva con la mirada. La había dejado en la bandeja del desayuno que la criada estaba a punto de llevar al comedor. Ana se lanzó a la carta, sin la paciencia necesaria para abrirla con cuidado, y acabó rasgando uno de sus lados. Siempre le causaba inquietud recibir cartas de su padre.

Pedro Crespo estaba destinado en Cuba. En 1893, Antonio Maura presentó al Parlamento de Madrid un amplio programa de reformas destinado a solventar el problema cubano, pero no fue aceptado, y la situación allí se fue complicando para España. Cuando en 1868 estalló

en la isla la guerra entre España y los separatistas que pedían la independencia, se movilizaron efectivos militares, entre los que se encontraba el padre de Ana, que por entonces ya había ascendido a coronel. Por problemas de salud, hacía años que ejercía solo de maestro de la Academia de Artillería de Segovia, pero le habían requerido para instruir a los desplazados con los últimos avances en química aplicados a las armas.

No estar en primera línea nunca eximía por completo del peligro que cualquier conflicto bélico acarreaba, y Ana no se encontraba tranquila.

Desde el inicio de la insurrección en la isla caribeña, la península se encontró con la necesidad de reaccionar, pero el agotado Gobierno de Sagasta, más que eso, facilitó la alternativa a la oposición. Cánovas asumió la presidencia y, con la constitución del nuevo Gobierno, en marzo, se planteó el enorme reto de organizar financiera y militarmente la guerra cubana. Martínez Campos fue enviado con nuevos recursos militares y con la misión de adoptar una política dura e intransigente, pues las medidas pacificadoras de 1878 no daban resultados.

A lo largo de 1895 la insurrección se extendió por toda la isla, y se hizo imprescindible el envío de nuevos refuerzos militares. En mayo de ese año habían salido de España más de dos mil quinientos hombres, a los que se unieron casi diez mil en junio, y cerca de treinta mil en agosto.

El padre de Ana fue de los primeros movilizados y por eso hacía casi un año que estaba fuera de casa.

Con tantos nervios que incluso le temblaban las manos, Ana se sentó en una silla de la cocina y comenzó a leer:

Querida hija:

¿Cómo te encuentras? Lo primero que quiero que sepas es que yo estoy bien. Te extraño mucho, cada día pienso en ti y en la falta que me hace tu cariño. Espero que perdones el haberme alejado de ti, pero el deber me llamaba, y sabes que un militar tiene un compromiso con su patria. Juré defenderla y es lo que estoy haciendo.

Aquí las cosas progresan. Después de unos primeros meses en los que los insurgentes no atendieron a las medidas de Martínez Campos, que

pretendían poner fin a esto cuanto antes, la llegada de Weyler al frente de la capitanía general lo ha cambiado todo. Estamos siendo más contundentes con la guerrilla y vamos recuperando terreno poco a poco. Espero que esto siga así y en poco tiempo me pueda encontrar a tu lado. Te voy a dar el beso más largo que recuerdes.

Saluda a mi hermana y dile que te malcríe todo lo que no puedo yo.

Tu padre, Coronel Pedro Crespo

Terminó de leer la carta con una sonrisa. Su padre estaba bien y parecía que la guerra se iba encauzando; él sugería incluso que la balanza se inclinaba del bando del Gobierno. Tal vez, siendo muy optimista, para el verano pudieran de nuevo abrazarse y recibiera ese beso eterno que ella también anhelaba.

Miró a Candelaria.

No hacía falta que le dijera que su padre le mandaba cariñosos recuerdos, porque había leído la carta en voz alta, pero de todos modos se lo quiso repetir. Al ir a hacerlo, la encontró con la mirada empañada, limpiándose unas lágrimas de los ojos.

—¿Qué pasa? —le preguntó, y se levantó de la silla y la abrazó.

—Ay, perdona, pero es que no me gusta nada que tu padre esté tan lejos y en medio de una guerra.

—Pero, tía, él asegura que se encuentra bien y que las cosas progresan. —Después de decirle esto le dio un cariñoso beso.

—¿Y tú lo crees? ¿Tú crees que le dejarían enviar una carta donde contara otra cosa?, ¿Qué la guerra causa bajas o que no se cumplen objetivos? ¿Tú no le conoces lo suficiente como para saber que jamás te dirá que no está bien y que no daría ninguna información que lo comprometa a él o al Ejército?

Ana se empezó a preocupar. Candelaria llevaba razón, su padre era, ante todo, un hombre de honor y, además, jamás había permitido que una sola de sus inquietudes saliera al exterior y perturbase su vida. Sabía que había sufrido por la muerte de su madre y sus hermanos, pero no porque él se lo hubiera dicho o lo hubiera demostrado. No había habido lágrimas

; todo lo más, le había oído levantarse de madrugada en las eternas noches de insomnio del primer año sin su esposa y sus hijos. Después, cuando el dolor remitió, Pedro volvió a ser él y se concentró en Ana. Siguió con su trabajo, ascendió y desde hacía unos años se ocupaba de formar a los doscientos setenta cadetes que llegaban cada año de todas partes de España a la Academia de Artillería de Segovia. Eso solo cambió cuando requirieron sus conocimientos de química en Cuba y no dudaron en movilizarlo.

—Mira su letra: no tiembla. —Ana le tendió la carta a Candelaria para que se convenciera de lo que le decía y para convencerse a sí misma de que era así.

Esta la tomó en sus manos y estudió los trazos y los vio firmes y seguros.

—Creeremos en eso entonces —dijo, y se secó las últimas lágrimas—. Y ahora vamos a desayunar. Se te está enfriando la leche.

Ana se movió y uno de los lazos de su vestido se enganchó en la madera de la mesa y se desgarró.

—¡Vaya! ¡Qué fastidio! ¡Ahora tendré que cambiarme!

—Puedo coserlo en un momento —dijo Candelaria.

—No creo que se pueda —añadió la muchacha, mirándolo con atención—. Se ha desgarrado. ¿Tienes más lazo en tu cesto de costura?

Candelaria se quedó pensando, pero enseguida negó. Había usado los últimos retazos para ponerlos en un bonito jersey que había tejido para el nieto de una vecina.

—No importa. Iré a comprar más. ¿Vendrías conmigo? ¿Y podemos ir a la tienda de brocados y blondas de la calle Real, o a la sombrerería que está en la esquina de la calle de la Luna? He visto un sombrero nuevo precioso que me gustaría enseñarte.

Candelaria suspiró.

—Iré, pero solo veremos ese sombrero. Tienes más de los que te puedes poner. Una cosa es que tu padre me pida que te malcríe, y otra muy diferente, que yo vaya a hacerlo.

—¡Gracias! Solo a mirar los sombreros; te prometo que solo compraremos lazo.

Le dio un beso a su tía. Enseguida Josefa la siguió, con la bandeja en la mano para llevarla hasta la sala donde desayunaban. La casa, grande y de varios pisos, abría su portal a la calle Real, y las ventanas traseras daban a Santa Engracia, dejando ver las estribaciones de la sierra de Guadarrama. Segovia les regaló aquella mañana la deliciosa estampa de las últimas nieves del invierno en las cumbres.

Capítulo 2

Poco después de las diez de la mañana, Ana y

Candelaria salieron de la casa y enfilaron por la calle Real hacia la sombrerería. Esta quedaba un poco más arriba, en la esquina del callejón de la Puerta de la Luna. A esa hora esquivaron a carromatos y peatones y, además, caminaron poniendo cuidado, porque había llovido por la noche. El suelo empedrado no era firme; más bien se veía maltrecho y descuidado, casi tanto como la ciudad entera. Se habían formado charcos en las oquedades de los adoquines hundidos, que amenazaban con ensuciarles los bajos de los vestidos. Ambas caminaban pendientes del suelo, a la vez que alzaban sus faldas el palmo necesario para mantenerlas limpias.

Aquella precaución provocó que Ana no se percatase de que un joven bajaba por la calle y se dirigía hacia ella. Frente a la Casa de los Picos, su voz la sobresaltó.

—Buenos días, señorita Crespo.

Ana levantó los ojos, y su mirada tropezó con un militar uniformado: Mateo Garrido. El joven, moreno y de ojos verdes, la rebasaba en más de una cabeza.

—¿Desde cuándo he dejado de ser solo Ana?

Mateo había decidido abandonar la familiaridad en el momento en que le llegaron los rumores que, revoloteando de puerta en puerta, como un secreto mal guardado, recorrían con insistencia Segovia, rumores que voceaban la futura unión de

Ana con

Alvarito Martínez.

Ramona se había encargado de sembrarlos. La posición social de los

Crespo era idónea para sus planes, y Ana suponía un negocio más,

una pieza única, el diamante de esa caza de prestigio que se había convertido en una obsesión para ella. Por mucho que a los Martínez el dinero les desbordase los bolsillos, seguían siendo antiguos comerciantes que provenían de los arrabales, gente sin lustre. Los Crespo representaban un escalón en el que apoyar su ascenso. Como su casa, que se alzaba en el quiebro de la calle Real, a dos pasos de la desaparecida puerta de San Martín, Ana y Pedro se movían en el límite de las dos realidades que conformaban Segovia: tenían el respeto de unos y de otros, ese que ni el brillo de sus caudales proporcionaba a los Martínez.

Don Pedro, aunque no estuvo de acuerdo con el compromiso, no había sido claro con la matrona; le había dado una respuesta tan ambigua que la mujer, por su cuenta, interpretó que sería un sí en cuanto él regresara de Cuba.

Mateo se odiaba por no haber hablado con Hilario, su padre, de los sentimientos que albergaba hacia Ana, y por no haberse postulado como su futuro esposo. Si era sincero, había pensado esperar hasta ascender más en el Ejército para así tener algo que ofrecerle. No se le había ocurrido que Alvarito pusiera sus ojos en ella. Cuando Mateo escuchó la noticia de la futura boda, asumió que sus posibilidades con Ana se habían desvanecido.

Hilario Garrido viajó a Segovia desde Madrid a los veinte años para estudiar en la Academia de Artillería. A finales de verano, recién llegado, conoció a Pedro, que procedía de Santander. Después de presentar los documentos necesarios —

fe de bautismo, ciudadanía española y documento de buena conducta—, se examinaron en el Alcázar y ambos aprobaron. Tras depositar la fianza en el colegio, iniciaron sus estudios como cadetes, durante los que compartieron un piso en la calle de San Antón, cerca de la parroquia de Santa Eulalia.

Tras graduarse, los dos decidieron permanecer en la ciudad; Hilario, porque se enamoró de una segoviana, y Pedro, de la posibilidad de convertirse en maestro en la Academia. Este había dejado una novia en Santander, volvió a buscarla y, ya casados, se asentaron en la ciudad castellana.

Su amistad de estudiantes se prolongó el resto de sus vidas, unidos por su profesión, fortalecidos los lazos cuando enviudaron por la epidemia de peste.

Ana y Mateo habían crecido con la misma cercanía que si fueran familia.

—Ya somos mayores, Ana —dijo Mateo.

—Y también he crecido contigo; nuestros padres son como hermanos. ¿A qué se debe tu insistencia en llamarme «señorita»?

—Como militar, solo está siendo educado, ¿no es cierto, señor Garrido? —preguntó Candelaria.

—¿Tú también? —protestó Ana cuando su tía se excedió en las formalidades con Mateo.

Este se echó a reír. Le gustaba el carácter de la hija del comandante. Desde que tenía recuerdos le gustaba todo de ella, pero no había mostrado demasiada habilidad a la hora de señalárselo, y el imbécil de Alvarito —en su mente, desde pequeño, siempre era «el imbécil de Alvarito»— le había ganado la partida.

—¿Dónde vais? Parecía que llevabais prisa —preguntó Mateo, cambiando de tema.

—A la tienda de brocados y blondas y a la sombrerería, necesito lazo para arreglar uno de mis vestidos y creo que en alguna de las dos habrá.

—Habrá lazo y sombreros. ¡Por Dios, lo que le gusta a esta muchacha un adorno! —añadió Candelaria.

Mateo volvió a reír después del comentario de la mujer y de la cara de enfado que compuso Ana. Esta, enseguida, se centró en el muchacho.

—Y tú, ¿dónde vas tan guapo?

Sin poder evitarlo, Mateo se sonrojó un poco. Ana ejercía en él tanta fascinación que a veces se comportaba como si fuera un chiquillo.

—Muchas gracias por el cumplido —dijo—. Iba a tu casa, hay algo que quiero contarte.

Adoptó un gesto serio que puso en alerta no solo a Ana, sino también a su tía.

—¿Le ha ocurrido algo a tu padre? —preguntó la muchacha,

preocupada.

—No, no, de hecho, he recibido carta de él, y dice que las cosas van bien en Cuba.

Ana dejó escapar el aire que había retenido en los pulmones.

—¿Lo ves, tía? ¡Todo está bien! Nosotras también hemos recibido una carta de mi padre. Deben de haber venido en el mismo correo. Ella tenía miedo de que no nos estuviera contando la verdad.

—Mi padre dice que todo se va tranquilizando desde que ha llegado Weyler con órdenes más tajantes. Puede que esto no dure demasiado.

—Dios te oiga y ambos regresen muy pronto. Y si no es sobre tu padre —preguntó Ana—, ¿qué es lo que me querías contar? ¡No me digas que has encontrado novia!

Mateo suspiró. Si fuera así, las noticias que debía darle serían mucho más llevaderas.

—Me voy a Cuba —le dijo, sin demorarlo más.

A Ana, la sonrisa, que de normal era pura miel, se le borró del rostro. No podía ser. Mateo no se podía marchar también a la isla. ¿Es que todo el mundo iba a dejarla sola?

—Pero… ¿por qué? ¿Cómo vas a irte? ¿Hacen falta más soldados? ¿No se supone que la insurrección terminará pronto?

Las preguntas le salieron a Ana de los labios como si fueran disparos, una detrás de otra, con la ansiedad de quien siente tambalearse el mundo a sus pies.

—Todo va bien, pero necesitan más efectivos para que no se alargue. Es mi deber. Regresaré enseguida.

—¿Te han movilizado? —preguntó.

Ana sabía que estaban convocando a muchachos de Segovia. Le habían llegado además noticias de unos cuantos de La Granja y hasta alguno de El Espinar, gente humilde que debía incorporarse al Ejército de inmediato para defender la isla. Se rumoreaba que uno de ellos era Alvarito Martínez, que había recibido la carta para alistarse, pero dos mil pesetas, entregadas oportunamente por sus padres para financiar

al Ejército, le habían sacado de las listas. Los Martínez eran de esas familias que podían permitirse el evitar ir a la guerra.

—Algunos artilleros iremos voluntarios, Ana.

Al escucharlo, la muchacha se quedó muda. Las emociones se le anudaron en la garganta y tuvo que obligarse a inspirar una bocanada extra de aire para no ahogarse y pronunciar muy bajito la siguiente pregunta:

—¿Cuándo te vas?

—Mañana partimos en la diligencia hacia Madrid.

El gesto de la muchacha fue espontáneo. Soltó las faldas de su vestido color crema, que aún llevaba sujetas para no mancharse los bajos, y se lanzó a los brazos de un asombrado Mateo, que se quedó rígido ante la repentina e inesperada muestra de cariño. Cuando reaccionó, rodeó con sus brazos a Ana. Se hubiera quedado así para siempre, en medio de la calle Real, con todo el mundo observándolos, pero un carraspeo nervioso de Candelaria le devolvió a la realidad.

Con delicadeza, la apartó de su cuerpo y la miró a los ojos.

—Prométeme que te cuidarás —dijo ella, y las palabras le salieron estranguladas y con una entonación tristísima.

—Prométeme tú que harás lo mismo.

—Y que volverás.

—Créeme, no está en mis planes quedarme allí para siempre —dijo Mateo.

Ana tragó saliva y le pidió a Candelaria que se marcharan, antes de que el joven se percatase de lo mucho que la noticia la había perturbado.

Mateo se quedó mirando cómo se alejaba.

Capítulo 3

A media tarde, Candelaria se sentó a coser los lazos del vestido de Ana aprovechando la luz primaveral que entraba por la ventana, mientras esta sostenía en las manos *Rimas*, de Gustavo Adolfo Bécquer.

—Esto ya está —dijo la mujer al cabo de un rato, y puso el vestido encima de la mesa para comprobar que no se había dejado nada.

—Gracias —contestó Ana, y sonó tan apagada como el cabo de una vela a punto de terminarse.

Ana apenas había picoteado la comida de Josefa y llevaba toda la tarde taciturna. Candelaria la conocía demasiado bien como para ignorar que se debía a la marcha de Mateo. Esos dos muchachos parecían el uno para el otro. Desde niños, su complicidad, su confianza, el apoyo que se demostraban, llenaba de luz sus encuentros. Quizá fuera normal que Ana aún no hubiera descubierto que el amor se trataba de eso, pero ¿Pedro? ¿No había sido capaz de aventurarlo? Se preguntaba por qué no había cortado de raíz las pretensiones de Ramona, cuando se presentó con su hijo una tarde y sugirió que los chicos iniciaran un cortejo. Ana y Alvarito eran como el agua y el aceite. Podrían estar juntos, pero eran tan distintos que nunca llegarían a formar parte el uno del otro.

En cambio, Mateo…

El chico era guapo, listo y siempre se rendía a ella. La sonrisa bobalicona de su rostro cuando la miraba bastaba como prueba. Y a Ana le pasaba lo mismo, solo hacía falta recordar que ese mismo día se había echado en sus brazos sin valorar que estaban en medio de la calle.

La mujer sabía que no debía permitir que Ana se expusiera a chismorreos; la ciudad era pequeña, y las malas lenguas estaban siempre dispuestas a moverse entre susurros, horadando reputaciones como los ríos erosionan las piedras a su paso. Su hermano la había dejado al cargo de cuidarla, desde que murió su madre hacía una

década, y no podía defraudarlo; mucho menos ahora, que él tampoco estaba en Segovia.

—¿Te resulta interesante el libro? —le preguntó Candelaria a la muchacha para espantar los derroteros de sus pensamientos.

Ana lo volteó, observó la portada y suspiró.

—No me he enterado de nada.

—Llevo un rato mirándote y no has pasado ni una página, chiquilla.

—Lo sé.

—¿Qué te sucede? —preguntó la mujer, a la vez que acercaba una silla y se sentaba a su lado.

Ana puso el libro en su regazo sin molestarse en marcar la página por la que iba su lectura.

—¿Por qué también tiene que marcharse Mateo?

—Es su deber como militar, supongo.

—¿Por qué se van todas las personas que quiero?

Los ojos le brillaban por efecto de las lágrimas, que se empeñaba en no dejar que rodasen por el rostro. Apenas hablaba de su madre y hermanos. El tiempo los había ido diluyendo en sus recuerdos, y solo alguna vez le preguntaba a Candelaria alguna curiosidad que tenía sobre Isabel o sobre Rodrigo y Pablo.

—Tu padre y Mateo volverán muy pronto; tú misma lo has dicho esta mañana. No pienses en nada malo.

Ana miró a su tía y quiso creer en sus palabras. El año sin su padre se le había hecho largo y sumarle que tampoco Mateo estaría en los siguientes meses complicaría la espera.

—Voy a pedirle a Josefa una manzanilla —le dijo Candelaria—. ¿Quieres una?

—Sí, te acompaño a la cocina.

Dejó el libro sobre la mesita, en la que todavía estaba el vestido, y se dispuso a bajar con su tía, pero no le dio tiempo apenas a moverse.

Un griterío en la calle hizo que las dos mujeres se mirasen preocupadas.

—¿Qué estará pasando?

Se asomaron a la ventana que daba a Santa Engracia. Enseguida llegó un potente olor a quemado y, cuando miraron hacia el acueducto, vieron una columna de humo que perturbaba el limpio azul del cielo de aquella mañana.

—¿Sabéis qué ha pasado? —gritó Ana a unas personas que hablaban en un corrillo en la calle.

Se encogieron de hombros. Veían el humo, como ellas, y lo olían, pero sin ubicar su procedencia. Un chiquillo llegó corriendo en esos momentos, y un hombre le preguntó si sabía algo.

—Hay un incendio en una de las casas de los arrabales, de las que están al otro lado del acueducto. Piden que vaya la gente para ayudar a sacar a las personas que se han quedado dentro. Yo voy a buscar a mi padre a San Millán.

Salió corriendo sin dar más explicaciones.

—Ana, cierra la ventana —le pidió Candelaria—, que no se meta el olor en la casa.

—¿Puedo ir a ayudar? —preguntó la chica.

—¿Qué ayuda vas a poder darles tú? ¿Pretendes sacar a la gente con tus propias manos?

Sabía que no era buena idea: ¿cómo podía ella entrar en una casa en llamas y cargar con una persona herida? A la vez, pensar en quedarse cruzada de brazos le provocaba una inquietud difícil de controlar.

—Es verdad, no voy a poder ayudar, pero me preocupa lo que está sucediendo, pobre gente.

—A mí también. No es que esté muy cerca, pero todas estas casas están hechas de madera seca como la piel de una vieja y, como el incendio se extienda, puede que ardan algunas más. Dios no quiera que llegue hasta aquí y urja que corramos.

Las dos mujeres se encaminaron a la cocina, con la preocupación

danzando en sus mentes.

Ana recordó algo de repente y volvió a la sala corriendo.

—¿Adónde vas?

—¡Nos hemos dejado al canario en la ventana! —gritó.

Candelaria pensó que la había educado bien, a pesar de todo, a pesar de ser una vieja solterona de Santander que jamás pensó encontrarse viviendo en Segovia con la responsabilidad de encargarse de una niña. Ana era compasiva hasta con un pajarillo. ¿Cómo no iba a preocuparse por Mateo o por su padre?

Capítulo 4

Mateo terminó de hacer su exiguo equipaje después de comer y aún le quedaba la tarde libre. Germán Rubio, el compañero con el que se marchaba, le había dicho que quería despedirse de una muchacha de la que andaba enamorado, así que él tenía dos opciones: quedarse en casa, o decirle adiós a la ciudad antes de tomar la diligencia de Madrid al día siguiente en la plaza Mayor. Un pausado y solitario paseo por sus calles le permitiría atrapar en la memoria rincones y edificios, los que permanecían en pie y hasta los que se habían rendido al tiempo y dejaban ver sus cimientos, y llevarlos vívidos en su mente hasta la lejana Cuba.

Para ese último recorrido, decidió no vestir el uniforme; debía presentarse con él impoluto en Madrid y no quiso arriesgarse a ensuciarlo. Vestido de civil, dejó la casa de su padre en la calle de la Plata y se encaminó hacia el acueducto.

Cuando quedaban unos metros para arribar en el Azoguejo, le alcanzó el alboroto a la vez que un denso humo que inundaba la plaza y se desplegaba por las calles adyacentes. La gente gritaba que ardía una casa, y solo tuvo que echar un rápido vistazo para dar con la ubicación de la vivienda. La destartalada casucha era una de las chabolas que se alineaban al otro lado del vetusto acueducto, entre el límite de los arrabales y la carretera de Boceguillas. Corrió hacia ella y lo que vio al llegar le sobrecogió. Un vecino salía medio asfixiado con una pequeña desmayada en los brazos y cubierto de negro.

—¡Vamos, chaval, haz algo! —le gritó—. ¡Hay más niños dentro!

Mateo escuchó los gritos de los pequeños y no se lo pensó. Tiró su chaqueta al suelo y corrió hacia la puerta de la casa. Una mujer lo detuvo antes de que entrase; traía un pañuelo empapado con agua y le pidió que se lo pusiera delante de la boca. El muchacho lo hizo y, sin entretenerse más, se introdujo en la chabola. Aunque a esa parte de la casa no había llegado el fuego, el humo actuaba como una tóxica neblina que le provocaba escozor en los ojos y le obligaba a toser, impidiendo que pensara con claridad y se orientase. Fueron los gritos de los niños los que le ayudaron a avanzar por lo que parecía la

antesala del infierno. El calor era insoportable, pero nada comparado con la sensación de ahogo que provocaba el humo cuando se colaba en sus pulmones. No veía y valoró rendirse, salir y tomar aliento para volver a intentarlo con algo más de energía. Estaba a punto, cuando tropezó con un pequeño cuerpecito aovillado en el suelo. Lo recogió y salió con él en los brazos.

Una mujer, que lloraba desconsolada en las inmediaciones del incendio, se soltó del agarre de otra que la sostenía y se lanzó hacia él.

—¡Gracias, muchacho! ¡Gracias! ¡Gracias!

El pequeño empezó a toser y se lo llevaron con su madre lejos de la chabola, que parecía que aguantaría poco en pie por cómo se elevaban las llamas en su parte trasera.

Mateo se agachó, mientras se quitaba el pañuelo de la boca. Necesitaba respirar aire limpio y recuperar el aliento que había perdido, pero tampoco allí parecía encontrarlo. Su incursión en la casucha apenas duró tres minutos interminables por lo enrarecido del aire.

—¿Estás bien? —le preguntó un hombre mayor, a la vez que le ofrecía un poco de agua, para que se aclarase la garganta, de uno de los cubos con los que trataban de apagar las llamas.

—Creo que sí —contestó, tras beber la mitad de la taza desportillada que le dio.

—¡Hay más niños dentro! —se oyó gritar una voz.

Mateo vertió el resto de agua en el pañuelo y se volvió a cubrir nariz y boca para entrar a la casucha.

—¡No lo hagas! —le gritó el anciano, que veía que se habían empezado a producir algunos derrumbes y que la chabola no aguantaría mucho más en pie.

—¿No los oye? ¡Hay niños, hay que sacarlos! —vociferó Mateo.

—Pero no entres tú; ¡ya has sacado a uno!

—Y ¿quién lo hará? ¡¿No ve que hay mucha gente mirando, pero nadie actúa?! —gritó, más furioso de lo que se había sentido nunca.

No creía que las oraciones que murmuraba la gente con fervor

fueran a servir de nada si alguien no tomaba la determinación de arriesgarse a entrar a buscarlos.

Y si no lo hacía nadie, bien sabía ese Dios al que rezaban que lo haría él.

El hombre que había acarreado a la primera niña también había vuelto a entrar y salía con otra criatura en los brazos. Mateo fue consciente de que esta no respiraba en cuanto la depositó en el suelo, donde cayó como un fardo desmadejado. El tiempo se estaba agotando para los pequeños y, si se entretenían en discusiones, en muy pocos minutos no habría nada que hacer.

Corrió de nuevo hacia la puerta y entró.

Si la primera vez aquello le pareció el infierno, esa segunda impresión fue aún peor. Mucho más humo provocaba que respirar fuera una proeza, y enseguida se percató de que ya no se oían gritos que pudieran orientar sus pasos. Intentó vislumbrar algo, pero los ojos le lloraban, el humo lo emborronaba todo y la vista no le devolvía ninguna sensación de la que pudiera fiarse. Cuando creía que no aguantaría ni un segundo más, en un rincón, tropezó con otro pequeño doblado sobre sí mismo; era apenas un bebé, un niño diminuto que no le costó cargar en los brazos hasta el exterior.

Cuando salía por la puerta, Mateo oyó el crujido de la viga del dintel, que se rendía al poder del fuego.

Solo le dio tiempo a lanzar al niño afuera, justo antes de recibir un impacto brutal y perderse en la oscuridad.

Capítulo 5

Costó más de tres horas, pero entre los vecinos y las autoridades sofocaron el incendio. Segovia entera murmuraba que la chabola la ocupaba una viuda, una de las lavanderas del Clamores, con sus hijos, a los que había dejado solos mientras echaba unas horas limpiando en una casa. Era una pobre mujer que se dejaba las manos para ganar unas perras con las que alimentar a aquellas cuatro bocas y pagar el alquiler de ocho pesetas de aquel mísero lugar.

En las siguientes horas, la historia voló por las calles de la ciudad y se le fueron añadiendo detalles: que si eran cuatro hermanos, que si habían provocado el incendio jugando, que si tres de ellos habían sobrevivido, que si una de las niñas ya salió muerta en brazos del hombre que la rescató. Los que estaban vivos habían inhalado mucho humo y sus vidas seguían corriendo peligro, por lo que los habían subido en un carro a toda prisa y los habían trasladado al Hospital de la Misericordia.

Todo esto se lo contaba a Ana, en el zaguán de su casa, una vecina, una de las muchas que se habían acercado hasta las inmediaciones del siniestro.

—¡Qué horror! Ha tenido que ser terrible —decía la muchacha.

—La pobre madre no puede parar de llorar, se siente muy culpable. Lleva dejándolos solos mucho tiempo, porque no tenía otra opción; el padre murió y se tiene que ganar el jornal con lo que sea. Nunca había pasado nada, pero mira ahora —dijo la mujer—, se ha quedado sin casa y, lo que es peor, ha perdido a una hija.

—Benditos sean esos dos hombres que han entrado a buscar a los niños —añadió Candelaria, que se acababa de unir a ellas.

—Me da pena el joven, también se lo han llevado al hospital y no se movía cuando lo recogieron. No estoy segura de que no estuviera muerto ya.

Ana se sintió sobrecogida. El valiente gesto del muchacho no había sido recompensado con vítores, aplausos o una medalla, sino

que, si era cierta la apreciación de su vecina, le había costado su vida.

—Esperemos que no sea así y que se recupere cuanto antes.

—Dios la oiga.

La vecina se santiguó mientras decía esas palabras; parecía no tener prisa, y se entretuvo en volver a narrarle los hechos a la tía de Ana. Ambas siguieron un rato más de cháchara en el zaguán de la casa, que permanecía con las portadas abiertas de par en par. De no haber sido así, no habrían visto subir por la calle Real al capellán de

la Academia, al que conocían bien. El hombre, que estaba algo grueso, jadeaba por el esfuerzo de caminar mucho más rápido de lo que le permitía su físico.

—¿Dónde va tan rápido, don Rafael? —preguntó Candelaria.

El capellán, casi agradecido por la interrupción de su carrera, se paró un momento para recuperar el resuello. La cuesta arriba por la calle Real le estaba pasando factura a sus piernas y a sus pulmones.

—Llevo mucha prisa; me han avisado de la gravedad del muchacho herido en el incendio, y voy a darle la extremaunción. No dudo de que Dios lo acogerá en su seno después de una acción tan noble, pero espero llegar a tiempo para poder ampararle en estos momentos tan delicados.

—¿Y por qué va usted? —preguntó Ana.

La ciudad estaba sembrada de parroquias, algunas cercanas al hospital. No entendía por qué el capellán de la Academia tenía que ir hasta allí, y más viendo la lentitud del hombre. Si el muchacho había quedado tan grave, era hasta posible que no llegase a prestarle auxilio espiritual.

—¿No lo saben? Es Mateo, el hijo del capitán Garrido, uno de los mejores alumnos de nuestra Academia; acabó sus estudios con unas notas excelentes en todas las materias. Una lástima; es un gran muchacho. No sé si estaban informadas de que mañana mismo partía para Madrid para unirse al batallón que viajará a Cuba a defender los intereses de la Corona.

—¿Mateo?

A Ana le salió un grito estrangulado cuando pronunció su

nombre. Ni lo pensó, entró corriendo a la casa y al instante salió con una chaqueta y el sombrero.

—Voy con usted —dijo, dirigiéndose al capellán.

—Pero, ¡Ana! —Candelaria sabía que no era conveniente que se marchase con el capellán. Si aquella reacción llegaba a oídos de la ciudad, quizá le trajera problemas.

—¡Tía, tengo que ir! ¡Es Mateo! Vamos, don Rafael.

Candelaria no pudo retenerla, ni una fuerza de la naturaleza habría podido parar a Ana, que se unió al trote del hombre de iglesia de camino al hospital. A buen paso, llegaron hasta el templo de San Martín. Desde allí subieron las escaleras y, por calles estrechas, ruidosas y zigzagueantes, se internaron en la Cabritería. Dejaron atrás carnicerías, pescaderías, tabernas y figones y, en unos quince minutos, se plantaron en las puertas del hospital. Ana, sin notar el cansancio; el susto que llevaba en el cuerpo había anulado esa sensación. El hombre, asfixiado, incapaz de seguir el ritmo de la muchacha.

En cuanto entraron en el recinto del hospital, una monja, tras las atropelladas preguntas del capellán, les indicó dónde se encontraba la habitación en la que tenían al militar de la Academia.

—Creo que deberías esperar fuera, Ana —le dijo.

—¿Por qué? Padre, prometo no hablar, pero no me deje al margen. Mateo es mi amigo desde que nacimos. Quiero estar cerca de él.

Ana se resistía a llorar, pero la humedad de sus ojos y el temblor de su voz delataban su ánimo. Esa misma mañana le había preocupado mucho la marcha de su amigo a la guerra, la posibilidad de su muerte y, como una macabra paradoja, donde parecía haberle esperado era en su propia ciudad, a los pies del acueducto.

¡Qué ironía!

—Acompáñenme —dijo la hermana.

Siguieron a la monja por un pasillo hasta una habitación que solo ocupaba Mateo. Lo aislaron por lo delicado de su estado y porque se había corrido la voz de que era él quien había salvado a los niños y querían mantenerlo tranquilo. A esa zona del hospital no podían acceder las visitas ni cualquier curioso que quisiera enterarse de cómo

evolucionaba. Permanecía tumbado en la cama, con los ojos cerrados y muy quieto. Aún tenía restos de hollín por la cara y los brazos y, si no fuera por el leve movimiento de su pecho, podrían pensar que había muerto. Sin embargo, no era así; con trabajo, pero respiraba, luchando por conservar la vida.

—No debemos molestarlo demasiado. Todavía hay esperanza —les dijo la monja.

—No lo haremos, hermana.

El capellán se acercó a él y enseguida se dispuso a prepararse para el ritual. Le pidió a la religiosa que se quedara para asistirle, dudaba mucho de que Ana supiera conducirse en esa situación que a buen seguro era nueva para ella.

—La paz sea a esta casa —dijo.

—Y a todos los que habitan en ella —respondió la monja.

El hombre colocó los santos óleos sobre una mesa y, revestido con la sobrepelliz y la estola morada, presentó la cruz a Mateo para que la besase. Su inconsciencia solo le permitió al capellán acercársela a los labios; luego, con enérgicos movimientos, roció con agua bendita la habitación.

—*Asperges me*… *Exaudi nos*… —murmuraba—. *Oremus*…

Ana apenas ponía atención a las palabras de don Rafael. El cura empleaba el latín y seguía un ritual aprendido, repetido en innumerables ocasiones, mientras ella, callada en un rincón de la habitación, no despegaba los ojos de Mateo. La postura desmadejada del joven, su cabeza y su mano izquierda cubiertas de vendajes ensangrentados le estaban partiendo el corazón.

—*Oremus*… —dijo el capellán, siguiendo con sus rezos—. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*…

—Amén.

El hombre introdujo el pulgar de la mano derecha en el óleo de enfermos y trazó una cruz en los ojos, en las orejas, en la nariz, en la boca, en las manos y en los pies de Mateo, mientras pronunciaba en latín las palabras que buscaban el perdón del Señor. Rezó un padrenuestro y siguió pidiendo el auxilio del Padre, asegurando que la oración y la fe salvarían al enfermo de la tortura del infierno, y el

Señor aliviaría su dolor y le perdonaría todos sus pecados. Siguió después con unas sentidas palabras de ruego al Altísimo. Acercó la estola a los labios de Mateo para que la besase.

Este, por descontado, no se movió.

Ana, con las manos entrelazadas, rezaba todo lo que sabía en una secuencia caótica, pidiéndole a la Virgen, a Cristo y al Señor que intercedieran por su amigo y no permitieran que se marchase tan pronto del mundo de los vivos. Con sus oraciones, gruesas lágrimas bañaban su pálido rostro, pero ella no era consciente de ello. Se concentraba en Mateo, en el deseo de que abriera los ojos y les dijera que no se preocupasen, que todo estaba bien.

El capellán dio la cruz al enfermo y le bendijo. Un último amén puso fin al sacramento, y Ana, que había estado conteniendo las ganas de acercarse al moribundo hasta ese momento, dejó de luchar contra sí misma y lo hizo. Le agarró con suavidad la mano derecha, la que no tenía vendada, y la acercó a su cara.

Sus lágrimas dejaron de ser silenciosas y estalló en llanto.

Capítulo 6

A Candelaria se la comía la inquietud. Ana se había marchado al Hospital de la Misericordia cerca del atardecer y, pasadas las doce de la noche, aún no había regresado a casa. Si su hermano Pedro llegara a enterarse, nada la libraría de una fuerte discusión por haber permitido que la niña corriera tras el capellán para interesarse por Mateo.

No sabía qué hacer.

Segovia, sus callejuelas, escasamente iluminadas y vacías, salvo por la imperturbable presencia del sereno, intimidaban en una noche sin luna. Además, una mujer tampoco podía aventurarse a caminar en plena madrugada sin arriesgarse a embarrar su reputación. Candelaria se sintió impotente, paralizada y preocupada, y así pasó la noche, sentada en la salita, rezando cuanto sabía. El amanecer la encontró con el rosario en la mano, los ojos hinchados y el alma en un puño. En cuanto los primeros rayos de luz se posaron sobre los tejados, se cambió de ropa, tomó un desayuno frugal sin esperar a que Josefa se levantase y salió de la casa, rumbo a la Misericordia.

Hizo el camino al hospital a la mayor velocidad que le permitieron sus cansadas piernas, sin poder dejar de elucubrar lo que se encontraría al llegar.

Tal vez Ana no estuviera allí.

Tal vez sí, y la que hubiera dejado el hospital fuera el alma de Mateo.

Tal vez él hubiese mejorado.

Tal vez…

Cada hipótesis se le iba clavando en los pulmones, agotados por el esfuerzo de moverse por la pequeña ciudad casi desierta que se desparramaba sobre la dura roca granítica. Iba también notando pinchazos en el corazón, que no supo distinguir si eran solo por la angustia, o por el esfuerzo al que estaba sometiendo a su cuerpo,

desentrenado en eso de correr desde que era una niña.

Una vez llegó al hospital, se tomó un tiempo para recomponer su aspecto. Llevaba marcadas en el rostro unas profundas ojeras, pero no era momento de preocuparse por ellas. A la primera hermana que vio le preguntó por el muchacho que había salvado a los niños en el incendio.

—Sigue vivo —le dijo la monja.

—¿Sabe si… —preguntó con cautela— hay una muchacha en la habitación con él? Mi sobrina dijo ayer que venía a verlo. Él es hijo de un amigo de su padre; es amigo de la familia…, y ella no ha vuelto a casa. Estoy muy preocupada por los dos.

—Está aquí, puede tranquilizarse —le contestó—. Ayer se hizo muy tarde y no era sensato que regresara sola a casa. Le permitimos que se quedase, porque nos dijo que en cuanto amaneciera usted vendría a buscarla, como veo que ha sido.

—¡Gracias a Dios!

—No hemos podido separarla de la cama del muchacho —añadió la monja.

—¿Puedo entrar a verlo? —preguntó Candelaria, a quien no le extrañó ni un poquito la afirmación de la religiosa.

—Acompáñeme, por favor.

—Antes quiero hacerle una pregunta, hermana: ¿cómo están los niños del incendio?

—Tres de ellos están vivos. Dos están conscientes, pero el niño chico, no; sigue en peligro aún.

Las dos mujeres recorrieron juntas los fríos pasillos del hospital y subieron unas escaleras hasta llegar a la habitación en la que descansaba Mateo. La monja dejó allí a Candelaria, que entró procurando no hacer ruido. Se quedó parada contemplando la escena: Ana estaba sentada en una silla pegada a la cama y sostenía la mano de Mateo a la vez que tenía apoyado el rostro en el colchón. Se había quedado dormida y su respiración era serena, igual que la de él. Al menos, seguía luchando por su vida.

Se santiguó y le agradeció al Altísimo que el muchacho no se

hubiera ido todavía.

Candelaria decidió despertar a Ana con cuidado. Se acercó hasta la cama y todo el ruido que hizo fue el que provocó el roce de su falda con el suelo de mosaico hidráulico, leve como un susurro, pero que resonó en el silencio absoluto del hospital a esa temprana hora. Se disponía a tocar el hombro de su sobrina, pero no llegó a hacerlo.

Mateo abrió los ojos.

Parecía confundido, como si no entendiera dónde estaba. Giró la mirada hacia su mano y, asida a ella, encontró a Ana. Hizo amago de moverse, pero enseguida desistió. La sonrisa que se había empezado a formar en su rostro se difuminó, transmutada en una mueca de intenso dolor.

—¿Estás bien? —susurró la tía de Ana.

Entonces fue cuando Mateo vio a la mujer.

—Me duele todo —contestó con una voz rasposa y leve a la vez, que fue seguida por un amago de tos que acentuó el dolor por todo su cuerpo.

—Ayer todos decían que morirías. Me alegro de que se equivocasen.

Mateo pensó en el día anterior. Se acordaba de que había visto por la mañana a Ana con su tía en la calle Real y le había contado que se iba a Cuba y que ella se había lanzado a sus brazos en cuanto le dio la noticia. Cerró los ojos y recreó el colapso de emociones que aquello supuso en su ánimo.

¿Qué había pasado después?

¿Por qué decía Candelaria que el día anterior todos pensaban que moriría?

No preguntó, porque nada más hacerse la pregunta a sí mismo se recordó saliendo de su casa por la tarde.

El incendio.

Los niños.

—¿Cómo están los niños? —preguntó, algo más alterado de lo que había despertado.

Ana, en ese momento, empezó a despertar, aunque no se movió. Escuchó la voz de su tía, como en una ensoñación:

—Tres siguen con vida. El pequeño es el que está más grave. Una de las niñas murió.

—Fue horrible lo que pasó en esa casa. Había tanto humo que no se podía ver ni respirar.

Mateo se movió un poco y volvió a sentir un dolor punzante en la mano izquierda y en la cabeza. Un acceso de tos, que no pudo controlar, multiplicó el dolor y despertó a Ana, que levantó la cabeza y lo miró.

—¡Mateo! Oh, Dios mío, ¡estás vivo! —dijo, mientras posaba su mano en el rostro del chico.

—Tranquila, no te alborotes, o le harás daño —le dijo Candelaria, a su espalda.

—Tía, ¿cuándo has venido?

—En cuanto amaneció. No volviste ayer a casa.

—¿No volviste a casa? —preguntó Mateo.

—Mi tía me lo perdonará, peor ha sido lo tuyo, que no te has marchado a la guerra —dijo Ana.

No sonó como un reproche, sino como una broma que llevaba escondido cierto alivio. Eso era lo que sentía Ana ahora que lo tenía consciente y aferrado a su mano. Al menos no se había ido. Hasta que no volvieran a fletar un barco a América podría permanecer en Segovia, recuperándose y lejos del peligro que siempre suponía una guerra. Si su padre estaba en lo cierto y terminaba en el verano, a lo mejor no hacía falta ni que Mateo se trasladase a Cuba.

Este se puso serio. Su reacción al ver la chabola en llamas y todo lo que vino después había provocado que no pudiera salir para Madrid. No estaba seguro de las consecuencias que eso tendría en su expediente militar. ¿Un consejo de guerra? ¿Actuaría como eximente que les hubiera salvado la vida a unos niños? La preocupación se hizo un hueco en su ánimo y se empezó a alterar.

—Tengo que hablar con mis superiores.

—Han estado aquí y saben lo que hiciste, no tengas miedo. Nadie te va a castigar por haber resultado herido —le dijo la chica, acariciándole con suavidad el brazo.

—Gracias por quedarte a mi lado, Ana.

—Lo haría mil veces, pero, por favor, no vuelvas a darme un susto así.

—Lo siento —contestó él, y su respuesta enseguida se confundió con un nuevo ataque de tos.

—¿Se te antoja algo? —le preguntó, cuando al fin se calmó—. Mi tía y yo podemos traerte dulces de las clarisas. O, si no, seguro que Josefa te puede hacer unas torrijas; se le dan de lujo. O tal vez quieras un libro. Puedo buscar alguno en la biblioteca de mi padre.

Mateo sonrió. Sabía que la preocupación de Ana era genuina y le agradó que quisiera animarlo, aunque fuera poniéndole delante delicias gastronómicas o libros. Fue a elevar la mano izquierda para acariciarle el rostro, pues ella seguía reteniéndole la otra, y entonces reparó en el abultado vendaje que se la cubría. Supuso que se había quemado, por el intenso dolor. No sabía si le habían administrado algún calmante, pero lo cierto era que en esos momentos sentía un dolor palpitante, además de un intenso picor, que le hizo arrugar el gesto. Si lo habían hecho, el efecto había pasado.

—Ana, debemos volver a casa. Mateo necesita descansar —dijo Candelaria, poniendo una mano en el hombro de su sobrina.

—¿No podemos quedarnos un ratito más, por favor? —suplicó ella.

—No, Mateo tiene que reponer fuerzas. Si te quedas con él, lo marearás, y ahora lo que le conviene es reposo para recuperarse cuanto antes.

—Bueno —dijo ella, levantándose y soltándolo a regañadientes—, pero volveré esta tarde a verte. No se te ocurra irte de aquí.

—¿Es una promesa? —preguntó Mateo, a la vez que sonreía.

No podía moverse sin que un ataque de tos se apoderase de él; no sabía adónde podría marcharse en tan lamentable estado.

—Es una promesa.

Ana, sin pensarlo, depositó un ligero beso en su mejilla, mientras acariciaba con la misma suavidad el pelo de Mateo. Él cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones que el gesto despertó en su ánimo. No quería que se marchara, pero Candelaria llevaba razón, tenía que descansar. La mujer se despidió de él, avisando antes a una de las monjas de que había despertado.

Ambas mujeres se fueron a casa con el alma más ligera.

Capítulo 7

Después de la epidemia de cólera, la familia Martínez abandonó Bernardos y regresó a Segovia, pero no al humilde barrio de San Lorenzo, sino a la plaza de San Esteban, dentro de la muralla, a una casa señorial de dos plantas. La construyeron nueva, sobre un solar adquirido en una subasta propiciada por la Ley General de Desamortización de 1855. Pagaron cuatro duros por el mismo a las famélicas arcas públicas.

Donde se dejaron más dinero fue en la vivienda, en los muros de sólida mampostería y ángulos reforzados con aristas de granito de Ortigosa, que gritaban altaneros, a quien volviera la vista hacia ellos, que allí vivía gente de posibles. Se accedía a la casa por una ostentosa portada de madera de roble, rematada por un arco de medio punto con enormes dovelas, que franqueaba el paso a un majestuoso zaguán. Al fondo, un patio columnado, vestido con plantas de todo tipo, era el orgullo de Ramona.

Los Martínez, excesivos para todo lo que pudiera comprarse con dinero, no habían escatimado en gastos en la nueva casa familiar. A través de su hogar, buscaban proyectar una imagen de poder económico que opacase ante los ojos de los demás su origen humilde.

Su negocio textil, tras la epidemia, presentó indicios de agotamiento por la entrada de lanas de mejor calidad procedentes de Europa. Estas desplazaron a las locales, más caras y toscas. Ni siquiera el hecho de ser suministradores del Ejército los había protegido de unos números que se inclinaban sin remedio hacia un balance negativo. El otrora floreciente negocio perdió vigor, y Álvaro Martínez, antes de que la ruina le agujerease el bolsillo, decidió explorar otros negocios.

Nunca había sido hombre de conformarse.

En 1888, compró unos terrenos cerca de la carretera que llevaba a La Granja y, un año después, allí levantó una fábrica de luz, aprovechando la estructura de un viejo molino. Se valió de un salto de agua situado en los arribes del Eresma para producir electricidad,

apoyándose en máquinas de vapor, una caldera y dinamos combinadas para incrementar la potencia.

De ese modo se llevó la electricidad a la ciudad.

La luz supuso un cambio significativo en la calidad de vida de los segovianos. Pronto, los Martínez volvieron, no solo a recomponer su fortuna, sino a incrementarla con una velocidad inusitada, pues cada vez más empresas y familias instalaban bombillas en sus viviendas. Por cada una de ellas, el empresario cobraba una cuota que agrandó la ingente suma de dinero que ya percibía del ayuntamiento por el alumbrado público de la ciudad.

Antes de un año, la familia dejó atrás cualquier atisbo de problemas económicos y volvió a situarse entre la pequeña élite de comerciantes que prosperaba en una ciudad que, por otro lado, languidecía, perdiendo cada vez más población.

Alvarito Martínez trabajaba con su padre en la fábrica; aunque llamar «trabajar» a lo que hacía maquillaba la realidad. El único talento que mostraba era llegar tarde y gritar a los empleados, pero su padre confiaba en que, a medida que fuera cumpliendo años, se serenaría su juicio y aprendería a conducirse por la vida al menos como lo había hecho él. De ser un simple empleado, Álvaro había ido escalando posiciones hasta convertirse en el dueño de una de las industrias textiles más importantes de la provincia y, en ese momento era, además, uno de los pioneros en llevar la luz a los hogares.

El chico había heredado de su padre unos ojos negros como el carbón, pero ni un ápice de su sagacidad para los negocios y su amor por el trabajo. Álvaro había intentado inculcarle que el esfuerzo y el anticiparse a los cambios, al final, traían recompensa. Ramona, la creencia de que lo más importante en la vida era la consideración social.

De momento, ella había tenido más influencia en Alvarito, que miraba a todos por encima del hombro sin dar un palo al agua.

Aquella mañana, el joven supo del incendio que había arrasado una chabola en los arrabales nada más poner un pie en la plaza de San Esteban. Algunos de los periódicos que se publicaban en ese momento en la ciudad —*El Adelantado de Segovia*, el *Diario de Avisos*— recogían la noticia, y en las calles no había otro tema de conversación. Se escuchaba a la gente hablar en corrillos, pero no fue hasta que alcanzó la

plaza del Corpus cuando se enteró de algunos detalles. Vio a dos de sus amigos charlando y se acercó a preguntarles.

—¿Qué es eso de lo que habla todo el mundo? —Se dirigió a Enrique, el hijo del tabernero.

—Ayer por la tarde hubo un incendio en una de esas chabolas del acueducto, y dicen que han muerto una niña y un cadete de la Academia —le contestó este.

—¡Qué va! —le rectificó Severino Cuesta, que en ese momento se dirigía a la farmacia de su padre a trabajar—. No era cadete, y se lo llevaron vivo a la Misericordia.

—Pero la gente dice que ha muerto —insistió Enrique.

—Como no haya sido después de que salieran los periódicos… —dijo Severino.

—Mucho se fía usted de los papeles, licenciado —contestó con sorna Enrique.

—¿Se sabe quién era? —preguntó Alvarito, cortando el intercambio de pullas de los dos chicos.

—Mateo Garrido. ¿O en eso también estoy equivocado, boticario? —le espetó Enrique, con algo de enfado, a Severino.

—¿Mateo Garrido? ¿El militar? —preguntó Alvarito, asegurándose de que había escuchado bien.

—El mismo. Dicen que hoy partía hacia Madrid para embarcarse a Cuba con el destacamento que se marcha a la guerra, pero, sea como sea, seguro que no se ha ido. Le cayó la casa encima cuando sacaba a uno de los pequeños. Si no ha muerto, que lo dudo mucho por todo lo que dice la gente, al menos no estará para viajes.

Un revuelo de campanas anunció las ocho. A las de la catedral, apenas a unos metros, se unieron las de varias iglesias, y la ciudad se convirtió en un vibrante repiqueteo que llenó el aire con sus fuertes tañidos. Alvarito puso fin a la charla; se tocó el sombrero y reanudó su camino. Todavía tenía que bajar la calle Real y seguir su camino hasta la plaza de toros. La fábrica distaba una media hora andando a paso ligero y debería haber entrado antes de las ocho. Cuando llegase, su padre le volvería a tratar como a un chiquillo y le reprendería delante de los empleados por su falta de compromiso. Solo lo hacía cuando

Ramona no lo escuchaba y, desde luego, su madre no estaría en la fábrica para interceder por él. Mientras caminaba, pensó en una estrategia con la que adelantarse a la reacción de su padre. Necesitaba una distracción para que a Álvaro no le preocupase su retraso. Al llegar al acueducto, la encontró. Los restos de la casucha, ennegrecidos, vociferaban la desgracia de la que había sido protagonista. Se le ocurrió algo. Le contaría el chisme a su padre. Le diría que Mateo Garrido había muerto. Antes de llegar a la fábrica, se encontró a otro joven de su edad, Alfonso Olaso, a quien también le transmitió la noticia.

Y a cuanta persona se encontró por el camino.

Capítulo 8

A Candelaria le había costado dos horas que Ana se metiera un rato en la cama antes de comer. Estaba tan agitada por haber podido hablar con Mateo después del susto del día anterior que no era capaz de pensar en que ella misma necesitaba descansar después de la noche mal durmiendo a los pies de la cama del hospital.

—Si no te acuestas un rato, no te dejaré ir a verle esta tarde —la amenazó su tía.

—¡Pero se lo he prometido! —protestó ella—. No puedes obligarme a incumplir una promesa.

—Me da lo mismo, Ana. Tienes que descansar, cambiarte de ropa y alimentarte. Y, por supuesto, no irás sola, no sea que tengas la tentación de volver a quedarte allí toda la noche.

—No seas pesada, tía; no lo hice a propósito. Cuando me quise dar cuenta, era ya muy tarde y no podía regresar.

—Ayer no pudiste, pero nos conocemos, y no sería la primera vez que empleas algo que te ha pasado de manera fortuita para conseguir tus propósitos. No quiero ni que se te ocurra «despistarte».

Candelaria miró de reojo al gato con el que compartían hogar. Ana apareció con él cachorro entre los brazos y una historia confusa sobre que se lo habían dado las hermanas del convento de San José. Al inventar su mentirijilla para llevar a casa el gatito, se olvidó de que las carmelitas eran monjas de clausura y resultaba casi imposible que hubiera hablado con ellas. Candelaria quiso castigarla por mentir, pero igual que Pedro, claudicó a sus ruegos y el gato se quedó, convirtiéndose en un devoto admirador de la tía.

Melocotón, como si supiera que estaban pensando en él, estiró sus músculos sobre la alfombrilla en la que dormitaba.

—Está bien, me voy a dormir —se resignó Ana—. Luego iré a ver a Mateo.

—Espera un momento —le dijo Candelaria—. ¿Has pensado qué le parecerá a Alvarito?

—¿Qué le parecerá qué?

—Que visites a Mateo.

—Me da igual. ¿Por qué tengo que pensar en lo que le parecerá a él que visite a mi amigo? —replicó Ana, mirándola perpleja.

—Tu padre y los Martínez han hablado. Aunque se quedó todo en el aire hasta que vuelva de Cuba, es más que probable que anuncien vuestro compromiso cuando regrese, más cuando toda la ciudad lo da por hecho.

Ana estaba furiosa, aunque intentó no expresarlo ni con palabras ni con gestos. Se obligó a ser suave para que no acabasen discutiendo, pero, a pesar de todo, sus palabras sonaron a protesta.

—Nunca llegó a decirles que sí.

—Pero tampoco les dijo que no. Y la gente habla de que os vais a casar. No querría que alimentáramos rumores. Tu padre no me lo perdonaría, te lo he dicho más de una vez.

—¡¿Qué rumores?! —explotó Ana—. Diga lo que diga Alvarito, que yo sepa, no somos nada. De todos modos, vas a venir conmigo. Mateo es amigo de la familia desde que nació, mi padre está con el suyo en Cuba, ellos son compañeros desde que tenían nuestra edad y nosotros hemos crecido juntos. ¡Es que no tiene sentido que alguien hable algo malo de Mateo y de mí! ¡Por el amor de Dios, ayer casi murió! ¿Cómo no voy a ir a verle solo por lo que pueda decir la gente?

—Esta es una ciudad pequeña —insistió Candelaria.

—¡Me da lo mismo lo que piensen! Voy a ir. Si me dejas y me acompañas, perfecto; si no, me escaparé en cuanto te despistes.

—¡Ana!

Dando un portazo, la chica abandonó furiosa la habitación y se dirigió a su dormitorio. Allí, se quitó el vestido y lo tiró al suelo, sin preocuparse de colgarlo en la descalzadora para mantenerlo a salvo de arrugas. Estaba algo más que enfadada. Ella aún no había perdido la esperanza de que la conversación que Pedro Crespo tuvo con los Martínez hacía un año se quedara en nada. Todos los días rezaba para

que aquel asunto se deshiciera por sí mismo, para que desapareciera como se esfumaba la nieve de las cumbres de la sierra con los primeros calores.

¿Por qué Candelaria no podía entenderlo así?

Aún quedaban meses para que su padre volviera, incluso la guerra se podía prolongar durante años —Dios no lo quisiera—, y Alvarito tal vez sentiría la necesidad de casarse con otra. Esa promesa que no habían alcanzado a concretar se diluiría y no dejaría más rastro que un leve recuerdo en las mentes de los chismosos, porque, lo que era ella, no pretendía ni recordarla.

A Ana, la sola idea de unirse a ese muchacho de por vida le producía escalofríos. Eran innegables su simpatía y apostura, pero tenía una manera de tratar a las personas que no le agradaba. Con ella siempre era correcto y amable, incluso resultaban obvios sus galanteos, pero no sucedía lo mismo cuando se dirigía al personal de servicio de su casa o cuando hablaba con el mismo Mateo, a quien menospreciaba desde niño sin que ella pudiera entender por qué.

Se dio la vuelta en la cama y cerró los ojos.

No era momento de pensar en el hijo de los Martínez. Era momento de rezar y agradecerle a Dios que hubiera escuchado sus súplicas y que hubiera permitido que Mateo sobreviviera.

Mateo…

¡No le iba a perdonar el susto que le había dado!

Sí, se lo perdonaba, claro que se lo perdonaba.

Había salvado a unos niños y seguía ahí, regalándole una sonrisa pintada en el lienzo de sus ojos verdes cuando la miraba. Junto a él, a Ana le parecía que las horas se plegaban en sí mismas, comprimiéndose, volviéndose tan velozmente furiosas, que sus momentos compartidos se le hacían muy cortos. Y, cuando pasaban unos días sin verse, ella sentía que el reloj ralentizaba su tictac, que seguía un paso lánguido que alargaba los minutos y los volvía lentos y pesados. Pensando en él, en lo extraordinario que resultaba el efecto que provocaba Mateo en su percepción del paso del tiempo, se quedó dormida.

Candelaria, en la cocina, seguía inquieta. La conversación con Ana rondaba por su cabeza y la preocupaba; no hacía falta nada más

que verla junto a Mateo para percatarse de que había algo más que amistad entre los dos, aunque ellos no fueran conscientes de que era así. Los ojos de Mateo se llenaban de brillo cuando la miraba. Ana no podía parar de sonreír y tampoco dejaba de regalarle gestos cariñosos; le cogía de la mano, le acariciaba la mejilla, inclinaba la cabeza cuando escuchaba lo que él le contaba, y le prestaba mucha más atención que a nada ni a nadie.

El día anterior, sin ir más lejos, la chica se había lanzado a sus brazos en medio de la calle sin medir las consecuencias del gesto porque, aunque quisiera, no podía evitarlo. Se atraían con la fuerza poderosa de dos imanes y Candelaria temía que, si Pedro no anulaba aquella promesa a medias con la familia de la fábrica de luz, Ana acabaría siendo muy infeliz. Su misión era mantenerlos a distancia para que la sociedad no la señalase.

No se lo podía permitir.

Dejó que durmiera un par de horas y después, cuando consideró que era suficiente, fue a buscarla para comer. El delicioso aroma de unas manitas con patatas, que había preparado Josefa con la receta de su abuela, inundaba la casa y provocaba que las tripas gruñeran de anticipación. Cuando Ana se estaba sentando a la mesa, se oyó la aldaba de la entrada.

—Voy yo —le dijo a Josefa, que llevaba la fuente de la comida en las manos.

Se apresuró hasta el zaguán, intrigada por quién llamaría a la puerta a esas horas tan inusuales.

—Buenas —saludó Valentina, la vecina con la que había hablado el día anterior.

—Buenas, ¿pasa algo? —le preguntó Ana, al ver la cara desencajada que traía la mujer.

—Quería preguntar si saben algo del muchacho de Hilario. Como ayer subió al hospital con el capellán…

—Esta mañana lo visitamos mi tía y yo, y ya estaba despierto.

Ana se ahorró contar que había pasado la noche a su lado en la Misericordia; demasiado sermón llevaba encima con lo de fomentar los chismes como para confesarse delante de Valentina, que era una voceadora nata.

—Pero ¿está bien? —insistió ella.

—Todo lo bien que se puede estar después de lo que le pasó —dijo Ana, cada vez más preocupada por la cara de la vecina.

—Es que…

Ana sintió que el corazón se le aceleraba. Valentina manejaba una información que ella desconocía, y tenía la impresión de que trataba de darle alguna noticia con cautela. Su corazón dejó de ir acelerado para galopar como un caballo desbocado dentro de su pecho; tanto que, de manera inconsciente, como si quisiera sujetarlo, se llevó la mano al mismo.

—¿Qué sucede, Valentina? ¿Qué es lo que está intentando contarme?

—Dicen que Mateo ha muerto —murmuró la mujer, bajando el tono de voz, como si con ello consiguiera también rebajar la gravedad de la noticia que le estaba transmitiendo.

—¡¿Quiénes dicen eso?! —casi gritó Ana.

—Segovia no habla de otra cosa.

¡No podía ser! Su tía y ella lo habían dejado consciente y estaba bien. Herido, eso era cierto, pero no daba la impresión de que se fuera a morir; al contrario, parecía que lo peor había pasado y que podían respirar tranquilos. Incluso habían bromeado un rato. No, no podía ser verdad de ninguna manera que las cosas se hubieran torcido tanto.

Ana dejó a la vecina en la puerta y fue corriendo al comedor, a buscar a Candelaria.

—¡Tía, nos tenemos que ir a la Misericordia! ¡Ya!

Agarró la chaqueta y subió corriendo a su cuarto en busca de su limosnera y un sombrero, presa de los nervios.

—¡¿Qué pasa?! —chilló Candelaria, al verla tan alterada.

—¡Valentina dice que Mateo ha muerto!

Ana gritaba esas palabras mientras bajaba volando las escaleras que comunicaban la planta principal de la casa con las habitaciones. Candelaria no necesitó más explicación. Salió a la calle con su sobrina sin acordarse de coger la chaqueta. Solo alcanzó a decirle a Josefa que

guardase la comida.

A pesar de que la primavera estaba ya allí, unas nubes negras habían tapado el cielo segoviano y corría un viento desagradable que se clavaba en el rostro como si llevase en él cientos de agujas. Ninguna de las dos lo sintió.

La noticia de la muerte de Mateo había anulado cualquier otra sensación que no fuera el desconcierto y el dolor.

Capítulo 9

Las piernas de Candelaria apenas podían seguir el ágil trote que imponía a las suyas la juventud de Ana. Esta subió la calle Real casi corriendo y se internó por las estrechas y solitarias callejuelas de detrás de la plaza Mayor, atravesando la ciudad para llegar al Hospital de la Misericordia. No le importaba el cansancio, ni parecía notarlo, a juzgar por cómo se movía. Lo único que le importaba era Mateo.

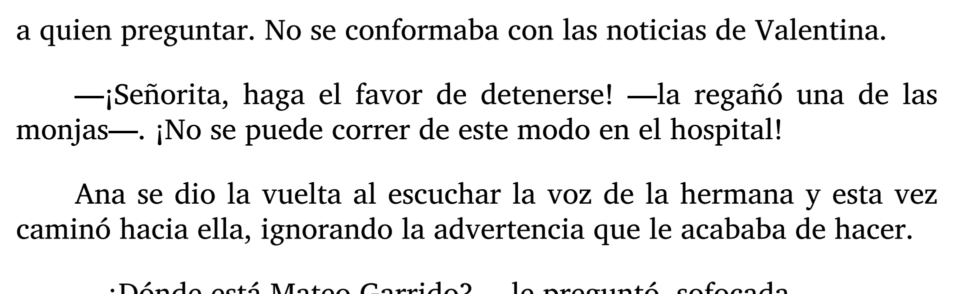
¡Estaba vivo!, ¡no podía ser de otro modo!

—Lo hemos dejado consciente, orientado y sonriente. Las cosas no pueden haberse torcido tanto en unas horas —decía Ana, a la vez que se alzaba la falda para que sus pies no tropezaran y acabara cayéndose en las calles empedradas—. Le golpeó una viga en la cabeza, pero fue más un roce que otra cosa. Según nos dijo esta mañana la monja —jadeó—, lo peor es el daño en los pulmones y la mano que le aplastó. Es la que ha sufrido más, pero ¡nadie se muere por pillarse una mano! Nadie se muere por eso, ¿verdad, tía?

La mente de Ana volaba aventurando escenarios, casi tanto como lo hacían sus piernas, y, para cuando llegó al hospital, sin resuello, también su cabeza estaba agotada. Se dio la vuelta para seguir hablándole a su tía y entonces fue cuando se percató de que hacía rato que la había perdido.

Había ido hablando sola, pero ¡qué importaba! En esos momentos lo esencial era averiguar cómo estaba Mateo, no que alguien la hubiera visto y hubiera pensado que estaba loca.

Entró trotando en el vetusto edificio y buscó con la vista a alguien



a quien preguntar. No se conformaba con las noticias de Valentina.

—¡Señorita, haga el favor de detenerse! —la regañó una de las monjas—. ¡No se puede correr de este modo en el hospital!

Ana se dio la vuelta al escuchar la voz de la hermana y esta vez caminó hacia ella, ignorando la advertencia que le acababa de hacer.

—¿Dónde está Mateo Garrido? —le preguntó, sofocada.

—¿Mateo Garrido?

—El joven que trajeron ayer herido del incendio de la chabola, el que sacó a los niños. ¿Sabe dónde está?

—Ah, sí, ese muchacho. Me temo que no sé dónde se lo han llevado.

El rostro de Ana palideció, a pesar de que hacía un momento estaba encendido por el

sobreesfuerzo de la carrera. Aquella monja decía que se lo habían llevado. ¿A la

morgue? ¡No, no, no! No podía pensar así; Mateo tenía que seguir vivo. No podía rendirse a los funestos pensamientos que no lograba espantar ni con toda la voluntad del mundo.

—¿No sabe dónde se lo han llevado? —casi le gritó.

—No, yo me ocupo de la cocina, no de los enfermos —dijo la hermana con calma, haciendo un gesto en el que le mostró el canasto con verduras que cargaba bajo el brazo—. Sé que no está en la misma habitación que ayer porque nadie ha ordenado comida. No se altere; no he oído que haya muerto nadie hoy en el hospital —dijo la religiosa.

—¿Podría ayudarme?

—No sé… —titubeó la mujer.

—¡Por favor! Es muy importante para mí.

—Ahora que lo dice, en el mercado de la Rubia hablaban de que había muerto el muchacho que rescató a los niños. Como no haya sucedido después de marcharme de aquí…

Ana continuaba con la falda del vestido agarrada para poder caminar con más comodidad y la estaba apretando tanto que tenía las manos blancas. En esos momentos, apareció Candelaria, jadeante.

—Hermana, perdone sus nervios.

—Yo no sé nada cierto, señoras, pero vamos a preguntarle al doctor. Él sí sabrá algo.

Uno de los médicos que trabajaban en la Misericordia se aproximaba por el pasillo y a él se dirigió la monja:

—Doctor, estas mujeres quieren saber si el militar de la Academia que nos trajeron ayer herido del incendio ha muerto.

El médico las miró con gesto serio durante unos instantes.

—¿Son su familia?

—Somos casi familia —señaló Ana.

—Su padre y el de Mateo son militares —aclaró Candelaria—. Mi sobrina dice que somos casi familia porque sus padres vivieron juntos unos años cuando eran estudiantes y se tratan como hermanos desde entonces.

—Y ¿por qué piensan que ha muerto? —preguntó el médico, extrañado.

—¡Porque es lo que dice toda Segovia! —insistió Ana, cada vez más agobiada.

—Será mejor que no hagan caso a los rumores. Mateo está mejor, y lo hemos trasladado a otro pabellón donde están los enfermos menos graves. Vengo de hacerle una cura.

Ana se dejó caer en un banco que había pegado a la pared. Lo que la había mantenido en pie, a pesar del esfuerzo de la carrera, se disipó y sintió que las piernas dejaban de sostenerla.

—¿Podemos verle? —preguntó Candelaria.

—Acompáñenme; quizá hoy, más que nunca, le venga bien recibir visitas, tener caras conocidas cerca.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —preguntó Ana.

—Ha sido… complicado para él.

—¿Complicado? —preguntó Candelaria.

Las palabras del médico la habían preocupado.

Este optó por no contestar a su pregunta.

—Síganme y esperen a que yo les indique que pueden entrar a la habitación.

En silencio se dirigieron hasta la enorme sala a la que habían trasladado a Mateo. El médico entró primero. Fue recibido por un murmullo de voces, las de los otros siete enfermos que ocupaban las camas y los familiares que los acompañaban. Sin prestar atención a los demás, se dirigió a la cama del chico.

Cuando este lo vio, se dio la vuelta. No quería mirarlo. Si pretendía volver a retirarle el vendaje, se negaría. El que tenía estaba limpio, se lo acababa de cambiar la monja después de que le examinaran la herida. No veía necesario que le hicieran pasar por aquello de nuevo. Apartó la mano de su cuerpo, como si quisiera distanciarla de él todo lo que pudiera.

—Señor Garrido —le dijo el doctor—, tiene visita.

—No quiero ver a nadie.

—Lo entiendo, pero hay un rumor en Segovia que dice que usted ha muerto y las personas que han venido están muy preocupadas. Al menos debería atenderlas un instante para que se convenzan de que sigue con nosotros.

Ana, sin poder esperar más, se asomó por la puerta de la sala y, cuando localizó la cama de Mateo y sus ojos se encontraron, le suplicó con la mirada. Él se mordió el labio inferior y asintió. No quería ver a nadie, pero sabía de la preocupación de Ana y Candelaria y no podía negarles su compañía.

Ambas se aproximaron a la cama. Candelaria, con cautela; Ana, trotando.

—Procuren que la visita no sea larga —les advirtió el doctor antes de marcharse.

Ana se acercó a Mateo e intentó tomarle de la mano sana, pero

este la apartó con brusquedad. Sorprendida, retiró la suya con suavidad, intentando ignorar el dolor que le había producido aquel gesto, como si un afilado puñal se le hubiera clavado en el pecho dejándola sin respiración.

—Me alegro mucho de que estés vivo —acertó a susurrarle, todavía aturdida por la potente sensación que la había invadido.

—Yo no —dijo Mateo, mirándola con dureza.

Candelaria, que los observaba un paso por detrás, no podía creer que aquellas palabras hubieran salido de la boca de un muchacho, siempre tan jovial; mucho menos dirigidas a Ana. Eran las más secas que le había dicho en toda su vida.

—Se curarán las heridas y lo verás todo mejor —le animó la chica, intentando prestarle consuelo a lo que fuera que le estuviera ocurriendo.

—No se puede curar lo que no existe —dijo él.

—¿Qué no existe, Mateo?

Este levantó el brazo como respuesta a Ana y les mostró el lío de vendas que le rodeaban el final de su brazo izquierdo. Ana y Candelaria entendieron dos cosas: que había algo en su mano que no iba bien y que no deseaba su presencia, porque lo siguiente que hizo fue darse la vuelta en la cama, dándoles la espalda.

Ana se sentía devastada; Mateo, su amigo, había rechazado el consuelo que ella había ido a brindarle. No había hecho uso de palabras hirientes, pero se adivinaba la rabia y la desesperación que lo invadían en la mirada que intercambió con ella y que a Ana se le clavó en el alma. No necesitaba más para saber que quería estar solo. Candelaria también lo comprendió enseguida. Tiró con suavidad del brazo de su sobrina y se la llevó fuera de la sala de enfermos, donde el doctor seguía esperándolas.

—Necesita tiempo —comentó este. Había presenciado la escena desde la puerta.

—Pero… ¿qué pasa con su mano, doctor? ¿Tan grave es? —preguntó Ana.

El silencio del médico, aunque no demasiado prolongado, fue suficiente para que un temblor incómodo alterara el ánimo de la

joven, que seguía inquieto por el esfuerzo de la carrera, por las confusas noticias que la habían llevado en volandas hasta la Misericordia y, sobre todo, por la barrera que había interpuesto Mateo entre los dos, un muro que jamás había existido.

—No, no es tan grave, considerando que podría haber muerto —dijo el médico—. Ha perdido tres dedos: el meñique, el anular y el corazón. De momento, conserva la mano, aunque… está tan dañada que no estoy en condiciones de asegurar que vaya a ser siempre así.

La chica se llevó una mano al pecho y cerró los ojos. Comprendía un poco más la reacción de Mateo, aunque no entendía por qué la echaba de su lado cuando ella solo pretendía acompañarlo.

—¿Cree que podremos verlo mañana? —preguntó.

—Sí, esto no es fácil de asumir, y va a necesitar apoyo. Me temo que sus días en el Ejército han terminado.

Ana no supo si alegrarse por eso último. Significaría que no iría a Cuba, que se ahorraría participar en esa guerra en la que combatían sus padres. Al menos, había algo positivo en todo aquel desastre, aunque no estaba segura de que para él fuera motivo de alegría. Mateo era un hombre de honor, un muchacho que siempre cumplía sus promesas, responsable con todo cuanto iniciaba.

No, seguro que aquello no significaría un alivio para él.

Capítulo 10

En la minúscula ciudad castellana, la noticia de la muerte de Mateo fue saltando de boca en boca, circulando con la velocidad de la corriente de un regato desbocado que chocaba en oídos ávidos de engordar el chisme y distorsionarlo. La sociedad, ociosa y mezquina, compuso al menos cinco versiones del suceso. Algunas cambiaban la causa de la muerte; otras, el momento exacto. Hubo alguna que trasladó el lugar de la defunción desde el hospital hasta su casa y, por no dejarse nada, otra más en la que se decía que en realidad el muerto no era Garrido, sino un muchacho al que le había regalado su chaqueta y que habían confundido con él.

Cuando Ana desmintió la noticia a última hora de la tarde, las voces documentadas, aquellas que por la mañana lo sabían todo porque «lo habían presenciado con sus propios ojos» empezaron a dudar y recular, y se acabaron escondiendo en sus casas con la excusa del relente. Por fin, la verdad, mucho menos emocionante que todas aquellas murmuraciones, se hizo con el protagonismo que le había sido hurtado todo el día: Mateo Garrido seguía vivió.

Ana disfrutaba de los paseos por las calles empedradas de Segovia y se enorgullecía de sus edificios cargados de pasado y de historia. Amaba la ciudad; le fascinaban la magnificencia del milenario acueducto y la elegancia del Alcázar, el santuario de la Fuencisla y los múltiples conventos que se diseminaban por el intrincado trazado de su plano. Le gustaba la vida plácida y tranquila que ofrecía a sus habitantes, ordenada por la rutina de los cientos de campanas que llenaban con su música repetida el aire a cada hora: San Millán, San Martín, San Esteban, la Vera Cruz o la Catedral de Santa María. Pero odiaba su dejadez para lo importante. Prestaba oídos a las murmuraciones y no escuchaba cuando se hablaba de la necesidad de impulsar el comercio o de salvar la poca industria que sobrevivía a duras penas. Se dejaba vencer por la costumbre, sin darse cuenta de que los tiempos cambiaban a toda velocidad y su inacción iba a anclarla en el pasado.

No era de extrañar que los jóvenes emigraran en cuanto se presentaba la ocasión.

—No has dicho nada desde que volvimos —le dijo Candelaria a Ana, cansada de esperar a que abriera la boca.

—Estoy preocupada por Mateo —contestó esta, volviéndose hacia su tía; llevaba un rato sentada frente a la ventana que se abría hacia la sierra sin prestarles atención a los mágicos tonos cálidos que el atardecer empezaba a derramar por los tejados de la ciudad.

—Es normal que se sienta perdido en estos momentos, mi niña; lo que ha pasado le cambiará la vida.

—Pero ¡yo no tengo la culpa, y tú tampoco, y nos ha echado de la habitación!

—Nos hemos ido porque hemos comprendido que no quería que estuviéramos allí —afirmó Candelaria, quitándole importancia a la reacción de Mateo.

—¡Para el caso es lo mismo!

—Yo no lo creo. Hay que darle un tiempo para que se haga a la idea.

La chica se miró las manos. Las tenía unidas y las apretaba, expresando con el gesto la inquietud que invadía su ánimo.

—¿Tú crees que me dejará verlo mañana o me dirá que me vaya? —le preguntó a Candelaria, volviendo ansiosa los ojos hacia ella.

—Mañana lo averiguaremos. Ahora debes descansar.

Ana, aunque obedeció a su tía y se marchó a su cuarto, no se acostó de inmediato. Estuvo un rato delante del espejo de su tocador, cepillándose el pelo y trenzándolo para dormir. Allí, mientras repetía el gesto mecánico, contempló a una mujer distinta. A pesar de que la luz de su quinqué distorsionaba los colores, pudo apreciar la palidez de su rostro y fue consciente de que sus ojos habían extraviado la vitalidad que siempre los acompañaba.

Había sido un día insoportable.

Cuando el crepúsculo empezó a transformar el color del cielo y pasó de los tonos rosas y violetas a una gama de azules a los que acabó venciendo la oscuridad, se acostó; pero no cerró los ojos. La luna, esférica e imponente, y los millones de estrellas rompían la noche y desfiguraban las formas de los objetos. Nada era como cuando

el sol entraba a raudales; la habitación parecía contagiada de su tristeza. Así se sentía en su cama, perdida en medio de la negrura en la que se empeñaba en buscar cualquier atisbo de luz que le diera esperanza. No podía ser que Mateo no quisiera hablar con ella. Ansiaba verlo, conversar con él y contarle todo lo que había sentido cuando entró en la sala de enfermos y se encontró con su indiferencia. Quería señalarle su desconcierto, de cómo sintió que el corazón se le desmenuzaba en mil pedazos cuando la miró con aquella rabia.

Si pudiera…

Si él se lo permitiera…

Estaba segura de que, tras una conversación, Mateo se tranquilizaría, empezaría a darse cuenta de lo desproporcionado de su reacción y volverían a ser los mismos.

Pero ¿y si no lo hacía?

¿Y si ese mal momento propiciaba un distanciamiento para siempre entre los dos?

Su cabeza se pobló de pensamientos caóticos y tristes que, de algún modo, provocaron malestar en su cuerpo. Le dolía todo, quizá por la carrera a la que no estaba acostumbrada, pero también podía deberse a la tensión a la que estaba sometida. Se dio la vuelta para encontrar una postura más cómoda, aunque no lo consiguió.

Entonces, vencida, empezó a llorar.

Cuando la primera lágrima mojó la almohada, no se sorprendió. No trató de evitarlo porque necesitaba el alivio que el llanto le proporcionaba. Había estado conteniéndolo delante de Candelaria, pero ahora estaba sola, rumiando el malestar que le causaba que Mateo pareciera haber olvidado que ellos eran los mejores amigos del mundo.

Se aovilló en la cama y ahogó un gemido.

Mateo era Mateo. En esa cama del hospital estaba tumbado el mismo muchacho atractivo con el que se había cruzado hacía muy poco en la calle Real. Sus ojos verdes, su boca generosa, su mentón fuerte, su barbilla marcada y sus dientes perfectos. Era él, el de siempre salvo por un detalle: se había esfumado su sonrisa desvergonzada y ese brillo en los ojos que lo iluminaba todo cuando se miraban. Lo había cambiado por un gesto adusto y una indiferencia

hacia ella que se le clavaba como una daga.

Y eso no podía soportarlo.

Tenía que hacer algo para espantar la sensación de su cuerpo.

Encendió el quinqué. Allí, en su mesita de noche, reposaba el libro que le había regalado Candelaria. Se sentó dentro de la cama y lo cogió. Antes de abrirlo, acarició la cubierta con los dedos, contorneando el nombre del autor impreso en letras doradas: «Gustavo Adolfo Bécquer». Sabía que en los versos que contenía aquel libro iba a encontrarse con sus sentimientos porque ya le había pasado más veces. Saltaban de una emoción a otra, en un vaivén tan similar al que había vivido aquel día que buscó refugio en su compañía, la de alguien que, sin conocerla, parecía leer su alma.

El amanecer, varias horas después, la encontró despierta en la cama, con Melocotón dormido a sus pies y el libro entre las manos.

Se levantó cuando las campanas de San Martín señalaban las siete en punto.

Capítulo 11

Mayo de 1896

Mateo vivió las peores dos semanas de su vida encerrado en aquella sala de enfermos de la Misericordia. Las dolorosas curas diarias le salvaron la mano, pero hundían su ánimo. Cada vez que le descubrían el vendaje, además de al escozor que le provocaban los antisépticos, se enfrentaba a la certeza de que le faltaban tres dedos. Se le revolvía el cuerpo al ver su mano maltrecha y mutilada. Cuando la tenía vendada podía ignorar la realidad, incluso a veces sentía como si los dedos le dolieran, y su mente fantaseaba con la posibilidad de que seguían allí, de que solo había imaginado su pérdida. En cambio, cuando los médicos o las monjas se la descubrían para aplicarle los remedios y poner vendas limpias, se enfrentaba a la realidad. No estaban. Se habían quedado entre las ruinas de la chabola, aplastados bajo la viga de madera que le cayó encima, tal vez como un tributo a

cambio de las vidas que se habían salvado.

Un dedo por cada niño.

Ese era su único consuelo, que los niños sobrevivieron y pudieron volver con su madre.

El tiempo había cambiado de manera brusca por la noche. La primavera, que había ido tomando posiciones en Segovia, se retiró para dejar paso a unas temperaturas que más se asemejaban a las del invierno, alentadas por la lluvia que no había cesado en toda la noche. La mañana amaneció triste y gris, y el pabellón de enfermos no se libró de su influencia. La vieja estufa de leña que había en un rincón resultaba insuficiente para mantener caldeada la sala, que además se había llenado con el gemido del viento que llegaba del otro lado de los viejos ventanales del edificio. A través de ellos, Mateo miraba absorto cómo los árboles se doblaban y se sacudían empujados por el vendaval.

—Señor Garrido —dijo una monja, que entraba en ese momento en la habitación con una palangana con gasas limpias y preparados para curarle las heridas.

—Buenos días, sor Inés.

Fue educado, pero sonó tan apático como llevaba sonando ese medio mes. Se pasaba los días postrado en la cama, salvo los breves paseos por el patio del edificio a los que le obligaban los médicos.

—Sor Inés, ¿podría conseguirme una manta?

—¿Tiene frío?

—Sí.

—No me extraña, hijo; este edificio es gélido. Cuando termine con la cura, iré a buscarle una. Ahora tengo algo para usted —le dijo, con una amable sonrisa.

—¿Qué es?

—Le traigo una carta.

Mateo se giró a tiempo de ver cómo sor Inés dejaba la palangana encima de la mesita y sacaba un sobre del bolsillo de su delantal de enfermera. Era muy pronto para que su padre le hubiera escrito de

nuevo desde Cuba, y no se le ocurría nadie más que tuviera la necesidad de comunicarse con él de ese modo.

Nadie, salvo Ana.

Al pensar en ella se le escapó un suspiro que sonó casi como un lamento. Había rehusado su visita todas las veces que había vuelto al hospital y, desde hacía una semana, ella no había regresado.

Sabía que se lo merecía.

Se merecía que no volviera a mirarle a la cara y entendía que se hubiera sentido mal por sus desprecios de aquellos días. Al fin y al cabo, lo único que había hecho era acompañarlo la primera noche, portarse bien, y él se lo había pagado del peor modo posible. Ana era amable y compasiva, y su amiga desde niños. ¿Se podía ser más necio que él? ¿Cómo podía haberse dejado llevar por la amargura que le provocaba verse sin sus dedos sin pensar en que podría estar haciéndole daño al despreciar su preocupación?

Pero sabía algo de ella, Ana no se rendía pronto. Podría haber dejado de ir a verlo hasta que él se serenase, hasta que asumiera las consecuencias del incendio. Tal vez esa carta que guardaba sor Inés llevaba su nombre en el remite. Era lista y podía haber elegido otro modo de ponerse en contacto para no llevarse otra mala contestación o hacer un viaje

en balde.

Mateo sintió la tentación de curvar los labios en una sonrisa, pero se detuvo cuando escuchó las palabras de la monja a la vez que le tendía la carta.

—Es de la Academia.

Su alegría, ese momento diminuto de esperanza, se esfumó, dejando un regusto amargo. Había recibido la visita de algunos profesores y superiores que esos días acudieron a interesarse por su salud, aunque había echado de menos a sus compañeros; el deber los había llamado, como a él, y estarían rumbo a Cuba. No entendía por qué le mandaban una carta si ya le habían visitado.

Mateo extendió la mano sana para agarrar el sobre, pero, en el momento en el que lo tuvo, sintió que la rabia le recorría entero. ¡No lo podía abrir! ¡Maldita fuera la vida! ¿Iba a necesitar ayuda para algo tan sencillo como eso? Se sentía humillado cada vez que las monjas

habían tenido que auxiliarlo para hacer sus necesidades o para cambiarse de ropa. Empezaba a aprender a arreglárselas, pero cada día descubría algo nuevo para lo que demandaba ayuda, y se desesperaba.

En ese momento, supo que abrir un simple sobre le iba a costar un enorme esfuerzo. Intentó hacerlo con la mano sana sujetándolo contra su pecho, con el antebrazo, pero, ya fuera porque no estaba acostumbrado o por la ansiedad que le estaba provocando no conseguirlo con facilidad, emitió un resoplido. Sor Inés vio la impotencia en su gesto y decidió actuar. Sin preguntar, le quitó la carta de las manos, rasgó el sobre y extendió la hoja antes de dársela para que la leyera.

—Cuando no tenga el vendaje, volverá a hacer esto y muchas más cosas; no se angustie —le dijo.

—Gracias —contestó Mateo.

—Voy a retirar las vendas, si no le importa.

—Sí, sí, claro.

Mientras la monja trabajaba, Mateo leyó las escasas líneas escritas en el papel. La misiva le informaba, de manera oficial, de algo que sospechaba desde hacía días: le habían dado de baja de manera definitiva en el Ejército.

Debía empezar a pensar qué hacer con su vida en adelante.

Capítulo 12

A Benito Garrido le telegrafiaron desde la Academia de Artillería de Segovia para comunicarle el acto heroico —así le dijeron— que había protagonizado su sobrino. El hombre, que vivía en un modesto piso de la calle de las Huertas, de Madrid, al saber de la gravedad de las heridas del muchacho, decidió visitarlo lo antes posible. La ausencia forzosa de Hilario a causa de la guerra y la nula relación que los Garrido segovianos tenían con la familia materna de Mateo le llevaron a decidir que debía ir a buscarlo y acogerlo en Madrid hasta que se recuperase. Le costó unos días encontrar a alguien que se encargase de su zapatería de la calle Toledo, pero, en cuanto lo consiguió, cogió un tren en Villalba con destino a la ciudad del acueducto. Por fortuna, desde hacía unos años habían inaugurado una línea nueva que no obligaba a viajar hasta Medina del Campo y desandar camino para trasladarse de Madrid a Segovia.

Al llegar al destino, Benito bajó en el andén junto con otros cuatro viajeros. Se encontró frente a un edificio de caliza y ladrillo de planta rectangular que medía al menos cincuenta metros de largo. Antes de atravesar el arco de medio punto que daba acceso al centro de la construcción, echó un vistazo a las marquesinas metálicas de los andenes, que se sostenían con columnas de hierro fundido, rematadas por una elegante decoración en los capiteles. No se entretuvo demasiado; necesitaba encontrar a quién preguntar cómo ir al hospital, pues era la primera vez que ponía sus pies en esa parte de Segovia y se sentía perdido. Antes de que le diera tiempo a localizar a alguien que pudiera informarle, una mujer vestida con andrajos se colocó delante de él impidiéndole el paso.

—*Botame jurdó para que minchen mis motardines*

[1]

—le dijo, a la vez que le mostraba la palma de su mano derecha.

Benito estaba acostumbrado a lidiar con mendigos en el centro de Madrid y había aprendido a ignorarlos. Si era compasivo, espantaban a la clientela de su negocio, así que su primer impulso fue deshacerse

de ella sin mucha ceremonia y seguir su camino.

—*Jurdó para que minchen mis motardines* —repitió la harapienta, cortándole el paso.

—Disculpe, tengo prisa.

—*Le güeño, man, que me bote algo, que mis motardines pulen lusa y no pulo misición que botarles al bandullo.*

[2]

—Señora, déjeme pasar, por favor —le dijo Benito, intentando de nuevo zafarse de ella.

—*Yo pulo como botarte para que apanes lo que pules. Bóteme jurdó, lo güeño*

[3]

—seguía la mujer, mientras volvía a impedirle que llegase hasta la puerta de salida.

—¿Me deja pasar?

La mujer estuvo remoloneando otro poco, hasta que al final pareció darse por vencida. Benito emitió un suspiro de alivio y salió de la estación. En ese momento, enfilando el camino polvoriento del paseo Nuevo, vio cómo se alejaba el carruaje del Despacho Central que a buen seguro habían alquilado los pocos viajeros que llegaron con él desde Madrid. Miró alrededor buscando alternativas y se enfrentó al descampado en el que se encontraba la estación, interrumpido solo por el camino rodeado de casuchas decrépitas que se sostenían a duras penas. La estación, en Segovia, no era el destino, como pensaba, sino una etapa de un viaje al que todavía le faltaba un tramo; a lo lejos, demasiado para sus cansadas piernas, se vislumbraba la catedral. Se sintió perdido. Echó un vistazo alrededor y descubrió la fonda de la estación. A ella se acercó a preguntar a qué hora pasaba otro carruaje.

—Debería haber venido en la diligencia —maldijo entre dientes cuando salió del local.

La que había perdido era el único transporte hasta que llegase otro tren. Al encargado de aquel negocio le había costado hasta darle los buenos días, así que la impresión sobre la ciudad no estaba siendo

la mejor del mundo.

Perdido y furioso, regresó a la sala de espera de la estación, en la que seguía la mujer. Esta, al verlo, le sonrió con picardía. Para ella era muy fácil averiguar quién era nuevo en la ciudad y no sabía de su abandono, que se traducía en carencias de todo tipo, incluso de carruajes suficientes para llegar al centro. A ese hombre con aspecto de bonachón no iba a meterle la mano en la bolsa —ni a él, ni a nadie; ella no era una ladrona—, pero tampoco iba a dejar pasar la oportunidad de aprovecharse de su ingenuidad.

—Tú… —la señaló él con su bastón y dejó el trato de cortesía a un lado, porque pensó que no se lo merecía—, ¡me entretuviste con tus ruegos para que perdiera el carruaje!

—Pero yo te puedo ayudar a llegar adonde quieras —le contestó ella con arrogancia, tuteándolo también.

Benito bufó, no sabía si más furioso por haber caído en su trampa como un pardillo, por la mirada burlona de la mujer o porque de pronto había dejado de usar aquellas palabras ininteligibles para él.

—Como veo que me entiendes, no te lo voy a repetir más. ¡Déjame en paz!

Le dio la espalda, pero ella se las arregló para volver a ponerse frente a él. La mirada seria de Benito debió de convencerla de que, o cambiaba de estrategia, o no conseguiría nada.

—Tres monedas de cinco céntimos y te digo lo que se tarda en llegar al sitio al que quieras ir. A patita, claro, has comprobado que no hay otro modo.

—¿Tres? ¿Tú estás loca?

—Tengo tres *motardines* y necesito llenarles el *bandullo* a los tres.

Aunque ella seguía empleando palabras incomprensibles, Benito empezaba a entender lo que le decía la mujer y, sobre todo, comprendió que no le iba a resultar sencillo quitársela de encima sin aflojar el bolsillo. Allí no había nadie más, ni siquiera el jefe de estación, que se esfumó en cuanto el tren se detuvo. Concluyó que era la única que podría indicarle el camino.

—Y ¿de qué me sirve saber cuánto se tarda en llegar? —gruñó Benito.

Ella se encogió de hombros.

—Si quieres saber cómo se va, apoquina otra más.

—Van cuatro…

—Y, por otra más, te acompaño por la *polvorosa* y te dejo en la misma puerta de donde vayas.

Benito resopló exasperado. Se fijó mejor en la mujer. Iba mal vestida, sucia y estaba delgada como un palo. A pesar de su parloteo extraño, había algo en ella, en su postura corporal, en la seguridad que emanaba, que le decía que no siempre había vivido en la calle. Era lista y le estaba ganando la partida porque sabía, como él, que estaba perdido sin su ayuda.

—Tres monedas ahora y dos cuando lleguemos —le dijo ella.

—Dos ahora y tres cuando me dejes en la puerta del Hospital de la Misericordia —contestó él.

La mujer se quedó quieta un momento; Benito no supo si valorando el trato o quizá porque él había dicho algo que la había afectado, pero fue solo un instante porque enseguida la mujer extendió una mano de dedos delgados. El zapatero depositó en ella las monedas pactadas.

—*Pulimos guaje hora* —le dijo la mujer—. *Menos mal que no te botas con la zarrapeira.*

[4]

Benito prefirió, de momento, no saber qué le había dicho. Al cabo de un rato, cuando ya habían emprendido la marcha por la destartalada calle, la curiosidad le pudo.

—¿De dónde es esa lengua que usas?

—De Cantalejo —contestó ella.

Benito sabía que era un pueblo de Segovia, pues cerca de donde tenía la zapatería había un mesón regentado por segovianos.

—¿En Cantalejo hablan así? —preguntó, extrañado.

—No todos. —Se rio ella—. Es

gacería y solo se usa cuando queremos que no nos entiendan.

—Pues sabe Dios que lo conseguís. Pensaba que estaba hablando con alguien extranjero.

El resto del camino hasta la ciudad fue bastante entretenido. La mujer le contó que era viuda, que ella y su marido habían llegado de Cantalejo cuando eran jóvenes, ella a servir, y él como jornalero. Desde que él había muerto, sobrevivía con lo que podía. Sobre todo, lavaba ropa en el Clamores, pero también se buscaba la vida con los viajeros que llegaban en los trenes, echando horas en alguna casa buena cuando había una limpieza grande o haciendo lo que fuera; sin robar, eso nunca. Lo que no pensaba hacer jamás era acudir a la beneficencia.

Cuando llevaban veinte minutos andando, llegaron a Santa Eulalia.

—Esta iglesia da nombre a todo el barrio. Antiguamente, en él se agrupaban los tejedores de paños, pero ahora es zona de jornaleros. Fue románica en origen; después, en el gótico, le añadieron esa portada —dijo ella, señalándola—, y por dentro es barroca. Es como Segovia, está hecha de retales del tiempo. Y, como Segovia, es única y hermosa, aunque a primera vista no lo parezca.

—¿Tú has ido a la escuela? —le preguntó Benito. Su disertación era lo último que pensaba escuchar de los labios de una mendiga a la que solo un rato antes le costaba entender.

—No —contestó ella, mirando al frente, evitando los ojos del zapatero—. Todo esto lo sé por mi padre.

—¿Te lo contó tu padre? ¿Era de este barrio? ¿No decías que venías de un pueblo?

—No, mi padre lo que hizo fue enseñarme a leer en las piedras de qué tiempo son las iglesias. Él sí estudió y sabía dibujar de maravilla.

—¿Y un padre con estudios no manda a la escuela a su hija, alguien que además es lista como tú? ¿Por qué? —preguntó Benito.

La mujer se detuvo y esta vez sí le miró a los ojos. Tras una duda leve, abrió la boca y le contó algo que no acostumbraba a compartir con nadie desde que llegara a Segovia, aunque no fuera un secreto.

—Mi padre sabía muchas cosas porque fue cura.

Benito se sorprendió por el ataque de sinceridad.

—¿Puedo preguntarte tu nombre?

—No —contestó ella, y siguió andando. Esta vez, en silencio.

El hombre la observó con ojos nuevos. Resultaba obvio que era mucho más joven de lo que había pensado al principio, tal vez le había confundido el abandono de sus ropas llenas de remiendos.

—Esta calle se llama de la Muerte y de la Vida, ¿no te parece un nombre muy sonoro? —volvió a hablar, al cabo de un rato.

—Sí que lo es, y apuesto a que tiene una historia que conoces.

Ella sonrió. Claro que la conocía.

—Viene del tiempo de los comuneros. Cuando el cerco se volvió durísimo, un labrador rico, Diego de Riofrío, mandó a un criado a labrar las tierras altas del Clamores. Los defensores de la fortaleza, que estaban hambrientos, salieron por el puente del Piojo y secuestraron al muchacho con bueyes y todo. Al correrse la voz por la ciudad, se reunieron dos mil hombres y rodearon la casa de Riofrío, de una forma poco amigable, porque pensaban que les había mandado los bueyes a los que estaban en el

Alcázar. Unos lo querían matar, pero otros decidieron que mejor se lo llevaban preso. Por el camino, en la calle del Berrocal, salió una vieja por una ventana y les arrojó una soga, alegando que lo que tenían que hacer era ahorcarlo.

—Vaya con la vieja.

—Sí, las segovianas tenemos carácter. El populacho dudó y se pararon aquí. Que si lo matamos, que si no… Al final ganó la prudencia, no hicieron caso a la mujer y siguieron adelante, con Diego preso, pero vivo. Por eso se llama así, porque aquí estuvo entre la muerte y la vida.

Cuando, poco después, llegaron al acueducto, Benito seguía pensando en la historia que le acababa de contar la mujer. Durante unos instantes, se paró a los pies del monumento, tan extasiado como la primera vez que lo vio. Mientras admiraba los enormes bloques de granito de la sierra unidos sin argamasa, sintiéndose impresionado por el hecho de que llevasen allí casi dos mil años, la mujer habló:

—Lucía.

—¿Perdón?

—Mi nombre es Lucía.

—Yo soy Benito. —Sonrió él.

—Vamos, aún nos queda un tramo para llegar y subir por ahí.

Señaló al postigo del Consuelo. Una serie de escalones se alternaban con rampas que salvaban el desnivel desde la base del acueducto hasta la parte alta. Ante el suspiro de Benito, Lucía le señaló otro camino, que dejaba a la izquierda el acueducto y tomaba la calle que desembocaba en el barrio de San Marcos, pero le advirtió que era mucho más largo. Benito prefirió la intrincada rampa de agotadores escalones.

—¿Para qué vas al hospital? —le preguntó Lucía, cuando se pararon en lo alto a que Benito recuperase el resuello.

—A recoger a mi sobrino.

—¿Está enfermo?

—Al parecer, hace unos días hubo un incendio y rescató a unos niños de la casa que se quemó.

—Es… Era esa casa.

Lucía le tocó en el brazo y señaló la chabola derruida al lado del acueducto. Se notaban recientes los estragos que el fuego había causado en ella y en las casas aledañas.

—Su sobrino es un buen chico —dijo ella, conmovida.

—Lo es. Muy noble.

—Me alegro de que no muriera y me alegro de que fuera tan valiente. Yo… conozco a la madre de los niños y sé que ella nunca tendrá con qué pagarle lo que hizo.

—No creo que Mateo buscara una recompensa.

—Ya, supongo, pero fue muy generoso y valiente. ¿Vamos?

Lucía le condujo por las callejuelas estrechas hasta que lo dejó en

la puerta del hospital.

—Aquí es.

El hombre, entonces, se metió la mano en el bolsillo para seleccionar las monedas que le había prometido, pero ella levantó la mano y negó con la cabeza.

—No hace falta, Benito.

Él la miró confuso. No entendía por qué había cambiado de idea.

—Tus hijos necesitan comer, Lucía. No te niego que lograste enfadarme en la estación, pero ha sido un paseo agradable a tu lado y merece su recompensa.

Ella le miró un instante, se mordió el labio inferior y asintió, a la vez que contenía el aliento. Benito le puso en la mano una sola moneda, un duro, que ella miró desconcertada. Eso era demasiado dinero, sobre todo, teniendo en cuenta la emboscada que le había tendido, y se lo intentó devolver.

—No puedo aceptarlo.

—No voy a cogerlo, Lucía. Y más te vale decirme dónde te puedo enviar unos zapatos, para ti y para los niños.

—¿Unos zapatos?

—Ese es mi trabajo: soy zapatero.

Ella escondió los pies bajo la falda, intentando ocultar los agujeros de sus albarcas, en los que Benito debía de haberse fijado durante todo el camino desde la estación.

—Eres buena gente, zapatero, pero no pienso dejarte mis señas.

—Anda, ve a casa con tus hijos. Y, si cambias de idea, ve a la Academia de Artillería. Allí sabrán cómo ponerse en contacto con Mateo, y te mandaré esos zapatos.

Lucía se despidió de Benito y se perdió por las calles por las que habían llegado.

Capítulo 13

Durante la última semana, Alvarito Martínez se había presentado todas las tardes en la casa de los Crespo; al principio, acompañado de su madre, y los últimos días, solo. Poco después de la hora de comer, tocaba con la aldaba y esperaba, sombrero en mano, a que Josefa le abriera. Con cualquier excusa, lograba ser invitado a entrar. Una vez en la salita donde tía y sobrina pasaban las tardes, prolongaba su insustancial charla hasta que la ciudad empezaba a cubrirse de sombras; entonces, se excusaba y abandonaba la casa.

Ana estaba harta de sus visitas y ese día su paciencia tocó fin.

—De hoy no pasa —le dijo a Candelaria—. O lo echas tú, o lo haré yo. ¡Necesito ir a ver a Mateo!

—No podemos ser groseras con él. Sabes que tu padre…

—Mi padre no está. ¡Por favor, tía!

—Está bien, algo haremos, pero no vamos a echarlo de casa, no sería lo correcto.

—¡Me importa muy poco lo que sea lo correcto! —gruñó.

—¡Ana!

La muchacha ordenaba unos cojines en la salita mientras hablaba con su tía. Les daba golpes para ahuecar la lana con tanta intensidad que Candelaria se alegró de no ser un cojín.

—¿Qué te parece si nos vamos ya al hospital? —dijo la mujer—. Así, cuando llegue esta tarde, no nos encontrará.

—Capaz es de personarse en la Misericordia.

—No lo hará, porque a Josefa le diremos que vamos a rezar a San Millán.

—Y ¿se puede saber con qué excusa?

—Ayer murió el sacristán de la parroquia.

—Y ¿no aparecerá Alvarito allí?

—Puede.

Candelaria se encogió de hombros, al tiempo que esbozaba una sonrisa traviesa que acentuó sus arrugas, pero que, paradójicamente, rejuveneció su apariencia. Ana soltó el cojín de cualquier manera y se colgó del cuello de su tía, que enseguida se deshizo de ella.

—¡Quita! ¡No seas zalamera!

—¡Te quiero!

—Anda, cámbiate. ¡Rápido!

Ana corrió a la escalera que comunicaba con la planta de los dormitorios; lo pensó mejor y se volvió.

—¡Vámonos ya! No quiero que se adelante y tampoco hoy podamos ver a Mateo. Este vestido está bien.

Candelaria estuvo de acuerdo. Lo único que se llevaron fueron los abrigos, los guantes y unos paraguas. El sol y su cálido abrazo habían ido ganando terreno a las nubes que unos días antes descargaron sobre la ciudad, pero uno nunca debía fiarse de la primavera segoviana. Tras recalcarle a Josefa que iban a San Millán, salieron de casa.

—Mejor vayamos por las escaleras del postigo del Consuelo —propuso Ana.

—¿Quieres ir dando un rodeo? Pensaba que tenías prisa.

—Y la tengo, pero es posible que Alvarito baje por la calle Real.

Cobijadas del viento por las casas que se apiñaban a ambos lados de la calle, tía y sobrina bajaron hasta el Azoguejo. Su animada charla se interrumpió al encarar la escalera que comunicaba la base del acueducto con la muralla, pues Candelaria acabó jadeando por el esfuerzo de la subida. Aún les costó media hora alcanzar el hospital y descubrir que habían hecho el viaje en balde: a Mateo le habían dado el alta dos días antes. Su tío había ido a buscarlo y se lo había llevado. Ya no necesitaba vigilancia intensiva, solo curas que se le podían hacer en casa, y por ello los médicos le dejaron marchar.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ana.

—Podríamos acercarnos a casa de sus tíos. No los conozco en persona, pero sé que viven cerca del Alcázar, en las Canonjías.

A Ana le brillaron los ojos. Aunque él no hubiera querido verla, le demostraría que ella no se había olvidado de su amistad. Le explicaría que Alvarito y su madre habían boicoteado sus intentos de visitarlo esos días en la Misericordia y estaba segura de que Mateo lo entendería.

—¿Podemos ir ahora mismo? —preguntó, ilusionada.

Candelaria asintió y abandonaron el hospital, rumbo a las Canonjías, el barrio que llevaba ese nombre porque tradicionalmente en él vivieron los canónigos desde el siglo XII. Atravesaron la plaza de San Esteban con rapidez —por si Alvarito aún no hubiera salido de su casa y las pudiera ver— y tomaron el callejón del Corral del Mudo, que las condujo hasta la

Puerta de la Claustra. Allí, bajo el arco de medio punto, cuya hornacina albergaba una réplica en piedra de la Piedad de la catedral, se santiguaron.

A pocos metros vivían los tíos de Mateo. A su casa, de dos plantas, se accedía a través de un portón rematado por un balcón combado por el tiempo. Llamaron y enseguida oyeron unos pasos al otro lado de la madera.

—Buenas tardes —saludó Candelaria cuando una mujer abrió.

—¿Qué quieren? —preguntó esta, con cierto desaire, mirándolas con reticencia.

—Verá, hemos ido a ver a Mateo al hospital y nos han dicho que unos familiares se lo habían llevado a casa.

La mujer no contestó. Tampoco hizo ningún gesto que pudiera darles una pista de qué estaba pensando, así que Candelaria insistió.

—Ustedes son los tíos de Mateo Garrido, ¿verdad?

Un hombre se aproximó a la puerta.

—Es el hijo de mi hermana —dijo él.

—Pero hace muchos años que no tenemos trato —añadió la mujer —. Por lo menos, desde que se murió la madre.

—Entonces, ¿quién se lo ha llevado del hospital? —preguntó Ana.

El matrimonio se encogió de hombros. Habían sabido que su sobrino estaba en la Misericordia, que había salvado a unos niños en el incendio, pero hacía tantos años que no tenían relación con él o con su padre que ni siquiera se molestaron en visitarlo. Se alegraron de que no hubiera muerto, eso sí.

—¿No tiene más familia? —preguntó Candelaria.

La tía no tenía constancia de ello, pero pudiera ser que hubiese alguna persona a la que no conocía emparentada con los Garrido. Tal vez unos primos.

—Aquí no, pero el padre tiene un hermano en Madrid. A ver si se lo ha llevado él —contestó el tío de Mateo, con desgana.

Candelaria dio las gracias al matrimonio por la información y ambas se marcharon. Fueron casi todo el camino en silencio. A la altura de la catedral, Ana lo deshizo.

—Y si se ha ido a Madrid, ¿por qué no se ha despedido de nosotras? ¿Tan enfadado está como para hacer eso?

Su tía no supo qué decirle. La abrazó para que sintiera su consuelo y, cuando se tranquilizó, continuaron por la calle Real hasta su casa.

Capítulo 14

Madrid, mayo de 1896

Al día siguiente de la llegada de Benito a Segovia, Mateo y él se marcharon a la capital. Era la primera vez que el chico viajaba en tren, pero durante el trayecto no salió del compartimento, ni tuvo curiosidad por recorrer los estrechos pasillos o sentarse un rato en el vagón-salón. Solo abrió la boca para devolverle los buenos días al revisor. El resto del viaje, lo pasó mirando por la ventanilla.

Instalados en Madrid, Benito consiguió para su sobrino los mejores médicos y su recuperación física progresó de manera notable; pese a ello, el ánimo del muchacho no mejoraba. Apenas hablaba y comía poco. El tío intentaba confortarlo, pero no le estaba resultando fácil, sobre todo cuando el joven se enfrentaba a alguna tarea que aún no era capaz de hacer por sí mismo y se desesperaba.

—No te preocupes, Mateo —le decía Benito en aquellas ocasiones —. Aprenderás a valerte tú solo muy pronto, en cuanto las heridas sanen y ese vendaje desaparezca. Créeme, la venda es el mayor estorbo.

Pero Mateo no estaba tan seguro de que su problema solo fuera la tela que cubría su mano. Cada vez que la destapaban para las curas, se le revolvía el estómago. Contemplaba su lamentable aspecto y bullían en él inquietantes sensaciones que nada tenían que ver con lo físico: imaginaba que todo el mundo iba a mirarlo como a un lisiado y acabaría sintiendo lástima de él. Eso le llenaba de indignación y una rabia que estaba amargándole el carácter. La herida física sanaría, pero había otra más profunda. El incendio se había llevado por delante su futuro, los planes que había trazado para los siguientes años de su vida.

—No sé qué voy a hacer a partir de ahora —se lamentaba.

—Ya lo pensaremos. Conmigo no te va a faltar ni techo ni un plato, y no necesito que me ayudes en la tienda. Solo tienes que

concentrarte en recuperarte para que cuando vuelva mi hermano de Cuba te encuentre bien.

—¿Le vamos a escribir para contarle esto? —preguntó Mateo, levantando su mano vendada.

Tenía miedo de que su padre se sintiera decepcionado por su baja en el Ejército.

—¡Por supuesto que se lo contaremos! ¡No es ningún deshonor lo que te ha pasado! Salvaste la vida a dos niños. Además, estoy casi seguro de que no lo desconoce; igual que me avisaron a mí, lo harían con él.

Benito sabía que Mateo aún requeriría tiempo para hallar paz, y pensaba ayudarlo actuando como un padre hasta que su hermano regresara. Se encargaría de que su máxima preocupación fuera encarar los días uno a uno, sin plantearse horizontes lejanos. Aprovechando que Madrid se preparaba para su fiesta grande, había tenido una idea. Un cliente le había contado en la zapatería que ese 15 de mayo, San Isidro, en el hotel Rusia se presentaría para el gran público un ingenio fascinante. Era una novedad en Madrid, y encontrar localidades no había sido sencillo, pero Benito puso todo su empeño y dio por buena la peseta que pagó por cada una cuando al fin las tuvo en sus manos. Había visto a Mateo interesarse por los tranvías impulsados por electricidad, desconocidos en Segovia, por lo que supuso que ese espectáculo, que se apoyaba en uno de los inventos más llamativos de los últimos tiempos, podría despertarlo de su apatía.

Aquella tarde festiva, ambos salieron de casa y se dirigieron al hotel Rusia, en el número 34 de la carrera de San Jerónimo. Asistirían a la representación de las tres de la tarde. Se acercaron dando un paseo y, cuando llegaron a las inmediaciones del hotel, se encontraron con un bullicio de viandantes, tranvías y coches de caballos en torno al edificio. No cabía un alfiler, como si todo Madrid se hubiera enterado del acontecimiento y no se lo quisiera perder.

—¿Qué venimos a ver, tío? —preguntó Mateo, intrigado.

—La proyección del cinematógrafo —le contestó Benito.

—¿La qué?

—Ya lo verás. El otro día leí en *El Heraldo de Madrid* que en el Circo de Parish se presentó un invento del señor Edison. Dice que se pueden ver todos los movimientos del cuerpo humano proyectados en

un lienzo por medio de potentes focos eléctricos.

—¿Eso es el cinematógrafo?

—No, eso se llama «animatógrafo», pero, según he leído, se parece bastante al cinematógrafo. Este lo han inventado unos franceses, los hermanos Lumière. Hoy es el primer día que la gente de a pie, como tú y como yo, puede verlo en Madrid, y no quería que nos lo perdiéramos. Ayer se estrenó en privado para periodistas y personalidades influyentes.

—Te tienen que haber costado mucho las entradas —apuntó Mateo.

—Ninguna vale tanto como volver a ver el brillo en tus ojos.

Le dio un suave apretón en el brazo y después se recolocó el sombrero, como si aquella reacción de cariño fuera algo reprobable.

—No me puedo imaginar cómo consiguen que se muevan las imágenes —señaló Mateo.

—Ni yo, hijo. Por eso quiero presenciarlo con mis propios ojos. Lo he estado leyendo, pero, si te soy sincero, casi me cuesta creerlo.

Cuando dijo esto, ya estaban en la entrada del Rusia. Un empleado les pidió las localidades y, tras comprobar que eran correctas, les indicó hacia dónde debían dirigirse: los bajos del hotel, donde había congregada una pequeña multitud. En la sala, Alexandre Promio, uno de los operadores de cámara de los hermanos Lumière, preparaba todo para la proyección mientras los asistentes esperaban para ocupar sus asientos en una de las veinte filas de sillas que se habían colocado en el sótano. Frente a ellas, una gran pantalla de tela blanca sería el marco para lo que verían los afortunados madrileños que esperaban en una sala anexa habilitada por el hotel.

Cuando al fin entraron y se sentaron, tuvieron que esperar todavía algunos minutos. Las luces de la sala se apagaron, se corrieron unos espesos cortinajes para preservar la oscuridad y se encendió el proyector. Enseguida, el ambiente se llenó con el ruido de los engranajes de la máquina girando, pero casi nadie le dio importancia al enervante sonido, ni a la molesta vibración luminosa de la imagen parpadeante. Todos asistían extasiados a la proyección de unas imágenes en movimiento que parecían magia.

—¿Cómo han conseguido esto? —preguntó Mateo en un susurro.

—La ciencia avanza deprisa, muchacho, acostúmbrate. El que viene será un siglo de grandes prodigios.

Una persona chistó detrás y silenciaron la charla. Durante un buen rato, permanecieron atentos a los diez cuadros que se proyectaron. Cuando cada uno de ellos terminaba, el público, que permanecía en un silencio asombrado, rompía en aplausos vehementes. Las fotografías animadas provocaron el entusiasmo general. Los cuadros mostraban la llegada de un tren a la estación, un paseo por el mar, la avenida de los Campos Elíseos, el Concurso Hípico y la demolición de un muro, entre otros, pero ninguno causó tanto impacto en el ánimo del joven que había sido artillero como las *Maniobras de la Artillería de Vicálvaro*, una filmación que se había rodado a propósito para presentarla en Madrid.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Benito al salir.

—Mucho; parece imposible que esto se pueda hacer.

—Te has quedado muy serio al ver a los artilleros de maniobras —dijo el tío, apoyado en su bastón, parándose unos instantes para pensar qué harían después.

—Supongo que tengo que hacerme a la idea de que esa ya no será mi vida. Todavía me cuesta.

—¿Tu cabeza está bien? —preguntó Benito, a la vez que instaba al chico a que lo siguiera rumbo a la puerta del Sol.

Mateo le miró interrogante. Si le estaba preguntando si en su cabeza había paz, la respuesta era un claro no. No podía dejar de pensar en su mano destrozada, en si iba a ser capaz de valerse por sí mismo en sus quehaceres cotidianos. Benito negó ante su silencio.

—Tu memoria no se ha visto afectada, no se te ha olvidado leer, recuerdas las lecciones de Historia y todo lo que aprendiste en la Academia, sabes de cuentas, ¿no es así?

—Sí —contestó Mateo, sin saber adónde quería ir a parar Benito.

—Pues eso es todo lo que necesitas de momento. Tienes estudios suficientes para empezar en la universidad el próximo curso, y eso será lo que hagas: prepararte para algo en lo que tu mano izquierda no suponga un problema. Por suerte, no eres zurdo. Eso sí sería un inconveniente, aunque tampoco creo que fuera tan dramático: siempre se puede aprender a usar la otra mano.

—¿Ir a la universidad? ¿Yo?

—Eso mismo.

—¿Con qué dinero?

—¡Caramba, Mateo! ¡Con el mío! Eres mi único sobrino. Mi zapatería lleva dando buenos beneficios durante años y puedo ocuparme de los gastos. Además, sé que mi hermano haría eso por un hijo mío en el caso de haberlo tenido.

—¿Y qué voy a estudiar?

—No te preocupes ahora, valoraremos lo que te gusta o lo que es mejor para tus circunstancias. Haremos una visita a la Universidad Central y veremos qué carreras te interesan, dispondrás del verano entero para pensarlo. Ahora no lo hagas, no es el momento. Hoy vamos a celebrar que estamos de fiesta, que hemos presenciado un prodigio y, al menos yo, que te tengo a mi lado. ¡Vivo, Mateo! Tu padre y yo nos hubiéramos muerto de pena si el incendio hubiera acabado con tu vida. Esa es suficiente razón para celebrarlo.

—Está bien. —Sonrió Mateo.

No había tratado mucho a su tío Benito, pero sabía que el hermano de su padre le quería con devoción.

—Te voy a llevar a comer unos pasteles a Lhardy. Está aquí mismo.

En diez minutos se sentaban a la mesa de uno de los restaurantes de Madrid con más clase. Mateo, mientras degustaba un café con la mejor torrija que había probado en su vida, pensó que ojalá alguna vez se comiera así de bien en Segovia.

Capítulo 15

Segovia, agosto de 1896

El calor pegajoso y asfixiante de finales de agosto recorría las calles vacías de una Segovia que a media tarde parecía muerta. Un silencio espeso se sumaba a la modorra de aquellas horas, en las que solo unos cuantos gatos callejeros, flacos y hambrientos, transitaban por las calles sin aceras en busca de algo que llevarse al gaznate. El resto de la ciudad dormitaba detrás de las fachadas esgrafiadas de las casas, a la espera de que el sol declinara y refrescase, permitiendo disfrutar del exterior.

Ana, sentada en una silla al lado de la ventana, se entretenía con una labor. Hacía tiempo que había empezado a bordar un dibujo de punto de cruz en un paño, un pájaro que simulaba revolotear entre unas ramas, y ya lo había terminado. Solo le quedaba añadirle la fecha, y estaría listo para que Candelaria lo mandarse enmarcar en la platería del Azoguejo. Era una tradición familiar que las primogénitas de cada generación cosieran el suyo, y se conservaban todos en la salita de la casa de los Crespo, alineados en la pared. Llevaba varias tardes centrada en la tarea, tan inmersa en la misma que parecía que se levantaba solo para coger la aguja e hincarla en el paño. Candelaria no decía nada, pero sabía que toda aquella concentración tenía que ver más con la marcha de Mateo que con que se le hubieran despertado de súbito aficiones de bordadora. Pasaban dos meses desde que el chico se fuera a Madrid, y no había llegado una carta de él que les dijera que se encontraba bien.

Ana estaba triste, pues no tenía ni una dirección a la que escribir. Había visitado el barrio de Mateo y preguntado a los vecinos de la calle de la Plata, pero no supieron darle señas de dónde podía estar. En la Academia tampoco había tenido éxito; a pesar de que se presentó como la hija de Pedro Crespo y alegó todo tipo de razones para querer saber sobre Mateo Garrido, no atendieron sus súplicas.

Tuvo que conformarse, aunque no podía creer que nadie supiera

dónde había ido.

—Ana —le dijo Candelaria, sacándola de su abstracción—, deja eso un momento.

La chica levantó la vista de la labor y se quedó mirando a su tía.

—¿Qué sucede?

—Ramona vino esta mañana temprano, cuando acompañaste a Josefa a comprar fruta al mercadillo del Azoguejo.

—¿Qué quería? —preguntó, mientras dejaba la costura encima de la mesa.

—Invitarte a merendar el domingo.

—¿A mí sola? —preguntó Ana, escandalizada. No se imaginaba presentarse sin compañía en casa de los Martínez.

—Por supuesto que no, ¡a las dos!

—¿Qué le has dicho?

—Iremos, claro —respondió Candelaria.

—Pero ¡tía! ¡No hace falta que tengamos trato con esa familia, más allá de saludarlos en la misa de la catedral los domingos! No me recuerdes que por culpa de Alvarito no pude ver a Mateo antes de que se marchase.

—Él no tenía por qué saber que tú tenías intención de visitar a Mateo, Ana; ya lo hemos hablado.

—Pues no tendría por qué saberlo, como dices tú, pero, en cuanto se lo llevó su tío, Alvarito dejó de venir todas las tardes.

Candelaria suspiró. A ella también le habían parecido extrañamente oportunas aquellas visitas del hijo de los Martínez las tardes que Mateo pasó ingresado.

—Eso es cierto, pero debemos ser prudentes.

—¿Por qué? —preguntó Ana con estupor.

—Porque tu padre y yo queremos que seas una mujer intachable, y no hace falta que demos alas a lenguas inquietas. Igual que Alvarito

ha difundido el rumor de que pronto será tu prometido, podrá hacerlo con otro que no te deje en buena posición. Debemos tener paciencia hasta que regrese mi hermano. Entonces, tú le pedirás a tu padre que se las arregle para darle a entender a Ramona que no te casarás con él y, solo cuando lo haga, si quieres, no tendrás ni que saludarlos en misa los domingos.

Ana suspiró.

—Tampoco hay que llegar hasta ese extremo. Es solo que… Alvarito es un pesado. ¡Nunca sé de qué hablar con él! Me agobia, a todas horas está pendiente de mí. Y su madre es más pesada que él. ¡Siempre presumiendo de sus rosquillas! ¡Pero si le salen secas!

Candelaria se echó a reír a la vez que abandonaba la habitación. Al momento, volvió con un plato en el que había un buen montón de rosquillas de azúcar. Ana las miro con cara de asco y después se dirigió al gato.

—Lo siento por ti, Melocotón, te las vas a tener que comer todas.

Su tía volvió a soltar una carcajada.

—Está bien, iremos a merendar. Pero te inventarás algo para que volvamos a casa pronto, por favor —suplicó Ana.

La mujer asintió.

Capítulo 16

Madrid, agosto de 1896

Con la apertura en junio de las Cortes de mayoría conservadora, empezaron las discrepancias en Madrid sobre cómo se estaba gestionando el conflicto con Cuba. El choque entre las reformas descentralizadoras de Cánovas en los territorios pacificados en la isla por Weyler y las propuestas liberales que pretendían que se les concediese más autonomía a los isleños, convirtió la política española en un polvorín. A las diferencias internas, se unió el riesgo cada vez más alto de la intervención de los Estados Unidos en el conflicto, una amenaza que desde España no se logró controlar.

Al confuso puzle de relaciones tensas que trataba de frenar los afanes separatistas en el Caribe, se sumó otro escenario en agosto de 1896, Filipinas, cuyo grupo étnico más numeroso protagonizó una insurrección. Hacía más de dos décadas que entre los tagalos se había extendido el nacionalismo, alentado por los abusos coloniales, y acabó estallando. La lejana colonia del Pacífico se convirtió en un dolor de cabeza más para un Gobierno que ya sufría potentes migrañas.

Sin embargo, a pesar de lo que supondría en los años siguientes el inestable tablero político, a finales de agosto de 1896 casi ninguna persona de a pie lo tenía en mente como uno de sus principales problemas. Hasta el pueblo solo llegaba el eco de una guerra en territorios demasiado remotos. Incluso, quienes recordaban el enorme poder militar de España en el pasado, confiaban en que el Ejército español podría sofocar cualquier revuelta antes de que se convirtiera en un verdadero problema.

Ese día de finales de verano, Benito y Mateo habían bajado al paseo del Prado después de cerrar la tienda de la calle Toledo, cuando la tarde declinaba y el ambiente se volvía más respirable en la ciudad. El chico hacía días que no llevaba vendaje alguno, pero disimulaba la falta de dedos escondiendo la mano en el bolsillo.

Benito lo observaba sin decir nada. Por un lado, entendía cómo se sentía, pero, por otro, sabía que, si no intentaba obviar lo que le sucedía, su carácter se agriaría para siempre. Por eso trataba de entretenerlo de todas las maneras que se le ocurrían, como con aquellos paseos al atardecer, que se habían convertido en costumbre aquel verano.

—Entonces, ¿tienes claro en qué quieres matricularte? —le preguntó, cuando cruzaron la calle a la altura de la plaza de Murillo.

—Creo que sí. Derecho puede ser una buena opción.

Benito señaló con el bastón en una dirección y ambos siguieron la indicación hacia el Jardín Botánico. Quería que ese día llegasen hasta la estación de Mediodía y después cogieran el paseo de las Delicias hasta la estación. El paseo de ida y vuelta les llevaría al menos una hora, en la que podrían charlar con tranquilidad.

—No está mal —dijo el hombre—, aunque, si te soy sincero, en algún momento soñé con que te interesarías por alguna ingeniería. Siempre te quedas hechizado con cada invento nuevo que recoge la prensa.

Hacía días que ambos habían leído en el periódico acerca de un aparato llamado «radio», y Mateo no había parado de hablar de ello los dos días siguientes. Le parecía fascinante poder escuchar la voz de una persona saliendo de una caja de madera donde no había nadie encerrado. Los dos tenían muchas ganas de ver una de cerca para dejar de elucubrar sobre cómo sería aquel prodigio.

—No tengo imaginación suficiente para idear inventos —sonrió Mateo—, aunque nunca dejará de fascinarme lo rápido que evoluciona el mundo.

—La verdad es que para inventar hay que aburrirse primero. A una mente ocupada no se le pueden ocurrir soluciones para nada, porque no tiene tiempo. Pero alguien aburrido, querido sobrino, alguien con la mente despierta y atento a todo, como ese americano, Edison, del que todos hablan, puede revolucionar el mundo. Supongo que una parte es eso; otra parte, inspiración; la más importante, ser capaz de encontrar la manera de llevarlo a cabo —dijo Benito—. Por ejemplo, mira ahí. —Le señaló la vía por la que circulaban tranvías, coches de caballos y bicicletas sin ningún orden.

—¿Qué tengo que mirar? —preguntó Mateo.

—Ese caos. ¿Te imaginas algo que lo ordenase, que ayudase a que todo el mundo siguiera una dirección sin cambiarla a su antojo, o que se detuvieran ante alguna señal para que la gente pudiera cruzar la calle sin jugarse la vida o para que ellos mismos no chocasen? Eso no se me habría ocurrido si no estuviéramos de paseo, si hubiera llegado aquí con prisas y llevara mil cosas en la cabeza.

—Probablemente tienes razón, pero estoy seguro de que no seré yo quien invente nada. Creo que el Derecho se me dará mejor.

Desde hacía unos meses, la cabeza de Mateo era un hervidero de preguntas. No creía tener sitio para inventos. Ocuparse de los problemas legales de los demás quizá le otorgase serenidad, al restarle tiempo para pensar en los suyos.

—No lo dudo, Mateo, no dudo que acabes siendo un buen abogado. Eres listo y trabajador. Cuando te licencies podrás ganarte la vida muy bien, aquí o donde te apetezca. Y, hablando de lugares, no has mencionado en ningún momento volver a Segovia —le dijo su tío.

—No me apetece, al menos hasta que regrese mi padre. Pero en su última carta sugería que la situación está empeorando en Cuba, así que no auguro que me vaya a ir pronto de tu lado, tío.

—Mateo, soy feliz contigo, estoy haciendo planes para que estudies…, pero creo que tendremos que ir para recoger tu ropa de invierno y airear la casa de tu padre, hace meses que está cerrada.

—Creo que habría que hacerlo, sí.

—Mejor antes de que empieces a estudiar.

—Pero no nos quedaremos, tío. Hay que buscar la manera de ir y volver en el mismo día. No quiero ver a nadie allí.

Casi sin darse cuenta, hundió un poco más la mano en el bolsillo.

—Ea, no se hable más, esta misma semana nos acercaremos.

Capítulo 17

Septiembre de 1896

Tío y sobrino madrugaron para coger el primer ferrocarril de la mañana desde Madrid y, cuando llegaron a la estación de Segovia, la luz dorada del amanecer todavía se derramaba por las estribaciones de Guadarrama. Al otro lado, Segovia parecía inundada de melancolía bajo el hechizo de aquella gama cálida.

Recordando la última vez que estuvo en la ciudad, Benito Garrido se apresuró a salir de la estación para buscar el carruaje que llevaba a los viajeros al centro cuando llegaba un tren. Alentó a su sobrino a que lo siguiera para conseguir uno de los asientos y, tan centrado estaba, que no se dio cuenta de la mujer que se acercaba a los dos hasta que la tuvo al lado.

—¡Lucía! —dijo, entre sorprendido y contento, cuando la reconoció.

—Benito…, has vuelto.

—¿Sigues viniendo a buscar a viajeros incautos a la estación? —preguntó él, con una sonrisa—. ¿Cómo estás?

Lucía suspiró y después se encogió de hombros.

—Un poco mejor que la última vez que nos vimos.

Mateo no entendía nada. Su tío le había hablado de una mendiga que le había ayudado a encontrar el hospital, pero no le había contado que existiera tanta confianza entre los dos. Su sorpresa se multiplicó cuando Benito se descolgó del hombro la bolsa de arpillera que había cargado desde Madrid, cuyo contenido se guardó mucho de compartir con él, y se la ofreció a la mujer.

—Confiaba en encontrarte; por eso he traído los zapatos que te prometí para ti y para tus niños. Como no sabía tallas, hay varias;

puedes vender los que no os sirvan. —Después de una pausa, le lanzó una recriminación—: No te pusiste en contacto conmigo.

—No me debías nada, Benito. No había ninguna necesidad.

—Tus zapatos y tus ropas desmienten eso, Lucía, y además sabías que quería hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque puedo permitírmelo y porque el paseo contigo fue muy agradable, aunque reconozco que al principio me molestó mucho que me hicieras perder el transporte.

Lucía se sonrojó ligeramente. El hombre, que pasaba de largo los cincuenta, no se comportaba como la mayoría de la gente elegante o los viajeros con los que se encontraba, que le daban una moneda para que dejase de molestar con su jerga ininteligible o ignoraban su presencia como si fuera invisible.

—¿Cómo está tu sobrino? —le preguntó ella, cambiando de tema.

Benito señaló al muchacho que permanecía a su lado, al que la mujer no había prestado atención. Este se quitó el sombrero y la saludó con una inclinación educada de cabeza. El evidente parecido entre ambos la sobrecogió.

—¿Eres… Mateo? —titubeó Lucía.

—Sí, señora.

Lucía se llevó la mano al pecho y ambos se dieron cuenta de que una profunda emoción la había embargado. Se quedó callada, como si las palabras que quería pronunciar se hubieran atorado en su garganta y no encontrasen la manera de desatascarse y salir.

—¿Estás bien? —le preguntó Benito, preocupado por su repentina mudez.

Lucía dejó caer la bolsa al suelo y se lanzó a los brazos del muchacho, que al instante se puso rígido. No recordaba haber visto a aquella mujer nunca y no entendía por qué se arrojaba a él con esa efusividad.

—Disculpa, perdona, perdona… —balbuceó ella, soltándolo cuando advirtió lo impropio de su gesto. Se limpió una lágrima que le

corría por la mejilla.

—No pasa nada —dijo él.

En ese momento, el conductor del carruaje les hizo un gesto para indicarles que estaba a punto de partir, que se dieran prisa si querían que los llevase hasta el centro.

—Nos tenemos que marchar, Lucía —señaló Benito.

—Será solo un momento. Mateo —dijo, cogiéndole los dos dedos que conservaba en la mano izquierda. Ella sintió su sobresalto—, quiero darte las gracias.

Acarició con devoción los muñones que habían quedado en el puesto de los otros tres dedos y él se estremeció. Lucía no mostraba asco al verlos, al contrario, había un profundo respeto en aquel gesto. Le observó con los ojos acuosos y una emoción que le traspasó.

—Quiero darte las gracias porque tú salvaste a mis hijos. No tendré vida para pagarte por esto.

Los dos hombres intercambiaron una mirada rápida y después la volvieron a ella. Benito negó con la cabeza a Mateo, que parecía preguntarle con la mirada si él estaba al corriente de lo que ella estaba hablando, pero este le confirmó que no sabía quién era Lucía más allá de la mujer que le llevó hasta el hospital en su anterior visita.

—¿Vienen o no? —gritó el conductor, malhumorado por el retraso.

—Sí, sí, claro —contestó Benito—. Lucía, ven con nosotros, necesito hablar contigo.

—No puedo, tengo que sacar un jornal para alimentar a mis niños. Y después me iré al Clamores, he dejado allí a mi hija con la ropa de hoy para lavar.

—Luego irás, monta en el carruaje, por favor. Tenemos que hablar.

Lucía, a regañadientes, aceptó. Benito pagó al conductor por los tres. Este puso mala cara cuando tuvo que aceptarla como pasajera, pero el zapatero le había dado varias monedas extra que le convencieron para cerrar la boca.

En unos minutos, llegaron a la plaza Mayor.

Capítulo 18

La merienda en casa de los Martínez había sido excesiva, tanto por las viandas que Ramona había ordenado disponer en la mesa a sus tres sirvientas como por las atenciones que mostraron hacia Ana. Todo les parecía poco para complacer a la chica, para lograr que se sintiera como una reina; querían tenerla de su lado cuando su padre regresara para que aceptase de buen grado a Alvarito como esposo.

Para alguien de origen humilde como los Martínez, emparentar con una familia mejor considerada que la suya era un objetivo primordial. Ramona llevaba tiempo intentándolo, aunque a esas alturas había descartado ya conseguir para su hijo a la hija de un marqués o un conde, pero no era mujer de rendirse. Concluyó que, a falta de algo mejor, atar lazos con un militar de rango servía también como escalón de acceso a la élite local, que hasta esos momentos aceptaba a su familia solo a regañadientes. Tenían el dinero, la mujer se había esmerado en domar sus formas y vestirse de apariencias, pero no podía sacarse de encima la pesada losa de su origen humilde.

Por eso había organizado la merienda y elegía bien cómo jugar sus cartas. Las noticias que llegaban de Cuba eran cada vez más preocupantes y no auguraban que el regreso de Pedro se fuera a producir en breve; concluyó que no podía permitirse que aquella imprecisa promesa de antes de su partida se desdibujase. Sin una base sólida, la vaga idea del matrimonio entre los chicos se esfumaría con la misma rapidez con que se desvanece el humo de un cigarro. Debía ocuparse en persona de afianzar los lazos y de ningún modo iba a dejarlo en manos de los hombres de la familia. Ni Álvaro, ni mucho menos Alvarito parecían darse cuenta de que el camino más corto para eliminar de la memoria de la ciudad su pasado en los arrabales pasaba por un conveniente matrimonio.

Álvaro no compartía el pensamiento de Ramona y se centraba en sentarse en la tertulia del café de la Unión con su hijo al lado. Aquel verano, allí no se planificaban matrimonios, se hablaba de la insurrección cubana. Algunos socios opinaban que el Gobierno se había equivocado, que debería haber vendido la isla a los Estados Unidos, como se hizo con La Florida a principios de siglo para

deshacerse del problema; otros, alentados por la prensa escrita, beligerante del todo con esa posibilidad, se oponían frontalmente y veían que se hablase de la venta como una auténtica traición. Alvarito y su padre callaban; ni siquiera sabían situar la isla en un mapa, pero no se perdían las reuniones, en su convencimiento de que los lazos sociales se anudaban sentados en las sillas de aquella tertulia, en las partidas de naipes o fumando olorosos habanos. Sin opiniones sólidas que compartir, lo único que habían logrado, de momento, era aburrirse. Su estrategia de ascenso social estaba dando pobres resultados.

El escollo que entorpecía los planes de Ramona en el pasado, Mateo Garrido, hacía meses que se había solucionado solo. Se había fijado en el interés del chico por Ana y en la influencia que ejercía en ella, y había temido que supusiera un problema, pero el accidente que sufrió en el incendio y su repentina marcha a Madrid lo habían borrado de aquella ecuación. Entonces, las noticias de Cuba eran más optimistas; por eso pensó que sería cuestión de pocos meses que Alvarito acabase casado con Ana. Sin embargo, lo que comentaba la prensa en las últimas semanas y lo poco que le contaba Álvaro de sus reuniones en el Casino comprometían sus planes porque los dilataba en el tiempo.

La merienda de aquella tarde era una puntada diminuta en una labor que tejía con minuciosidad, pues consideraba que de ella dependía el futuro de su familia. Por eso no había escatimado en nada.

La tarde empezaba a declinar y las conversaciones banales se agotaban en la salita de los Martínez, cuando a Alvarito se le ocurrió una idea.

—Podríamos salir a dar un paseo —propuso a Ana—. Creo que hemos merendado de más.

Ella agradeció la sugerencia. Acortaría la visita y le ahorraría a Candelaria tener que ensanchar los vestidos después de la pantagruélica merienda.

—Me parece bien —le dijo.

—Podemos llegarnos al Azoguejo y después bajar hasta San Millán —propuso Alvarito.

—No se hable más —estuvo de acuerdo Ramona—. Laura y yo nos vamos a cambiar de vestido, si nos disculpan.

Ramona, después de decir aquello, se levantó y salió acompañada de su hija.

—Es una pena que tu padre no haya podido acompañarnos, pensaba que al ser domingo estaría aquí —dijo Candelaria, para romper el incómodo silencio que se hizo cuando la anfitriona de la casa desapareció.

—Cualquier día de la semana hace falta luz —señaló Alvarito—. Ha habido una avería y ha tenido que ir a asegurarse de que se soluciona.

—Abrir la fábrica de luz ha sido todo un acierto para vuestra familia —comentó la mujer.

—Sí, sí, casi todas las casas bien de la ciudad tienen electricidad, y empiezan a ponerla en otras más modestas. Los socios y las bombillas crecen cada día. Está siendo un buen negocio, porque las industrias también se alimentan de nuestra luz y, por supuesto, el ayuntamiento. No hay color con respecto a las farolas de gas, esto es mucho más cómodo.

—Es estupendo tener luz eléctrica en toda la casa —dijo Ana, fijándose en el exceso de bombillas de la sala de los Martínez.

Ellas solo tenían dos, una por planta.

—Cuando nos casemos, tendrás una casa con luz en todas las habitaciones —le dijo Alvarito, y después sonrió.

Ana hizo intención de replicarle, pero Candelaria frenó su impulsividad con un gesto e hizo una proposición:

—Vamos a la calle, esperaremos a tu madre y a tu hermana en la plaza, Alvarito. El calor ha bajado y se está mejor fuera.

El chico se mostró de acuerdo y los tres juntos salieron a la calle, después de avisar a una de las sirvientas. El sonido de la puerta al cerrarse de golpe espantó una bandada de palomas de lo alto de la torre de la iglesia de San Esteban.

Para Mateo, el día había estado poblado de recuerdos. Al abrir la puerta de su casa de la calle de la Plata olía a cerrado, pero también a nostalgia. En cada rincón había algo que le recordaba a otra vida que

parecía lejana, aunque solo hiciera unos meses que había salido de allí para dar un simple paseo. Encontró en su habitación su impecable uniforme extendido sobre la cama y notó una congoja que Benito intentó espantar posando una mano en su hombro.

—Tranquilo, hijo; todo está bien —le dijo.

Como ya sabían del vacío de la despensa —Mateo la había dejado así cuando preparaba su viaje a Cuba—, habían decidido comer en uno de los figones de la Cabritería. Antes de que Lucía se marchase a lavar al Clamores, acordaron que se reuniera con ellos a mediodía y que se llevase a sus tres hijos. A Benito le costó convencerla porque ella se empeñaba en que sería una molestia. Solo en el momento en que Mateo se lo pidió, Lucía cambió de idea. A la hora acordada apareció con su familia, vestidos con lo mejor que habían podido encontrar entre las viejas ropas cedidas por los vecinos que se apiadaron de ellos tras el incendio.

La comida transcurrió distendida, y tío y sobrino se alegraron de haber invitado a la familia, pues Lucía la amenizó contándoles un montón de historias.

—¿Sabéis por qué a esa parte que se ve desde Segovia de la sierra de Guadarrama se la conoce como la Mujer Muerta? —les preguntó.

Mateo sonrió, le había escuchado a Hilario la historia, pero Benito no, y la animó a que se la contase.

—Dicen que la mujer del jefe de una tribu que hace mucho mucho tiempo vivió donde ahora está el Alcázar tuvo dos hijos gemelos. Cuando crecieron, los dos querían ser los jefes, pues no se ponían de acuerdo en quién era mayor que el otro para reclamar ese cargo. Decidieron pelear a muerte, pero entonces cayó una fuerte nevada que se lo impidió. Cuando pasó la ventisca, en lugar de la llanura que siempre los había rodeado, vieron que había surgido una montaña que recordaba al cuerpo tendido de una mujer. La madre de los gemelos había desaparecido durante la tormenta; contaban los vecinos que, desesperada, había ofrecido su vida a Dios a cambio de que sus hijos no se matasen entre ellos. Desde entonces, se dice que dos pequeñas nubes se acercan cada atardecer a la montaña y que son los hijos de la mujer, que acuden a besar a su madre.

—Yo conocía otra versión —dijo Mateo—, la que afirma que fue Hércules quien esculpió sobre la silueta de la sierra de Guadarrama la de una princesa.

—Sí, hay más —añadió Lucía—. Otra dice que dos caballeros medievales estaban luchando por una mujer. Esta se puso en medio para separarlos y ellos mismos acabaron con su vida. Y en otra son dos pastores, pero en todas se repite la tormenta y la naturaleza enfurecida, así que yo me quedo con la primera, que me gusta más. Una madre dando la vida para salvar la de sus hijos. Yo lo hubiera hecho.

Lucía miró al pequeño de sus niños y le acarició la barbilla. Amaba Segovia, le brillaban los ojos cuando hablaba de cualquier rincón de la ciudad que la había acogido como si sus raíces siempre hubieran estado allí. Mateo reconoció en ella a un alma buena rodeada de infortunios. Después de pensarlo, cuando terminaban de saborear los cuartos de asado que se había empeñado en pedir su tío, le propuso algo.

—Quiero que te traslades a mi casa con los niños, Lucía. Te ahorrarás el alquiler, y yo no tendré que buscar a nadie que la mantenga en condiciones. Pensaba pedirle a alguna vecina que entrase de vez en cuando, pero prefiero que te quedes tú. Las casas se mueren si se quedan vacías.

—No puedo aceptar eso —dijo Lucía.

—Claro que puedes; es más, nos estarías haciendo un favor. ¿No decías que no tenías nada con lo que pagarle a Mateo lo que hizo? —le preguntó Benito.

—Pero…

—Nada de peros, Lucía —siguió el tío de Mateo—. En la casa hay sitio para los cuatro y para cuando nosotros nos acerquemos a Segovia, nos podremos apañar.

—Y ¿qué pensará la gente? Mirad cómo vamos vestidos. El dueño de este figón nos ha mirado mal cuando hemos entrado, y eso que lo hemos hecho con vosotros —replicó ella.

—Avisaremos a los vecinos —apuntó Mateo.

—Y tu padre ¿qué opinará cuando vuelva?

—Lucía —dijo él—, de mi padre me encargo yo. Le parecerá bien.

—Te daré algo de dinero para que compres ropa a los niños y para ti —se ofreció Benito.

Sin pensarlo, sacó un par de billetes y se los tendió. Ella, al principio, se negó a aceptarlos. Después, ante la mirada esperanzada de sus tres niños, que se habían portado de maravilla durante la comida, aceptó.

Tras comer, regresaron a la casa, y

Mateo habló con un par de vecinas para informarles de que tendría nuevos inquilinos. No se libró del interrogatorio al que lo sometieron aquellas mujeres por sus meses de ausencia.

Cuando se aproximó la hora a la que el carruaje recogía a los viajeros para llevarlos a la estación, los niños llenaron de besos a Mateo. Lucía, emocionada, lo abrazó. Tío y sobrino se despidieron y se trasladaron al Azoguejo, y allí, bajo la sombra del milenario acueducto, se dispusieron a esperar su transporte.

—Creo que hemos hecho bien dándole las llaves de la casa a Lucía —dijo el muchacho, refugiado en esos momentos bajo la poderosa sombra de uno de los arcos.

—Yo también lo creo. Esa mujer te está muy agradecida, y el cambio que va a suponer para ella librarse del peso del alquiler la ayudará a salir adelante mejor. Es probable que con esto no necesite ir a la estación, que se pueda dedicar solo a lavar ropa. Estoy seguro de que, cuando volvamos, tendrá todo en orden.

Mateo permaneció en silencio. Durante aquellos meses de recuperación en Madrid no había hecho otra cosa que lamentarse por los dedos que había perdido. Se había regodeado en su dolor, sin pensar en ningún momento que ese tributo tenía una contraprestación que valía mucho más. Esa la sintió cuando el más pequeño de los niños se le echó a los brazos. Quizá fuera el que menos comprendía lo que había sucedido aquella tarde, pero Lucía le había hablado tanto del chico que entró en la casa y le salvó la vida que el niño había desarrollado poderosos sentimientos hacia él. Esos que deshicieron el hielo en el ánimo de Mateo hasta mostrarle que debía seguir adelante sin pensar en lo que perdió, sino en todo aquello que seguía en pie gracias a su acto.

Solo había un pequeño detalle pendiente que tenía que resolver aún.

Echó un último vistazo hacia la calle Real, por la que muchos segovianos daban un paseo aprovechando que había bajado el calor. Buscaba entre ellos a Ana.

—Deberías haberle escrito una carta diciendo que vendrías —dijo Benito, que adivinó, al seguir su mirada, lo que estaba pensando su sobrino.

Al bajar del figón, se habían acercado a la casa de los Crespo. Mateo golpeó la aldaba de la puerta varias veces, pero nadie abrió. Una vecina, que se asomó a la ventana desde la casa de enfrente, les contó que había visto salir a Ana y Candelaria a primera hora de la tarde calle arriba. Tampoco estaría Josefa porque libraba los domingos. Nadie iba a abrirle, por mucho que llamara.

—Debería haberlo hecho, sí. —Suspiró Mateo, recordando la punzada de desilusión que sintió al escuchar las palabras de aquella mujer.

—Y no ahora, Mateo; deberías haber escrito a Ana hace tiempo. No sabe dónde te fuiste y estoy seguro de que lleva meses preocupada por ti. Si hasta en la Academia dejaste recado de que no le dijeran dónde estás. Creo que no se lo merece.

—Llevas razón, tío. Lo haré cuando lleguemos. Escribiré a Ana.

Benito le puso la mano en el hombro y, casi al momento, sintieron el sonido de los cascos de los caballos que arrastraban el carruaje de la estación. Pagaron sus billetes y se montaron.

Por un par de minutos no les dio tiempo a ver que Ana bajaba al Azoguejo desde la calle Real al lado de Alvarito Martínez, seguidos muy de cerca por Candelaria, Ramona y Laura.

El viaje en tren fue tan pesado como el de ida. A pesar de que llegaron tarde y cansados a la casa de la calle de las Huertas, Mateo no se dormía. Las emociones del día y el ánimo renovado con el que había vuelto de Segovia lo mantuvieron en vela casi toda la noche. Cuando el alba empezó a colarse por la ventana y despertó a la ciudad, él estaba sentado en el escritorio de su cuarto, escribiendo a Ana.

No le hicieron falta borradores. Había pensado tanto en lo que le quería contar que, en ese momento, superado el bache que le impedía ser el mismo de siempre, las palabras le salieron a borbotones y completó dos cuartillas escritas por ambos lados.

En cuanto desayunó con su tío, se marchó para poner la carta en



el correo; quería que llegase lo más pronto posible a manos de su amiga.

Capítulo 19

Segovia se llenó de algarabía a mediados de septiembre, cuando la Academia de Artillería recibió, como cada año, a los estudiantes que ocuparían sus aulas. Muchas familias aprovechaban la presencia de los chicos para ganarse un extra al alojarlos en sus casas, y otras, las más pudientes, se trasladaban con ellos para acompañarlos, abriendo casa en la ciudad. La población crecía, pero sobre todo rebosaba de la vitalidad de la juventud. Las mañanas se llenaban de sus pasos rumbo a las clases o a explorar sus rincones, y la ciudad revivía, al menos hasta que los rigores del invierno castellano obligaban a todos a resguardarse en casa.

Los futuros cadetes llegaban para aprender geometría, dibujo, química, ciencias naturales o equitación, así como toda una serie de materias relacionadas con la artillería, pero también disciplina, rectitud de costumbres y pundonor ejemplar, a lo que había que añadir los profundos valores religiosos que les eran inculcados. A veces, los jóvenes provocaban conflictos con los vecinos, pero por fortuna eran las menos.

A Ana, las alegres voces de los jóvenes cadetes cuando bajaban por la calle Real no le inspiraban alborozo; le recordaban a diario que Mateo ya no era uno de ellos y que se había marchado sin despedirse. El verano parecía haber serenado los primeros momentos de desconcierto por su ausencia, pero la llegada del nuevo curso, de esa resurrección que vivía la ciudad cuando los cadetes la invadían, volvió a colocarlo en el centro de sus pensamientos.

Se regañó.

Debería seguir enfadada con él.

Debería olvidarse, del mismo modo que él la había olvidado.

Debería pasar página y dejar que la vida siguiera su curso, sin anclarse en su recuerdo.

Sus pensamientos danzaban entre un «debería» y un «no puedo» constantes, y ni coser o ayudar a Josefa con las tareas parecía

serenarlos. Solo leer una y otra vez el libro de rimas lograba otorgarle la paz que ansiaba.

Unos aldabonazos resonaron en el zaguán, y Ana se asomó desde la ventana para ver de quién se trataba.

—Hola, Alvarito —saludó.

—¿Sabes que me gustaría que me llamaras Álvaro? He crecido demasiado para seguir llevando ese diminutivo.

—No sé si sería capaz; Álvaro es tu padre. Pregúntale a cualquiera…

—Recuérdame que cuando tengamos un hijo no le pongamos mi nombre.

A Ana le entraron ganas de tirarle una maceta, pero a cambio sonrió de manera forzada.

—¿Qué haces ahí? ¿No deberías estar trabajando?

—He estado con el párroco de San Martín. Van a poner la luz en la sacristía de la iglesia, y quería hablar con alguien de la fábrica. Solo he parado para saludarte.

—Espera, que bajo.

Mientras Alvarito esperaba a Ana en la puerta, llegó el cartero. Una cantidad inusual de misivas pesaban en su saco esa mañana e iban a retrasar el fin de su jornada. Al escuchar a la señorita Crespo decirle al hijo de los Martínez que bajaría a la puerta, pensó que podía aprovechar para no entretenerse allí. El cartero preguntó a Alvarito, mientras le mostraba un sobre abultado.

—¿Podría entregarle esto a la señorita Ana Crespo?

El joven iba a contestarle una grosería solo por sugerirlo, pero cambió de idea de inmediato. Si aceptaba el sobre, podría enterarse discretamente de con quién se carteaba Ana.

—Sí, claro —respondió.

Tomó la carta en sus manos, y el cartero enseguida desapareció calle arriba. Alvarito, en cuanto se sintió a salvo de su escrutinio, giró el sobre para mirar quién lo remitía. Estaba tan concentrado que se sobresaltó un poco cuando alguien a su lado le dio los buenos días. Al

levantar la cabeza, se encontró con un empleado del ayuntamiento que, con gesto circunspecto, se disponía a llamar a la puerta de Ana.

No le dio tiempo; ella misma le abrió.

—Buenos días, señorita Crespo, tengo que hablar con usted —dijo muy serio el hombre.

—¿Conmigo?

—Sí. Si puede ser, en privado.

El empleado municipal miró a Alvarito. Como este no hacía ni el intento de marcharse, tuvo que emitir un carraspeo para hacerse entender.

—Bueno, yo me voy ya, llego tarde a trabajar. Señor, Ana…

A modo de saludo, Alvarito se quitó el sombrero de mala gana y bajó por la calle Real. Volvió la cabeza un par de veces, por si se enteraba de lo que fuera que aquel hombre tenía que hablar con Ana, pero no alcanzó a verlo, pues ella le invitó a entrar en el zaguán de la casa.

—Señorita, siento muchísimo esto. —El hombre le tendió un papel—. Debe firmarme un recibí.

—¿Qué es esto?

—Lo siento, de verdad.

Ana leyó con ansiedad quién remitía el documento que el hombre le entregaba: «Ministerio de la Guerra». El corazón empezó a latirle furioso, anticipando lo que escondía aquella carta.

—¡Tía! ¡Tía!

Candelaria, al escuchar los gritos de Ana, bajó corriendo las escaleras de la casa.

Alvarito, en esos momentos camino de la fábrica de la luz, abrió el sobre que no había entregado a Ana. No le gustaba nada leer, lo hacía de manera lenta y torpe, pero aun así fue capaz de comprender todo lo que aquella carta contenía.

A la altura de la plaza de toros, la rompió en varios pedazos y la tiró entre unas malas hierbas que crecían al borde de la carretera.

Segunda parte



Capítulo 20

Junio de 1902

Cuatro años atrás, el 19 de abril de 1898, la guerra dio el vuelco que algunos se temían. El hundimiento de uno de los acorazados de guerra estadounidenses en el puerto de La Habana, el Maine, fue atribuido por la prensa norteamericana a los españoles. Los Estados Unidos ya tenían el conflicto que llevaban buscando desde hacía tiempo. Sensibilizada su opinión pública, el Gobierno norteamericano no perdió tiempo en declarar la guerra a España como represalia, posicionándose a favor de la isla, y rápidamente envió sus tropas al Pacífico para involucrarse también en la independencia de las colonias de ultramar.

No fue un conflicto igualitario.

La Marina estadounidense, equipada con buques y armamento mucho más modernos que los españoles, barrió a un ejército que no estaba preparado para enfrentarla; en la primavera en Cavite, en Filipinas, y a principios de verano, en

Santiago de Cuba. El Ejército español no se rindió, a pesar de que en privado algunos de sus generales llegaron a afirmar que el sacrificio al que iban era tan estéril como inútil; en poco más de tres meses, España había perdido todas sus colonias.

La derrota, costosa en sangre y dinero, fue acogida por la mayoría de la sociedad española con indiferencia, como si no hubiera sucedido nada, como si el sacrificio de vidas que supuso, sobre todo de gentes humildes, no tuviera la más mínima importancia. Solo un grupo de intelectuales protestó e instó a las autoridades a que se abordaran los problemas de pobreza, ausencia de desarrollo e injusticia social, pero fue más una postura filosófica que una acción real.

Pero no a todo el mundo le resultó tan indiferente. La vida de Mateo Garrido dio otro vuelco al final de la guerra, cuando se encontró con un padre que no era el mismo tras volver de allí. Las

esquirlas de una bomba lo alcanzaron en el cráneo y, aunque se recuperó, le quedaron constantes dolores de cabeza y mareos, que se combinaban con episodios en los que apenas recordaba quién era él mismo, y mucho menos quiénes eran su hijo y su hermano. El Ejército lo retiró, y Benito y Mateo decidieron que lo mejor sería que se quedase con ellos en Madrid, y no regresara a Segovia.

Los años siguientes, el joven los pasó entregado a sus estudios en la Universidad Central y al cuidado de Hilario. Ni una sola vez tuvo el deseo de poner un pie en tierras segovianas; sentía que ya nada le ataba a esa ciudad. La que había sido su casa seguía atendida por Lucía y no requería su presencia, y Ana, la otra razón que dejó allí, era muy probable que se hubiera olvidado de él. Ni le había respondido a la carta en la que le abrió su corazón y en la que se había disculpado por su repentina marcha y por aquella última vez que se vieron en la que no había sido nada amable con ella.

Si no había respondido en seis años, quizá no tuviera intención de hacerlo nunca.

A pesar de su intención, Segovia volvió a reclamarlo.

En junio de 1902, cuando apenas hacía un mes que Alfonso XIII cumplía su mayoría de edad y asumía la Corona de España de manos de su madre, que desde su nacimiento había sido regente, Mateo Garrido ya era abogado. Aquella mañana de junio estaba refugiado del sol bajo el pórtico de San Millán. Allí se había citado, aunque no contó con el retraso del ferrocarril. Había llegado tan tarde que, al no ver a la persona que debía esperarlo, dudaba si sería sensato quedarse, o encaminarse hasta su antigua casa en la calle de la Plata, en el barrio de Santa Eulalia. Entre aquellos pensamientos se debatía cuando le alcanzó una voz femenina que procedía de la puerta de la iglesia.

—¿Mateo?

Él se giró y se quedó mirándola, al principio sorprendido. Los seis años transcurridos habían modificado sus rasgos; no tanto como para no percatarse de que era ella, pero sí para hacerle dudar. Además, su ropa también le confundió. Vestida de ese modo, no se parecía en absoluto a la mujer que conocía. El vestido era muy humilde, pero con un aspecto pulcro al extremo. Emanaba serenidad y madurez, la apariencia de una mujer feliz y en paz con la vida. Pronto, una sonrisa se apoderó del rostro de Mateo.

—Lucía…, estás… distinta… Estás muy guapa —le dijo, cogiéndole las manos.

—¡No digas tonterías! Me he llenado de canas, y cada día estoy más vieja.

El joven se echó a reír por lo sincero del comentario.

—Tú no eres vieja, Lucía.

—Tengo treinta y cinco años. Y muy trabajados. Perdona que me haya entretenido dentro. Siempre vengo un día a la semana a rezar a la catedral de los arrabales por el alma de mi niña y me pierdo en mis pensamientos. No puse atención a la hora.

La mujer se agarró del brazo del joven y le instó a que salieran al exterior del pórtico de San Millán. El paseo hasta la casa de Mateo les llevaría al menos un cuarto de hora; tendrían tiempo de ponerse al día de esos seis años en los que solo se habían comunicado por carta.

—¿Cómo están los demás? —preguntó él.

—Pinar sigue lavando en el río, se niega a entrar a servir en ninguna casa, y eso que tiene ya dieciséis. Dice que no está hecho para ella. No sé qué pájaros tiene en la cabeza esta muchacha.

—¿Y los niños?

—Andrés ha entrado a trabajar como aprendiz de un carpintero. Cobra dos pesetas diarias y está ahorrando porque dice que se quiere comprar un burro.

—¿Para qué quiere un burro? —preguntó Mateo, mientras caminaban y se reía de la ocurrencia del adolescente. Su casa, desde luego, no estaba preparada para alojar animales.

—Porque quiere usarlo para llevar de un lado a otro a los viajeros que vengan a visitar Segovia. Dice que conoce por mi boca tantas historias de la ciudad que puede hacerlo, que con eso ganará más y no tendrá que aguantar a un patrón que le dé voces. Espero que se le pase pronto la tontería. ¡Un burro! ¡Ni que viviéramos en el pueblo!

—¿Qué tal está Lucas?

—Por suerte no nos hace falta que trabaje; con lo de Pinar, las pocas perras que suelta Andrés, lo mío y la inestimable ayuda de vivir

gratis en tu casa, tenemos suficiente. Además, tu tío sigue mandando dinero, aunque le haya dicho mil veces que no lo haga. Estamos bien. Creo que mejor que en toda mi vida.

—¿Sigue viendo el médico a Lucas?

—Sí. Dice que el daño en los pulmones que sufrió el día del incendio no se le va a curar nunca. No puede correr como el resto de niños, y veo muy difícil que se gane la vida como jornalero, se cansa enseguida. A ver si cuando crezca lo podemos colocar en algún comercio o en algo que no necesite tanto esfuerzo. O tal vez podría estudiar. ¿Te imaginas? Mi pequeño, un licenciado como tú. No sé, algo habrá que encontrar, porque tiene que aprender a ganarse la vida. Yo no voy a estar siempre.

—Ojalá hubiera podido sacarlo antes de la casa.

—Mateo, Lucas tiene nueve años. Si no fuera por ti, ni hubiera cumplido cuatro. Bastante hiciste. Pero no hablemos de cosas que se han quedado atrás. Espero que encuentres la casa a tu gusto. Te he preparado tu cuarto. Han estado durmiendo en él los niños, pero a ellos los he puesto en el de Pinar, y ella se quedará a dormir conmigo para que vuelvas a tu antigua habitación.

—No hace falta que los cambies, ese cuarto es grande y se puede comprar otra cama. No me importa dormir con ellos.

—Pero ¿cómo un hombre hecho y derecho como tú, ¡un abogado!, va a compartir habitación con dos *motardines* que dan más guerra que valen? ¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

—En marzo cumplí veintiocho.

Lucía lo miró con interés. Había cambiado mucho desde la última vez que se vieron. Había dejado de ser un muchacho para convertirse en un hombre que, además, ahora que se fijaba bien, era muy atractivo. Sus ojos verdes no tenían esa tristeza que los empañaba en su anterior visita. Le sentaba muy bien el pelo algo más largo que en sus tiempos en el Ejército y el traje que llevaba le hacía parecer muy distinguido.

—Veintiocho —repitió—. ¡Yo era viuda a esa edad! ¿Tú no has dejado a una novia en Madrid?

—No he tenido tiempo.

—Para eso no hace falta tiempo, Mateo; hacen falta ganas.

El calor apretaba y se pararon un momento a la sombra de un castaño de los que crecían en los jardines frente a Santo Tomás, cuando una vecina del barrio los detuvo para darle un recado a Lucía. Quería decirle que había una señora que buscaba a alguien para una limpieza. Lucía le contestó que contase con ella. Se pusieron de acuerdo enseguida en los horarios y el jornal, y las dos mujeres se despidieron.

—No te falta faena —le dijo Mateo cuando la vecina se marchó.

—No, y ni he tenido que volver a la estación a pedir. No debo en ningún comercio y me siento casi una señora con casa propia.

Lucía no siguió andando, quería decirle algo a Mateo mirándole a los ojos.

—No tendré vida para agradeceros a tu tío y a ti todo lo que habéis hecho por nosotros.

—Pues no lo hagas —contestó Mateo—. No hace falta. Tú encontraste un trabajo; cuidar de mi casa y vivir en ella es tu pago.

—¿Y lo que me da tu tío?

—Mi tío es feliz haciendo eso, déjalo; es un buen hombre.

La mujer sonrió. Su vida había estado plagada de reveses, no había sido fácil nunca, pero desde aquel día en el que conoció a Benito Garrido había tomado un rumbo sereno que difuminaba su difícil pasado. Estaba segura de que era algo más que un buen hombre: era su ángel de la guarda.

—¿Te gusta nuestro Jardín Botánico? —le preguntó a Mateo, más que nada para evitar emocionarse—. Seguro que el de Madrid es mucho más grande, pero este no está mal.

Mateo se quedó mirando el parque en el que crecía multitud de especies y después miró a la mujer.

—¿Esto es un Jardín Botánico?

—¿No lo sabías?

—No, la verdad es que no. En la comida en el figón, me llevé la impresión de que conoces Segovia mejor que nadie, y va a resultar que

es cierto.

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta, mi padre me contaba cosas, he leído lo que he podido, pregunto… Pero, no te creas, ha cambiado en los últimos años, has tenido que notarlo al llegar.

Odriozola, el arquitecto del ayuntamiento, se está esforzando para que la ciudad se modernice sin dejar de lado su esencia, pero van tirando casas viejas, iglesias y conventos para que no acaben matando a alguien y para que el tráfico pueda circular. En verano esto se convierte en una locura con la familia real bajando de La Granja. Están haciendo sitio para los coches.

—Mi tío dice que el progreso se llevará por delante todo lo que conocemos.

—Y tu tío está casi en lo cierto, pero ¿sabes lo que creo yo? Que a Segovia no hay quien la salve.

—¿También eres filósofa? —preguntó Mateo.

—Observadora. Quieren enderezar las calles, agrandarlas, pero es imposible. El alma de Segovia es tozuda y no lo va a consentir. ¿Cómo vas a ampliar las calles de la judería sin tirarlo todo abajo? ¿Cómo van a hacer un mercado de hierro y cristales sin que sea un horno en verano y un nevero en invierno? Además, ¿para qué? Mateo, aquí no hay apenas trabajo. Los jóvenes se tienen que ir a la capital a buscarlo, o a Valladolid. Nos morimos. A lo mejor llega un día en el que esta ciudad se convierta en otra más moderna, quizá encontremos algo con lo que retener a los hijos y con lo que traer el dinero que no tenemos para que Segovia vuelva a ser esa ciudad importante que fue en el pasado, pero aún no es el momento. Odriozola no va a permitir que se destruya lo que queda de ella, quiere tanto a esta vieja ciudad castellana como yo y la defenderá como la defendieron los comuneros si hace falta. Creo que, si no estuviera él, hasta este

Jardín Botánico habría desaparecido.

—Siempre pensé que esto era un parquecito, o una huerta, o una mezcla de ambos, pero no se me ocurrió que fuera un Jardín Botánico.

—Hace mucho, a finales del XVIII, la Asociación Segoviana de Amigos del País le pidió al ayuntamiento estos terrenos con idea de plantar especies vegetales que después irían trasplantando a otros

lugares de la ciudad para engalanarla. En solo cuatro años, esto, que estaba medio abandonado, se convirtió en un lugar hermoso y a principios del XIX lo acabaron declarando Jardín Botánico, el más bonito que conozco.

—¿Cuántos conoces?

—¿La verdad? ¡Solo este!

—Entonces, tienes que ir a Madrid a ver el de allí. Mi tío y yo paseamos muy a menudo por él. Es espectacular, seguro que te encantaría.

—No me veo yo en Madrid, me han dicho que es muy grande. Anda, vamos a seguir, que si me dejas hablar no llegaremos a ninguna parte y tendrás ganas de ver a tu amigo Germán, que para eso has venido.

Diez minutos después, alcanzaban la casa de la calle de la Plata. Al entrar en ella, Mateo no sintió que entrase en su hogar, como había pensado cuando se subió en el tren en Madrid. Le era extraña. La reconocía, pero la ausencia de tantos años le hacía sentir como un invitado en su propia casa.

Depositó la bolsa en el cuarto y aceptó un vaso de agua de Lucía, que le instó a que esperase a que la comida estuviera lista. La había dejado medio preparada antes de salir.

Aquel día no iría a lavar, lo había reservado para Mateo.

Capítulo 21

Germán Rubio y Mateo Garrido se conocieron cuando ingresaron como cadetes en la Academia de Artillería de Segovia. Germán era un chico salmantino extrovertido y despierto, con cierta tendencia a gastarles bromas a los compañeros. Fue eso, una broma que al principio no le sentó demasiado bien al segoviano, lo que acabó convirtiéndolos en amigos. Después de que Germán le pidiera perdón con su sonrisa de pícaro, Mateo entendió que era su forma de ser y que, además, la vida podría ser un poco menos monótona con alguien como él a su lado.

Mateo era el serio y estudioso.

Germán, el alocado.

Mateo era quien empujaba a Germán a conducirse por el buen camino, y este, quien, al terminar las clases, proponía todo tipo de planes que les recordaban que, al margen del destino militar que habían escogido para sus vidas, eran dos muchachos en plena juventud deseosos de descubrir la vida.

Se convirtieron en inseparables durante los dos años de formación, y así parecía que transcurrirían sus vidas, dos sendas paralelas que el incendio en el que Mateo perdió los dedos de la mano separó. Un mismo destino los ligaba entonces, la guerra en la que Cuba disputaba a España su independencia, pero, mientras Mateo se encontró de un día para otro con que ya no era apto para luchar, Germán embarcó rumbo a la isla. Este no pudo despedirse, pues se enteró de lo que le había pasado a su amigo en la diligencia que lo trasladaba a Madrid con el resto de los militares llamados a movilizarse.

A su regreso a Segovia tras la derrota, Germán llegó con una sola idea en la cabeza. Aunque su familia le instó a que solicitara destino en Salamanca para tenerlo cerca, él eligió la razón que lo había mantenido cuerdo durante la guerra: Jimena, una morena que trabajaba en la panadería de sus padres en la calle de Malcocinado, a la entrada de la plaza Mayor. Antes de irse a Cuba, Germán era asiduo

de aquel negocio, pero no se había atrevido a cortejar a Jimena Márquez. Sabía que su familia esperaba de él que emparentara con la aristocracia salmantina, con una muchacha que quizá también procediera de familia de militares y no con la hija de un panadero segoviano humilde, pero si algo lo sostuvo en pie, mientras estuvo en el frente, fue pensar en volver a buscarla.

Y así lo hizo.

Desde hacía cuatro años, vivía de nuevo en la ciudad. Pidió destino en el

Regimiento, a pesar de la oposición de sus padres, y, una vez allí, no tardó ni un día en presentarse en la panadería y pedirle a Jimena que se casara con él. Esta ni lo dudó. En 1902, esperaban un hijo, Jimena trabajaba en la panadería y la vida les sonreía, justo hasta febrero, cuando el padre de Jimena murió a causa de una neumonía.

La casa en cuyos bajos se situaba la tahona era la del abuelo paterno, y los tíos de Jimena se habían enzarzado en un litigio por la propiedad que amenazaba con hacer saltar por los aires el próspero negocio y el mismo matrimonio de Germán, que andaba todo el día con los nervios crispados por las constantes rencillas con la familia de su mujer.

Germán se acordó de Mateo. A su regreso de Cuba lo había visitado en Madrid, y ambos se carteaban para felicitarse la Navidad o contarse alguna novedad, aunque no se habían vuelto a ver. Por eso Germán sabía que era abogado, y a él acudió en busca de ayuda antes de que su vida se fuera al garete.

Esa también fue la razón por la que Mateo consintió en volver a Segovia.

Un día después de haber llegado a la ciudad, se disponía a acudir a la cita con su antiguo compañero en la panadería. Al subir por la calle Real, se detuvo en la portada de los Crespo. La casa estaba tal como la recordaba, salvo que las ventanas permanecían cerradas y cierta suciedad de la puerta invitaba a pensar que allí no vivía nadie.

Se maldijo por su cobardía. En esos años, no había preguntado a Lucía o a Germán por Ana y su tía ni una sola vez, y tampoco había logrado reunir el valor para enviarle otra carta. En las escasas ocasiones en las que se sentó delante de una hoja en blanco, el recuerdo de aquella misiva de la que no recibió respuesta lo arrasó y le hizo arrugar el papel y tirarlo a la papelera. Con el paso del tiempo,

se convenció de que, si ella no le había respondido a la suya, habría una razón. Sus hipótesis sobre los motivos de Ana le provocaban un nudo en el alma y se dijo que era mejor para él no convertirlas en certezas.

Volteó esa página del libro de su vida. Asumió que Ana era pasado, un tiempo que dejar atrás si quería afrontar el futuro con serenidad.

O eso se obligó a creer, porque, en cuanto regresó a Segovia, descubrió que no era cierto. Allí estaba, parado en la puerta de la casa de ella, en la calle Real.

Después de sacudirse una duda, su mano se aproximó a la aldaba que llevaba tiempo cubierta de suciedad.

No llegó a tocarla.

Cerró los ojos un instante y después bajó la mano y orientó sus pasos hacia la plaza Mayor.

Capítulo 22

La plaza Mayor, el epicentro de Segovia, no siempre tuvo el aspecto señorial que lucía en aquel mes de junio de 1902. A lo largo de los siglos había sufrido importantes remodelaciones. Estas empezaron a mediados del XVI, cuando la iglesia de San Miguel —en cuyo atrio se celebró la proclamación de Isabel la Católica como reina de Castilla en 1474— fue demolida tras derrumbarse su techumbre. El templo, que ocupaba el centro de lo que ahora era la plaza, se reconstruyó en un lateral a los pocos años, y las tres pequeñas plazuelas que partían de él se unificaron. A pocos metros del primitivo emplazamiento de la iglesia, las autoridades segovianas despejaron el terreno para elevar la Dama de las Catedrales góticas, Nuestra Señora de la Asunción y de San Frutos, sacrificando en ello gran parte del barrio judío. La profunda transformación del entorno no concluyó hasta finales del XIX, cuando el arquitecto municipal, Joaquín de Odriozola, remató la plaza con el elegante quiosco de música.

La plaza era una algarabía de comercios y fondas. Tiendas de vinos, esparterías, confiterías, hojalaterías, platerías, almacenes de telas y depósitos de coloniales ocupaban los soportales que los clientes compartían los jueves con el mercado. En él se vendían frutas y hortalizas, huevos, carnes y todo tipo de enseres, incluidos calzados o prendas de vestir. Desde hacía también unos años se había derribado el Mesón Grande, donde tradicionalmente paraban las diligencias de viajeros, y su lugar lo ocupaba en esos momentos un teatrillo de tablas.

Ana la atravesó sin reparar en su belleza, como sucede siempre cuando algo se convierte en cotidiano. Se encaminó hacia casa a su regreso del oficio, abrigada por los edificios de la calle Escuderos. Bajaba con aire indolente, sin preocuparse de cuidar que no se le manchasen de polvo los bajos de su vestido. En su recorrido saludó con cortesía a varias caras conocidas e incluso se paró a hacerle unas carantoñas al hijo de una vecina con la que se cruzó a la altura del palacete medieval. No tenía ninguna prisa por llegar a la que en esos momentos era su casa.

Se había vuelto una costumbre que todas las mañanas acudiera a

la primera misa, casi antes de que las centenarias campanas señalasen la proximidad de la ceremonia. Se sentaba en uno de los bancos más cercanos al altar y escuchaba con fingido interés la letanía en latín que el párroco recitaba de espaldas a los feligreses.

Pero solo era apariencia.

Su cuerpo estaba allí, sus dedos deslizaban las cuentas del rosario que llevaba enredado en la mano enguantada y a veces movía los labios simulando el rezo bajo el velo, pero no rezaba. Simplemente se dejaba ver y simulaba normalidad, la vida monótona y repetitiva de una mujer ociosa, mientras en su mente reproducía una y otra vez los versos del poeta que la acompañaban en su soledad.

Hacía un año que repetía el ritual, que solo se había interrumpido por alguna de las copiosas nevadas que a veces azotaban el invierno segoviano, que paralizaban la ciudad y no invitaban a aventurarse por la cuesta que conducía a la plaza Mayor.

De la Ana feliz de 1896 no quedaba nada. El documento que le tendió un anónimo empleado municipal en el zaguán de su casa se convirtió después de leerlo en un dolor ardiente en el pecho que, durante unos instantes, le impidió respirar. De manera escueta y burocrática, como un simple trámite que ha de hacerse, le comunicaba el fallecimiento de Pedro Crespo en Cuba en acto de servicio, en medio de una de las escaramuzas del enemigo. No había tenido el consuelo de que alguien se hubiera puesto en su lugar y se lo hubiera comunicado con tacto para que asimilara la noticia. El empleado se había limitado a pedirle que firmase un recibí y se había despedido con un pésame de cortesía, con la prisa de quien se deshace de una incómoda tarea.

Durante unos días, Ana no pudo hablar; el nudo que enredó su alma amarró su voz, y ni siquiera las lágrimas acudieron a ella para ofrecerle alivio. El beso eterno, la promesa de la última carta de Pedro, se desvaneció, y la devastación de su ánimo se convirtió en algo físico que le impidió dormir y hasta comer. Podía sentir que su interior se había roto y ni las atenciones de Candelaria pudieron recomponerla.

A la pena, al poco, se unió el desamparo.

Aunque le quedó una mínima asignación, esta no llegaba, asfixiado el Estado por la liquidación colonial, y pronto tía y sobrina tuvieron que tomar la determinación de deshacerse de gastos. La

primera pieza que cayó en esa partida de ajedrez frente a la que se encontraron fue un peón, Josefa. Sacrificar a su criada prolongó la partida que desde el principio se auguraba la más amarga de sus vidas. Fue larga y a su extensión en el tiempo se unió ese empeño del reloj en trazar las horas más despacio, como si se estuviera burlando de ellas.

Tras dos años en los que las penurias las sintieron menos que la ausencia de Pedro, llegó el siguiente golpe: los ahorros empezaron a escasear y algunos días, tía y sobrina, ni empeñando con discreción algunas joyas y alguna fruslería de la casa lograron espantar del todo al hambre. Aunque habían perdido a varios peones, conservaban el grueso de sus tropas.

—Tenemos que hacer algo —dijo Candelaria una mañana, tras cerrar la puerta de la despensa, que solo albergaba un trozo de queso y de pan para ese día.

—Debería trabajar —dijo Ana—. Pero ¿en qué? Ni puedo lavar en el río. Me miraron como si estuviera loca cuando pregunté. «¡Una señoritinga en el río ¿dónde se ha visto?!», me llegó a decir una vieja malencarada. No me tiró una piedra de milagro. Y en cada comercio al que he entrado para sugerir que me contratasen se han reído en mi cara. Soy mujer, solo quieren muchachos y mucho más jóvenes que yo.

Era cierto, Ana había ido de negocio en negocio buscando alguno que quisiera una empleada joven y dispuesta, pero en todos tropezaba con las buenas palabras de quienes los regentaban, que siempre llevaban implícito un no.

—Llevo días dándole vueltas a una posibilidad —dijo la tía—. Deberíamos tratar de alquilar alguna habitación a un cadete, puede que eso nos ayude a salir del apuro.

—¿Tú crees? Somos dos mujeres solas, ¿qué pensarán los vecinos?

—Si eso es lo que te preocupa, Ana, es momento de que consideres la otra posibilidad que tienes.

La chica arrugó el gesto. Sabía que le sugería que aceptase a Alvarito Martínez. Al poco de morir Pedro, se había presentado en su casa pidiéndole que se casara con él, pero ella lo había echado alegando el luto. Aunque el muchacho no había vuelto a insistir, Ramona seguía pasando a verlas y no se daba por vencida. Continuaba ansiando el lustre que le daría Ana a su familia.

—Ni lo menciones —contestó la joven, tajante.

—Si seguimos así, cualquier día hasta nos cortarán la luz.

—Nos alumbraremos como siempre.

—No nos queda ni para velas, Ana.

—Pues entonces nos acostaremos antes de que anochezca. Pero ¿no puedes entender que no quiero?

—Y tú ¿no te das cuenta de que, cuanto más tiempo pase, menos oportunidades tendrás de conseguir un marido? Todo el mundo sospecha en Segovia de nuestra ruina. Aquí los rumores vuelan y no hemos sido discretas. ¡Has pedido trabajo! Y ya no eres la hija de un militar respetado, eres su huérfana, sin nada más que esta casa como dote y el eco de una posición social que se desvanecerá a medida que lo haga el recuerdo de tu padre.

—¡Bastante es tener casa propia! —gruñó ella.

—A este paso tendremos que venderla para poder comer y alquilar algo sencillo —le señaló Candelaria.

—Prefiero hacerme monja antes que casarme. Abundan los conventos en la ciudad, no creo que tenga problemas para encontrar uno que me acepte como novicia.

—Y ¿de dónde vas a sacar la vocación y la paciencia para llevar esa vida? Tú no has nacido para ser religiosa, Ana.

Nadie mejor que ella lo sabía, pero no quería pensar en un matrimonio con Alvarito Martínez. No sentía por el chico nada, solo se mostraba educada con él; no alcanzaba a imaginarse cómo podía ser una vida entera a su lado. Puede que no les faltase de nada en lo material, pero también intuía que, por mucho tiempo que transcurriera, no iban a nacerle unos sentimientos que hicieran más llevadero aquello que se le antojaba una condena. Lo había pensado muchas veces, era atractivo, de rasgos simétricos y proporcionados, y se movía con elegancia bajo las ropas caras que le seguía eligiendo su madre. Pero, bajo ellas, había un juerguista redomado, vago, trasnochador y chismoso, incapaz de tener un detalle cariñoso con nadie, a menos que con él consiguiera algo a cambio.

A Alvarito podía tratarlo; pero de lejos, no como marido.

—Podemos probar a alquilar la habitación —cedió Ana.

—Hay que darse prisa —sugirió Candelaria—, aún estamos en septiembre y puede quedar algún cadete sin alojamiento todavía. Se lo diré al capellán de la Academia, seguro que es donde primero preguntan.

Después de unos días, encontraron un inquilino, un muchacho de Oviedo callado y formal que apenas dio conversación a las mujeres mientras se alojó allí. Permaneció los dos años que duró su formación y a él se sumó otro a mitad de curso, que no estaba conforme con la casa que había conseguido nada más llegar a Segovia y que padecía la misma ausencia de locuacidad del primero. Las estrecheces se apaciguaron, derribaron la torre de ese enemigo en su partida de ajedrez y ambas pensaron que, con la llegada del siglo, el combate imaginario se enderezaba y caía de su lado.

Entonces, septiembre de 1900 abatió a uno de sus caballos. Fue imposible encontrar a otros inquilinos. Candelaria, previsora, había ido guardando dinero por si aquella situación se presentaba y, aunque era poco lo que tenían, podrían pasar el invierno. Emplearían esos meses para buscar a alguien que quisiera comprarles la casa y, con la venta, si Ana estaba de acuerdo, se marcharían a Santander, donde les quedaba algo de familia y donde empezarían una nueva vida.

Durante un par de meses fueron restando peones al enemigo, pero no se cobraron ninguna pieza importante y, poco a poco, las suyas también empezaron a caer. Una mañana de principios de noviembre, no solo no habían encontrado a nadie que pudiera pagar una casa de aquel tamaño, sino que su bolsa se había reducido de manera drástica. Por si eso no fuera suficiente, Candelaria empezó a sentirse mal. Se levantó una mañana con un poco de calentura, tos y escalofríos que se prolongaron durante dos días más.

—Tenemos que llamar a un médico, tía —dijo Ana.

—Y ¿cómo lo pagaremos? —le preguntó la mujer, tendida en su cama.

—Ya se verá, pero no puedes seguir así. Los remedios de miel y hierbas no están haciendo nada.

—Espera, quizá mañana me despierte mejor. Es solo un catarro, y yo estoy vieja, ya se sabe que los viejos tardamos mucho más en sanar.

Sin embargo, no fue así, al día siguiente se incrementó la fiebre, y

Ana salió de la casa a buscar a un médico. Este, tras examinarla, le recetó unos remedios que debía conseguir en la botica, que estaba un poco más arriba de su calle. El doctor dictaminó que Candelaria tenía una bronquitis aguda que, de no tratarse de manera adecuada, se la llevaría en pocos días. Se habían producido en la ciudad varias muertes aquel invierno por esa causa.

Ana, preocupada, se acercó hasta la botica, pero, una vez allí, constató que el dinero no le llegaba. El flanco de dama estaba destrozado, aunque su rey continuara protegido y a salvo. No le sirvió que el médico se hubiese negado a aceptar el pago de sus servicios alegando que era amigo de Pedro, pues las pocas pesetas de las que disponía no daban ni para la mitad del tratamiento. Durante más de veinte minutos estuvo tratando de convencer a Severino Cuesta, el hijo del boticario, de que le fiara las medicinas. Fue una tarea inútil. Los rumores en Segovia se extendían como la mala hierba y llevaban tiempo gritando que las dos mujeres querían vender su casa porque debían. Además, Severino se había enterado de que tenían abiertas cuentas en algunos comercios que nunca llegaban a cerrarse.

—Busca a alguien que te lo preste, yo no lo voy a hacer —le dijo el boticario, de malos modos.

—Lo devolveré en cuanto pueda, por favor —le suplicó—. Es urgente que mi tía tome las medicinas.

—Me da igual que sea urgente, ¡esto no es la beneficencia! ¡Vete allí a ver si te lo dan!

Justo en ese momento entró una mujer, acompañada de una de sus hijas, y el boticario cambió el rostro huraño que le estaba mostrando a Ana por uno tan cordial y servil que esta sintió asco.

—Buenos días, señora marquesa, ¿cómo está?

—No muy bien, si vengo a verte. Buenos días, Ana —le dijo a la joven, regalándole una sonrisa forzada.

—Buenos días —contestó ella.

Mientras Pedro vivía, Ana y Candelaria solían acudir a actos benéficos, pero poco a poco, también aquello se acabó y ahora la relación con la nobleza de la ciudad se limitaba a los saludos.

—¿Qué se le ofrece, señora marquesa? —preguntó Severino.

—Oh —contestó esta—, ¿no estaba ella primero?

—Ya se iba —dijo el boticario, con otra de sus falsas sonrisas.

Ana había cedido el espacio a la marquesa y se había situado tras ella, dispuesta a esperar. No podía irse sin las medicinas, la vida de Candelaria dependía de ellas, pero las palabras de Severino estaban invitándola a abandonar la farmacia. Mientras la marquesa le señalaba algo que estaba bajo el cristal del mostrador, el boticario miró a la joven y le hizo un gesto con la cabeza para que se marchase.

Ella se irguió y no se lo discutió. Estaba agotada tras las noches durmiendo mal, con la cabeza brincando de una preocupación a otra. Salió de la botica con las lágrimas escociéndole los ojos. ¿Quién le podía fiar para las medicinas? Las vecinas, caritativas, de vez en cuando les llevaban alguna fruslería con la excusa de un cumpleaños o de una comida que habían calculado mal, pero ella intuía, la mayoría de las veces, que no era cierto. Sabían de su situación y disimulaban con esos donativos encubiertos, aunque ninguna estuviera para gastos. La pérdida de la guerra había traído más miseria a una Castilla que se ahogaba en su apatía, y casi nadie estaba tan bien como unos años antes. No quería acudir a la beneficencia porque sabía que sería la puntilla a su situación. La dama, poderosa, ahora se tambaleaba, acosada por los numerosos envites del enemigo. En otro tiempo, había sido ella la que había repartido limosnas a los pobres.

¿Y en la Academia?

¿Se apiadarían de ella los antiguos compañeros de su padre?

No lo sabía, pero debía agotar todas las posibilidades antes de que la que se agotase fuera Candelaria. No podía permitirse perderla también a ella.

Se encaminó a la Academia, sin detenerse en la portada de su casa. Cuando arribó en la plaza del Azoguejo se encontró con Ramona, que regresaba a la suya.

—¿Qué te pasa, maja? —le preguntó.

No se le escaparon las lágrimas que habían rodado por el pálido rostro de Ana.

La joven se derrumbó. Le habló de la enfermedad de Candelaria y soltó toda su frustración en los oídos de Ramona. Era tanta la tensión que acumulaba esos días que no fue capaz de mantener las formas e

incluso sollozó en medio de la calle, ante los ojos de la asombrada mujer, que mostró un poco de compasión. La agarró del brazo y, con suavidad, la instó a volver de nuevo a la farmacia.

—No hace falta, voy a la Academia, por si me pueden ayudar.

—No seas boba y ven, tardaremos menos que si tienes que convencerlos. Ya lo has hecho conmigo.

Cuando llegaron a la farmacia, Ramona entró primero y miró con seriedad a Severino. Este, que había crecido en su casa jugando con Alvarito, se arrugó un poco por lo que le intimidaba la mujer.

—Dale lo que te ha pedido —le ordenó—. Yo lo pago.

Ana intuyó que aquello Ramona sabría cómo cobrárselo, pero en esos momentos solo pensaba en Candelaria, en que tuviera alguna oportunidad de sobrevivir. Era lo primordial, mantener vivo al rey, resistir, esperar una oportunidad, porque en el ajedrez, como en la vida, la tenacidad te concede esperanza; un solitario peón, a veces, es capaz de ganar la partida.

Severino obedeció a Ramona y sacó los remedios de la rebotica.

—Se lo devolveré en cuanto pueda, señora. Tiene mi palabra —dijo Ana, a la salida, intentando creerse sus propias palabras.

—No hace falta. Dale esto a tu tía, yo rezaré para que se ponga bien. Mañana por la tarde pasaré a visitaros.

Así lo hizo. Ramona estuvo yendo varios días a la casa de Ana a interesarse por la salud de Candelaria. Tras una breve mejoría, la enferma recayó de nuevo y, una noche, dejó de respirar.

Fin de la partida.

Jaque mate.

Ana se quedó sola en la casa, sin más compañía que Melocotón, sin dinero y sin saber qué hacer. Ramona se hizo cargo del entierro, incrementando la deuda, y la debilidad de sentirse sola volatilizó la resistencia que Ana siempre había puesto hacia Alvarito. Ni sabía cómo se había encontrado respondiendo afirmativamente a su madre cuando le propuso que se casara con el chico.

A él, por aquel entonces, tampoco le hizo mucha gracia. En toda

la ciudad se sabía del poco interés de Ana por él, y en esos momentos él no tenía ganas de matrimonio. Se lo pasaba bien con sus amigos, el boticario y el tabernero, y convertirse en un marido respetable que iba del trabajo a la casa no le apetecía; pero su edad y las constantes discusiones con su padre por su holgazanería —que Álvaro Martínez decía que se le curaría en cuanto se casara— hicieron de lubricante para una decisión que se atoraba como una máquina mal engrasada.

Aceptó, se anunciaron las amonestaciones en la catedral y en poco tiempo se celebró la boda más fastuosa que vivió Segovia en 1901.

Una boda casi tan sonada como la exposición provincial que se celebró en septiembre de ese año y que fue el preludio de ese triste 1902 en el que se encontraba.

Capítulo 23

En 1459, Enrique IV, que pasó casi toda su vida en Segovia, le concedió a la ciudad el privilegio de celebrar una feria de ganado entre los Días de San Juan y San Pedro. A partir de entonces, el principio del verano la llenaba de tratantes, comerciantes, chalanes y gitanos que acudían a la feria para cerrar sus tratos. Durante unos días, las calles y plazas se poblaban con la algarabía de las voces de forasteros, segovianos y de los cientos de animales que iban a ser mercadeados. Desde el siglo XV, esos primeros encuentros comerciales fueron cediendo protagonismo a otros eventos. Se seguía celebrando la feria de ganado en el campo de la Dehesa, donde se compraba y vendía el ganado vacuno y ovino, pero también se hacían concursos que propiciaban las riñas y los timos. No había un solo año en el que no tuviera que acudir la Guardia Civil a poner orden. También esos cinco días inauguraban el verano con variadas actividades para disfrute de segovianos y visitantes, que poco tenían que ver con la primitiva feria. Conciertos, actividades al aire libre, fuegos artificiales y celebraciones religiosas hacían las delicias de una sociedad que parecía desperezarse.

La celebración de San Juan ponía en marcha ese tiempo de asueto que todo el mundo esperaba con ilusión.

A media mañana, Mateo se encaminaba a la panadería de Malcocinado, donde había quedado con Germán. Mientras subía por la calle Real, no podía dejar de fijarse en cómo las casas se preparaban para la noche más especial del año. Ni uno solo de los balcones, como se recomendaba desde el consistorio, tenía ropa tendida, y los habían engalanado con plantas para que lucieran aún más espectaculares. Mateo sabía que aquel cuidado tenía su continuación en el interior de cada hogar, desde donde las ventanas abiertas dejaban oír las voces de quienes vivían allí. Se podía intuir una actividad frenética tras cada muro esgrafiado, a través de las macetas cuajadas de geranios. En la cocina, las mujeres se esmeraban en preparar la comida del año, pues desde hacía meses, como era costumbre, se habrían estado apartando los mejores chorizos y el jamón de la matanza para consumirlos en las fiestas. Las despensas, surtidas como nunca de hortalizas, patatas, garbanzos, judiones y demás productos locales, eran manejadas por las manos expertas de las mujeres mayores, las que mejor conocían las recetas tradicionales de la tierra. El verano, la resurrección de la ciudad, había llegado, y el olor a cabrito o cordero asado y a rosquillas recién fritas caracoleaba por los rincones de la calle gritando que, durante el espejismo de esos tres meses de los que San Juan marcaba el comienzo, Segovia sería otra. Atrás quedaría su indolencia y su poca iniciativa. La ciudad hospitalaria que era en el fondo escondería durante un tiempo todos los recelos que acumulaba esa otra en la que se transformaba durante los meses de invierno, y se abrirían balcones y terrazas, portadas y zaguanes para recibir con los brazos abiertos a quien quisiera acercarse.

Un poco más arriba de la casa de los Picos, Mateo alcanzó la botica de

Severino Cuesta. Este estaba en la puerta, barriendo con más interés del que solía hacerlo. San Juan lo merecía. Levantó la vista un momento cuando escuchó un «buenos días» dirigido a él.

—Buenos días —contestó de manera educada, aunque no tenía ni idea de quién era aquel hombre que le había saludado con afabilidad.

Siguió barriendo, ignorando al hombre. Seguro que era un señoritingo de Madrid, con ese traje tan bien puesto y esos aires aristocráticos, uno de los que venían en verano a escapar de los rigores del calor de la capital.

Mateo sonrió y pensó que el boticario había cambiado muy poco en esos últimos seis años. Seguía con el mismo gesto huraño de siempre que le hacía parecer más viejo de lo que era, aunque conservara en su sitio todos sus pelos. Se dio cuenta de que, en el rápido vistazo que le había dedicado, no había intuido que se conocían. Habían ido juntos a la escuela, aunque nunca fueron amigos.

Mateo siguió subiendo por la calle y se olvidó del boticario al ver a un grupo de personas parado frente a un comercio. San Juan era la noche apropiada para estrenar traje y, por eso, en la sastrería que estaba un poco más arriba de San Martín había un gran número de personas esperando para recoger sus pedidos.

Cuando llegó a la plaza Mayor, observó a unos operarios que estaban instalando la cucaña y el gran montón de leña apilado que alimentaría la hoguera en torno a la cual se iban a reunir los segovianos rayando el anochecer. No sería la única; en los barrios se organizaban hogueras para los vecinos que imitaban la de la zona noble de la vieja ciudad. Todo en el ambiente invitaba a la sonrisa, y Mateo se dio cuenta de que él la llevaba pintada en los labios desde hacía un rato. Estaba tan entretenido recordando otras fiestas de San Juan que apenas se había dado cuenta de que el tiempo pasaba.

Consultó su reloj de bolsillo.

Faltaban cinco minutos para su cita, así que apretó el paso para llegar a la panadería. En cuanto se encontró frente a ella, apartó la cortina que protegía el interior de las molestas moscas veraniegas y entró. Antes de que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra del interior, una voz le alcanzó.

—¡Mateo!

Germán, que se alegraba sinceramente de verlo, rodeó el mostrador para salir a su encuentro. Después de darle un abrazo acompañado de unas sonoras palmadas en la espalda, le hizo pasar al obrador, donde Jimena, con una barriga considerable, daba forma a unas rosquillas de palo. Un caldero de agua hirviendo burbujeaba esperando a que las metiera para cocerlas. En el despacho habían dejado a los dos muchachos que se encargaban de vender el pan y de meter y sacar del horno los productos que le daban al lugar el olor más delicioso de Segovia.

—Jimena, ¿te acuerdas de Mateo? —preguntó Germán.

Esta se limpió las manos en un paño que llevaba colgado del mandil y se dirigió a saludar al amigo de su marido.

—Como para no hacerlo, no paras de hablar de él —le dijo a su esposo—. Encantada, señor Garrido. Perdone que no le dé la mano; le pondría perdido de harina.

—Es un gusto, Jimena —contestó él.

—Me ha dicho Germán que nos ayudará a que mi familia no acabe saliendo en la primera página del *Diario de Avisos*, en las esquelas —bromeó ella.

Mateo se echó a reír por la manera en que Jimena había enfocado el conflicto con su familia, de manera directa, pero sin perder de vista el tema que le había hecho regresar de Madrid.

—¿Tan mal están las cosas?

—En cuanto a alguien le tocan la bolsa o la mujer, en esta tierra todo salta por los aires —dijo ella.

—Tendréis que ponerme al día, si existe o no algún testamento, y veremos cómo arreglarlo sin llegar a las manos. Para eso he venido.

—No te preocupes —dijo Germán—, he reunido todos los papeles y los tengo arriba, en la casa donde vivimos. Vamos a echar un vistazo.

Jimena se despidió de ellos y siguió con las rosquillas mientras los dos hombres subían por una escalera interior hasta la vivienda. En el salón, Germán le entregó a Mateo una carpeta con los documentos.

—No sé cómo será el litigio, pero de las discusiones no os vais a librar por un tiempo. Igual hasta la familia no vuelve a hablarse nunca.

—Mira, si solo es eso, acepto. Nos tienen locos.

—¿Cómo es que no estás en el Regimiento a estas horas? —preguntó Mateo.

—Porque es San Juan. No sé si te acuerdas de que toco la trompeta.

Mateo se acordaba, sobre todo, de la tortura de aquellos días lejanos en los que Germán se apuntó a la banda militar y hacía sus

primeros y desafinados pinitos con el instrumento. Los vecinos se habían quejado en más de una ocasión, y él mismo había padecido en primera persona los ensayos del entonces cadete.

—Espero que mejor que antes —le dijo con sorna.

—No te burles. Aprendí y ahora no torturo a nadie; eso lo dejé para los amigos. —Se rio el otro—. ¡No me digas que no te hemos despertado esta mañana!

—¿Eras uno de los que iban tocando diana?

—Por supuesto, la banda de la Academia de Artillería tiene que despertar a Segovia; si no, San Juan no sería lo mismo. Recuerda que esta noche tocaremos antes de que se encienda la hoguera de la plaza Mayor. Espero que te acerques a pasar un rato con nosotros.

—No me lo perdería por nada del mundo. Tengo ganas de volver a reírme con tus ocurrencias; guardo la esperanza de que la paternidad no te convierta en un hombre serio.

—Eso espero yo también; la vida es un completo aburrimiento siendo serio. Bueno, cuéntame. ¿Cómo está tu padre?

—Mal. Ha perdido del todo la cabeza y, desde hace un año, apenas camina. No es más que una sombra del hombre que fue. En cuanto arregle todo esto, me volveré a Madrid. No quiero que mi tío cargue con más de lo que puede, también se está haciendo mayor. Necesita manos para atenderlo.

Al hilo del comentario, German miró la mano de Mateo sin poder evitarlo. Ya no la escondía como al principio, dejaba a la vista su miembro deforme. Había tenido suerte en realidad, porque los dedos que le quedaron eran los más útiles, los que hacían pinza, y para realizar las tareas cotidianas no tenía ninguna dificultad, pero sabía el efecto que provocaban sus amputaciones en las demás personas, aunque no hicieran comentarios, como era el caso de Germán.

—¿Te quedas a comer en casa? —preguntó este, dejando de mirarlo un instante.

—No quiero darle más tarea a tu mujer.

—Por eso no te preocupes. Jimena cocina antes de bajar al obrador. Son los chicos que tenemos contratados quienes hacen el pan; ella solo se encarga de los dulces. Y, para hoy, como es fiesta, ha

adelantado mucha tarea durante esta pasada semana. Comeremos tarde, porque la venta en la tahona se va a prolongar igual hasta las tres, pero no es molestia admitir a un invitado, y menos si eres tú —le dijo Germán.

—No he avisado a Lucía, y ella me estará esperando —se disculpó Mateo—; si quieres, lo aplazamos para otro momento.

—¿Lucía? ¿La que te cuida la casa?

—La misma.

—Es una buena mujer. En Segovia se ha ganado el respeto de todos.

—No tengo ninguna duda.

—Bueno, si no te animas hoy, tienes que venir a comer con nosotros algún otro día.

—No te preocupes, nos vamos a ver mucho y habrá ocasión. Si estás de acuerdo, ahora podemos echar un vistazo a todo esto y me cuentas cómo están las cosas.

Germán le ofreció asiento y ambos desparramaron los papeles para estudiarlos. En un par de horas, el artillero le desgranó al abogado las vicisitudes del caso que les ocuparía. Cuando Mateo decidió que tenía todo claro para empezar, recogieron la carpeta y, con ella bajo el brazo, se despidió de su amigo.

—Ven esta noche a la hoguera y al concierto. No te puedes perder la fiesta grande —le dijo Germán.

—Lo haré, no te preocupes. Me trae buenos recuerdos.

—Espero verte aplaudiendo entre el público al acabar.

Mateo, después de despedirse también de Jimena, dejó la panadería. Al principio pensó en regresar por la calle Real, pero hacía tanto que abandonó Segovia, que tomó la dirección contraria para alargar el paseo. Le apetecía empaparse de todas las novedades del casco urbano que proclamaban el comienzo de un nuevo siglo y cómo la ciudad empezaba a prepararse para él enderezando vías y derribando incómodas esquinas y casas maltrechas. Se encaminó a la plaza de la Rubia y disfrutó con el ambiente festivo que había tomado por asalto cada rincón intramuros. Desde allí, se desvió hasta el

seminario y serpenteó por otras calles estrechas del barrio hasta llegar al

postigo del Consuelo.

El acueducto le recibió con su porte magnífico, y Mateo sonrió.

Había regresado a casa.

Capítulo 24

En casa de los Martínez se preparaban para la fiesta. Ramona había mandado coser vestidos para que las mujeres, Laura, Ana y ella misma, los estrenasen esa noche en el concierto de la banda de la Academia de Artillería. Después, se quedarían un rato en la hoguera y verían los fuegos artificiales, el espectáculo de pirotecnia de Manuel Alonso, que llegaba desde Palencia para iluminar por unos minutos el cielo segoviano con los colores de la pólvora festiva.

—Madre, no me gusta este vestido —dijo Laurita, que se sentía medio asfixiada dentro de él.

—Ay, hija, tenías que habértelo probado antes; no hay tiempo para que te cosan otro.

—Es que me hace bultos por todas partes. ¡Mira!

Ana escondió una sonrisa. Laura había engordado mucho en los últimos años, quizá porque era de buen comer y las muchachas que los Martínez tenían contratadas cocinaban de maravilla. Y también, porque no hacía nada. Si los padres estaban frustrados con el poco amor al trabajo de Alvarito, lo de Laura era similar, pero trasladado a la rutina de una muchacha de la que no se esperaba nada más que conseguir un marido. Se levantaba casi para comer y después no perdonaba una siesta larga. Tras la misa de la tarde, a la que acudía a regañadientes con su madre, merendaba de manera copiosa y enlazaba con la cena.

No leía.

No cosía.

No le gustaba el teatro.

Ponía pegas para ayudar en las obras benéficas a la que se apuntaba Ramona y jamás tomaba la iniciativa para echar una mano, aunque fuera sujetar una cortina para que otra persona pasara por la puerta. Ana casi podía entenderlo, esa casa era como una jaula de oro y en ella, encerrada, vivía una princesa que poco a poco, a base de

buenos guisos, se parecía cada vez más al ogro.

—¿Qué te parece el tuyo? —preguntó Ramona a Ana, desentendiéndose de la queja de su hija.

—Bien, está bien —contestó esta, mirándose al espejo.

El vestido elegido para esa noche tenía el color del azul del cielo en un día tibio de primavera. A Ramona no le había gustado el color, prefería los grises: hollín y ceniza; o marrones y verdes botella, que estaban en auge entre la gente bien, imitando las modas que venían de París. Creía que los tonos alegres eran territorio del pueblo, de quien quería apartarse, por más que sus raíces estuvieran tan hundidas en él que aún no hubiera sido capaz de trepar socialmente ni tiñendo su indumentaria con colores sin vida.

A Ana, lo que dijeran de la moda en las revistas que leía Ramona le daba lo mismo. Le había gustado el color cuando vio la tela. Le recordaba a uno de los de su madre, que Candelaria había conservado. Estaba en el armario de Pedro, como un recordatorio permanente de la mujer que eligió como esposa y que se marchó tan pronto. De pequeña, Ana entraba en la habitación a hurtadillas y lo observaba, deseosa de crecer y que la dejaran ponérselo. Nunca se había dado la ocasión: el vestido seguía en el armario de la casa de la calle Real, que hacía un año que permanecía cerrada. Cuando sugirió bajar a buscarlo, a Ramona estuvo a punto de darle un síncope. ¿Cómo se iba a poner para la fiesta un traje que hacía más de tres lustros que había pasado de moda? Además, un vestido con un escote tan generoso no era para una señora, le dijo.

Por eso, en la sastrería, eligió el azul, a pesar de su suegra, aunque no pudo lograr que la modista se aviniera a eliminar la blusa de cuello alto y a ponerle escote.

Ramona pagaba, Ramona decidía.

Le confeccionaron un vestido entallado, cuya falda se pegaba a sus caderas hasta más o menos la rodilla, desde la cual se abría en un vuelo que le permitía andar con comodidad. A pesar de acercarse el verano, el clima segoviano aún no desaconsejaba la manga larga y, bajo el vestido, llevaba una blusa blanca de seda a juego con la sombrilla y las flores del sombrero que también Ramona había encargado para ella. Un lazo de la misma tela que el vestido se ajustaba en el cuello y caía sobre el pecho como una enorme corbata. A Ana no le gustaba en absoluto, estaba segura de que se moriría de

calor frente a la hoguera, pero no protestó. No cuestionaba ninguna de las decisiones de Ramona, había descubierto que era una lucha desigual que nunca ganaría.

Alvarito entró en la casa y se acercó hasta la salita donde su madre supervisaba el vestuario de las dos muchachas.

—¡Pareces un barrilete! —le dijo a su hermana en cuanto la vio.

Esta emitió un bufido y le lanzó una de sus miradas de desprecio, a las que el mayor de los Martínez estaba acostumbrado.

—¡Deja en paz a tu hermana! Ya no eres un niño para andar con estas tonterías.

—Y yo ¿qué culpa tengo de que esté tan gorda y sea tan fea?

Laura se agarró los bajos del vestido para lanzarse como una fiera a por su hermano, pero un gesto de la madre los detuvo.

—¿Qué te parece el vestido de tu mujer?

Alvarito observó a Ana. Estaba guapa; a ella le sentaba todo bien. Lástima que siempre tuviera aquel gesto adusto cuando él la miraba. Podrían llevarse un poco mejor si pusiera algo de su parte, aunque en el fondo le daba lo mismo. Ana era su esposa y nada más. Su intimidad se había reducido a unos pocos encuentros cuando se casaron. En cuanto él constató la poca disposición de su mujer, dejó de intentar acercársele. Al fin y al cabo, era un tipo encantador cuando quería, y en la ciudad siempre había mujeres dispuestas a complacerlo.

A veces hasta sin poner dinero de por medio.

—Bien, te queda bien —le dijo, sin más.

—Acuérdate de que luego tienes que venir con nosotras al concierto y a la hoguera —apuntó Ramona.

—Iré, pero solo un rato. He quedado con Severino y con Enrique para dar una vuelta esta noche; las tabernas se ponen muy animadas en San Juan.

—Compórtate, Alvarito, contamos contigo en la romería de San Antonio de Juarrillos. Tengo el landó preparado para que nos recoja. Debemos estar allí a las siete.

—Y ¿para qué quiero yo ir a eso? Que vaya Laura, que es la que necesita marido. Antes de que explote.

Durante la romería que se celebraba tras la Noche de San Juan, en la ermita del santo se oficiaba una misa del alba. Después se organizaba una comida popular que culminaba con el baile de jotas y paloteos, al ritmo de las dulzainas. Allí, los jóvenes casaderos pedían al santo una buena pareja.

—Deja en paz a tu hermana y acuérdate de venir a la plaza. Estará todo el mundo, incluido tu padre, que no anda muy contento contigo. Dice que no has ido a una cita con el conde, que quería ampliar la iluminación de su casa.

—Se me ha olvidado; iré mañana.

—¿Mañana? Empiezan las fiestas. No creo que sea buen día.

—Pues cuando pase San Pedro. Qué más le dará, si ya tiene luces.

Alvarito salió enfurruñado de la habitación.

—Ana, haz el favor de hablar con tu marido. A ver si sienta la cabeza de una vez.

—¿Yo? Me temo que tengo poca influencia en él.

—Eso es porque no tenéis hijos. En cuanto lleguen, eso cambiará. Así que ya sabes.

Ana se estremeció. Lo único que le faltaba era que Ramona volviera a la carga con ese tema, y Alvarito retomara su papel de marido. La había costado la misma vida disimular el desagrado que sentía cuando la tocaba.

Capítulo 25

El sonido de las dulzainas y los gritos de los niños inundaban el aire de la vieja Segovia durante el recorrido de gigantones y gigantillos. La tarasca, un maniquí de mujer vestido a la moda y subido sobre un dragón que simbolizaba el mal, encabezaba la comitiva. Tras ella, para deleite de los más pequeños, corrían los cabezudos, que recorrían las calles buscando a quien atizar con sus ágiles escobas. Al llegar a la plaza Mayor, Frutos y Fuencisla, los gigantones que representaban a los santos de la tierra, bailaron una jota antes de que el

pasacalles se diera por terminado. Enseguida la gente se organizó en corrillos para bailar la jota y los pasos saltados; los brazos abiertos y las manos a la altura de la cabeza se empezaron a mover al ritmo de guitarras, laúdes y bandurrias, acompañados por botellas y triángulos.

La danza continuó un buen rato, mientras anochecía sobre la ciudad y se encendía el alumbrado público y las luces extras que había colocado el ayuntamiento en toda la plaza, y que reforzaban el ambiente festivo. Cuando las campanas de la catedral dieron las nueve, la banda de la Academia de Artillería ya estaba preparada para tocar.

Mateo había subido hasta la plaza acompañado de Lucía y sus hijos. Pinar había estado bailando y no paraba de reír, entusiasmada por todo lo que veía. A sus dieciséis años, era la primera vez que conseguía que Lucía le permitiera separarse un rato de su lado durante la Noche de San Juan, aunque con la condición de que tenía que estar a las once y media en la puerta de la catedral para regresar con la familia a casa. Al día siguiente, temprano, tendría que bajar al río a lavar. Las fiestas no la iban a excusar de su tarea.

—¿Me puedo ir con mis amigas? —preguntó Pinar a Lucía, implorante.

—Anda, vete y deja de dar guerra, pero no te olvides del trato, o no te dejaré salir sola en todo el verano.

Pinar le dio un sonoro beso en la mejilla a su madre, que la

apartó enseguida con un «quita, zalamera».

—¿No quieres venir con nosotras? —le preguntó Pinar a Mateo.

Lucía la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Cómo se te ocurre que Mateo va a querer dar una vuelta con unas mocosas como vosotras? Anda, tira y no molestes.

A Mateo no le dio tiempo a replicarle a Lucía, ni a declinar la invitación de Pinar, porque enseguida esta se marchó arrastrada por un grupo de chiquillas de su edad a las que conocía de su trabajo.

—Pero ¿tú te crees el descaro que tiene?

—Déjala, no me ha molestado —contestó Mateo.

—Puede ser pesada como ella sola. Niños, acerquémonos a la banda —dijo Lucía a Lucas y a Andrés.

Su hijo mayor protestó. Quería que le dejara marcharse también como a su hermana, que no lo siguiera tratando como a un niño. Al fin y al cabo, él ya trabajaba. Pero su madre no cedió. Desde el incendio se había vuelto tan protectora como una gallina con sus polluelos. El miedo a otra desgracia como la que le hizo perder a su hija la seguía como una sombra y le costaba soltarlos un poco.

Los cuatro se quedaron cerca de la esquina de Malcocinado. La banda, que tocaba de cara a la catedral, les quedaba de lado, pero la música se escuchaba bien desde aquel lugar. Mateo localizó enseguida a Germán, que estaba muy serio, con su uniforme de gala y su trompeta, concentrado en no perderse en la melodía. Tras cinco temas, la banda dio por finalizado el acto, y la plaza se llenó de aplausos a la vez que empezaba a arder la hoguera. La resina de los pinos de Valsaín hizo que los grandes troncos prendieran enseguida, y otra vez se improvisaron jotas y canciones por todas partes, a las que la gente se unió animada formando filas de bailarines.

—Vamos a ver los puestos, madre —dijo Lucas.

El niño no quería acercarse a la hoguera. No era el recuerdo del fuego lo que le perturbaba, sino el humo, que comprometía su respiración, pero no quiso decirle nada a su madre. Sabía que estaba disfrutando de la fiesta en compañía de Mateo, y él mismo también se sentía en una nube. Se acercaron a un hombre que giraba la manivela de un organillo y allí se quedaron, escuchando canciones como *La*

primera Cena, *El Mentir de los Poetas*, *La Pícara Prensa* y *Valientes y Matones*, mientras el pequeño degustaba unas obleas que le había comprado el abogado. Germán se acercó a ellos con Jimena. Después de que su compañero formalizase las presentaciones, se quedaron hablando: Lucía, con la mujer del artillero, y este, con Mateo.

—Lo que menos me está gustando de la fiesta —dijo Germán— es aquella zona.

Señaló con la mirada a un grupito de personas que se arremolinaba en torno a un puesto. Era la familia de su esposa.

—De vez en cuando se nos quedan mirando y, si las miradas matasen, ya estaríamos para llevarnos al Santo Ángel de la Guarda, en el ataúd y todo.

—Será mejor que no miente los cementerios, que trae mala suerte —dijo Lucía, que le había escuchado.

—Eso, mejor olvídate de ellos, que esta noche es para disfrutar. Me quedo con todas las ganas de bailar, que lo sepas —añadió Jimena.

—Si es que no sé por dónde agarrarte —protestó Germán.

—¿Cuándo cumple? —le preguntó Lucía.

—En unos días. No sé si tengo ganas de que llegue para librarme de esta panza, o si estoy muerta de miedo. Aún lo estoy decidiendo.

Las dos mujeres siguieron hablando del tema, y Germán se entretuvo con un compañero artillero que pasó por su lado, comentando el concierto.

Había empezado la competición de la cucaña. Ante las súplicas de Andrés, Mateo se acercó con él y con Lucas para verla más de cerca. Por turnos, algunos intrépidos se atrevían a escalarla para conseguir el premio. El tronco de pino, lijado y cubierto de sebo, ponía a prueba la paciencia y las ganas de quienes intentaban cubrir sus cinco metros de altura. En su extremo había un pañuelo blanco, y el que lo consiguiera se llevaría un jamón, cortesía del ayuntamiento, así que bastantes mozos esperaban su turno para probar suerte.

A pocos metros de donde ellos se encontraban, Laura le hizo un comentario a Ana:

—Mira que hay que tener ganas de subirse ahí.

—El premio no está mal —contestó su cuñada.

—¡Quita, quita, todo lleno de grasa! ¡Qué asco!

—Yo creo que tiene que ser difícil trepar hasta sin grasa.

—No es imposible. A los amigos de mi hermano les encanta esta tontería, pero a mí me parece de pobres. Por cierto, ¿dónde se ha metido? ¿No estaba aquí hace un momento?

Ana giró la cabeza para buscar a su marido. Aunque a regañadientes, las había acompañado a ver el concierto y hasta hacía un momento estaba a su lado, saludando a conocidos, pero con ganas de escaparse cuanto antes con sus amigos a la ruta de tabernas que tenían preparada. Durante unos momentos lo buscó entre el gentío, observando con atención a las personas que tenía alrededor.

Entonces, le pareció ver a Mateo.

El hombre se giró y le sonrió a un niño parado a su lado; parecía feliz. Le revolvió el pelo al chiquillo y después se dirigió a otro niño. Algo les llamó la atención a los tres y se volvieron a la vez.

Pensó que tal vez estaba confundida, pero en ese momento sus miradas tropezaron, y Ana sintió un intenso cosquilleo bajo la piel.

Capítulo 26

Ana parpadeó un par de veces. ¿Ese hombre que la miraba con tanta intensidad era Mateo? Pero ¿cuándo había vuelto a Segovia? ¿De verdad era él? Intentó evocar su imagen, la que conservaba con mimo en la memoria, y la comparó con la del joven de ojos verdes que permanecía a unos pasos, arropado por el gentío. Se fijó en que tenía el pelo más largo, y sus rasgos recordaban más a los de un hombre que a los de aquel muchacho al que perdió de vista hacía seis años, pero no le cupo ninguna duda de que era Mateo Garrido.

Más maduro, pero él.

Cerró los ojos un instante, un poco para serenar sus latidos, y otro, para asegurarse de que lo que veía era real y no un producto de su imaginación. ¿Seguiría allí cuando los volviera a abrir, o sería solo un espejismo fruto del deseo que había formulado mientras miraba la hoguera de San Juan?

Hacía tiempo que había dos Anas. Una, la que se levantaba al alba y acudía puntual a misa y que vivía revestida de mentiras. Cada palabra, cada gesto y cada sonrisa que se escapaba de sus labios formaban parte de una representación en la que interpretaba un papel, el de la esposa de Alvarito. Lo había aceptado al endeudarse con Ramona y por puro desamparo. Nunca había permanecido sola y su cobardía la estaba pagando. Hubiera sido mil veces mejor acabar pidiendo que aquella vida triste en la que solo deseaba que los días pasaran rápido y acabaran extinguiéndose para siempre.

Pero había otra Ana: la que no creía en Dios porque pensaba que la había abandonado a su suerte. Esta aferraba sus deseos a cualquier palabra que le proporcionara consuelo y esperanza. Prueba de ello era el fervor con el que había memorizado las del libro que siempre la acompañaba, aunque había otras que había escuchado al vuelo y en las que deseaba creer.

Hacía días, cuando Ana entró en la cocina para beber un vaso de agua, una de las criadas de Ramona le estaba refiriendo a otra que la de San Juan era la hoguera de los deseos. Le había contado su abuela

que, si se pedía algo con fuerza sin dejar de mirar a las llamas durante cinco minutos, a lo largo del siguiente año ese deseo se cumplía. La otra chica le replicó que esos eran cuentos de viejas, que no servían para nada más que para ofender a Dios, que no dijera tonterías, pero la primera le aseguró que no, que había magia en las llamas que lamían los troncos de la hoguera anunciando el verano. Era cuestión de tener mucha fe.

Ana había salido de la cocina segura de que ella ya no tenía fe en nada; sin embargo, cuando se encontró en la plaza Mayor, frente a la enorme pila de troncos de pino que escupían un calor insoportable, pidió un deseo. Lo hizo con toda la fuerza de su corazón, con más intensidad que la que ponía en rezar cuando todavía creía.

Pidió volver a ver a Mateo.

Aunque no volvieran a hablar, lo único que quería era constatar que su corazón seguía vivo, que no se había olvidado de sentir y que no era el pedazo de hielo en el que la estaban convirtiendo la convivencia con Alvarito y la familia Martínez. No se había atrevido a preguntarle a nadie por él, desde hacía mucho tiempo, temerosa de la reacción de la que era ahora su familia. Intuía que seguía en Madrid, pues no había escuchado rumores en otro sentido, y en Segovia eran impensables los secretos.

Había pedido a la hoguera el deseo de que se reencontraran y se había cumplido, como dijo la muchacha, aunque sin esperar un año, ni siquiera una triste hora; al abrir los ojos, él seguía allí y no dejaba de mirarla.

Ana se irguió, echó un vistazo hacia Ramona, que hablaba con la mujer de uno de los concejales, reunió el valor que no había tenido en el año largo que había transcurrido desde su boda, y decidió escabullirse hasta él. No se iba a quedar con las ganas de, al menos, comprobar que sus ojos no mentían tanto como lo hacía ella.

Al resto de deseos confusos que le pidió al fuego —un beso, un abrazo apretado, una caricia de las que intercambiaron siempre— renunciaba a cambio de escuchar su voz de nuevo.

Ambos iniciaron la marcha a la vez, Ana olvidándose de su suegra y su cuñada, y Mateo dejando a los niños solos. Esquivaron a las personas que se interponían entre los dos, pero no llegaron a encontrarse. Una mano retuvo a Ana.

—¿Dónde vas? —preguntó Alvarito, que había aparecido de la

nada.

A su lado, Enrique, el tabernero, y Severino, el boticario, sus fieles compañeros de juergas, lo escoltaban.

—Yo…, pensaba…, creo que he visto a una vecina de mi calle —mintió. Otra más de las mentiras que nunca pensaba confesarle a un párroco.

No deseaba que su marido supiera que Mateo había vuelto. Estaba segura de que, de haber conocido la noticia, los celos que siempre había tenido de él le hubieran empujado a contárselo a su madre, y Ramona no habría tardado ni cinco minutos en alejarla de la plaza. Los pocos comentarios que habían salido de su boca en aquellos años sobre el hijo de Hilario Garrido siempre fueron despectivos. La animadversión de Alvarito había sido asumida por su madre, que le adjudicaba a Mateo todos los vicios y pecados que era incapaz de ver en su hijo.

—Creo que es hora de que os marchéis a casa. Esto ya está visto —dijo Alvarito.

—¿Vas a venir tú? —preguntó Ana, enfadada como nunca desde que se habían casado.

Era la primera vez que le alzaba un poco la voz a su esposo. Este se irguió. No le gustaron nada las risas veladas de sus amigos por la insumisión de su mujer.

—Por supuesto que no. Ya te dije que me voy de tabernas. ¡Vosotras, a casa, que ya no son horas!

El tono que empleó Alvarito fue aún más seco que el de ella y no dejó lugar a dudas. Ana volvió la cara hacia Mateo, mientras se desasía del agarre de su marido, que aún la tenía retenida por el brazo, pero ya no lo encontró, se había perdido de nuevo entre la multitud.

—¿Qué pasa? —preguntó Ramona.

—Que os vais a casa. Se acabó la fiesta —dijo Alvarito.

—Ay, hijo, que sieso eres.

—¡He dicho que os vais a casa! —repitió él, en un intento de imponer la autoridad que sentía que le había restado la contestación

de Ana.

—Bueno, no te pongas así —contestó su madre—. De todas maneras, estábamos a punto de hacerlo. Mañana hay que madrugar para la romería y a tu padre le duelen los pies.

—¿Dónde está?

—Ahí, hablando con los concejales. Están pensando en iluminar más calles, y creo que intentan sacarle mejor precio ahora que se ha tomado unos chatos de vino. Espero que no ceda. El ayuntamiento es nuestro mejor cliente.

—Aguarda a que termine y os marcháis.

—Tú deberías venir también a casa. ¿Qué va a decir la gente si no te ven nunca del brazo de tu mujer? —dijo Laura, con una media sonrisa, intentando arruinar los planes festivos de su hermano.

—Tú te callas, imbécil.

—¡Álvaro! —gritó Ramona empleando su nombre sin diminutivo, lo que daba idea de que se había enfadado de verdad con él—, no le faltes al respeto a tu hermana.

—Dile que no se meta en cosas de hombres, que solo es una mujer.

—Laura, deja de chinchar. Mira, no vamos a esperar a tu padre. Le diré que nos bajamos a casa, que me duele la cabeza.

Alvarito se marchó de allí con sus amigos. Ana, por su parte, siguió callada. Se había esforzado por resistir la tentación de girar la cabeza para buscar a Mateo, porque le dio miedo que Alvarito lo acabase viendo.

Unos minutos después, cuando las tres mujeres enfilaron por la calle Escuderos rumbo a la plaza de San Esteban, el miedo no la había abandonado. La Noche de San Juan era larga; mucha gente la pasaba despierta, prolongando el primer día de fiesta.

No quería imaginar qué podía pasar si Mateo y su marido se encontraban.

Capítulo 27

Mateo tragó saliva. Ana y su vestido azul destacaban luminosos en aquel grupo de tristes comadres arropadas en gris. Lo que había temido y deseado en la misma medida desde que llegó a Segovia le causó tal impresión que ni siquiera escuchó a Lucas, que insistente le ofrecía una oblea.

Solo tenía ojos para ella.

Las sombras que proyectaba el baile del fuego sobre la hoguera se movían envolviéndola en un halo de misterio y la notaba cambiada. El pelo, oscuro como la medianoche, el cuerpo esbelto y los rasgos delicados de su rostro habían mantenido intacta su belleza, pero los que le desconcertaron fueron los ojos, que mostraron ansiedad al toparse con los suyos. Esa emoción le era desconocida en Ana. En el pasado, siempre que se miraban, lo que descubría era un brillo travieso, alegría, alborozo, una pizca de dulzura o de picardía cuando se le ocurría alguna de sus trastadas de niña. Podía rememorar la preocupación que le transmitieron cuando lo visitó en el hospital tras el incendio, pero no recordaba haber visto en ellos esa inquietud, que no supo cómo interpretar.

Durante unos segundos, sus miradas quedaron prendidas. Pareció que la plaza entera se desvanecía, que la música cesaba y las voces de los cientos de personas reunidas allí bajaban el volumen hasta diluirse.

Solo existían los dos.

Vio cómo ella parpadeaba y sacudía la cabeza, como si necesitara asegurarse de que lo que le devolvían sus sentidos era real. Después, con decisión, se encaminó hacia él. Mateo no necesitó más instrucciones para hacer lo mismo. No tenía ni idea de lo que le diría; el impacto de volver a verla había nublado su capacidad de pensar con claridad. Ni se acordaba de lo que había pensado cuando fantaseaba con encontrársela, pero no importaba. Ya le saldrían las palabras, o los gestos, o lo que fuera. Era Ana. Aunque hubiera pasado tanto tiempo, habían hablado mucho durante su infancia; no tenía que ser tan complicado recuperar el hilo.

Entonces, demasiado pronto, la magia cesó. Apareció Alvarito Martínez y retuvo a Ana por un brazo, y la plaza volvió a llenarse del estruendo de voces, cantos y gritos alegres de la gente que celebraba San Juan.

Al reconocer la incomodidad de ella, Mateo recordó aquel lejano día de su infancia, cuando Alvarito agredió a Ana en Santa Eulalia, y le invadió una ira descontrolada. Como entonces, el primer impulso fue descargar sus puños contra aquel imbécil.

Imbécil.

A pesar de los años transcurridos, no encontraba otra palabra que lo definiera mejor.

Apenas se había aproximado a ellos cuando vio cómo Martínez soltaba a Ana, y reconoció a su lado a Ramona y a Laura, a las que no había visto. Con el corazón golpeándole furibundo, solo lo retuvieron los retazos dispersos de una conversación captada al vuelo, suficientes para entender por qué la casa de la calle Real tenía la apariencia de un lugar deshabitado. Confirmaban el rumor que recorría Segovia antes de que él se marchara: Ana se había comprometido con Alvarito y ahora era su mujer. Mateo se volvió, recogió a los niños y los acercó hasta Lucía, que seguía charlando con Jimena y Germán.

Todos elevaron sus cabezas al cielo cuando el estruendo del estallido de la pólvora anunció los fuegos artificiales.

Capítulo 28

El cielo de Segovia brillaba con los mágicos colores de los fuegos artificiales, lanzados desde los Altos de la Piedad. Miles de centellas incandescentes trazaban en la oscuridad ramos de flores, palmeras o coronas, y se derramaban sobre la cúpula de la catedral, iluminando en su recorrido la plaza Mayor. Olía a pólvora y el cielo resonaba como si en él se estuviera librando una batalla, en la que el fuego rivalizaba en belleza con las estrellas. Los trazos que dejaba el humo a su paso enseguida eran sustituidos por el color de las chispas de la siguiente figura y, a las detonaciones, se unían las voces asombradas de quienes contemplaban el espectáculo pirotécnico. Pero ni este, que tenía embobados a pequeños y mayores, conseguía distraer a Mateo, que echaba constantes vistazos a su reloj de bolsillo. La hora a la que Lucía había quedado con Pinar se aproximaba y él tenía prisa por regresar a casa. Necesitaba tumbarse en su vieja cama y serenar el ánimo, inquieto tras haber visto de nuevo a Ana.

Se sentía más herido que nunca.

Ni siquiera cuando despertó tras el incendio y descubrió su mano maltrecha había sentido que algo le desgarrara con tal furia como encontrarla casada con Alvarito. Fue como si hubiera recibido un jarro de agua fría en la cara, seguido de un intenso latigazo en el pecho que le dificultaba la respiración y lo dejaba tan exhausto que dudaba que las piernas lo sostuvieran durante el camino de regreso a casa.

Caóticos pensamientos explotaban en su mente, al ritmo de las detonaciones de las bombas de colores, y dinamitaban su ánimo, reduciendo a ruinas un trabajo que le había costado años: recomponerse.

La gran traca final, recibida con aplausos por el público, le sacó de sus meditaciones. Fue como una señal para que los segovianos empezaran a moverse; unos para volver a casa y otros para trasladar la fiesta a las barracas de tiro al blanco o probar su suerte en las tómbolas. Él, que un poco antes hubiera prolongado la fiesta, en esos momentos agradeció la prisa de Lucía por marcharse y lo tajante que había sido con Pinar con la hora de vuelta. Se dirigieron hacia la

puerta de San Frutos y, apoyados en la pared de la casa de la esquina, esperaron a la muchacha.

Diez minutos después de la hora que le había puesto Lucía, Pinar seguía sin aparecer.

—¡Esta niña no va a salir en todo el verano! ¡Por mi madre, que en gloria esté, juro que la voy a dejar metida en casa, aunque se muera de calor! —amenazó Lucía al aire, nerviosa por la tardanza de la joven.

—Eso dices, pero ya verás como, cuando llegue, te dará dos besos y se te olvidará —se quejó Andrés.

No supo anticipar el pescozón de Lucía y al instante se encontró frotándose el cogote y soportando la burla de su hermano Lucas.

—¿No se habrá confundido de puerta? —preguntó Mateo, ansioso por irse.

—No, le dije muy clarito que era aquí, en la de San Frutos, la que mira a la plaza Mayor. Cuando venga, se va a enterar…

Lucía, velado entre amenazas que jamás cumpliría, escondía el miedo a que su niña desapareciera. La piel se le erizaba cuando cerraba la puerta de la casa y se marchaba a trabajar, y sentía pánico cuando eran Pinar o Andrés quienes salían a buscarse el jornal, pero se sobreponía porque aquello era necesario. Aquella noche había cedido al capricho de su hija mayor porque era obvio que crecía y que alguna vez debería soltarla de la mano, pero no había contado con la angustia que solo unos minutos de retraso le estaban provocando. Un sufrimiento evitable desde su punto de vista de una madre que aún no está preparada para soltar a sus criaturas.

—¡Ahí está! —señaló Mateo.

Pinar, consciente de su retraso, se acercaba presurosa, esquivando al gentío.

—¡Perdón, madre! Es que, cuando han empezado los fuegos, han parado la cucaña y luego ha seguido… y me he despistado.

—Llegas tarde. Por muchas zalamerías tuyas y muchos cuentos que me traigas no te voy a perdonar —la regañó Lucía.

—Pero ¡si solo ha sido un momento lo que me he retrasado!

—Te dije a las once y media y ya han pasado.

—Por favor, mañana madrugaré más para ir al río, pero no me castigues —suplicó la chica.

—Lucía, han sido solo diez minutos, y no se había alejado de la plaza —terció Mateo—. No seas tan dura con ella.

La mujer arrugó el ceño y, tras una pausa en la que meditó qué decir, tomó aliento y le contestó a Pinar.

—Está bien, lo de castigarte todo el verano me lo voy a pensar, pero ya se me ocurrirá algo por tu desobediencia. Y sí, mañana vas a lavar un montón de ropa en el río. La tuya y la mía, así que ya puedes madrugar sin rechistar ni un poquito.

—¿Lo ves, Mateo? Al final, siempre se va de rositas la mocosa esta. Igualito es eso que quedarse castigada todo el verano —dijo Andrés, y se ganó otra colleja que tampoco anticipó.

La familia de Lucía, con Mateo a su lado, bajó la calle Real comentando el concierto, la hoguera y los fuegos artificiales. Lucas permanecía callado. Tenía sueño, estaba muy cansado y algo perjudicado por el humo, así que pronto empezó a caminar despacio. Por más que Lucía lo alentaba, el niño lloriqueaba, pues no era capaz de caminar a su ritmo. Mateo, intuyendo su malestar, se ofreció para cargarlo en brazos. Lucas dejó de llorar en cuanto el joven lo alzó; le enroscó las piernas en la cintura y apoyó la cabeza en su hombro. Los ojos se le fueron cerrando y se quedó dormido.

A Mateo, el contacto con el niño lo reanimó. Necesitaba un abrazo y aquel le estaba sirviendo de consuelo. No sabía por qué se había alterado así, por qué le había afectado de ese modo volver a ver a Ana si había pasado tanto tiempo. Creía que la herida de su ausencia había sanado, que estaba listo para enfrentarse a ella sin sentir nada de lo que le movió en el pasado, pero había descubierto que no era así. Un solo choque de miradas, la certeza de que era de otro, y su cuerpo había sufrido un terremoto que lo había dejado tan maltrecho que iba a necesitar reconstruirse. De momento, el abrazo de Lucas era un buen principio. Le acarició el pelo y le dio un beso mientras caminaban calle abajo.

—Tiene ya nueve años y pesa —le advirtió Lucía.

—Este niño es un pajarito; apenas me cuesta cargarlo. Estoy bien, no te preocupes —le contestó Mateo.

—Se ha quedado dormido enseguida. Mi niño no está acostumbrado a estos trajines.

Andrés llamó la atención de Lucía. Quería contarle algo que había visto en una de las barracas del paseo del Salón, y ella se apartó un poco de Mateo para escuchar al chiquillo. Entonces, Pinar se acercó al joven.

—¿Puedo agarrarme de tu brazo? —le preguntó—. Es que yo también estoy cansada; he bailado más jotas que en toda mi vida.

Mateo separó un poco el codo de su cuerpo, procurando no despertar a Lucas, y la chica se asió a él. Se irguió, orgullosa de ir del brazo de un hombre tan elegante y tan bien vestido.

—¿Lo has pasado bien, Pinar? —le preguntó él.

—Muy bien, pero mi madre es una pesada. ¡He estado todo el rato cerca de vosotros! ¡Os he visto veinte veces! Y todavía se queja de que he llegado tarde.

—Es que has llegado tarde, Pinar.

—Pero diez minutos. Eso no cuenta. Eso es lo normal. Dice la tía Mariana, la del pescado, que hay que llegar un poco tarde para que los demás te esperen a ti y que se alegren de verte.

—Pues me parece que la tía Mariana no ha hablado con tu madre. No se ha alegrado ni un poquito; es más, creo que sigue enfadada.

—¿Tú crees que tiene derecho a castigarme por tan poco?

—Le prometiste que estarías a la hora y no lo has cumplido. Como abogado, te puedo decir que teníais un contrato verbal. No son tan vinculantes como los escritos, pero me temo que un contrato es un contrato, y, entre padres e hijos, cuentan igual que si estuvieran firmados por el mismísimo rey de España.

—O sea, que te vas a poner de su lado, ¡pues qué bien! —contestó ella.

—Yo no he dicho eso. Solo que, esta vez, ella lleva razón.

—¡Tengo unas ganas de hacerme mayor…!

—¿Para qué? —le preguntó Mateo, con una sonrisa.

—Pues para que no esté todo el día encima de mí.

—Eso no dejará de hacerlo nunca; es tu madre.

—¿La tuya es así de pesada?

—Yo no tengo, Pinar. Ella murió cuando la epidemia del cólera, hace ya mucho.

—Uy, es verdad. Si nos lo contó mi madre. Que hubo una peste que mató a mucha gente, perdona. Se me había olvidado. —Hizo una pequeña pausa, pero enseguida volvió al tema que le interesaba esa noche—: ¿Tú crees que cuando tenga novio me dejará en paz?

Mateo se encogió de hombros. A pesar de que los bracitos de Lucas los tenía alrededor del cuello, fue evidente el gesto.

—Creo que se preocupará el doble. No tengas prisa por crecer. Todo llega tarde o temprano. ¿O me estás preguntando lo del novio porque has conocido esta noche a alguien?

La muchacha sonrió a Mateo, mientras negaba con la cabeza y se ponía colorada.

Siguieron hablando y Mateo se recordó cuando tenía su edad. Reconoció en ella el mismo entusiasmo y la felicidad bailándole en los ojos, porque era la primera vez que le dejaban comportarse como si ya fuera mayor.

—Mateo —preguntó la chica—, ¿querrás venir mañana a la feria, si mi madre me deja salir otra vez, claro, para ir a la proyección cinematográfica? Yo nunca la he visto y dicen que es una maravilla.

—La he visto, y lo es.

—¿Vendrás entonces, o no te apetece?

—Dependerá del castigo que te ponga tu madre. Tendremos que averiguar primero eso.

Pinar bufó. Sabía lo dura de roer que era Lucía, y Mateo no pudo evitar reírse de su cara de desilusión. Movió a Lucas a la otra cadera para descansar el lado de la espalda sobre el que recaía la mayor parte de su peso. En ese momento, Pinar le soltó del brazo y se acomodó la falda, que se le resbalaba un poco.

Acababan de rebasar la casa de los Picos.

Apoyado en la barandilla de piedra de la bajada de la Canaleja, alguien llevaba un rato observándolos. Alvarito Martínez estaba allí con sus amigos, decidiendo qué harían, pero se distrajo un momento, porque reconoció a Mateo Garrido en cuanto lo vio asomar por la calle. Le habían llegado rumores de que se encontraba en Segovia y, un rato antes, en la plaza Mayor, cuando notó a su mujer con intención de moverse, pensó que quizá fuera porque le había visto. Nadie mejor que él conocía la amistad que unía a ambos en el pasado. Por eso la retuvo, aunque ahora pensaba que se había excedido de cauto. Parecía que Mateo no había perdido el tiempo en Madrid y ya tenía su propia familia. Cargaba un chiquillo dormido e iba del brazo de una muchacha que podría ser su esposa. Desde donde estaba, la veía muy joven, pero quizá la distancia lo confundía.

De lo que estaba seguro era de que se trataba de él.

No le hizo ninguna gracia que hubiera vuelto a la ciudad. No sabía cómo se las arreglaba, pero, siempre que había un conflicto entre los dos, Mateo quedaba como el héroe delante de todos. Solo el haber conseguido a Ana lo situaba a él por delante en el recuento de esa guerra imaginaria que se traían desde la infancia, y quería que fuera la última de sus batallas, porque sabía a victoria, aunque el premio, la hija del coronel Crespo, a él ya no le interesara ni lo más mínimo.

—¡Mirad quién ha vuelto a la ciudad! —dijo Enrique, saludando a un joven que bajaba de la plaza Mayor cargado con un jamón.

—¡Alfonsito! —saludó Severino—. ¿Cómo tú por aquí?

—He venido a Segovia por las fiestas. He perdido a mis amigos cuando he ido a recoger esto y me iba ya para casa —dijo, y levantó la pata de cerdo—. Me habéis pillado casi en la puerta.

Alfonso Olaso había sido compañero del colegio de los tres. Se llevaban bien y a veces quedaban, pero solo de manera eventual, porque se había marchado a estudiar a Madrid y solo volvía en los veranos a Segovia.

—¿A casa tan pronto? ¡La noche nos espera! ¡Ven con nosotros! —le propuso Enrique.

—La verdad es que no tengo muchas ganas de irme a la cama. Dejo esto y me apunto. ¿Dónde vais a estar?

Alvarito tanteó en uno de sus bolsillos y sonrió.

—Venga, te esperamos.

Alfonso, que vivía en la parte baja de la calle Real, se acercó un momento a su casa, dejó el jamón en el mismo zaguán y regresó corriendo hasta la Canaleja, donde le esperaban los tres amigos, dispuesto a unirse a sus planes.

Capítulo 29

La Noche de San Juan prometía juerga hasta altas horas. No eran ni las dos de la madrugada, y Alvarito, Severino, Alfonso y Enrique ya habían recorrido todas las tabernas intramuros y algunas de los arrabales, y cargaban en sus cuerpos el vino recolectado en sus visitas. Irradiaban euforia, y eso que aún no habían terminado de honrar a Baco.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Severino, después de abandonar una bodega de San Millán.

—Podríamos dar una vuelta por Santa Eulalia. ¿Qué tal si vamos al café de la tía Paca? —propuso Enrique.

—¡Eso es un antro! —protestó Alfonso.

—Y ¿qué más te da? Habrá vino y hasta es posible que le haya sobrado algo de comida y podamos llenar la panza; tengo hambre y no quiero volver a casa todavía —contestó Enrique.

—Nunca he estado allí, pero un tugurio se puede soportar en una noche excepcional como esta —se sumó Alvarito.

—Pues, ea, vamos, que ya se me está resecando el gaznate y me rugen las tripas.

Enrique le pasó el brazo por el hombro a Alvarito, y los cuatro, hablando a voces, se encaminaron hasta el barrio de Santa Eulalia. Todos los figones, tabernas, bares y cafeterías segovianos permanecían abiertos, aprovechando la sed que provocaban las fiestas y la flojera de la lazada de las bolsas, que se deshacía esa noche con una facilidad inusual el resto del año.

En las vísperas de San Juan, Enrique solicitó a su padre que le liberara de ayudar en la taberna. Este, preocupado por el extra de trabajo de las fiestas, se opuso al principio, pero acabó cediendo. Los amigos de su hijo no pertenecían a la élite segoviana, pero disfrutaban de tantos cuartos como ellos. Estaba seguro de que llegaría el día en el que la influencia del dinero prevalecería sobre los viejos títulos

nobiliarios y consideró conveniente que su hijo se relacionase con gente como Alvarito Martínez y Severino Cuesta. Para esa noche, contrató a otro camarero y le permitió que se divirtiera con sus compadres.

El local de Santa Eulalia que había mencionado Enrique pertenecía a una viuda que servía comidas de día en cuatro pequeñas mesas de pino destartaladas, rodeadas de estrechos bancos y sillas más avejentadas que ella. De noche, cuatro lámparas de aceite y otras tantas con velones, apagados más de la mitad, daban al lugar un aire lúgubre que ni las paredes recién encaladas eran capaces de compensar. Olía a ajo y a huevos fritos, y los tres amigos, nada más apartar la cortina para entrar, se quedaron parados. El gentío era tal que apenas podían moverse. Observaron pasar a la dueña con un plato en el que había dispuestas grandes lonchas de jamón serrano.

—¿Y si le pedimos unas jarras de vino y tortilla? —preguntó Alvarito, al que se le despertó el apetito al ver la comida.

—Está bien para empezar —dijo Severino—, pero yo tengo algo que os va a encantar.

Del interior de su chaqueta, extrajo una botellita con un líquido verde y la situó a la altura de los ojos de sus amigos.

—¿Qué es eso, una medicina? —preguntó Enrique—. ¡Oye, que no estamos enfermos!

—Es que lo he metido en un recipiente de la farmacia, cretino, pero no es una medicina.

—¿Y qué es? —insistió Alvarito.

—Absenta, o «hada verde» como también la llaman. ¿La habéis probado?

—Nunca —contestó Enrique.

—Pues hoy será el día —le aseguró Severino—. ¿Te apuntas, Alfonso? —le preguntó a este, agitando de manera incitadora la botella.

—¿Absenta? No, gracias —rechazó Olaso—, me sienta fatal.

—¿Tú ya la has probado? —preguntó Alvarito.

—Sí, en Madrid, y no me gusta. Sobre todo, no me gusta nada el día después de tomarla. —Se rio—. Te deja una resaca descomunal.

—Pues yo quiero probarla —afirmó Alvarito—. Con lo que he bebido ya, tendré resaca de todos modos.

—Y yo también, un día es un día —se apuntó Enrique—. Mirad, se ha quedado una mesa libre al fondo. Yo voy a pedir vino para todos y algo de comer, sentaos antes de que alguien la vea.

Tras decirles aquello, Enrique se acercó a la viuda e hizo el pedido, mientras los otros tres ocupaban la mesa más arrinconada de la sala. Estaba casi pegada a la que ocupaban otros dos hombres, que no tuvieron problema en moverse un poco para hacerles sitio. Alvarito se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de la silla. Luego le arrebató la botella a Severino y le dio un trago largo, mientras esperaban a Enrique, que volvió enseguida.

En ese momento, una chica, que apenas sobrepasaba los quince años, se acercó con seis jarras a las mesas; dos para la de los hombres de al lado, y las cuatro para los amigos. Severino se fijó en ella, en su belleza joven y sus pechos, que asomaban generosos por el escote. Cuando la cría soltó las vasijas, el boticario la sentó de un tirón sobre sus piernas.

—¿Qué hace una preciosidad como tú despierta a estas horas? —le preguntó.

La chica hizo amago de levantarse, pero Severino se lo impidió, ante las risotadas de sus compañeros.

—Mi madre es la dueña —contestó ella, como si esa frase le sirviera de salvoconducto para librarse del hombre.

Severino había empezado a subirle poco a poco la falda y sus libidinosos dedos alcanzaron la suave y delicada piel de sus piernas.

—¿No crees que estarías mejor en otro sitio?

Los cuatro se rieron del azoramiento de la criatura; Alvarito, eufórico, se había hecho dueño casi absoluto de la botella de absenta. El alcohol le provocaba ardor al tragar, pero las sensaciones que lo invadían eran tan placenteras que le resultaba sencillo ignorarlo.

Mientras sus amigos se reían, Severino siguió con los avances de su mano entre los muslos de la chica. Ella los mantenía lo más

apretados posible, aterrada, no solo por el camino que tomaban los dedos de ese hombre, sino por la dureza que notaba bajo sus nalgas, al estar sentada sobre él. Quería marcharse, pero el boticario la tenía bien asida por la cintura y no era capaz de levantarse.

—Tengo que seguir sirviendo mesas, señor —contestó, con tono suplicante.

—Qué pena, seguro que, si te unieras a nuestra fiesta, lo pasarías muy bien. Yo me encargaría personalmente de ello.

Después de aquellas palabras, sin sacar la mano de debajo de la falda, Severino enterró la cara entre sus pechos y absorbió su aroma con descaro y deleite. El gesto repugnó tanto a la muchacha que la situó al borde del llanto.

—¡Petra! —gritó la viuda—. ¡Ven a por esto!

Severino, consciente de que no era el momento para salir triunfante, soltó a su presa. Tenía hambre, no era cuestión de ponerse a mal con la tabernera por un toqueteo sin importancia. La cría no estaba mal, pero esa noche tenía trabajo; había muchas otras mujeres hermosas en la ciudad, y quizá pudiera encontrar una más libre y dispuesta, que no cerrara las piernas con tanto ahínco. Se veía que a esta la madre la tenía bien aleccionada, que no pasaba apuros de hambre y no había tenido que hacer uso de sus encantos todavía. Buscaría en otro lado la diversión para empezar el verano con buen pie. Y, quién sabía, si daba con una lo suficientemente ingenua, a lo mejor no solo la encontraba para empezarlo, sino para el resto de las noches de estío.

Al cabo de unos minutos, la tabernera, con muy malos modos, les dejó encima de la mesa la tortilla que le habían pedido y les reclamó el precio de la consumición. Ellos la pagaron sin armar bronca, riéndose de su cara de preocupación.

—Creo que no le gustas como yerno —dijo Enrique.

—Mira que eres anormal. Este no puede ser su yerno, que es mucho hombre para tan poca jaca. —Se rio Alvarito.

—Pero la mujer no puede saberlo; Severino nunca se ha dejado ver por aquí. —Se rio el tabernero.

—¿Seguro? ¿Quién no conoce en Segovia a Severino, el boticario? —preguntó Alfonso.

—Eso es verdad, creo que esta cosa que nos has dado me está haciendo perder un poco…

Enrique no terminó la frase; se empezó a reír como un demente cuando Petra volvió a pasar al lado de Severino con unas jarras de vino para otra mesa, y este le agarró una nalga y se la apretó. Le propinó tal susto que la chica dio un respingo, y una de ellas se estrelló contra el suelo irregular de tierra, y la tasca se llenó de olor a vino barato. La otra, antes de romperse contra él, derramó su contenido sobre la camisa de Alfonso y la de Severino.

El boticario tardó un instante en reaccionar.

Se levantó y le propinó un bofetón a Petra que la tiró al suelo.

Entonces, los dos hombres que les habían cedido espacio se levantaron. Uno golpeó a Severino; el otro, a Alvarito. Enrique y Alfonso se unieron a la pelea, y los dos bandos quedaron desequilibrados, pero enseguida llegaron refuerzos para los defensores de Petra. La viuda sacó a su hija de ahí y después volvió, gritando desesperada que se marchasen de su negocio. Lo que le faltaba era que le destrozasen aquel lugar, que era lo único que tenía para ganarse el sustento.

—¡Tú! —le gritó a uno de los clientes habituales, que estaba observando en una esquina—, ¡salte a buscar a la Guardia Civil si quieres que te siga sirviendo vinos!

El hombre esquivó el alboroto y se marchó a buscar a los agentes.

Sobre la barra, brilló el cuchillo afilado que Paca usaba para cortar el chorizo.

Capítulo 30

En la taberna de la tía Paca volaban golpes y sillas. Los señoritos, que estaban tratando a Petra como si fuera ganado del que se mercadeaba en la feria de la Dehesa, se impusieron como mayoría en una pelea que los desquiciados gritos de la Paca no lograron frenar; alentada por el vino y la absenta, la riña había transformado a los hombres en bestias humanas.

En la reyerta no solo hubo puñetazos. Se lanzaron mordiscos, patadas, golpes con lo que encontraban a mano: restos de la jarra que acabó rota por el suelo, el plato en el que la viuda les sirvió la tortilla, un candil, que a punto estuvo de provocar un incendio… Los hombres, ebrios de furia por la ofensa a la muchacha o por dejar claro quiénes eran más fuertes, descargaban su violencia en la taberna.

Pronto, a los seis primeros se unieron algunos más. La lucha desestabilizó la balanza y los cuatro amigos quedaron en desventaja. Los otros, jornaleros del barrio en su mayoría y alguno de los mercaderes que se habían desplazado por la feria, no parecían necesitar mucha ayuda para hacerse con la victoria. A poco eran más fuertes que los señoritos.

El bofetón recibido por la hija de la tía Paca había sido el detonante para iniciar la pelea, pero no pesaba tanto defender su honor, ellos no gastaban de eso, sino marcar distancia, decirles sin palabras a esos cuatro individuos que ese era su territorio y que los de la parte alta no eran bien recibidos. No iban a consentir que se fueran sin al menos un par de costillas rotas.

A cada golpe, la Paca se desesperaba; veía su negocio arruinado y esa noche, que se preveía de las buenas, de las que se hacía caja, tirada a la basura. La comida que se había pasado preparando todo el día para los trasnochadores se le echaría a perder sin clientes a los que ofrecerla y todo el mobiliario que tenía, pobre pero funcional, acabaría destrozado. Los beneficios augurados se desvanecerían, y los que había conseguido hasta esa hora se le iban a ir en reparar los desperfectos y reponer los daños. Por suerte, lo peor, que le hubieran arruinado a la niña esos desgraciados, lo había salvado la intervención

de los dos hombres, benditos fueran. Ella la había sacado de la pelea a toda prisa, y ahora se escondía debajo de la barra de madera, hecha un ovillo y un mar de lágrimas.

La Paca gritaba desesperada que llamasen a los civiles; si los agentes del orden llegaban pronto, quizá se pudiera salvar algo.

Esa fue la señal para que la pelea se acelerase. Cuando un hombre dejó el local, casi a la vez que salía de la garganta de la Paca la mención a la Guardia Civil, alguien cogió el cuchillo de la barra, uno grande, uno que casi serviría para destazar cerdos. De los que daban miedo de solo mirarlos. La mano que lo agarró lo movió amenazante en el aire, y los hombres lo esquivaron. Entonces recibió una patada en el costado que le provocó un dolor punzante y la mano se abrió, dejando caer el cuchillo al suelo. Algunos se lanzaron a por él, en busca de la defensa extra que suponía el arma blanca. Era la baza perfecta para decantar esa partida de un lado o de otro. La Paca, poseída por una rabia que no había sentido en toda su vida, siguió gritando cada vez más fuerte que se fueran, aunque nadie la obedeció, solapados sus gritos con el alboroto.

El barullo de hombres luchando sin orden ni normas, revueltos y rabiosos, las voces, las imprecaciones de unos y otros no pudieron ocultar el alarido que sonó por encima de todo aquello, trágico y grotesco.

Sonó a dolor y a definitivo.

El cuchillo perforó carne joven. Unos ojos se abrieron como platos al mirar las manos que se habían ido por instinto al abdomen y contemplarlas rojas de sangre. Otros dos compusieron una expresión de terror al verse en los primeros.

Entonces, el tumulto frenó, y las voces se volvieron silencio, como si el color de la sangre hubiera sido la señal de que debían detenerse. Aquella calma extraña solo duró un instante, el tiempo que tardó alguien en recordar que la Guardia Civil había sido avisada. La advertencia vació la taberna, y a ella regresó la calma.

La tía Paca observó la escena entre aterrorizada y desconcertada. La taberna estaba destrozada. Las sillas, convertidas en trozos de madera inservibles; las mesas, volcadas; las jarras, rotas en pedazos por el suelo. Ni los cristales de las ventanas se habían librado de la destrucción. En las paredes recién encaladas ahora lucían restos de vino y, en una de ellas, destacaba la huella de una mano

ensangrentada.

Entonces, cuando el primer impacto de ver su medio de vida hecho añicos se mitigó, la viuda fue consciente de la verdadera tragedia.

Tendido en el suelo, con los ojos desmesuradamente abiertos y una herida en el abdomen que dejaba a la vista las vísceras, había un joven. La Paca se agachó para comprobar, en vano, si seguía vivo. Al lado del cadáver, su cuchillo. Acercó la cara para comprobar si respiraba, lo zarandeó, y, al hacerlo, se manchó el mandil con su sangre, pero enseguida dejó de moverlo.

Estaba muerto.

Tembló.

Y lo hizo, todavía más, cuando la Guardia Civil entró en el local y la encontró junto al cadáver, con sangre en las manos.

Capítulo 31

Antes de las seis de la madrugada, cuando la noche más corta del año todavía reinaba en el cielo, el landó abierto que había encargado Ramona estaba aparcado en la puerta de los Martínez para llevarlos a la romería. La matrona había despertado a las muchachas una hora antes para que les preparasen algo de comida y, en esos momentos, exhortaba a todos en la casa para que no se retrasaran más. Si no salían en breve, llegarían tarde a contemplar el amanecer. Según decía la tradición, el Día de San Juan el sol «salía dando vueltas» y el mejor sitio para contemplar ese fenómeno era el que ofrecían las inmediaciones de la ermita de San Antonio de Juarrillos, a pocos kilómetros del centro de Segovia. Después de que los rayos de sol despuntasen sobre el horizonte, se celebraría la misa del alba para honrar al santo. A ella no solo acudía mucha gente importante de Segovia, sino también vecinos de La Granja, Valsaín, Revenga y, por supuesto, de Hontoria. Ramona quería que llegasen cuando los allí reunidos pudieran ser testigos de su elegante entrada en las inmediaciones de la ermita en el landó de dos caballos alquilado para la ocasión.

Lástima que no hubiera conseguido un automóvil. Seguro que de ese modo habría logrado que hablasen de su dinero durante unos meses. Quizá el murmullo de la gente siguiera provocando eco hasta la romería del año siguiente. Se decía que algún automóvil había pisado las calles segovianas, pero pocas eran las personas que podían jurar sobre una biblia que lo habían visto en la ciudad. Si ellos, los Martínez, llegasen en uno, dejarían bien claro su poder económico ante todos; quizá eso les abriera más puertas sociales que los torpes intentos de su marido y su hijo en el Casino, donde solo habían conseguido ser socios transeúntes e ignorados permanentes. Por eso intentó alquilarlo y llevarlo desde Madrid, pero la empresa resultaba cara hasta para la presuntuosa Ramona.

Tuvo que conformarse con el landó.

—¿Se puede saber dónde está tu marido? —le preguntó a Ana, justo cuando salían a la calle.

Tantos preparativos habían conseguido despistarla y acababa de percatarse de la ausencia de su hijo.

—No ha vuelto a dormir —contestó la joven, sin ningún matiz de pena en la voz.

Aunque no compartían cama, Ana se veía obligada a dormir en la misma habitación que su marido. Su cama estaba tal como la habían dejado las chicas la mañana anterior: la colcha, alisada; el cobertor, en su sitio; los dos cojines, sobre la almohada, y el vaso de agua, que siempre demandaba, intacto en la mesilla de noche.

—Este chico… Mira que le dije ayer que tenía que acompañarnos —se apenó Ramona.

—Seguro que ya está allí —contestó Laura.

Lo afirmó como quien deja caer un comentario de buena fe, aunque todos sabían que la buena fe hacía mucho que no tenía contacto con Laura en lo tocante a su hermano. Sus padres, tras escucharla, la miraron como si le hubieran salido tres cabezas.

—Sí, seguro que será eso, que ya está allí. Vamos al coche —apremió Ramona, distrayendo el enfado de Álvaro, que a punto estuvo de replicarle y de ponerse a despotricar contra el vago y juerguista de su hijo, de quien estaba harto desde hacía muchos años.

La incompleta familia montó en el coche. Laurita y Ramona ocuparon uno de los asientos, apretujadas, pero insistían en que ellas necesitaban viajar en el sentido de la marcha para no marearse. Ana lo hizo con su suegro, de espaldas al destino y mucho más cómoda, porque ellos dos eran más delgados. Se arrebujó en su chal y lamentó que no fuera más tupido. A pesar de que estaban a mediados de junio, llegaba un viento que a esas horas levantaba frío y provocaba que tiritase en el coche de caballos. La romería estaba todavía más cerca de la sierra que Segovia, así que debería haber cogido una chaqueta para las primeras horas de la mañana, pero no era cuestión de decirlo y acabar enfadando a Ramona. Había comprobado que contradecirla suponía remover un avispero. Aventuró que mediada la mañana le sobraría ropa, así que se cruzó de brazos e intentó no pensar en el frío.

—No me gusta que Alvarito siga viviendo como si estuviera soltero —dijo Álvaro, cuando el coche se alejaba de las últimas casas de los arrabales.

El silencio los había acompañado hasta ese momento.

—Mira que eres. Tampoco es para tanto. Esta noche era especial, y quería celebrarlo con sus amigos —contestó Ramona.

—No tiene edad ya de seguir con esa vida.

—Desde luego, Álvaro —siguió Ramona—, siempre estás con lo mismo, siempre queriendo que el chico sea como tú. Ha salido más… vital.

—¿Más vital? Más vital ¿para qué? ¿Para tocar la pandereta o alzar un chato de vino? Poca mano dura he tenido con él, que esa es la que endereza. La misma que tuvo mi padre conmigo y que me hizo un hombre trabajador y de su casa. ¿Cuándo he faltado yo al trabajo?, ¿cuándo te he faltado yo un día importante? —le gruñó a su esposa.

—Un día importante… tampoco es que hoy lo sea; es solo una romería.

—Ramona, lo has malcriado y todos estamos pagando las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? No se va a hundir el mundo si el chico no viene.

—El mundo, quizá no, pero todo a vuestro alrededor lo hará el día que yo falte. ¿Es que no lo ves? —siguió enfadado Álvaro—. Tienes un hijo que no puede ser más holgazán y, a este paso, tu hija, que se mira en el espejo de su hermano, al que alabas a cada hora del día, acabará enamorándose de otro vago que contribuirá a acabar con todo lo que he construido con esfuerzo. Lo veo venir.

—Encima me la cargo yo —intervino Laura, enfadada.

—¡Tú calla! —le recriminó Ramona, que a ella sí le imponía los límites que se saltaba con su hijo día sí y día también.

—Eso, ordénale que se calle, que es lo que haces siempre con Laura. Y le dejas hablar a él, hablar de lo que quiera, incluso hablarle mal a esta pobre criatura, que no sé ni cómo no se rebulle nunca.

Ana, cuando se dio cuenta de que Álvaro la había incluido en la conversación, quiso invisibilizarse en el asiento. Mantenerse callada no le costaba en absoluto; ninguna de las conversaciones de esa familia le interesaban lo más mínimo, pero, además, había descubierto que cuando mejor iban las cosas con Alvarito era cuando ella no replicaba. Los primeros días de matrimonio ella se moría de ganas de

protestar, pero el mal momento por el que estaba pasando retuvo su impulsividad. Después, cuando admitió el error de haber aceptado el matrimonio y de lo duro que se le estaba haciendo permanecer a su lado, se había frenado ella a base de morderse la lengua. ¿De qué le serviría ya? Se había dejado atrapar en una tela de araña que la mantenía inmóvil y a merced del insecto que la había tejido. Impidió que se estampase contra el suelo cuando su vida se desmoronó, pero, desde entonces, solo restaba quedarse quieta esperando a que se la comiera.

Hasta la noche anterior, no se había sentido con el coraje de replicarle nada a su marido. La antigua Ana, la que no se conformaba, había asomado un momento, pero ahora ese valor le parecía un espejismo.

—Espero, por su bien, que cuando lleguemos esté allí o tendrá que oírme —sentenció Álvaro.

Desde ese momento, el silencio volvió a ocupar su sitio en el landó, y solo se oían los cascos de los caballos avanzando por el camino.

Cuando llegaron a la romería, una multitud esperaba el amanecer. Se habían ido agrupando en corrillos para contemplarlo, y ellos hicieron lo propio, ocupando un lugar en la explanada. Como había anticipado Ramona, eran muchos los que se volvían a admirar el landó y murmuraban acerca de la familia que lo ocupaba.

Pocos minutos después, el sol salió como siempre, y a Ana le pareció que lo de dar vueltas tuvo que ser cosa de otro siglo, porque, en lo poco que miró, hasta que sintió que sus ojos empezaron a llorar, solo vio un amanecer idéntico a otros muchos. Enseguida dejó de hacerle caso al sol y se dedicó a observar a la gente. No estaba buscando a su marido, sino a Mateo.

Hasta que el sueño la venció la noche anterior, estuvo pensando en su encuentro en la plaza. No se lo había imaginado. No estaba confundida por la noche festiva, ni había errado en su percepción porque a la plaza la invadiera el gentío. El deseo que había lanzado a la hoguera con tanta devoción se había cumplido y él había aparecido en Segovia frente a sus ojos.

Y también la había visto.

Si no hubiera sido por la intervención de Alvarito, podría haberlo saludado y…

Y nada más.

Ella ahora era una mujer casada que no podía permitirse la amistad que tenían cuando eran niños, su complicidad de siempre; pero al menos podría saber de su boca que estaba bien, que en esos años la vida había sido benévola con él.

Uno de los dos tenía que haberlo conseguido.

La vida siempre tenía dos caras, como las monedas. En su caso, había caído del lado de la cruz, así que deseaba, con la misma fe con la que pidió el deseo a la hoguera, que la de Mateo fuera la cara. La de la suerte, los deseos cumplidos, el sol brillando y no esa que vegetaba en la oscuridad de una casa sin afecto y restaba días sin saborearlos.

La misa del alba fue tan tediosa como las de la catedral, y a Ana le habría gustado acordarse de llevar su libro para soportarla y que, en cuanto terminara, se marchasen de allí de regreso a casa. Había mal dormido y necesitaba un descanso, y no solo para su cuerpo, poco acostumbrado a trasnochar. Su mente había bullido con recuerdos que la habían dejado exhausta. Añoraba la cama, la soledad, y no estar allí, saludando a personas que no sabía ni quiénes eran y a otras que, aunque lo sabía, no quería ni ver. Algunas eran las mismas que le dieron la espalda en los últimos años de Candelaria y le molestaba que se hubieran olvidado de ese tiempo con tanta facilidad. Como si no hubiera sido más que un paréntesis sin importancia y no el golpe más certero que había recibido nunca. Ese tiempo en el que pidió ayuda, pero que nadie más que Ramona se la brindó.

Ramona, salvadora y carcelera, la que decidió su destino y consiguió que fuera infeliz tal vez para siempre.

Se regañó por pensarlo.

No había sido Ramona quien le había arruinado la vida; no debía culparla con tanta ligereza: había sido ella misma. Le había dicho a Candelaria que podía meterse monja, ese camino siempre existió, y ni siquiera lo valoró en los días más tristes. Podría haberlo hecho, ahora estaba segura de que un convento de clausura tenía que ser un lugar mejor que la casa en la que vivía. Sabía que las oraciones no la ayudaban, no le ofrecían ni una pizca de ese consuelo que algunos encontraban en ellas, pero al menos no tendría que soportar a un marido que la exhibía como un trofeo en las pocas ocasiones en las que salían juntos a alguna parte.

Mediada la mañana, Alvarito seguía sin aparecer. A la hora de

comer, hasta Ramona empezaba a sentirse inquieta por su ausencia. Se habrá ido a casa, cansado, alegaba, pero ya sin demasiada convicción.

Entonces, antes de la procesión, empezaron a llegar las noticias en boca de los que se acababan de acercar para presenciar las jotas y los paloteos. En la taberna de la tía Paca, en Santa Eulalia, había habido una reyerta con un muerto, aunque el nombre no llegaba hasta los oídos de los Martínez, perdido en los corrillos que cuchicheaban en privado y de los que no lograba escaparse. Parecía que había gente de bien entre los implicados en la riña; quién sabía si se contarían más heridos, o si alguien más habría muerto. Ramona, al pensar en la ausencia de Alvarito, empezó a ponerse nerviosa, aunque enseguida impostó una sonrisa. Aquello no podía ir, de ningún modo, con su hijo.

Álvaro, por su parte, se temió lo peor. Alvarito era capaz de meterse en cualquier problema.

A Laura le dio igual, ella solo pensaba en que tenía hambre.

Ana no se paró a pensar. Continuaba buscando a Mateo.

Entonces, por el camino de la ermita de San Antonio de Juarrillos, justo antes de que arrancara la procesión que rodeaba la ermita, con los niños más pequeños subidos en la carroza del santo, apareció Alvarito Martínez. Traía un aspecto impoluto, aunque con cara de resaca y de no haber dormido en toda la noche. También lucía una sonrisa en los labios que al principio pareció que era producto de haberse pasado con el vino.

Pero no olía a vino.

Olía a recién afeitado.

Capítulo 32

Ramona decidió enseguida que se marchaban. Álvaro se despidió de su amigo, Gregorio Bernabé Pedrazuela, el director del *Diario de Avisos*, con quien había pasado gran parte del día, y se montó con el cochero en el landó para que pudieran volver todos en él. Ana lo hizo al lado de Alvarito, que se mantuvo en silencio durante todo el trayecto. Tenía los ojos cerrados, pero no estaba dormido, sino batallando con los confusos recuerdos de la intensa noche anterior.

El grito en la taberna de la tía Paca fue de esos que no se olvidan. Sobrecogedor, un aullido de sorpresa y miedo que vino con aroma a muerte desde el mismo instante en que rompió el aire de la taberna. Se le metió en los oídos, le traspasó los tímpanos y recorrió su interior hasta el punto de helarle la sangre, la suya, porque la de la víctima resbaló caliente por su ropa. Lo vio tratando de sujetarse las tripas sin conseguirlo.

Lo siguiente se volvía caótico.

La sensación de una mano agarrándole el brazo. La huella ensangrentada de otra en la pared recién encalada de la taberna y un cuerpo cayendo desmadejado al suelo de tierra. La reyerta en pausa y, al momento, varios gritos más, que se volvieron atronadores y surcaron el aire enrarecido de la tasca.

«Vámonos de aquí».

«Han llamado a los civiles».

«Rápido, hay que marcharse».

Se presagiaba tormenta, esas tripas colgando no auguraban nada bueno. En medio de la neblina que confundía su mente, le pareció ver que cada uno tomaba una dirección en la calle y se dispersaban. Él solo pensó en agarrar su chaqueta tirada en el suelo y correr, correr todo lo que le permitieran las piernas y los pulmones. Correr sin saber adónde.

Sus pasos erráticos le condujeron hasta el Jardín Botánico. Al llegar a la entrada, vomitó. El vino, la absenta y la carrera le habían

revuelto el cuerpo, y este se deshizo de ellos, aunque no del mareo, ni de la extraña sensación de irrealidad que lo invadía. Nada más poner un pie dentro del Jardín, le dio la sensación de que las ramas de los árboles se abalanzaban sobre él.

El viento sonaba como un susurro siniestro.

Nada permanecía quieto.

Intentó respirar, tranquilizarse, pero escuchó ruidos, voces de risas que procedían de algún lugar cercano que no podía ubicar. Ni una sola farola alumbraba el recinto, las sombras se seguían moviendo sin darle tregua. Un búho ululó y el viento se coló entre las ramas, agitándolas con fuerza, y le parecieron susurros acusadores. Se tapó los oídos, dio vueltas sobre sí mismo y después huyó.

Necesitaba buscar un lugar tranquilo donde quedarse un rato para que se le pasase la borrachera. Salió del Jardín, dio un rápido vistazo a la calle y se decantó por bajar al Clamores, a los lavaderos. Era San Juan, tal vez ese día se retrasase la faena y allí no hubiera nadie hasta tarde.

Intentó correr, pero ni siquiera estaba seguro de haberlo conseguido; sentía como si flotase, envuelto en la neblina que opacaba su mente. Tras más tiempo del que le hubiera gustado, llegó al arroyo, por cuya orilla anduvo dando traspiés. La oscuridad le ocultó la raíz de un árbol que atravesaba el camino, tropezó con ella y cayó de bruces, golpeándose en el costado con otra de las garras que sujetaban el árbol a la tierra. El golpe le provocó un dolor agudo, que comprometió su respiración unos minutos, y que se le cayera la chaqueta que sujetaba en la mano. Cuando se restableció, se puso en pie y buscó la prenda a tientas. El maldito sol no quería salir esa mañana para ayudarle, y eso que decían que la de San Juan era la noche más corta del año. Le costó encontrarla bajo las sombras que proyectaba la débil luz de la luna.

Cuando se irguió, un intenso dolor le llevó la mano en el costado y percibió que se había manchado de barro la camisa, pues un hilillo de agua atravesaba el camino y había formado un pequeño charco entre las raíces, justo donde había caído.

Aprovechando que estaba en la zona de los lavaderos, pensó que podía intentar limpiarse. Después de un rato deambulando entre las sombras, se acercó tambaleante a las tablas de cemento que se usaban para restregar la ropa en la pila. Dejó la chaqueta en el suelo, se quitó

la camisa y la metió en el agua. Con la mirada, buscó un trozo de jabón abandonado, pero estaba oscuro, él se sentía mareado y confuso, y no lo encontró. Daba igual; tal vez solo con enjuagarla la camisa tendría mejor aspecto y acabaría saliendo el barro. A pesar de estar en junio, el agua bajaba congelada de la sierra y, cuando la tocó, le pareció que le aguijoneaba las manos. Sus brazos se quejaron del frío llenándose de esos bultitos que recordaban a una gallina desplumada.

No llevaba ni medio minuto en esa labor cuando notó unos crujidos entre la maleza, el signo inequívoco de que alguien se acercaba.

Dio un respingo.

Sacó las manos del agua y se escabulló para ocultarse, pero enseguida reparó en que había dejado la chaqueta en el suelo y la camisa dentro del agua.

Muy cerca de donde se había escondido, divisó la silueta de una mujer que se disponía a empezar su faena en una de las tablas. La vio sacar un trozo de jabón del bolsillo del delantal, echar algunas prendas en la pila, seleccionar una y comenzar a frotarla. Desde su escondite, aterido de frío, no la perdía de vista. Tuvo que esperar unos minutos para que la claridad del amanecer le trajera la certeza de que era apenas una inocente chiquilla.

Alvarito pensó que la gente pobre hacía cosas estúpidas, como trabajar en San Juan.

Ajena a su escrutadora mirada, la chica tomó otra prenda en sus manos. La enjabonó, la frotó con ahínco durante unos minutos y después se volvió para dejarla a su izquierda. Justo cuando la iba a depositar ahí, la detuvo la camisa que flotaba en el agua de la pila. Cuando se disponía a cogerla, él decidió salir de su escondite. Ella se sobresaltó y su grito sonó aún más potente en el silencio del lavadero.

—No te asustes —le suplicó él, acercándosele tambaleante.

—No tengo nada de valor —tembló ella.

Alvarito supo, por sus palabras y su cara de pánico, que le había confundido con un ladrón. Uno muy torpe, se dijo, las mujeres que lavaban en el río eran pobres como ratas. Había que serlo para dejarse allí las manos en pleno invierno segoviano.

—No quiero robarte, solo he venido a lavar mi camisa. Te doy un

duro si lo haces tú.

La chica cambió de actitud, y él dedujo que había dado con las palabras acertadas; un duro por una prenda era un precio elevado, y la codicia había ganado espacio al miedo.

—¿Está muy sucia? —preguntó ella.

—No —contestó Alvarito, acercándosele—. Me han tirado vino encima y se ha puesto perdida. No quiero regresar a casa oliendo a bodega. ¿Podrías lavarla?

—¿Ahora?

—Claro, esperaré lo que sea necesario. No tengo otra para volver a casa.

—Está bien —le dijo.

La chica recogió la camisa. El barro se había disuelto en el agua, pero seguía teniendo rodales de suciedad, que frotó contra la tabla. El silencio empezó a incomodar a Alvarito y lo espantó con una pregunta.

—¿Cómo te llamas?

—Pinar —contestó la muchacha, sin mirarle.

—Bonito nombre —la halagó—. ¿Puedo suponer, por el nombre, que eres de Cantalejo?

—Yo no, mi padre.

—¿Sabes si vendrán muchas lavanderas esta mañana? —inquirió, preocupado, mirando alrededor.

—No lo creo. Si vienen, será más tarde. Es fiesta.

La observó entonces con más tranquilidad y cierto interés. Era muy joven, pero su cuerpo había dejado la niñez y empezaba a mostrar curvas generosas y unos pechos llenos que lo invitaban a acariciarlos. Pinar le devolvió una mirada de desconfianza, tal vez porque estaba medio desnudo frente a sus ojos, o quizá perturbada por su descarado escrutinio. Alvarito se olvidó de lo que le había conducido al lavadero. Solo podía pensar en lo apetecible de su cuerpo.

—Me llamo Álvaro.

Y nada más decirlo, se arrepintió de su ataque de sinceridad. Ella asintió de manera casi imperceptible. No se volvió a mirarlo; se centró en la prenda, frotando con más ahínco.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alvarito, al verla arrugar el entrecejo.

—Esta mancha, que no sale.

—Con que se note menos será suficiente, Pinar.

Dijo su nombre arrastrando las dos sílabas con cuidado, con la voz enronquecida y al instante notó su turbación.

—Esto de aquí no parece vino —le dijo ella, señalando los cercos de la manga, que no se iban del todo.

Alvarito se inquietó. Podría ser casi una niña, pero, si lavaba en el río todos los días, habría tenido que quitar manchas de vino y sabría que en su camisa había algo más. Pensó en que tenía que inventar rápido una historia.

—Es que no es solo vino. Verás…

Se acercó más a ella, invadiendo su espacio para susurrarle al oído. Era joven y bonita, más incluso que la chica de la Paca. Su instinto de cazador llevaba un rato despierto y tuvo que contenerse para no tocarla. La pausa antes de empezar a hablar la empleó para serenarlo e inventar una historia.

—Mis amigos y yo… hemos robado una gallina para sacrificarla en el cementerio.

Notó como ella se estremeció a su lado.

—Es una tradición de San Juan —continuó él—. ¿Nunca la has escuchado?

—No —respondió, temblorosa.

—A lo mejor porque mi amigo es de Zamora, y aquí en Segovia no es costumbre, pero te aseguro que él dice que es un ritual para atraer la suerte. Se roba una gallina, se sacrifica en el cementerio, encima de una tumba cuyo difunto haya muerto en año bisiesto, y eso garantiza éxito en todo.

—¿Éxito en todo?

Él continuó con la invención, sorprendido por la facilidad con la que las palabras acudían a su boca y el interés que despertaban en ella.

—Entrará dinero todo el año a montones en casa, habrá salud para los que quieres y para ti e, incluso, la persona que se atreva a hacerlo podrá encontrar al amor de su vida.

Se aproximó más a su oído, buscando que sus palabras cosquillearan en el interior de Pinar.

—Mi madre a veces mata gallinas para el puchero, pero yo no podría. Les retuerce el pescuezo y suena… ¡Uf! Es horrible —dijo ella.

—En este ritual no sirve retorcer el pescuezo; hay que matarlas con un cuchillo —susurró— y que la sangre caiga en la fecha de la tumba. Por eso me he manchado la camisa, al ser de noche no se veía bien. Pero de esto no cuentes una sola palabra. Se tiene que mantener en secreto para que surta efecto.

Cuando le dijo aquello, ella le miraba embobada, y Alvarito aprovechó para colocarle detrás de la oreja unos cabellos que se le habían escapado del rudimentario moño. El sutil roce de sus dedos provocó un cataclismo en la inocencia de aquella muchacha, que tragó saliva, retiró la mirada y frotó la camisa con más empeño. Él notó que la perturbaba. Aunque continuaba mareado por la borrachera, un leve atisbo de lucidez ganaba posiciones en su ánimo y el amanecer hacía acto de presencia; tenía que marcharse antes de que alguien más le viera.

—Creo que ya es suficiente —le dijo, pidiéndole la prenda con un gesto.

Pinar aclaró la camisa y la miró al trasluz dudando antes de dársela, no estaba limpia. Él, sin detenerse más, la cogió de sus manos, le dio el duro, la sacudió y se la puso, empapada y todo. Antes de marcharse, se volvió hacia Pinar.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo.

—Lo mismo digo —contestó ella, tragando saliva de nuevo; pero él no supo discernir si había sido un placer o estaba aterrorizada.

Tenía que comprar su silencio y un duro podría no ser suficiente.

Por eso, antes de irse, se volvió y se situó frente a Pinar. Aún podía hacer algo para que callase su encuentro.

—No te he dado las gracias —le susurró.

—No hay de qué; me ha pagado bien —contestó ella, esforzándose por controlar el temblor de su voz.

—Recuerda nuestro secreto —le dijo, aún más suave, otra vez al oído.

—Sí, sí. No se preocupe —respondió, bajando aún más la voz, a pesar de que allí no había nadie que pudiera escucharla.

—El chico que se case contigo va a tener mucha suerte, Pinar. Eres la mujer más hermosa con la que me he encontrado en mucho tiempo.

Después de acariciarle la mejilla con el dorso de un dedo, le tomó una de las manos y la acercó a él. La tentación danzó en su interior, esa que le despertaba el tierno cuerpo de Pinar. Le depositó un beso lento en la mejilla, tan cerca de la comisura de los labios que acabó invadiéndolos. Se encendió. Los pechos de la chica, subiendo y bajando por la respiración agitada, su boca que sabía a inocencia y la promesa de un cuerpo joven empezaron a nublarle las intenciones de marcharse. Separó su cara y la miró. Ardía su deseo tan potente como la hoguera de la noche anterior en la plaza Mayor. Sin pensarlo más, posó sus labios en los de Pinar, que los recibió confusa. Tentó con la lengua la entrada de su boca y la niña, lo que quedaba de ella, se retiró a alguna parte cuando sus labios se abrieron para dejarla pasar. Alvarito la guio por un sendero inexplorado, y ella se abandonó. Las manos sobre sus pechos fueron recibidas sin objeciones y pareció volverse líquida de pronto, dispuesta para que él se la bebiera.

«Vámonos de aquí».

«Han llamado a los civiles».

«Rápido, hay que marcharse».

Las voces lo asaltaron, y la tregua a aquella extraña noche, que supuso la presencia de la chica, se desvaneció. Volvió a costarle respirar, pensar, volvió la niebla, el miedo y los recuerdos confusos de la taberna.

Ni siquiera dijo adiós; salió corriendo.

Llegó a la plaza de San Esteban aterido de frío y más despejado, aunque seguía notando la cabeza embotada por el alcohol. Cuando entró, agradeció primero el tibio calor del zaguán. Después, pensó que se encontraría con algún reproche de Ramona, una de sus broncas suaves de madre permisiva; pero no fue así. No había en casa sino las chicas de servicio, que le dijeron que sus padres se habían marchado a la romería con la señora Ana y la señorita Laura.

Subió a su cuarto, dispuesto a meterse en la cama y olvidarse de esa noche, solo quería recordar de ella el encuentro con Pinar. En un impulso, se tocó bajo los pantalones, quizá pudiera saciar su deseo a solas, pero recordó de pronto las instrucciones de su madre. Le había ordenado que fuera a la ermita.

«Vámonos de aquí».

«Han llamado a los civiles».

«Rápido, hay que marcharse».

No había tiempo para otra cosa, tenía que dejarse ver en la romería y fingir que no había pasado nada. Se afeitó, se cambió de ropa y se marchó.

Envuelto en aquellos recuerdos, se quedó dormido en el landó. Al detenerse este a las puertas de su casa, despertó sin recordar apenas nada de la noche anterior. Las imágenes empezaban a diluirse en su mente, confundiéndose con la realidad de un incómodo dolor de cabeza.

Capítulo 33

Pinar terminó a media mañana con la tarea del río. Había cumplido con el encargo de lavar su ropa y la de su madre, pero se iba a guardar mucho de contar que había estado ocupada también con una camisa manchada de sangre. Le había hecho una promesa al hombre del arroyo y la pensaba mantener.

Álvaro.

Le había dicho que se llamaba así.

Cuando él se había marchado, mientras seguía ocupada con la colada, paladeó su nombre. Le supo dulzón, como los caramelos que alguna vez le daba su madre de pequeña si se portaba bien. Se afanó en pasearlo por la boca, recorriendo cada letra, deleitándose en el trazo de vocales y consonantes, presa de un cosquilleo mientras lo hacía. Cuando la besó, no se había sentido una chiquilla. Era como la trataba todo el mundo, parecían no ver que ella ya era una mujer, que a sus dieciséis años podía estar incluso casada. Pensó en Fernanda, que había ido con ella a la escuela y esperaba su primer hijo.

Álvaro, ese hombre con nombre de rico, la había mirado como miraban algunos hombres: como lobos hambrientos, aunque no supiera muy bien de qué tenían hambre. Sus amigas y ella habían hablado de lo poco que oían aquí y allá, de lo que pasaba entre hombres y mujeres que se quedaban a solas. De los besos. De que se tocaban. De que se decían palabras bonitas que después se guardaban como tesoros. Pero ninguna de ellas había mencionado aquel fuego que le había encendido él en el cuerpo, que le arreboló las mejillas y que después se le fue entre las piernas y la dejó temblando. El beso la deshizo y la recompuso, descolocó su universo para pintarle otro seductor y atrayente que deseaba explorar.

Pero no debía; Álvaro era un desconocido, aunque supiera su nombre.

Pinar no recordaba haberlo visto nunca, pero tampoco ella se movía por la parte alta y sospechaba que él era de allí. Lo gritaban su camisa buena y sus modales distintos, más refinados que los de los

hombres que vivían en el barrio; no tenía la piel curtida, tostada por el trabajo en la calle, ni las manos ásperas. La habían tocado y las sintió como intuía que se sentía la seda sobre la piel. Eran manos grandes de dedos largos y espigados, y no toscos y llenos de callos como los que necesitaban de las manos para el trabajo.

¿Quién era?

Si su madre no la castigaba sin salir, daría una vuelta intramuros. Le valdría cualquier pretexto, como mirar los escaparates de la calle Real con sus amigas, aunque no les llegase el dinero para comprar ni unos guantes como los que llevaban las finas. Además, esos días de feria podía aprovechar la excusa de una visita a las barracas para buscarlo.

Anhelaba saber por qué había logrado que se sintiera así, expectante, no sabía ante qué. Extraña como nunca se había encontrado en la presencia de un hombre. Quería estar segura de si había sido solo por ese encuentro furtivo, o si le pasaría cada vez que lo viera.

De camino a la casa, con el cesto de la ropa bajo el brazo, iba cavilando que aún le quedaba tenderla en el balcón. Su madre y ella no se fiaban de dejarla en las cuerdas ni en los matorrales del Clamores, se la llevaban húmeda y la secaban en casa. Después, Lucía, con la paciencia que da la pobreza, la estiraba con una plancha calentada con carbón. A ella no le dejaba tocarla, decía que era muy complicado acertar con la temperatura y no quería que acabase arruinando alguna prenda, quemada o manchada por no saber cargar la plancha o colocar mal los paños húmedos que servían para regular el calor sobre los tejidos.

—¡Ya he vuelto! —gritó Pinar.

Lucía trajinaba en la cocina, ultimando los preparativos de la comida. Olía a cordero guisado, porque quería agasajar a Mateo en San Juan. Si no se daban al menos dos acontecimientos juntos, en esa casa no entraba carne de la buena. Solo vísceras y recortes de lo barato. Y pocos, ellos eran más de caldos y verduras. La madre salió de la cocina, secándose las manos en el mandil.

—Tiende rápido, que tenemos visita —le dijo.

—¿Visita?

—Esta mañana ha pasado Germán, el amigo de Mateo, y me ha

dicho que luego vendrá con Jimena, su mujer, a hablar no sé qué del litigio ese que ha venido a arreglar. Está encerrado en la sala con los papeles.

—¿Se quedan a comer?

—Le he dicho que los invite, pero no sé si querrán; igual deberían haberlo hablado ayer.

—¿Por eso estás haciendo cordero?

—Por eso, y porque hay que agradecer a quien tanto nos ha ayudado, Pinar. Mateo se lo merece.

Ella se palpó el bolsillo del mandil, donde llevaba guardado el duro del que no le iba a hablar a su madre. Quizá Álvaro tenía algo que agradecerle, o ya lo había hecho de palabra y con el dinero que le había dado. Notó que se estaba poniendo colorada al recordar la lengua en su boca, las manos en sus pechos, las palabras murmuradas cosquilleándole en el oído, así que decidió salir corriendo al balcón a tender. Lucía era como un perro de presa, o como una de esas mujeres que decían que adivinaban los pensamientos, y quería mantener los suyos a raya, privados.

No se avergonzaba de lo que había pasado, aunque sabía que tal vez debiera hacerlo, pero, si su madre se enteraba, sería capaz de sacar la zapatilla.

Cuando llevaba media colada tendida, vio subir por la cuesta a Germán del brazo de su mujer, quien caminaba de manera lenta y pesada, precedida por una barriga imponente que parecía a punto de estallar.

—¡Madre! —gritó, entrando en la casa—. Ya vienen.

Lucía se acercó a la salita en la que solían comer. Mateo tenía un montón de papeles desparramados por la mesa y anotaba algo en una libreta.

—Tu amigo está en la puerta —le informó.

—Voy yo a abrir —dijo él, dejando todo tal como lo tenía.

Se levantó y fue hasta la puerta, a tiempo de abrirla sin que Germán tuviera ni que llamar.

—Pasad, pasad —los invitó Mateo.

—Ay, gracias —contestó Jimena—. Me muero por un vaso de agua y una silla.

Lucía, que la escuchó desde la cocina, se acercó con una jarra y unos vasos. Les preguntó a los dos hombres si querían tomar vino, pero declinaron la invitación y se decantaron por el agua.

—¿Cómo vas viendo todo? —preguntó Germán, al observar los papeles sobre la mesa.

—Tendréis que soltar buenos cuartos a la familia, pero podréis quedaros con el negocio y con la casa. Es de todos, como os dicen, aunque tenéis preferencia para comprarla.

—Pero mis padres han vivido siempre ahí. Mi padre hizo todas las obras necesarias para que la vieja covacha de mis abuelos no se cayera, además de que era el mayor de los hermanos. No entiendo por qué tiene que ser también de ellos.

—La ley es así; de hecho, el mayor no tiene preferencia para heredar desde principios del siglo pasado. Se debe hacer un reparto equitativo. Tenemos que saber si tu abuelo, al menos, dejó constancia en algún lado de que tu padre podía ser el primero en comprar su parte a los hermanos. Ya sé que creéis que no lo firmó, pero, si existe ese documento, es posible que consigamos agilizar los trámites y que podáis hacerlo vosotros.

—¿Los dos? —preguntó Jimena, entornando los ojos.

—Los dos. La panadería puede estar a nombre de los dos, pero la dirección del negocio deberá ser cosa de Germán.

—Pero ¡si no distingue una harina de otra! —protestó ella.

El abogado se encogió de hombros. La ley disponía que el marido estuviera al frente del negocio y, ante eso, nada se podía alegar.

Jimena hizo un largo alegato sobre lo que opinaba acerca de que las mujeres tuvieran siempre que renunciar a todo frente a los varones, sobre lo injusto de la situación y las ganas que tenía de que alguien entrase en razón y permitiera que tuvieran los mismos derechos que los hombres.

—Si me pudiera echar a la cara a todos esos politicuchos de

Madrid, me iban a oír. Solo se dedican a llenarse los bolsillos, pero, cuando toca luchar por lo que es justo…

Germán la interrumpió.

—Cariño, por el bien del niño, creo que no deberías alterarte.

—Ya, por el bien del niño, dice… —rezongó ella—. A vosotros todo os parece bien porque siempre os favorece.

Mateo trataba de no reírse de la cara de disculpa que estaba componiendo Germán por lo impulsiva que era su mujer. La interrumpió antes de que se eternizase en sus reivindicaciones, que resultaban estériles entre aquellas cuatro paredes, y continuó con el asunto que se traían entre manos.

—Ahora, lo que debemos conseguir es que las cosas se arreglen sin que vuestra familia llegue a las manos. O a las páginas de la prensa —dijo Mateo, recordando el apunte de Jimena cuando se vieron la primera vez.

—Pues igual por eso mi padre no lo arregló con ellos, menudo carácter se gastaba…

—¡¿A quién habrás salido tú?!

La carcajada que Mateo llevaba un rato conteniendo estalló y fue acompañada de una sonrisa de Jimena.

—Cualquiera se ponía a malas con él, ¿lo recuerdas? —dijo Germán.

Mateo volvió a reír. El padre de Jimena, Márquez, el panadero, como le llamaba todo el mundo, era un gigantón con malas pulgas al que nadie le tosía. No era de extrañar que sus hermanos no hubieran querido soliviantarlo. Se habrían llevado algún golpe con la pala de sacar el pan.

—¿De cuánto dinero estaríamos hablando?

—Todavía falta calcularlo, pero es una suma importante. ¿Tenéis ahorros?

—Lo que dejó mi padre y algo nuestro, pero tampoco es para tanto —se lamentó Jimena.

—Intentaré acordar plazos con ellos para que no se os haga tan

costoso.

—¿Tú crees que aceptarán? —preguntó Germán a Jimena.

—Ni idea, pero siempre será mejor ir pagando un poco a cada uno que dejarnos a alguno para después. Si no hay un después, capaces son de quemarnos la tahona. Mi padre no era el único con malas pulgas.

—Cuando sepa algo más, los citaré para hablar y veré qué puedo lograr —añadió Mateo.

—Y ¿tenemos que estar presentes cuando se lo cuentes a ellos? —preguntó Germán.

Temía a algunos de los tíos de Jimena más que a su propio suegro, que en paz descansase. Podían armar una guerra peor que la de Cuba.

—Me encargo yo.

—¿Qué vas a hacer cuando termines con esto? —preguntó Germán. Ahora que su amigo había regresado a Segovia no quería que se volviera a marchar.

—En Madrid tengo a mi padre; no puedo quedarme mucho tiempo.

—Al menos espere a que nazca el niño —pidió Jimena, y después miró a Germán para que le dijera a Mateo lo que de verdad querían comunicarle esa mañana.

—Hemos pensado dos cosas —dijo el militar—. La primera, que no sé cuánto nos va a costar que lleves todo esto. También te lo tendremos que pagar a plazos.

Mateo levantó la mano derecha e hizo un gesto de clara negación con ella.

—Por mí no tenéis que preocuparos.

—Es tu trabajo.

—Y tú eres mi amigo del alma.

—Pues esa es la otra razón por la que estamos aquí —añadió Jimena—, porque queremos pedirle otra cosa.

—¿El qué?

—Queremos que seas el padrino —dijo Germán, tocando la barriga de su mujer. Sintió una patadita de la criatura, que se movía dentro.

Mateo se quedó sin palabras porque no lo esperaba. Cuando se recompuso del primer impacto, habló:

—Acepto, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Jimena.

—Que empieces a tutearme —le dijo a ella.

—Eso está hecho —contestó la mujer.

Germán le dio un sincero abrazo y Mateo sonrió. Le había hecho ilusión que pensaran en él como el padrino de su hijo.

—Se quedan a comer, ¿verdad? —preguntó Lucía, que entró en ese momento desde la cocina.

—No podemos. Hemos dejado a los chicos en la tahona y hay que cerrar, pero gracias de todos modos. Otro día vendremos.

Jimena fue quien declinó la invitación, a la vez que se levantaba con torpeza de la silla.

—Nos vamos; ahora el camino es cuesta arriba y esta mujer mía camina como una tortuga.

—Ya te querría yo ver con todos estos kilos de más en la barriga, a ver si te reías —contestó ella.

Se acercaron hasta la puerta de la casa y Lucía entró antes que Mateo, que se entretuvo un rato. Después, cuando se marcharon, se acercó a la cocina.

—¿A que no sabes la noticia de hoy? —le preguntó a la mujer.

—Te han pedido que seas el padrino; esta casa no es tan grande como para no enterarse de las conversaciones. Todas las habitaciones quedan muy cerca. —Se rio ella.

—No, no es eso, es algo que me han contado en la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Anoche mataron a un hombre aquí al lado, en la taberna de la tía Paca.

—¡Virgen del amor hermoso, ni en las ciudades pequeñas nos libramos de estas cosas! Y ¿quiénes fueron? ¿Feriantes?

Se sabía que la feria de ganado acababa trayendo problemas a la ciudad; gentes pendencieras y poco recomendables que a veces estaban detrás de robos y peleas, aunque no tenía recuerdos de que nunca hubiera habido una muerte.

—No, no han sido feriantes. Dicen que se organizó un revuelo entre los del barrio y los de la parte alta, gente de dinero, según se oye.

—¿Qué hacían esos en Santa Eulalia?

—Todo el mundo se mueve por la ciudad los días de fiesta. —Mateo se encogió de hombros. Él mismo recordaba que la última vez que estuvo en San Juan en Segovia se pasó media noche con Germán de un lugar a otro, cruzando varias veces la muralla.

—¿Han detenido a alguien?

—La Guardia Civil se ha llevado a la tía Paca. Cuentan que los señoritos se propasaron con su hija y por eso empezó todo. La encontraron al lado del cadáver, con sangre en las manos, pero nadie cree que haya sido ella. No saben quién es el asesino y Germán no se había enterado tampoco de la identidad del muerto.

—¡Santo Dios! —Lucía se persignó—. Pero ¿cómo va a haber sido esa mujer, si es mayor y menuda?

—No sé, yo no la conozco.

—Yo sí, y es buena persona. Y ¿no se dice al menos quiénes eran los que estaban en la taberna?

—Salió todo el mundo escopetado. Es difícil. No eran los de siempre, habían entrado muchos extraños por la fiesta.

Pinar, desde el cuarto que ahora compartía con Lucía, los escuchaba hablar y fue empalideciendo. Se puso una mano en la boca para ahogar un gemido. Ella había lavado una camisa que tenía restos

de sangre esa mañana en el lavadero. El hombre que la había puesto en sus manos no le había parecido un asesino, sino el ser más dulce del mundo, pero ¿qué sabía ella de la pinta que tenían los asesinos?

No había visto a ninguno en toda su vida.

Se juró cerrar la boca y no contarle a nadie lo que había sucedido en el río. No quería problemas. Escondió el duro en una cajita donde guardaba sus tesoros de niña: un escapulario, una estampita de la Virgen de la Fuencisla y alguna moneda más.

Con él, escondió también, muy dentro, su encuentro con Álvaro.

Capítulo 34

Nada más entrar en la salita de la casa de la plaza de San Esteban, Alvarito se disculpó con su familia. Quería irse a dormir. Se quejó, pues la dichosa romería le había tenido despierto, ignorando la evidencia de que hubo toda una noche en la que no se fue a la cama por otros motivos.

—Si sé que va a ser tan aburrido ir hasta San Antonio de Juarrillos, me hubiera quedado en casa —protestó, con los ojos aún enrojecidos por la noche de borrachera.

—Si hubieras llegado al amanecer… —replicó Laura.

—¿Para qué? Ha amanecido en todas partes, por si no lo has notado. Igual que todos los días —contestó su hermano, de malos modos.

Álvaro Martínez abrió la boca para pararle los pies a Alvarito, pero Ramona le cortó con un gesto de la mano, que dio la sensación de que, por una vez, se iba a poner seria con su hijo.

—Ay, hijo, ¿a la cama ya? No has comido, espera un poco a que las chicas te preparen algo.

Álvaro dejó la sala con un gesto de contrariedad sellado en el rostro. No sabía qué le molestaba más, si la pereza del hijo o la permisividad de la madre, capaz de poner por delante su bienestar por mal que se comportara. De lo que sí estaba seguro era de que, a aquellas alturas, sería difícil que alguno de los dos cambiara. El hijo se le había ido torciendo de la mano de una madre que se negaba a ponerle guías, y se hacía tarde para intentar enderezarlo.

—Tengo más sueño que hambre, madre, no me esperéis para cenar; la voy a echar larga.

—Yo me voy a cambiar —dijo Laura.

—Y yo —añadió Ana, y ambas se dirigieron a sus habitaciones.

Alvarito se disponía a seguirlas, cuando su madre lo agarró del brazo y no dejó que se marchase. Durante todo el camino de vuelta había retenido el chisme del día, respetando que su hijo regresara en el landó con los ojos cerrados, pero no estaba dispuesta a dejar que se fuera sin contárselo. Le ardía en la boca y necesitaba escupirlo antes de quemarse.

—No te hemos contado lo que se murmuraba en la romería —dijo, con un tono que invitaba a la confidencia.

—No me apetece escuchar historias, madre, estoy cansado —contestó él, con hastío.

—Esto no es un cotilleo de viejas, es otra cosa; esta noche han matado a alguien en Santa Eulalia.

Él se frenó en seco. Sabía que la riña en la taberna había sido grave, pero en alguna parte conservaba la esperanza de que el desenlace hubiera sido otro y que, por supuesto, no hubiera salido de las cuatro paredes del negocio. Durante un momento, contempló la posibilidad de decirle a Ramona que aplazase la conversación para cuando descansara. Necesitaba estar solo y calmar el repentino nerviosismo que se había hecho dueño de su cuerpo, pero se dio cuenta de que iba a ser muy extraño que un asesinato, algo que no sucedía en Segovia casi nunca, no le llamara la atención. Y menos a él, que tenía esa afición a las habladurías, que disfrutaba extendiendo rumores casi tanto como Ramona.

—¿Se sabe qué ha pasado? —preguntó, fingiendo que la noticia era novedad para él.

—Pues una riña, supongo que entre borrachos. ¿No has oído nada en toda la noche?

—No, habrá sido porque he estado por otra zona —se excusó.

—¿Por dónde? —inquirió la madre, que siempre quería saberlo todo de Alvarito.

—Por San Marcos, por San Millán. Yo qué sé… Por ahí.

—¿Y tus amigos tampoco han escuchado nada? —se extrañó ella.

Sabía que, por lo menos, Severino siempre tenía la oreja lista, como Alvarito, ante cualquier chisme.

—Los perdí de vista pronto. He estado con unos y con otros.

Ramona no pudo evitar la sospecha de que su hijo mentía. Pero no en el hecho de que no hubiera sabido del incidente, sino en lo tocante a sus amigos. Sus respuestas ambiguas condujeron sus pensamientos hacia otro escenario: podía haber pasado la noche con alguna mujer. Eso de llegar tan arreglado a la romería, de haber ido a casa a cambiarse y aparecer tan perfumado y afeitado no era del todo extraño en él, que dedicaba más tiempo a acicalarse que a trabajar, pero también podía intentar ocultar algún perfume en su cuerpo que no fuera el suyo. No sería la primera vez que eso sucedía, aunque, para ese tipo de cuentos, los que dejaban mal a su hijo, Ramona siempre tendría la boca sellada con cemento.

Decidió no hacerle más preguntas y dejarle dormir. Antes, le dio un beso y le contempló con admiración.

No había otro más guapo en toda Segovia que su hijo.

—Descansa. Me ocuparé de que no te molesten.

Y pensaba hacerlo con celo. No dejaría que nadie alzase la voz ni un poco, no fuera a ser que molestasen a su príncipe.

Alvarito se dirigió a su cuarto como una exhalación y, por el camino, tropezó con una de las criadas. Llevaba un jarro con agua que derramó el líquido sobre su traje.

—¡Torpe, mira por dónde vas! —le dijo, y se sacudió el agua.

—Ay, perdón, señor —se disculpó ella.

Alvarito resopló y se fue hacia la habitación, maldiciendo a la chica.

Para que el descanso de su hijo fuera más placentero, Ramona propuso a todos que se marchasen un rato después de la merienda. Irían a ver el espectáculo donde se anunciaba la proyección del cinematógrafo.

Cuando llegaron al paseo del Salón, una multitud se agolpaba en las inmediaciones de la barraca metálica. En una mesa al lado, un hombre vendía las entradas y hasta ella se dirigieron. A Ramona le hubiera gustado que el espectáculo fuera un poco menos popular, ahí había gente de todas las clases sociales, desde las autoridades hasta zarrapastrosos que no sabía cómo habían conseguido los quince

céntimos que costaban las entradas más baratas.

Una vez dentro, hubieron de esperar un rato hasta que empezó la función. Al principio, se representó un pequeño teatrillo, después se interpretaron canciones y para el final se dejó la proyección. A esta la acompañaba la música ejecutada en directo por un pianista, situado a uno de los lados de la gran tela que hacía de pantalla, fragmentos de zarzuelas muy conocidas. El hombre se esmeraba en que la música se amoldase a la perfección con las imágenes.

No era la primera vez que se veía algo así en Segovia. La llegada del cinematógrafo Lumière a la ciudad se produjo en el 98, de la mano de Antonio Sanchís, aunque con patente francesa. También llegó acompañada de varietés, y en ese momento fueron solo unos cuantos elegidos los que pudieron contemplarla: las principales familias de la ciudad, las autoridades civiles y religiosas y la gente que llevaba en su apellido un escudo heráldico de los que a veces se esculpían en piedra sobre las puertas de las casas.

A Ramona no le gustó que no hubiesen invitado a Álvaro entonces; por mucho que lo intentó, por amable y generosa que se mostró con quienes podrían hacerlo, por muchas obras de beneficencia que amadrinó, no lo consiguió. Ellos no tenían lustre, salvo el que le podían sacar a las monedas que ganaban y que ella gastaba con calculada inteligencia para que a nadie se le escapase que las tenía.

Ni aun así servía: siempre había alguien que le recordaba su origen y la miraba por encima del hombro.

Estar allí aquel día lo consideraba el recordatorio de un fracaso. Aunque novedoso e interesante, ese espectáculo era ya una conquista del pueblo llano, siempre que pudieran pagarlo. Un vistazo a la concurrencia de aquel día festivo confirmaba que muchos podían.

Esperaba que, al menos, a la salida, pudiera hablar con alguien y se enterarse, de una vez, de quién era el muerto de Santa Eulalia.

Capítulo 35

A Mateo le extrañó que Pinar no quisiera ir a ver el cinematógrafo, después del interés que mostró el día anterior. Al final, Lucía le había perdonado los diez minutos de retraso siempre que no se volviera a repetir. Había madrugado, le había hecho su parte de la colada y llevaba todo el día sin apenas abrir la boca. No dejaba de contestar y de sonreír cuando alguien se dirigía a ella, pero notó que el resto del tiempo estaba ensimismada. El abogado la conocía poco, pero desde que la había visto, no había parado de parlotear, así que concluyó que tal vez estaría cansada por trasnochar y madrugar en la misma jornada.

Al fin y al cabo, aunque ella se sintiera mayor, apenas era una niña.

—¿De verdad no quieres ir? —le preguntó Mateo.

Pinar se había sentado en la cocina y estaba limpiando unas judías para la cena. No se había vestido para salir y tampoco se había molestado en peinarse. Seguía con el moño apresurado que todos los días se hacía para ir al arroyo y la camisa vieja de diario.

—De verdad. Me voy a quedar en casa.

—¿Tienes sueño? —le preguntó él, tratando de encontrar la razón verdadera de su apatía.

—Sí…, eso, es que tengo sueño y no sé si me va a gustar. Acabo esto y me echaré un rato.

Mateo dejó de intentar convencerla y, con Lucía y los chicos, salió a la calle. La madre iba vestida con el mejor traje de su armario, una falda azul y una camisa blanca que le había regalado una señora para las que lavaba, cuando ya no la quería. Se había atado un lazo azul en el cuello, un trozo de tejido que le había hurtado al bajo de la falda, y, vestida así, parecía hasta más joven. Los niños iban bien peinados, también con sus ropas más nuevas.

Junto a Mateo, semejaban una familia encantadora.

—¿Quién entiende a las chicas de esta edad? —se preguntó Lucía en voz alta, cuando bajaban por la calle de la Luna hasta el paseo del Salón.

—Me ha dicho que tenía sueño, pero a lo mejor le pasa otra cosa —dijo Mateo—. Lleva muy callada todo el día.

—No le hagas caso, es así. A veces se pone muy pesada cuando quiere algo y, cuando se lo vas a dar, ya no le apetece.

—Es una caprichosa —se quejó Andrés.

—No te metas con tu hermana —le regañó Lucía.

—Es que es verdad.

La conversación se interrumpió frente a la barraca, la principal atracción ese día del encantador parque remodelado por el arquitecto Odriozola; cuando llegaron, aún no había demasiada gente, y sacaron enseguida sus entradas. Mateo se empeñó en pagarlas, e incluso consiguió que Lucas pasara gratis, porque convenció al taquillero de que lo sentaría sobre sus piernas y no era necesario que ocupase una silla. Era tan pequeño que el señor se creyó que tenía tres o cuatro años menos de los nueve que decía su fecha de nacimiento. El niño estuvo a punto de desengañar al feriante, pero un guiño a tiempo de Mateo consiguió que se callase.

—Hemos hecho trampas —le susurró al abogado el pequeño al oído.

—No se van a enterar; quedará entre nosotros.

Se situaron en la fila y, en cuanto se abrieron las puertas, entraron. La barraca estaba casi vacía, así que eligieron asientos en las primeras filas. Si no hubieran hecho eso, quizá Mateo se habría percatado de que diez minutos después, cuando aquello se empezaba a llenar, Ana entró con los Martínez. Ellos ocuparon las sillas más cercanas a la salida, las que había libres en esos momentos, para disgusto de Ramona, que no entendía cómo no habían numerado las entradas.

—Podrían haber sacado más dinero cobrando más caras las de primera fila —dijo—. Así, seguro que las habríamos conseguido.

—Pues ha sido culpa tuya —le contestó impertinente Laura—, que te has entretenido un montón.

Antes de que empezase la función, se escucharon los murmullos de la gente, conversaciones expectantes por lo que allí se vería, y otras que tenían que ver con halagos o críticas hacia la ropa elegida para ese día de fiesta. Recordatorios de los fuegos artificiales. Comentarios sobre lo bien que había tocado la banda de la Academia.

Y el muerto.

De eso hablaba todo el mundo, por lo inusual y por la atención que siempre despertaban los sucesos trágicos en el ser humano. El *Diario de Avisos* y *El Adelantado de Segovia* habían vendido la edición completa, que ese día había salido mucho antes de lo habitual. Los directores de ambos se habían dado prisa para exprimir la noticia y sacarle provecho.

Lucía y Mateo, al escuchar los murmullos sobre la pelea y el asesinato en Santa Eulalia, se miraron. Solo tenían el escueto dato del que se había enterado Germán a primera hora en la tahona, que mencionaba un muerto del que no se sabía el nombre. Por entre las sillas, murmurando con sigilo, correteó un apunte más, uno que a Mateo le reveló que la historia no se quedaría en una anécdota.

El muerto no era un jornalero. No era uno de esos hombres sin apellido, de los miles que tenía Segovia y que habían llegado a ella desde cualquier pueblo para ganarse el jornal.

No era alguien de los arrabales.

Ni siquiera un feriante de los que aquellos días estaban de paso en el campo de la Dehesa.

Mateo, al escuchar el nombre, se dio la vuelta, buscando observar la reacción de la gente, por si habían oído lo mismo que él y Lucía. Indagaba en sus caras buscando la confirmación, que sería evidente si estas se hubieran transmutado en muecas de preocupación.

Al girarse y rastrear con la vista la caseta donde se encontraban, vio a Ana sentada en la última fila. Estaba con los Martínez.

Con todos, menos con Alvarito.

Empezó el espectáculo, pero Mateo no le prestó atención. Un par de nombres danzaban en su cabeza. Uno, el que protagonizaba una historia de la que no conocía el principio, aunque sí el tétrico final; otro, del que conocía una historia pasada que se había quedado en puntos suspensivos en su vida seis años atrás.

«Ana».

Capítulo 36

Alvarito se durmió enseguida; probablemente su familia no había salido aún de la casa hacia el paseo del Salón, cuando el cansancio de la noche en vela y los efectos de la resaca vencieron su cuerpo. Después de un rato, su inconsciente tomó el control, y las imágenes de lo sucedido durante la noche comenzaron a reproducirse en su cerebro, en una secuencia caótica. Se movían entre una niebla que lo cubría y distorsionaba todo.

Las sillas alargaban sus patas hasta lo imposible, los gritos sonaban grotescos, el tiempo parecía fluir a un ritmo mucho más lento.

Se vio entre varios hombres entregados a la pelea, donde los puñetazos y los gritos se mezclaban con risas excesivas y con los sollozos de una cría dentro de la taberna de la tía Paca. Los golpes y las patadas a esa velocidad desesperadamente lenta se volvían borrosos y se enfocaban al ritmo de sus parpadeos, mientras se tambaleaba.

Entonces, lo vio: un cuchillo en una mano danzando por el aire hasta que cayó al suelo. Cerró los ojos, los abrió otra vez, y una mano nueva se hizo con él, en aquel barullo de gente. Se giró, buscando a quién pertenecía la mano, pero entonces escuchó un grito.

Ellos o nosotros, dijo una voz, que quizá fuera la de su conciencia.

La bravuconada de Severino, alentada por el vino y por la absenta, se había acabado convirtiendo en un juego de poder entre dos clases sociales, y solo podía terminar de manera trágica. Pero no veía las caras; era imposible distinguirlas en el fragor de la batalla que se había desatado en la taberna y que se había vuelto confusa, distorsionada y borrosa a causa de todo lo que él había bebido. En medio de ese caos, una mano le apretó el brazo un instante antes de que el cuerpo de un hombre cayera al suelo.

Alvarito, dormido, se revolvía en la cama como si todavía estuviera en Santa Eulalia. Las piernas inquietas, los brazos entregados, la cabeza ahíta de violencia.

Ellos o nosotros.

Otra vez vio un cuchillo.

Otra vez notó una mano y sintió el fuego de unos ojos que le miraban atónitos.

Entonces, despertó envuelto en sudor y angustia y se sentó, confundido. Estaba en su cama, en su casa, aunque momentos antes, cuando tenía los ojos cerrados, se veía de nuevo en la taberna en medio de la pelea. El sueño le había empujado a la noche anterior y había vuelto a reproducir los sucesos. Trató de pensar si lo soñado se ajustaba a lo que recordaba, pero no pudo. Algunas imágenes que instantes antes veía vívidas dentro de él se desvanecieron. Le dolía la cabeza, tenía el estómago revuelto por el alcohol y la absenta, y la mente demasiado confusa. Empezó a darse cuenta de que no sabía dónde empezaban los suyos y dónde terminaban los otros. Sintió un terror intenso cuando su conciencia, en un susurro malévolo, le hizo dudar sobre sí mismo.

Lo has matado tú, le murmuró.

Y Alvarito se agarró el pelo con las dos manos, negando con vehemencia.

—¿He sido yo?

Se cubrió la cara con las manos antes de dejarse caer en la almohada. Intentó pensar en lo sucedido, pero ya nada estaba claro. Debería poder recordarlo, pero no era capaz. ¿Sería cierto que esa noche había matado a un hombre?

Si había sido así, en alguna parte de Segovia había una niña que sabía más de lo que debería.

Capítulo 37

Ana descubrió a Mateo sentado en las primeras filas de la barraca. Supo que era él incluso antes de que se girase. En ese momento, su corazón, que languidecía marchito desde hacía mucho tiempo, volvió a olvidarse de reproches, de la despedida que nunca se produjo, de las cartas que tanto ansió y no llegaron, y latió alborotado, devolviéndole la sensación de estar viva, de ser la misma que siempre había sido. Se borraron los seis años de ausencia, se dispersó la niebla de una vida que se movía entre grises, y la asaltó la impaciencia que siempre había sido propia de su carácter. Sintió dentro que explotaban los colores, como los de los fuegos artificiales de la noche anterior, y una sonrisa involuntaria se dibujó en su rostro.

Enseguida se regañó por su debilidad.

No podía saber si ese hombre, después de tanto tiempo, sería otro y no el muchacho que creció con ella, el cómplice de sus juegos de niña, el dueño de unos sentimientos adolescentes que no habían logrado barrer el tiempo y la vida.

Al momento, las luces de la barraca se atenuaron, señal de que empezaba el espectáculo. Ana no le prestó ninguna atención. La tenía centrada en la espalda ancha de su amigo, en el pelo un tanto largo, que se le rizaba cerca de las orejas y formaba unos caracolillos, que se le antojaron suaves. Se fijó en el cuello de la camisa blanca que sobresalía de la chaqueta del traje gris oscuro que vestía. Ignorando las risas, las palabras de los cómicos, la música, Ana solo analizó su estampa y se la bebió toda, sedienta, imaginando que era el prólogo de una conversación que no podía aplazarse más.

Ella, al menos, la ansiaba.

No estaba segura de que él la hubiera visto; sus ojos se habían cruzado un breve segundo, pero había sido tan efímero, que temió que él no hubiera reparado en su presencia. Se pasó el espectáculo con las manos sudorosas, buscando serenarse para, cuando aquello terminase, reunir el valor y acercarse a él. No sabía lo que le diría, las miles de conversaciones imaginarias que había tenido en aquellos años se

esfumaron y su misma inquietud solo le permitió planear un «¿cómo estás?» o un «¿qué tal te ha ido?».

Daba igual.

Tenía que atreverse, tenía que acercarse a él en cuanto pudiera.

A Ana le sobraban las canciones y el teatro, y ni el cinematógrafo logró que pensara en otra cosa que ir a su encuentro. Cuando las luces se encendieron de nuevo, parpadeó. Ramona y Laura se levantaron y se dirigieron a la salida, siguiendo al resto de la gente. Álvaro se entretuvo con alguien que conocía. Ella se levantó también, sin perder de vista a Mateo, pero no los siguió, caminó en dirección contraria a la puerta y en unos segundos lo tuvo frente a ella.

Solo le alcanzó el valor para un saludo.

—Buenas tardes, Mateo.

Lucía se volvió al escucharla y se los quedó mirando. Ambos parecían estatuas, inmóviles tras las escuetas palabras de Ana. No le hacía falta que le dijera quién era ella, sabía que era la hija del coronel Crespo, uno de los militares de Segovia fallecidos en Cuba. En la ciudad todo se sabía, lo reducido de su tamaño funcionaba como una muralla más, una invisible que abrazaba las historias de sus habitantes y se las contaba a los otros, tarde o temprano.

Lucía había sabido, en aquellos días tristes tras el incendio, que aquella muchacha le había visitado en el hospital, e incluso había pasado la primera noche a su vera, señal de que entre ellos había una buena amistad. Después, cuando él ya no vivía en la ciudad, Lucía se había enterado de los problemas de Ana tras la muerte de su padre, de que perdió a su tía y de que, un día, en Segovia no se habló de otra cosa que de su boda con el hijo del dueño de la fábrica de luz.

Consciente de que debía dejarlos solos, la lavandera agarró a los niños de la mano y, tras dedicarle una mirada sin palabras a Mateo, se dirigió al exterior.

—Hola, Ana. ¿Cómo estás?

Ella no supo qué más decir. Mateo le había robado la única frase que tenía preparada. La cortesía indicaba que debería contestar con un simple «Bien». O un mentiroso «Muy bien». O un educado «Estoy bien». O un prudente «Voy bien». Su verdad tenía otras palabras que no se parecían a esas, muchas más letras que, si las ordenaba tal como

las sentía, componían un poema tan mal hilado que sería indigno de estar impreso en cualquier libro.

—Bien —contestó al fin, decidiéndose por lo fácil, con una sonrisa que no tuvo que fingir, porque al decir las cuatro letras se dio cuenta de que, frente a él, no eran mentira. Si sus ojos la miraban, estaba bien. Si podía escucharlo de nuevo, estaba bien. Si podía sentir su respiración, el mundo volvía a llenarse de los colores de su infancia y estaba bien.

—Me alegro mucho de verte —dijo él.

—Y yo a ti —susurró ella.

Volvió la cabeza para comprobar si la gente había terminado de salir, pero Mateo lo interpretó como la necesidad de marcharse, como si su conversación hubiera llegado al final. Que el momento entre los dos hubiera sido tan breve, después de los años que hacía que lo esperaba, le supo a tan poco que sintió la necesidad de retenerla.

La tomó por una mano.

Ella dio un respingo, pero no la apartó al instante, se soltó de Mateo despacio, prolongando el roce entre los dos, sintiendo que agonizaba cuando sus dedos dejaron de tocarse.

—Me tengo que marchar, pero quiero verte y hablar contigo, Mateo. Se nos quedaron cosas sin decirnos.

—Yo también necesito hablar contigo.

—Voy a la primera misa de la catedral todos los días —le dijo, volviendo a mirar ansiosa un momento hacia la salida.

Mateo advirtió que aquel no era un lugar donde pudieran hablar con libertad. Ana estaba casada con Alvarito Martínez. Por fuerza habría acudido allí con su familia, y él no era precisamente santo de su devoción. Debía pensar con rapidez, encontrar un lugar para otro encuentro, pero la catedral tampoco parecía el apropiado. Habría demasiada gente y muchas probabilidades de que solo pudieran intercambiar unos simples saludos de cortesía, sin contar con que, además, podría llegar a oídos de Alvarito. Si algo no pretendía Mateo, era causarle un problema a Ana.

—¿Puedes ir a la panadería de Malcocinado? —sugirió él; quizá podría pedirle a Germán y a Jimena que disimularan una cita entre los

dos.

—¿A la de Márquez? —preguntó ella.

—A esa.

—Por la mañana no, pero tal vez en otro momento —contestó Ana.

—Ve cuando puedas y habla con Jimena, la mujer de Germán. ¿La conoces?

—Sé quién es, aunque nunca he hablado con ella.

—Le diré que irás, y acordaremos dónde vernos a través de ella. Ana, yo también debo hablar contigo.

Ella miró de nuevo alrededor y observó que casi no quedaba nadie en la barraca. Aunque fuera lo último que deseara, sabía que debía marcharse ya. Ramona era como un perro entrenado para olfatear el chisme y vigilar su hacienda; tenía un talento innato para controlar todo a su alrededor. Una conversación más allá de un par de minutos entre ella y Mateo Garrido no la iba a pasar por alto si se enteraba. Y, si lo hacía, le resultaría imposible salir de casa hasta la panadería de Jimena; dudaba incluso que le permitiera seguir acudiendo a misa sola. Volvió la mirada hacia Mateo, suplicando en silencio que él entendiera su angustia.

Hizo un leve gesto de cortesía con la cabeza y se marchó.

Él no necesitó más para entenderla; dejó que saliera todo el mundo antes de abandonar la caseta.

En el exterior, la gente seguía charlando en corrillos. Empezaba a anochecer sobre la ciudad, se habían encendido las farolas del paseo del Salón y, como polillas atraídas por la luz, algunas personas se situaban bajo ellas.

Ana se acercó a la que cobijaba a su familia, que hablaba con unos vecinos. Se dio cuenta de que la tez de Ramona se había vuelto cerúlea, quizá por la luz de la farola. No tardó ni un minuto en saber que no tenía nada que ver con efectos lumínicos, sino por la noticia de la que se acababa de enterar.

—El muerto es Enrique, el hijo del

tabernero de la judería.

Enrique, el amigo de Alvarito, del que no se separaba nunca, junto con el boticario. Como Ramona, Ana intuyó que se avecinaban problemas.

Se dio la vuelta y miró hacia la barraca. Mateo salía en ese momento y se aproximaba a la mujer que lo acompañaba y a los dos niños.

Ana también se había quedado blanca con la noticia, pero Mateo, aunque la miró desde su posición, no pudo verlo por el efecto de la luz artificial y de la noche.

Tercera parte



Capítulo 38

Junio de 1902

La iglesia del Corpus Christi, la antigua Sinagoga Mayor hasta 1410, donde un siglo después empezó la revuelta comunera de Segovia, repicó sus campanas aquella mañana de junio. Llevaban la cadencia triste y lenta del toque de clamor y la secuencia inequívoca de que el fallecido era un hombre. Uno de la judería, de aquel pedazo de ciudad de calles intrincadas y estrechas que se situaba al abrigo de la majestuosa catedral. Las campanas, recién renovadas, se lo cantaban al aire del barrio, aunque el funeral no sería allí. El templo seguía en obras, después de que quedase apenas en su esqueleto al sufrir un pavoroso incendio en el verano de 1899, por lo que no había recuperado el ritmo anterior.

Nadie ignoraba ya el nombre de quien recibiría ese día sepultura en el Santo Ángel.

Los hechos habían volado confusos de boca en boca desde la noche anterior, poniendo y quitando culpables, según el lado de la ciudad donde posaran sus alas murmuradoras. Si alcanzaban los arrabales, la culpa se la adjudicaban a los de la parte alta o a alguno que ni siquiera era de Segovia, de los que estaban en la ciudad solo por la fiesta. De ningún modo había podido ser la tía Paca, era buena gente.

Si quienes hablaban lo hacían intramuros, despotricaban contra la viuda. Que si, cuando a uno le tocan a los hijos, el demonio lo posee, y la fuerza le sale de las entrañas… Que si vete tú a saber si lo hizo uno de los del barrio, por puro rencor y no por la chica… ¡Claro que había podido ser! Ya se sabía que los que no tenían dinero se la pasaban luchando con los patronos, y cualquier chispa encendía la mecha de la diferencia de clases, que cada día se semejaba más a un abismo.

La realidad era que la tía Paca estaba retenida en el cuartelillo, la

taberna cerrada y destrozada, y su hija, deshecha en lágrimas contestando a los civiles, mientras al otro lado de la ciudad empezaba un entierro.

Petra les contó lo que pudo, lo que recordaba en medio de la confusión que la embargaba desde que se desencadenó la reyerta. No se fijó muy bien en si eran dos o tres. O cuatro. O seis, porque fueron seis, de eso sí se acordaba, las jarras de vino que llevó a las mesas del fondo. Ella estaba a lo suyo, a lo que le pedían; no se paró en detalles, porque no había tiempo. Porque no había por qué recordar.

De lo que sí se acordaba, con precisión, fue de lo que sucedió después.

—Uno de ellos me sentó sobre sus rodillas y… —recordó Petra.

La niña suspiró; no era capaz ni de decirse a sí misma lo que sucedió, porque sentía que la vergüenza le enrojecía las mejillas.

—¿Qué pasó? —le preguntó el guardia, en un tono severo.

El compañero de este le hizo un gesto para que fuera más suave en sus preguntas. No convenía asustarla y que no soltase la lengua. Las respuestas de la gente de Santa Eulalia les habían proporcionado un nombre, pero también sabían que había alguno más sin identificar.

—Intenta recordar —dijo el guardia, aunque esta vez más empático.

—Me… —Petra tragó saliva—, me metió la mano bajo la falda y empezó a subirla por mi pierna, tocándome.

Se echó a llorar y los guardias dejaron que se serenase un poco antes de animarla a seguir. Uno de ellos le ofreció un vaso de agua.

—Luego me empezó a olfatear como un perro y me dijo que me marchara con él, como si yo fuera…

No quería pronunciar la palabra que su silencio dejó flotando en el aire. El hombre de autoridad tampoco la dejó articularla, interrumpiéndola con otra pregunta.

—¿Y entonces se armó la pelea?

—No, entonces me soltó.

Recordó el alivio cuando su madre la llamó para que siguiera

trabajando y el hombre, como si aquella voz le hubiera dado una orden directa, la dejó marchar. Pero solo duró unos minutos; siguió jugando con ella, como un gato confiado en su pericia cazadora deja cierta ventaja al ratón incauto al que sabe que apresará con facilidad.

—Al rato pasé al lado de esa mesa y… alguien me agarró del culo. Yo… me asusté…, tiré las jarras que llevaba en las manos y entonces el vino les cayó encima.

—¿Al hombre que te tocó? —preguntó uno de los guardias.

—No sé quién me tocó; no lo vi.

Resumió los hechos y se detuvo en el alarido del apuñalado, que devolvió el silencio a la taberna.

—¿Conocías al muerto?

—No, pero sé el nombre de uno de los que estaban allí.

Echó un vistazo con rabia a los guardias y estos se miraron entre sí. Debían andarse con cuidado, porque la chica podría acusar a cualquiera con tal de sacar a la Paca del calabozo.

—¿Estás segura?

Ella dudó, pero enseguida se sobrepuso. No podía haber sido su madre. La Paca era una mujer recia que afrontaba los reveses duplicando la resistencia a cada golpe que recibía de la vida. Era castellana, acostumbrada a una tierra en la que la suavidad no se conocía ni en el clima. Si había hambre, el hambre era voraz. Si hacía frío, era del que congelaba las entrañas. Si existía la soledad, era de esa que grita sin voz por las noches y no deja dormir. La Paca era trabajadora, emprendedora por necesidad, grande a pesar de lo pequeño de su estatura.

Pero no era una asesina.

Su madre, no.

—Nunca los había visto —contestó Petra, enderezándose—. Yo no bajo a la taberna si no hay jaleo. Mi madre no me deja, porque dice que los hombres se alborotan con las hembras jóvenes y bonitas, pero ayer… Ayer había tanto jaleo que no le quedó más remedio que dejarme.

—Entonces, ¿cómo sabes el nombre?

—Porque todo el mundo lo conoce.

Capítulo 39

Alvarito no había podido dormir en toda la noche. El sueño y las angustiosas sensaciones que le habían inundado pesaban tanto como si llevase una enorme losa en el pecho, lo que ahogó cualquier atisbo de descanso. Una garra invisible, que se le había aferrado en las entrañas, parecía retorcérselas desde dentro y le causaba un dolor tan real que acabó provocándole náuseas.

Sudaba.

Se revolvía inquieto.

Se levantó antes de que su estómago se vaciase en medio del cuarto y alertase a Ana de que algo no iba bien. Pensó en salir a la calle, pero la fiesta continuaba en Segovia y no era buena idea. Hasta San Pedro, la ciudad iba a romper ese toque de queda nocturno que nadie decretaba, pero que se respetaba cualquier noche del año menos aquellas. Se decidió entonces por bajar al patio trasero de la casa. Quizá el aire de la madrugada aliviara su malestar.

Nada más llegar, le recibieron el frescor de las plantas regadas a última hora de la tarde y una ligera brisa. Se sentó en un poyo cerca del pozo y allí permaneció hasta que las primeras luces del alba descorrieron las cortinas del nuevo día. Solo entonces, cuando su cuerpo había recuperado la calma, regresó a su habitación.

En el cuarto, cogió la jarra de la parte inferior del aguamanil y la vació en la palangana para asearse. La misa por el alma de Enrique se oficiaría en la catedral y, como todos en aquella casa, estaba obligado a asistir. Enrique había sido su amigo durante años; no podía eludir ese compromiso.

Se deshizo de las ropas de dormir y empezó a lavarse el torso, despacio. Era junio y, aunque el agua fría no se sentía como en el invierno, el contacto con la piel le provocó un escalofrío. Después, agradeció el frescor, que vivificó su ánimo. Respiró profundamente y se convenció de que su inquietud era absurda, solo había sido un sueño. Por más que arañó en su mente en las horas que permaneció al relente, no pudo discernir si había algo real en lo que soñó.

Las imágenes que le había mostrado el sueño se mezclaban con sus recuerdos conscientes; esas eran otras que contaban una historia diferente.

Pero…

Había sangre en su camisa, esa sí fue real. ¿La chica que le ayudó a lavarla se llamaba Pinar o Henar? Sabía que era uno de esos nombres que tienen raíces en una tierra y que, trasplantados, gritan orígenes concretos. Recordaba que era bonita y muy joven, como a él le gustaban las mujeres, y que no se había opuesto a su beso.

Sí, era Pinar. Ahora lo recordaba, era un nombre de Cantalejo.

Pasó la toalla húmeda por el cuello con parsimonia, los brazos, las axilas, y al llegar al pecho y presionarlo con la tela notó una leve punzada de dolor. Bajó la vista y ahí, en el centro de sí mismo, sobre la piel bajo la cual latía su corazón, vio un hematoma que tornaba a morado. Se miró sobre la luna del aguamanil y observó que se extendía bajo el pecho izquierdo y tenía el tamaño de la palma de su mano.

¿Cuándo se lo había hecho?

Debía tener cuidado de que nadie lo viera. Les había dicho a sus padres que se separó de Enrique y de Severino, que no sabía nada de la pelea, pero llevaba impresa en su cuerpo, señalándolo, la prueba de que había mentido sobre la Noche de San Juan. No había estado tan tranquilo de acá para allá, con unos y con otros, como le había dicho a Ramona. Se cubrió enseguida con una camisa limpia que habían dejado las sirvientas en el galán de noche, junto con el traje negro para el funeral. Mientras lo hacía, miró a través del espejo para comprobar si Ana había despertado.

Continuaba dormida y él respiró con alivio.

En la catedral, la misa había acabado y la gente esperaba en la puerta de San Frutos la salida del ataúd con el cadáver de Enrique. Lo habían velado en su casa y después había sido trasladado a hombros de familiares. Para su último viaje, le aguardaba una carroza fúnebre tirada por dos caballos, adornada con una miríada de flores.

Alvarito, que esperaba para darle el pésame al padre de Enrique, vio a Severino. Quería decirle que callara que había estado en la

pelea, que le cubriera en el caso de que alguien le preguntase, pero no le dio tiempo a dirigirse hacia él. El padre del finado salió antes que el cuerpo de su hijo, y Ramona lo arrastró para que le presentase sus respetos.

—No sabe cuánto lo sentimos —le dijo Ramona al tabernero—. Ha sido una verdadera desgracia.

—Muchas gracias, doña Ramona —contestó el hombre, abatido.

—Lo mismo digo —añadió Álvaro, posando su mano curtida en el trabajo de una vida sobre el hombro de aquel padre roto.

—Nunca voy a recuperarme por haberle dejado salir, había faena en la taberna, debería haber insistido en que se quedase conmigo en lugar de contratar ayuda —dijo, tan desconsolado que parecía que cargaba el peso del mundo en su espalda, que se encorvaba como si hubiera envejecido veinte años en un solo día.

—Nadie podía imaginar lo que pasaría —comentó Alvarito.

—Nunca un hijo debería morir antes que el padre —suspiró el tabernero.

Ramona posó su mano en la del hombre, que la miró con los ojos acuosos. En ese momento, un pequeño revuelo se formó en torno a la madre de Enrique, que al presenciar cómo sacaban el ataúd de la catedral para depositarlo en la carroza, se desmayó. Unos familiares se la llevaron a casa, mientras el tabernero de la judería permanecía al lado de los restos de su hijo.

—La envidio —susurró, y los Martínez se volvieron hacia él—. Envidio esta inconsciencia repentina de mi mujer, que habrá mandado el dolor a otra parte. Envidio esta interrupción de la pena, que deseo para mí.

—No diga eso —le consoló Ana.

—¿Que no lo diga? Mi mundo ya no existe, muchacha; se va todo en esa carroza. Toda la vida he trabajado duro para que, cuando yo no estuviera, él pudiera disfrutar de unos días tranquilos con las espaldas y los bolsillos cubiertos. ¿Y ahora? Ahora ya no me queda nada.

—Le queda su esposa —le consoló Álvaro.

—Nosotros ya hemos vivido lo suficiente. ¡Maldita sea la vida!

Maldita por habernos mostrado la felicidad y después arrebatárnosla de este modo. Lo hemos perdido todo.

—Queda el negocio —dijo Ramona.

—Trabajar ayuda a pensar menos —añadió Álvaro.

—Hubiera preferido no ser padre, no tener que soportar este dolor tan intenso.

El tintineo de la campana de la carroza avisó de que se iba a poner en marcha. Una tía de Enrique agarró de la mano al padre y se colocaron detrás del vehículo, para seguirlo calle abajo, rumbo al camposanto.

Los Martínez dejaron pasar a los familiares y después se incorporaron al cortejo. No habían recorrido ni cien metros cuando Alvarito vio de nuevo a Severino. Se separó de los suyos y se acercó a su amigo, que le apartó un poco para no ser escuchado por oídos indiscretos.

—¿Dónde te metiste? —le reclamó el boticario.

—No sé, me fui en cuanto las cosas se pusieron feas. Por ahí. ¿Tú que hiciste?

—Me quedé congelado cuando lo vi en el suelo…, cuando…

La imagen volvió a su memoria y le provocó una enorme incomodidad. Severino clavó su mirada en Alvarito.

—Tenemos que decir que pasamos la noche juntos por otra parte de Segovia —le sugirió.

—Imposible —contestó Alvarito—, le he dicho a mi familia que me separé de vosotros nada más acabar la hoguera.

—Pero ¡estabas allí! Igual que yo, igual que Enrique, igual que Alfonso. ¡No nos puedes dejar tirados! —dijo Severino, entre dientes —. Me han llegado los rumores que dicen que yo estuve allí. Todo el mundo conoce la botica. ¡Todo el mundo me conoce en Segovia!

—Tranquilízate. Quizá se quede solo en eso, en rumores.

—¿Que me tranquilice? Estamos hablando de un asesinato, Alvarito.

—Nadie te ha acusado de nada aún.

—No, pero, si lo hacen, espero por tu bien que les digas que pasé la noche contigo en cualquier parte de Segovia.

—¡Ya te he dicho que mi familia cree otra cosa!

—¡Pues lo desmientes! ¡Esto es serio!

—¿Y Alfonso? ¡Díselo a él, que también nos acompañaba!

—He preguntado a sus padres en el entierro. Aseguran que se ha vuelto a Madrid.

Severino apretaba los puños, incrédulo ante la actitud de su amigo, que se desentendía del problema. Los rumores que volaban de boca en boca no murmuraban sobre Alvarito ni Alfonso, solo parecían haberlo reconocido a él, pero pensó que la amistad que tenían desde niños ayudaría a que, entre los tres, se dieran cobertura y el muerto se lo cargasen a la tía Paca, que era la que estaba detenida. La mujer tenía razones más que de sobra para enfrentarse a los que se habían metido con su hija, aunque el que había pagado más caro el atrevimiento era el que menos había tenido que ver. Se dio la vuelta para seguir a la carroza mientras le hervía la sangre al pensar en la poca solidaridad del que suponía su amigo.

—¿Quién lo hizo? ¿Tú sabes quién mató a Enrique? —preguntó Alvarito, reteniéndolo del brazo.

Había cierta desesperación en su pregunta. Severino le miró, como si no se creyera que de su boca salieran tales palabras.

—¿De verdad no lo sabes? —preguntó el boticario con ironía, y se soltó violentamente de su brazo.

Casi todo el mundo había abandonado las puertas de la catedral y no les costó ver a los dos hombres uniformados que se acercaban a ellos. Los amigos perdieron el color de sus rostros.

—¿Severino Cuesta? —le preguntó uno al boticario.

—Sí, soy yo.

—Acompáñenos.

—¿Por qué?

—Alguien ha declarado que usted estaba en la taberna de la tía Paca en el momento de la pelea y tenemos que tomarle declaración.

El guardia se volvió un instante hacia la carroza, que se perdía por la calle Real, y repitió a Severino que los siguiera. Este, antes de dar un primer paso, cruzó una mirada llena de odio con Alvarito.

Capítulo 40

Esa mañana, después de una breve visita al ayuntamiento para consultar unos datos sobre el litigio de sus amigos, Mateo se dirigió a la panadería de Malcocinado. No estaba Germán, de guardia en el Regimiento; por eso pidió a uno de los aprendices de la tahona que avisara a su mujer. Poco podía adelantarle de sus avances legales, pero había otra cuestión que le había quitado el sueño la última noche. Necesitaba poner en antecedentes a la panadera sobre su conversación con Ana Crespo en el paseo del Salón.

El aprendiz descorrió la cortina manchada de harina, que separaba la zona de trabajo de la de despacho, y entró en el obrador. Salió casi al instante.

—Dice que pase a verla; está ocupada con unos dulces y ahora no puede salir.

Mateo rodeó el mostrador de madera de pino y esperó, mientras el chico apartaba la tela. Ante sus ojos, apareció el obrador, y su nariz fue también recibida con el delicioso olor de lo que allí se estaba cocinando. Encontró a la mujer de Germán preparando merlitones, un dulce con aspecto de magdalena, grande y compacto, elaborado con huevo y una mezcla de harinas de trigo y almendras, que era de los más populares en la ciudad.

—Hola, Mateo —saludó ella, sin separar las manos de su tarea—, ¿qué te trae por aquí? ¿Has calculado ya lo que nos va a costar todo esto y vienes en persona a darme el disgusto? Mira que me puedo poner de parto aquí mismo.

Mateo sonrió por la broma.

—No, no es eso. Debía consultar algunos datos en el ayuntamiento, pero, como son fiestas, el personal ha pedido vacaciones. Algunos, los que siguen en sus puestos, no están muy felices y me dan largas.

—Puede que no sea solo por las fiestas, Mateo, quién sabe si alguno de mis tíos está usando sus influencias.

—Es posible, pero ya me las arreglaré. La verdad es que hoy quería hablar con vosotros de otra cosa.

Miró hacia el despacho, oculto a los ojos por la cortina, pero muy poco discreto con las voces, y después volvió sus ojos a Jimena, que entendió que le estaba pidiendo un poco más de privacidad.

—Deja que termine esto y subimos arriba. Me vendrá bien descansar un poco las piernas.

La joven tenía delante un enorme recipiente de barro cocido en el que no había batido menos de dos docenas de huevos mezclados con azúcar. Cuando todo adquirió un tono espumoso y blanquecino, fue añadiendo la harina especial para esos dulces que tenía en otro cuenco, tamizándola para que no dejase grumos y el bizcocho saliera esponjoso. De una jarrita tomó agua aromatizada con esencia de azahar y la vertió en la vasija de barro. Al final, añadió mantequilla que integró con delicadeza.

—Pongo esto en los moldes, lo meto en el horno y subimos.

—¿No se quemarán si nos entretenemos? —preguntó Mateo.

—Avisaré a los muchachos para que estén pendientes, a riesgo de que se queden sin trabajo si se descuidan; de todos modos, bajaré de vez en cuando. No están los tiempos como para dejar que se echen a perder los ingredientes.

—Parece que has hecho esto toda la vida.

—¿Dulces y pan? Lo he hecho toda la vida —confirmó Jimena—. Creo que la primera vez que mi padre me dejó terminar un pastel tenía ocho años. Tuve la fortuna de que saliera perfecto y que ese hombre gruñón que era confiase en mí. O tal vez no le quedó más remedio, porque soy hija única…

Jimena, a pesar de su estado y de su enorme barriga, se movió por el obrador con presteza, y en muy poco tiempo tenía los merlitones en el horno y a los muchachos avisados para que no los descuidasen. Solo entonces, cuando se aseguró de que todo estaba en orden, invitó a Mateo a que la siguiera escaleras arriba hasta la vivienda.

—Tú dirás —le animó a hablar, una vez que se sentó en una de las sillas de la salita y puso los pies hinchados sobre un escabel que usaba para descansarlos.

—He ido al ayuntamiento para consultar la fecha de fallecimiento de tu abuelo. Si murió antes del 41, es posible que la costumbre todavía fuera casi ley —sugirió.

Jimena se quedó pensando y negó:

—Uy, no. Mi padre nació por el 57 y mis tíos después. Mi abuelo no podía estar muerto entonces.

—Me lo imaginaba, pero necesitaba comprobarlo.

—Pues no te molestes; ya te digo que ni de lejos. Pero bueno, no te vayas con el viaje en balde; tienes que llevarte unos merlitones.

Fue a levantarse para volver al obrador, pero un gesto del abogado le dijo que aún le quedaban cosas por contarle.

—Jimena, ayer hablé con Ana Crespo —empezó Mateo—. No sé si sabes…

—Germán me contó que erais muy buenos amigos, pero que, cuando te marchaste, ninguno de los dos hizo por volver a estar en contacto —le interrumpió.

Nadie mejor que Mateo sabía que eso no era cierto del todo, pero no quiso darle más explicaciones a la mujer de su amigo.

—Ayer hablé con ella un momento —dijo él—, pero la calle no es un buen lugar.

—¿Por qué?

—Pues porque está casada con Alvarito Martínez, y él y yo nunca hemos tenido una buena relación. No quiero ponerla en una situación incómoda.

—Y ¿cómo crees que podemos serte de ayuda? —preguntó la panadera.

—Le dije a Ana que viniera aquí para que acordase contigo dónde podemos vernos a salvo de chismes. Debo hablar algo con ella.

—¿Algo de lo que no puede enterarse su familia? —volvió a preguntar Jimena, esta vez con una sonrisa pícara en los labios.

La intención de Mateo era disculparse por su comportamiento en el hospital y preguntarle por qué no había contestado a la carta que le

envió años antes, pero no sabía lo que saldría de sus labios una vez que se quedaran a solas. Cuando escuchase las razones de ella, y ella las suyas.

—No lo sé. No sé si será importante, o una tontería.

—Déjamelo a mí —dijo Jimena—. Ya sé cómo hacerlo.

Mateo insistió en saber qué se le había ocurrido y, cuando ella se lo explicó, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Pensó que Germán era un hombre con suerte. Además de haberse casado con la mujer de la que estaba enamorado, Jimena era guapa, generosa, divertida, y tenía iniciativa y buenas ideas.

Mateo se volvió a casa con unos deliciosos merlitones recién horneados y el corazón bailándole porque, después de tanto tiempo, la posibilidad de hablar con Ana parecía al alcance de sus dedos.

Capítulo 41

Ana pasó la tarde entre paseos inquietos por su habitación y, cuando los metros cuadrados del cuarto se volvieron escasos, salió al patio. Durante más de una hora, intentó concentrarse en el cuidado de las peonías, mas fue incapaz de entregarse como otras veces a la sensación de paz del delicado tacto de los pétalos rosas bajo sus dedos. Ante la certeza de que aquella tarea no apaciguaría la zozobra de su ánimo, se rindió y buscó la calma en lo único que la serenaba desde que había llegado a esa casa: su libro de poesía. Regresó a la habitación y lo cogió de la mesita. En cuanto lo tuvo en las manos, lo apoyó en la derecha y deslizó con suavidad la palma de la izquierda sobre la cubierta. Primero recibió la rugosa sensación del tacto del cuero. Después, cuando lo acercó a su pecho y lo apretó contra él con los ojos cerrados, su consuelo. Hacía años que ese libro era para ella lo más parecido a un amigo. Le había llegado al corazón desde la primera vez que lo leyó, y no entendía cómo era posible que, cuando los sentimientos la desbordaban, unas páginas impresas la comprendieran mejor que cualquier persona.

Era como si el poeta la conociera y pusiera en palabras cada una de sus emociones.

Encontraba las precisas para apaciguar su alma en los malos momentos y las que disparaban los sueños en los buenos. Entre rimas apasionadas y leyendas míticas, el mundo de Ana Crespo se henchía y su espíritu volaba más allá de la muralla de una ciudad en la que se sentía prisionera. Los lazos invisibles de esa vida infeliz con los Martínez se aflojaban un poco y podía respirar.

El libro era el único espejo en el que Ana se miraba y se encontraba de verdad. Los otros, los de la casa, el que colgaba sobre el aguamanil o el de la entrada, le devolvían la imagen de alguien a quien reconocía cada vez menos bajo su disfraz.

Aquel extraño miércoles, el libro parecía haber perdido su magia. Ni jugando con los ojos cerrados a imaginar que su preciado ejemplar incluía la leyenda de las brujas de San Millán, una historia segoviana que le parecía que tenía todos los ingredientes para haber salido de la imaginación de Bécquer, la ayudaba a evadirse de su desasosiego.

Llevaba todo el día con el ánimo intranquilo.

Lo primero que la inquietaba era su marido. Durante el tiempo que pasaron en el cementerio, mientras el cura despedía a Enrique, se mostró menos triste que preocupado y ansioso por irse, y eso que el difunto era uno de sus mejores amigos. Al volver a casa, les llegó la noticia de que a Severino se lo había llevado la Guardia Civil y, aunque Alvarito mostró sorpresa, hubo algo en su mirada que le hizo pensar a Ana que él ya lo sabía.

Lo segundo era que no se le ocurría excusa alguna para presentarse en la panadería de Malcocinado. Las criadas de la casa acostumbraban a hacer las compras en otra tahona más cercana; si ella sugiriera ir a la de Márquez, estaba segura de que su suegra pondría el grito en el cielo. Si la idea era hacerlo en persona, aquello podría convertirse en un dolor de cabeza, pues, cada salida que hacía de la casa, Ramona la registraba en un libro imaginario. Preguntaba y preguntaba hasta que se sentía satisfecha con las respuestas, que contrastaba después, no hubiera tenido la desfachatez de mentirle. Un encuentro con Mateo en la tahona, aunque no intercambiasen palabras más allá de la cortesía debida, podría ser presenciado por alguien, podría llegar a oídos de Ramona y desencadenaría una tormenta. La matrona volvería a hablar mal de él, alentaría aún más el odio que le tenía Alvarito y se avivarían las llamas del infierno que para Ana suponía vivir en la plaza de San Esteban.

No atisbaba el modo de hablar con los amigos de Mateo sin

remover un avispero y, mucho menos, verse con él.

«¿En qué estás pensando?», se regañó.

Ella no podía citarse con Mateo de ninguna manera.

Por muy infeliz que le hiciera su matrimonio, era muy consciente de que su boda ató un lazo imposible de deshacer. Había aceptado amparo a cambio de amarrar su cuerpo a esa familia que ahora era la suya. Al caer Candelaria, la dama en su partida de ajedrez con la vida, ella misma se vio como la reina del tablero, pero desprotegida y expuesta hasta el punto de que la única salida que encontró fue rendirse.

Su cuerpo estaba preso por esa decisión, y debía ignorar los reclamos de su alma, por mucho que esta quisiera volar.

Libre.

Lejos.

Valiente.

Imposible…

Qué maravilloso sería poder retroceder en el tiempo y enmendar errores. Y qué inútil, tan siquiera pensarlo.

Pero no podía echarse atrás con aquella cita porque necesitaba saber de labios de Mateo por qué se habían distanciado tanto. Al menos, eso; al menos, saldar esa deuda pendiente entre los dos.

Una lágrima se le escapó cuando, escondida entre sus razones, emergió otra, la verdadera, la de los sentimientos que guardaba tan dentro y que explotaron en ella cuando le vio. Esos que debería aprender a dominar de nuevo para que no acabasen amargándole el resto de sus días.

—Ana.

La voz que la reclamaba hizo que se girase y soltase la regadera que tenía en las manos, no sin antes limpiarse del rostro con disimulo las huellas de su debilidad. La dejó sobre la tapa del pozo, respiró y le ofreció una sonrisa a su cuñada Laura.

—¿Qué sucede?

—Verás…, necesito que me ayudes.

Ana no se extrañó. Laura no era muy dada a hacer nada por sí misma, demandaba ayuda hasta para las cuestiones más sencillas. Aunque la relación entre ambas había mejorado en los últimos meses y fluía mejor que cuando llegó a la casa de los Martínez, tampoco eran amigas. De verla como a una rival, que podría quitarle su lugar de niña de la casa, Laura pasó a sentir lástima por Ana, que vivía procurando no hacer ruido. Dejó de molestarla con sus impertinencias, pero tampoco se tomó tiempo para conocerla de verdad.

—¿Qué necesitas? —preguntó Ana.

Su cuñada la tomó de las manos y la arrastró hasta el poyo, donde las dos se sentaron a duras penas, pues Laura ocupaba casi todo el espacio.

—Me ha llegado una invitación —le contó, sin soltarle las manos, con los ojos brillándole.

Ana abrió mucho los suyos, pensando que tendría algún admirador. Aunque le extrañó en un primer momento, después se dio cuenta de que Laura era una joven casadera con unos padres que manejaban mucho dinero. Como decía un refrán, uno de esos que todo buen castellano tenía siempre a mano, «Siempre hay un roto para un descosido».

—¿Para un baile o para el teatro? —aventuró Ana, con prudencia.

—No. —Se rio Laura—. Ya me gustaría, pero no es eso.

—Y, ¿entonces?

—Es para un acto benéfico.

—¿Vas a ir a un acto benéfico? —preguntó sorprendida.

—No es lo que más me apetece. —Se rio Laura.

Ana no entendía por qué le brillaban los ojos. Sabía que Laura se aburría en ese tipo de eventos.

—¿Quieres que vaya yo? —preguntó, intentando serenar su tono y que no sonase ansioso.

Esa idea había provocado que su corazón empezase a alborotarse, pues atisbó una posibilidad de encontrarse con Mateo rodeados por

una multitud.

—Quiero que me acompañes. Mi madre no me dejará ir sola o, lo que es peor, se empeñará en venir. Pero, si la convencemos de que iremos juntas, me lo permitirá, no me cabe duda.

Ana no estaba convencida de que Ramona no pusiera objeciones, pero no perdía nada por averiguar qué había tras aquel acercamiento de Laura.

—Y ¿por qué crees que tu madre no se empeñará en escoltarte si voy yo? —le preguntó.

—Porque sentirá que ambas estamos controladas; tú, por mí, y yo, por ti. —Se rio—. Y porque ya se ha comprometido con la marquesa para asistir mañana a otro acto benéfico al que dicen que podría venir la Chata, la tía del rey, que pasa unos días en La Granja. Sabes lo que se muere por ocupar la primera fila entre lo más selecto de Segovia. Dile que quieres ir tú a esto y que te encantaría que yo te acompañe.

—Pero ¿no te han invitado a ti?

—Sí, pero ella aún no lo sabe —respondió Laura, con una sonrisa.

—¿De qué se trata?

—En la panadería de Malcocinado harán dulces que se venderán en la plaza. Quieren recaudar fondos para la Casa Refugio de Niñas Pobres. Me ha invitado Jimena, la panadera.

Ana empalideció. ¿Jimena? ¿La mujer de Germán, el mejor amigo de Mateo? Eso no podía ser una casualidad.

—No la conozco. ¿Cómo va a creerse tu madre que me ha invitado a participar entonces? —preguntó Ana, cautelosa.

—Quiere que asistan mujeres jóvenes, mucho más jóvenes que las que se apuntan a estos actos. Tú eres joven.

—Y ¿cómo es que ha pensado en ti? No te dejas ver en esos eventos.

Laura dirigió sus ojos a la falda del vestido y la alisó antes de levantarlos de nuevo y mirar a Ana a los suyos. Había una calidez nueva, un brillo que la hija de Pedro Crespo percibió por primera vez en la pequeña de los Martínez.

—Jimena y yo fuimos juntas a la escuela. Éramos amigas, muy amigas, pero a mi madre le parecía que no era… suficiente para mí, y dejamos de relacionarnos hace mucho tiempo. Por eso quiero ir. La he visto en la calle, está a punto de ser madre. Me gustaría decirle que me alegro por ella.

Ana la miró en silencio; descubrió que detrás de la muchacha que conocía, impertinente, voraz y malcriada, había otra persona; una que Ramona había intentado modelar a su gusto, pero que se resistía. Su hambre perenne quizá no fuera solo gula, quizá era un signo de rebeldía, una manera de frustrar a la matriarca de la familia en sus intenciones de mostrar en sociedad a una hija perfecta.

—Sigo diciendo que es extraño que Jimena Márquez haya pensado en mí, Laura; no nos conocemos de nada —dijo Ana, apenada por tener que renunciar a la posibilidad de intercambiar unas palabras con la panadera que podrían acercarla a Mateo.

—No es extraño. Germán, el marido de Jimena, es militar. Le recordaremos a mi madre que fue alumno de tu padre y que por eso se han acordado de ti.

En el corazón de Ana, triste por la tormenta de sus emociones, salió un tímido sol, y un arco iris de vibrantes colores le hizo componer una sonrisa.

—Iré contigo.

Estaba tan contenta que le dio un beso en la mejilla a su cuñada. El primero sincero entre las dos. A Laura se le escaparon un suspiro y una sonrisa.

También sinceros.

Capítulo 42

Los gritos que volaban por la cocina poco después del amanecer despertaron a Mateo cuando aún no habían tocado las campanas de Santa Eulalia anunciando las siete. Lucía discutía a voces con Pinar, sin preocuparse de que los vecinos pudieran escucharlas o de que el dueño de la casa y Lucas siguieran dormidos. Andrés, que se había ido hacía unos minutos a la carpintería donde trabajaba, se perdió el principio amargo de aquel día.

—¡Me da igual! —le decía Lucía a su hija, cuando Mateo entró en la cocina.

—¿Qué os pasa? —preguntó este.

No se había vestido; se puso la vieja bata de su padre que se había quedado en la casa y fue a ver qué sucedía, alertado por el jaleo a tan temprana hora.

—¡Esta niña! —se quejó Lucía—. Nunca había sido tan desobediente.

—¡No soy una niña! —gruñó Pinar, a la vez que levantaba la voz a su madre y la desafiaba con un gesto.

A Lucía le tentó levantarle la mano. Probablemente, de no haber estado Mateo presente, le habría costado aún más contener las ganas. No lo había hecho nunca, a ella su padre la educó con cariño y sin golpes, pero se veía impotente cuando la rebeldía de su hija tomaba el mando.

—¡No quiere ir al arroyo!

—¡Me encuentro mal! —gruñó Pinar de nuevo.

—Ayer me dijiste lo mismo, y te lo pasé, pero hoy no puedo. Debo llevar a Lucas a su revisión médica y no puedo ir yo a lavar. ¡Tienes que hacerlo! ¡Es nuestro pan!

Pinar empezó a gritar de nuevo, negándose con vehemencia, tan

nerviosa que le gritó a su madre todas las burradas que pasaron por su mente. Lucía, presa de los nervios, fue a darle el bofetón que nunca le había dado, pero Mateo lo impidió, sujetándole la mano y calmándola con una mirada.

—¡Ya está bien! —dijo—. Pinar, no creo que tu madre se merezca que le hables así.

—Yo tampoco me merezco que me mande a lavar si no puedo.

—¡No tienes calentura, no tienes ni la voz tomada, ni tos…! ¿Qué te pasa entonces? —preguntó nerviosa Lucía.

—¡Me encuentro mal! —volvió a gritar la muchacha.

Sin más explicaciones, se encerró en su habitación tras un portazo.

Lucas se levantó de la cama y entró en la cocina asustado. No estaba acostumbrado a que en su casa se tocara diana de ese modo. Al ver a su madre cabizbaja, corrió hacia ella y se abrazó a su cintura. Esta le acarició el pelo y depositó un beso en su coronilla.

—Lucía, déjame que hable con ella, tú estás muy nerviosa —le pidió Mateo, viendo la misma desesperación en sus ojos que había detectado Lucas.

—Será lo mejor. Esto va a acabar muy mal si seguimos enzarzadas.

Se dejó caer en una silla de la cocina y el niño se sentó en otra, dándole la mano. Jamás madre e hija habían tenido una discusión así. Pinar tenía mucha personalidad, pero también un profundo respeto por Lucía, que ese día no había demostrado. Esta se preguntaba qué estaría haciendo mal para que su pequeña se comportase de ese modo. ¿Dónde estaba la niña dulce y obediente que siempre echaba una mano? Había tenido algunos momentos de rebeldía, pero desde luego ninguno tan tozudo como ese.

—Sólo le puse una hora de vuelta, quise ser recta, que aprenda que tiene que seguir unas normas —dijo entre sollozos—. No me imaginaba que se desataría esta tormenta.

—No creo que eso haya desatado nada. Cuando yo tenía su edad, a menudo solía retar a mi padre.

—¿Tú? —preguntó Lucía, extrañada—. Pero si eres muy tranquilo.

—No siempre ha sido así, acostúmbrate a esta etapa. Cualquier día, Andrés hará lo mismo que Pinar. Y después, Lucas.

—Que Dios me pille confesada entonces; si con una no puedo…

—Yo no lo haré —dijo Lucas con inocencia, y a su madre se le conmovieron las entrañas, porque de algún modo sabía que Mateo tenía razón.

Había visto a otras muchachas ponerse del mismo modo con sus madres, perder las formas, pero Pinar había sido siempre tan cariñosa y responsable que no podía entender que llevase unos días mostrando esa otra cara desconocida que tanto la desconcertaba.

—Voy a hablar con ella y trataré de convencerla para que vaya a lavar —dijo el joven.

—Gracias, Mateo.

Lucía le apretó la mano sin preocuparse de que era la izquierda. A él todavía le costaba un sobresalto si alguien se atrevía a rozársela, pero no le sucedía lo mismo con Lucía. No miraba con reticencia o asco su miembro mutilado, sino con un profundo respeto.

Cuando le soltó, Mateo le regaló una sonrisa y se marchó hasta el cuarto para hablar con Pinar. Nada más llegar, llamó con cuidado a la puerta.

—¡Vete! —gritó Pinar, desde dentro.

—Soy Mateo —le dijo él, apoyado en la madera que los separaba.

—Me da igual, vete.

—Deja que hablemos.

—No quiero hablar, me encuentro mal.

—Hablemos un rato y me voy, te lo prometo.

Mateo esperó con paciencia una respuesta. Al principio, no se oía nada; al poco, el gruñido de la cama le indicó que Pinar se había levantado de ella. La puerta se abrió y encontró el rostro de la chica enrojecido por el llanto.

—¿Me dejas pasar o prefieres que me quede en el pasillo?

—Te dejo —claudicó.

Se apartó para que pasara y después le siguió, sin cerrar la puerta. Mateo se sentó en una silla al lado de la cama y le hizo un gesto para que le imitase. La niña se cruzó de brazos, retadora, pero al poco se resignó y lo hizo. Al principio, ninguno dijo nada, permanecieron en silencio hasta que Mateo lo rompió.

—Tu madre necesita que vayas al lavadero, Pinar.

Ella suspiró. Lo sabía, lavar era su principal fuente de ingresos. Aunque Lucía aceptaba casi cada faena que le salía, ir cada mañana al Clamores les proporcionaba estabilidad. No podían arriesgarse a perderlo. Eso lo entendía muy bien, a pesar de cómo se había comportado esa mañana.

—Lucas tiene que ir a su revisión médica —siguió Mateo.

—Lo sé.

—¿No quieres ayudar a Lucía?

—Y ¿no podrías llevarlo tú al médico? —aventuró Pinar.

—Si estuviera seguro de que te pasa algo grave, lo habría propuesto yo mismo, pero creo que no estás enferma. Además, yo no sé nada de su salud, es tu madre quien lo ha estado llevando siempre, quien conoce cada catarro que ha tenido, cada recaída o cada mejoría. ¿Cómo contestaría a las preguntas del doctor si apenas os acabo de conocer?

—No es verdad, nos conoces desde que éramos niños —dijo Pinar, mirándole a los ojos.

A Mateo se le encogió un poco el alma al recordar aquel día, ese en el que su vida tomó un camino inesperado, en el que todas sus certezas saltaron por los aires. Era curioso. No estaba seguro de que mucha gente supiera el momento exacto en el que le había cambiado la vida, pero él sí. Lo llevaba grabado en la memoria y se lo recordaba a diario una mano rota. Y, como efecto secundario, un corazón que se había blindado al afecto de una mujer.

—Ese día apenas os vi —le dijo, apartándole un mechón de pelo de la cara.

—¿Tú sabes lo que pasó? —le preguntó ella.

—¿No lo sabes tú? —se extrañó él—. ¿No sabes cuál de vosotros provocó el fuego o lo que pasó dentro de la casa?

Pinar bajó la cabeza. Miró la puerta abierta, dudando. Se levantó y se asomó para asegurarse de que su madre no estaba en el pasillo. Luego volvió a sentarse en la cama, frente a la silla que ocupaba Mateo.

—Fue ella, mi hermana mayor, pero no lo hizo queriendo, Mateo —murmuró muy bajito, mirándole con ojos brillantes—, estábamos jugando y empujó a Andrés. La faldilla de la mesa se metió en las brasas, ninguno lo vimos y al rato empezó a haber mucho humo. Lucas se escondió, yo no podía encontrarlo, Carmen quería apagarlo, pero no teníamos agua. Gritaba, se asustó, no paraba de llorar porque nuestra madre se iba a enfadar mucho cuando no encontrase su casa en pie al volver. Le dije que teníamos que salir, pero no pudo superar el miedo a las llamas. Yo me fui a la otra habitación con Andrés de la mano y ella… Ella se quedó allí, paralizada. ¿Por qué no volví a buscarla?

Los recuerdos la abrumaron y se llevó las manos a la cara. Mateo, con suavidad, le agarró una de ellas y la apretó con la suya, intentando mitigar un poco el dolor que le producían aquellos recuerdos. Cuando Pinar se tranquilizó, se soltó y le miró muy seria.

—No se lo digas a mi madre —susurró.

—¿Tu madre no sabe qué pasó?

—Mis hermanos no se acuerdan y yo no quiero que ella sufra más. Le he dicho siempre que yo tampoco lo recuerdo. Si no hubierais llegado ese hombre y tú…

Mateo se había preguntado muchas veces por qué lo hizo. Tal vez, porque cuando oyó los gritos de esos niños, sintió como si le acuchillaran el alma, o porque lo humano era ayudar. De lo que sí estaba seguro era de que nunca buscó ser un héroe. Él la miró con una sonrisa y Pinar se rindió al consuelo de unos ojos que la observaban con comprensión. Pasaron más de diez minutos en un silencio acompañado hasta que la muchacha se calmó. En la habitación, apenas se escuchaba el murmullo de sus respiraciones y los sonidos de la ciudad que entraban por la ventana abierta: un carro tirado por dos mulas, dos vecinos dándose los buenos días, los pájaros llenando el aire con sus trinos.

Al fin, Mateo habló:

—Tu madre carga con mucho ella sola; si siempre has intentado que no sufra, no se lo pongas ahora difícil por esta tontería. No es nada al lado de lo que ya viviste.

Pinar sabía que su madre no se merecía que le hablase así, pero había algo que no había experimentado con tanta intensidad ni cuando estuvo a punto de morir, un miedo del que no podía hablarle a Mateo y mucho menos a Lucía. El peso de otro secreto que era demasiado grande para unos hombros de quince años.

No podía quitarse de la cabeza a ese hombre que le pidió el Día de San Juan que le lavase la camisa.

Su beso.

Las dulces sensaciones que la recorrieron entera y que flotaron en su interior, que se convirtieron en hiel en cuanto escuchó que había habido un crimen en Santa Eulalia y el cuento se tornó en pesadilla.

La sangre en la camisa. Esa historia de un gallo sacrificado en el cementerio, demasiado extraña para ser verdad.

Por eso, y no porque estuviera enferma o por no ayudar a su madre, no quería ir sola al río. La aterraba que apareciera de nuevo.

Volvió a llorar. La angustia se colocó en primer plano, a la que se unió el deseo de no fallarle. Ambas lograron que, transcurridos unos minutos, enderezase la espalda y mirase a Mateo antes de afirmar con decisión.

—Iré.

Al miedo había que enfrentarlo siempre, o podía engullirte como el fuego que se llevó a su hermana Carmen.

Capítulo 43

Lucía no comprendía qué le sucedía a Pinar. Después de la larga conversación con Mateo, decidió ir al arroyo con su hija. Mateo le aseguró que él se ocuparía de retrasar la cita médica de Lucas para última hora de la mañana, y ella convenció a Pinar para que fueran juntas. Tras aquel tormentoso inicio de día, la chica acabó ofreciéndose a llevar el pesado barreño en el que acarreaban la ropa sucia, pero, aunque trató de disimularlo, en el arroyo estuvo intranquila. No participaba en las conversaciones de las mujeres, que fluctuaban entre los dos acontecimientos de la ciudad: la feria y el crimen del hijo del tabernero de la judería. Pinar, aunque no contribuía a esparcirlo, siempre se mostraba interesada en cualquier chismorreo, pero ese día parecía haber perdido hasta la curiosidad.

No habló.

No prestó atención a las conversaciones.

No hizo ningún comentario acerca de nada.

Su madre percibía sus ojos ansiosos que, de vez en cuando, recorrían los alrededores del lavadero. Quiso preguntarle qué pasaba, pero el recuerdo de aquel amanecer tan violento en casa le retuvo las palabras dentro. Mejor no alborotar avisperos si no se quería salir lleno de picotazos, y Lucía sentía que esa mañana ya se había llevado algunos de su hija.

—¿Qué ha pasado al final con la tía Paca? —dijo una mujer de las que se acercaban al lavadero desde San Millán, dirigiéndose a un grupo de vecinas de Santa Eulalia.

—Sigue en el calabozo. Al parecer, la niña, la Petra, les dijo a los civiles que conocía a uno de los que lo empezaron todo, el que la golpeó, pero ni por esas la han *dejao* salir. Mal rayo les parta. Qué distinto si tuviera guita —contestó Justina, vecina de Santa Eulalia.

—Y ¿quién era ese hombre? —preguntó otra, desde el lado opuesto del lavadero.

—El de la botica de la calle Real —respondió la que tenía enfrente—. En la casa para la que lavo, no se lo podían creer.

—Pero ¡si ese hombre es muy mayor! Te habrás *enterao* mal —añadió otra voz femenina.

—El padre no, el hijo, *tontilona*

[5]

. El padre ya casi no pisa la botica.

—Ya lo han *soltao* —replicó Justina—. La gente con dinero no aguanta entre rejas, los milagros que hacen las monedas son mucho más grandes que los del Señor.

—¡No blasfemes, Justina!

—Me dirás. La Paca ahí, que lleva ya la pobre dos días en el calabozo, y a este solo lo tuvieron unas horas. Aquí la justicia no es igual para los pobres. Y estoy dudando mucho que también allí lo sea. —Hizo un gesto con la cabeza señalando al cielo, sin soltar las prendas que estaba restregando con ímpetu.

—Dios nos hizo a todos iguales —contestó otra, que era muy creyente.

—Y los hombres se encargaron de descabalar eso. ¡Qué vamos a ser iguales que los que viven ahí arriba! —Justina señaló con la cabeza la silueta de la catedral, el corazón de la ciudad intramuros—. Nosotras nos molemos el lomo por unas perras lavando, sea invierno o verano, se nos llenen las manos de sabañones, porque el frío del agua las corta, o nos duelan la espalda o las rodillas hasta reventar, mientras ellas todo lo que tienen que hacer es pasearse por la calle Real o por el paseo del Salón con sus elegantes vestidos. Y nuestros maridos se desloman de sol a sol por los jornales que les pagan los suyos y que no llegan ni para el pan. Pero nada, nosotras agradecidas —restregó la prenda entre sus manos con rabia— de que nos dejen lavar sus mierdas y de que nuestros maridos trabajen como bestias y se los trate igual. Dile a tu Dios que haga algo con esto.

La otra se secó las manos en el mandil y se santiguó.

—La gente acabará reventando —sentenció Justina, que estaba enfurecida y lo estaba pagando la prenda que lavaba con saña—. Ojalá un día, los que piensan como tú abran los ojos y podamos unirnos. No

es justo cómo vivimos. Arriba y abajo, en todo.

—Justina, deja tus ideas revolucionarias para cuando llegues a casa, aquí lo único que vas a conseguir es asustar a esta —le dijo la que estaba al lado de la que se santiguó.

—Así nos pasa, que algunas cosas las dejamos para lavarlas en casa y allí no hay agua —murmuró.

—¿Te has dado cuenta de que eres una hembra? —le dijo la devota creyente—. Da igual lo que pienses o lo justo que te parezca o no el mundo. Nacimos para callar.

—Desde luego, con mujeres como tú, tampoco tendremos voz nunca.

El ambiente se empezó a caldear. A veces era lo que tenía el río. El lavadero servía para limpiar la ropa, pero también se usaba como lugar de reunión y, en algunas ocasiones, los ánimos se encendían y las discusiones volaban, porque los trapos sucios que se lavaban no eran solo los que reposaban en la pila. No era raro que se llegase a las manos en alguna de aquellas discusiones.

Lucía, que no tenía ganas de más problemas ese día, decidió sacar a Pinar de allí con una excusa.

—¿Puedes llevar estas camisas para que se oreen al sol mientras yo recojo lo que tengo en los matorrales? —le preguntó.

—¿Eh? —contestó ella.

—Que si puedes llevar estas camisas a las cuerdas —repitió Lucía, confirmando que la niña no estaba como siempre. Le parecía imposible que no se hubiera enterado del

guirigay que se había montado a cuenta de la detención de la Paca, pero su distraída respuesta se lo confirmó.

—Sí, ya voy.

En muchas ocasiones, las mujeres impregnaban la ropa con el jabón preparado con sosa y grasa de la que se recogía en la matanza, y las restregaban en la losa. Después las ponían un rato al sol, la forma más sencilla de diluir las manchas y que las prendas se blanqueasen antes de darles el último enjuagado. Pinar suspiró, se enderezó y tomó el bulto de ropa chorreante. Lucía se preocupó aún más. Todas las

veces que le había encomendado esa faena, en los años que hacía que la acompañaba al río, protestaba. Acababa siguiendo sus indicaciones, pero siempre tras alguna palabra o un resoplido que indicaban que le desagradaba la tarea. Ese día, ni se inmutó. Pudiera ser que las palabras de Mateo hubieran hecho un efecto positivo en su disposición, pero su intuición de madre le decía que algo más la estaba alterando.

Con varias camisas enjabonadas, la muchacha se dirigió a las cuerdas que recorrían una pequeña pradera soleada. Cuando solo le quedaba colocar la última, se le cayó al suelo. La levantó y la alzó para observar si se había manchado. Así era, restos de tierra y hierbas la impregnaban. Hizo un mohín de disgusto y la sacudió, enfadada. Para que no le salpicase el agua en la cara, volvió la cabeza a un lado y, al hacerlo, escondido tras unos matorrales, vio a un hombre.

Era Álvaro.

No le cupo ninguna duda de que estaba allí por ella. La imagen de la camisa con restos de sangre se mezcló con las sensaciones que le provocó su despedida y sintió ganas de vomitar.

Colgó la prenda y corrió hacia la zona en la que su madre seguía con la faena. Lucía no dijo nada.

También había visto al hombre, aunque no alcanzó a reconocerlo desde donde estaba.

Capítulo 44

La misa de la catedral, esa mañana, se le hizo eterna a Ana. Por primera vez, desde que se había mudado con la familia de su marido, ansiaba regresar a la casa y no se demoró en el camino de vuelta con un paseo lento o saludando a los vecinos. En el horizonte de ese día había algo más que horas repetidas en las que apenas hacía más que dejar pasar el tiempo, ya fuera con su libro de poesía entre las manos o cuidando las flores del patio. Tenía una cita con Laura en la panadería de Malcocinado. Las hipótesis sobre las razones de aquella invitación repentina se aceleraban en su cerebro y sus pasos se acomodaron a ellas, haciéndola volar por las callejuelas que conducían a la plaza de San Esteban.

Al llegar a la casa, no encontró a Alvarito remoloneando, como solía hacer para esquivar la obligación de presentarse a primera hora a trabajar con su padre en la fábrica de luz. Le extrañó, pero no más que su ausencia de la habitación cuando se levantó. Nunca lo hacía antes que ella y solo encontraba la estancia desierta si no se había molestado en volver a dormir. Pero no era el caso. De ello habían dejado prueba las sábanas revueltas, la ropa de dormir tirada en el suelo y los rastros de su aseo en el aguamanil, aunque Ana ni lo oyó levantarse ni lo vio salir. Dedujo que se habría desvelado de madrugada, cuando el sueño de ella era más profundo, y por eso no lo había oído.

Al no encontrarlo en la casa, pensó que quizá la muerte de Enrique había hecho que reflexionara sobre su vida y le había empujado a comportarse como un adulto y asumir sus obligaciones.

A la que encontró fue a Laura, con ropa de calle, peinada y preparada, aguardándola en la salita. Incluso estaba de pie, como si se le estuviera haciendo larga la espera.

—¡Cuánto has tardado! —le dijo a Ana cuando esta entró en la habitación.

—Creo que he llegado antes que otros días —contestó ella, sorprendida por la urgencia—. De todos modos, no sabía que

debíamos irnos tan pronto.

Ana intentaba disimular su impaciencia por averiguar si la cita en la panadería tenía que ver con Mateo. De ningún modo deseaba que su cuñada sospechase que anhelaba ir incluso más que ella.

—Cuanto antes nos acerquemos, antes nos enteraremos de qué tendremos que hacer —dijo Laura, tomándola de la mano para arrastrarla fuera.

—¿Qué tenéis que hacer de qué? —preguntó Alvarito, que entró en ese momento en la salita. Volvía de la calle y traía aspecto de haber dormido poco.

—Mañana colaboraremos en un acto benéfico para la Casa Refugio de Niñas Pobres y aún no sabemos cuál será nuestro cometido. Salimos ahora mismo para que nos lo expliquen —contestó su hermana.

—¿Y madre sabe esto? —preguntó él, con frialdad, deteniéndolas.

—Por supuesto, se lo dije ayer y le pareció estupendo.

La afirmación que Laura había soltado con seguridad no era cierta del todo. Le había dicho a Ramona solo una parte de la verdad, que no incluía el dato de que quien se había puesto en contacto con ella era Jimena Márquez. La mujer, ocupada como estaba con sus propios asuntos, tampoco preguntó más y pudo ahorrarse ese detalle, que estaba segura de que habría frustrado sus intenciones. Laura había llorado mucho cuando la separaron de Jimena y había preguntado, hasta que se cansó de no obtener respuestas, por qué no podía seguir siendo su amiga. La prodigiosa memoria de Ramona para lo que le interesaba no podía haberse olvidado de aquel detalle.

—¿Tú también vas a ir? —preguntó Alvarito, mirando a su esposa, que hasta ese momento se mantenía en el segundo plano que ocupaba siempre.

Ana asintió. Él le sostuvo la mirada con una rabia contenida que no sabía a qué se debía y a ella su escrutinio se le antojó eterno.

—A mí no me has pedido permiso —sentenció él.

Laura y Ana parpadearon casi a la vez, sorprendidas. El escaso interés de Alvarito por su mujer no les había hecho sospechar, a ninguna de las dos, que pudiera poner alguna objeción a que

asistieran a la venta en la que recaudarían fondos para la institución benéfica. Barajaron que las réplicas podían nacer de Ramona, pero nunca se plantearon que salieran de él. No era más que un acto en el que iban para colaborar, como hacían muchas de las mujeres de buena posición. Solo pasarían unas horas en la plaza Mayor, a la vista de todos, y después regresarían a casa. Las dos fueron a replicar, pero ninguna tuvo ocasión de esgrimir sus argumentos porque alguien se les adelantó.

—¿Te tiene que pedir permiso para mostrarse caritativa? —preguntó Álvaro, que entraba en ese momento en la salita.

Había regresado a casa para recoger unos papeles de la fábrica que había olvidado. Al escuchar a Alvarito, entró a buscarlo, furioso porque aún estuviera allí y no en su puesto de trabajo, en el que debería llevar más de una hora.

—Me parece que tengo derecho a saber estas cosas, ¿no crees? —le contestó él, enfadado.

—No digas tonterías, hijo. Vosotras, id donde tengáis que ir, debo hablar con Alvarito a solas.

Durante un momento, Ana temió que su carácter, que llevaba tiempo sepultado, tomase el control de su lengua y acabase contestando a su marido. La oportuna intervención de Álvaro se adelantó a la furia que sentía, a que desatase la rabiosa tormenta que llevaba un año conteniendo en su interior. Antes de que Alvarito tuviera ni siquiera tiempo a replicar a su padre, Ana arrastró del brazo a Laura hasta la calle.

—¿Quién te crees que eres para cuestionar mi autoridad con mi mujer? —le dijo Alvarito a Álvaro Martínez cuando se quedaron solos.

—Tu padre —le contestó este con tranquilidad—. ¿Se puede saber qué te pasa? No nos viene mal que vean a tu hermana en estos actos. ¿Qué hay de malo en que Ana vaya con ella?

—¡Mi mujer saldrá cuando yo lo decida! —le gritó.

—¡Que sea la última vez que me levantas la voz! —le respondió Álvaro, aún más fuerte.

Alvarito resopló. Sabía que podía ponerse gallito con las mujeres, incluso con su madre, pero con su padre era otra historia. Bajó la cabeza para que no viera la ira en su mirada, pero Álvaro, que,

aunque severo, no era un mal hombre, interpretó que le pasaba otra cosa.

—Mira, hijo —dijo, posándole la mano en el brazo—, sé que estás nervioso por la muerte de Enrique, que ha sido algo inesperado y muy duro para ti, y que el que los civiles se hayan llevado a Severino para interrogarlo ha sido la puntilla, pero no lo pagues con ellas.

Alvarito se soltó con un gesto más brusco de lo que pretendía y se pasó la mano por el pelo, inquieto.

—Y, ahora, nos vamos a la fábrica. Deberías llevar horas allí —dijo Álvaro.

Capítulo 45

Laura alentó a Ana para que se diera prisa. Su habitual pereza se había evaporado desde que recibió la invitación de Jimena y, en lugar de caminar, corría por las callejuelas empedradas del

casco viejo de Segovia. Sus kilos de más no suponían un obstáculo para su voluntad.

—Laura, ve despacio, por favor —le suplicó Ana, que tropezó con su propio vestido dos veces.

—Llegamos tarde —jadeó la muchacha, impaciente.

—¿A qué hora debíamos presentarnos?

—Jimena no me precisó una hora, la nota solo decía que tenía que ser por la mañana.

—Entonces, ¿por qué dices que llegamos tarde? —preguntó, parándose.

Laura también se detuvo al percatarse de que la voz de Ana sonaba algo más lejos que la última vez y se volvió para arrastrarla de la mano.

—Llego siglos tarde. ¡Vamos!

Ana entendió la premura de sus pasos. Sabía mucho de encuentros demorados durante años, de horas haciéndose preguntas sobre qué hizo mal para que el hilo que la unía a Mateo se rompiera. Sabía de la soledad elegida, que se acabó convirtiendo en un manto helado con el que aplacar la fiebre de su corazón. Sabía de guardar silencio, porque el destinatario de sus palabras ya no iba a escucharlas. Durante seis años, Ana había batallado con todas sus fuerzas para convencerse de que era inútil esperar su regreso, mientras su corazón, terco, se negaba a darse por vencido, pagando el precio de una historia que no había sellado su final en ninguna parte.

En ese tiempo le hubiera gustado poder deshacerse del peso de

tantos sentimientos, volcar sus emociones en un trazo de tinta para entenderlas y entenderse. Así creía que había hecho Bécquer en su libro, transmutó emociones en palabras y dejó a la vista su alma en carne viva. Su dolor se parecía tanto al de ella, que sentía el libro como una segunda piel.

Claro que entendía a Laura. No volvió a protestar y caminó de nuevo con ligereza.

Enseguida llegaron a la panadería. Laura inspiró una cantidad innecesaria de aire y apartó la cortina antes de entrar en el negocio. En el interior, el olor a pan recién horneado se mezclaba con el del azúcar y las esencias con las que Jimena aromatizaba sus dulces: vainilla, azahar, limón, canela… Laura salivó, extasiada por los aromas y prendada de las delicias expuestas en una estantería de madera tras el mostrador.

Uno de los empleados les preguntó qué querían.

—Hemos venido a hablar con Jimena —dijo la muchacha con una amplia sonrisa, después de presentarse.

La panadera salió del obrador al escucharla y les hizo un gesto para que la siguieran, que obedecieron de inmediato.

—Muchas gracias por venir —dijo la embarazada—. Soy Jimena Márquez y me voy a encargar de organizar todo esto.

—Yo soy Ana Crespo y ella es Laura Martínez.

—Encantada de conocerlas en persona.

Jimena no hizo gesto alguno de reconocer el nombre de la que había sido su amiga y esta sintió una punzada de decepción en el pecho. ¿Cómo podía haberla olvidado? Ella, por más que lo había intentado, no había sido capaz de borrar de su memoria los juegos de infancia y la complicidad compartida.

—Perdonen que haya sido tan precipitado, pero es que no me está resultando fácil en estos días llegar a todo. —Jimena se señaló la prominente barriga.

—¿Qué es lo que tendremos que hacer? —preguntó Ana.

—Las necesito para atender a las personas que vengan a comprar, yo ya me he ocupado de hornear todo esto. —Señaló una bandeja

enorme repleta de rosquillas, magdalenas, merlitones, mantecados y toda clase de dulces típicos castellanos—. Y también necesito que me ayuden a buscar algo que pueda servir de mesa. No ha habido manera de que el ayuntamiento me preste una con tanta premura y yo no tengo.

Ana recordó que en su casa de la calle Real había algo que podía servir, dos borriquetas y una tabla que su padre montaba cuando algunas noches calurosas de verano decidían cenar en el zaguán, la parte más fresca de la casa. No era demasiado grande, pero, cubierta con manteles elegantes, de los que también quedaban en su casa, podía servir para ese propósito. Solo tendrían que ir reponiendo los dulces, a medida que se fueran vendiendo. Se lo ofreció a Jimena.

—Me parece perfecto. Si está de acuerdo, mandaré a alguien a buscarla a mediodía.

Ana le dijo que tendría que acompañar a quien fuera; estaban en el desván y no era tan sencillo encontrarlas. Quedaron en que, sobre las doce, habría alguien esperando en la puerta de su casa para trasladar la tabla y las borriquetas.

—¿Quién ha organizado esto? —preguntó Ana.

—Yo. Lo creo muy necesario. Como les decía en la nota, lo que consigamos irá a la Casa Refugio de Niñas Pobres; se abrió hace veinte años para recoger a las niñas que mendigaban por Segovia. Un poco por caridad hacia ellas, y otro, porque el ayuntamiento no quería que la imagen de la ciudad fuera la de un lugar lleno de tullidos, mendigos, ciegos o cojos molestando a la gente en las puertas de las iglesias. Muchas de ellas son huérfanas, y ahora, que voy a ser madre y que he perdido a mi padre hace poco, no me puedo sentir más agradecida por tener una familia y comida todos los días. Si puedo contribuir a que algunas niñas se sientan protegidas de algún modo, pondré mi empeño en ello.

—¿Quién más vendrá? —preguntó Laura.

Jimena les enumeró los nombres de algunas mujeres, todas relacionadas con los comercios de la ciudad.

—Sé que la alta sociedad tiene sus propios actos benéficos, pero nosotros también podemos y debemos colaborar; después del desastre que nos ha traído esa maldita guerra, mucha gente lo está pasando mal. Algunas de las mujeres de las que les he hablado no pueden asistir en persona y han hecho una donación para que yo pueda

hornear todo esto —dijo, señalando el despliegue de platos repletos de dulces— otras estarán en la mesa, como ustedes. Y yo, lo que pueda. Me cuesta permanecer de pie.

—¿Cuánto tiempo falta para que nazca? —preguntó Laura.

—¡Días! Se me están haciendo eternos.

Laura, sin poder contenerse por más tiempo, le habló a Jimena.

—¿No me recuerdas? —susurró.

La panadera la miró y asintió. Laura tragó saliva. La había tuteado, algo que no había hecho en ningún momento Jimena, acortando la distancia que la joven había puesto entre ellas. Quería que Jimena dejase de hablarle como si fueran dos extrañas. En ese momento, la cortina del despacho se movió y Germán entró.

—Vaya, no sabía que tenías visita —le dijo a su mujer.

—Germán, estas son…

—Nos conocemos desde hace años, ¿verdad, Ana?

Esta asintió y le devolvió la sonrisa a Germán.

—Ella es Laura Martínez, mi cuñada.

—Encantado, señorita. Ana, me viene muy bien que nos encontremos —le dijo el militar—, vengo de la Academia y creo que deberías saber algo que tiene que ver con tu padre. Supongo que alguien te lo dirá, pero puesto que estás aquí…

—¿De qué se trata?

—Van a hacer un acto de homenaje a los caídos en Cuba. Algo sencillo, una misa y un discurso. Será dentro de unas semanas.

—Germán, ¿por qué no le cuentas los detalles a la señora Martínez mientras yo le doy a probar a la señorita Laura unas rosquillas que he hecho con una receta nueva? —intervino Jimena.

—¿Me acompañas arriba, Ana? Si no le importa a usted —dijo Germán, dirigiéndose a Laura.

—No, no, claro —contestó esta.

Ana subió por la escalera tras Germán, y Jimena y Laura se quedaron solas.

—Lo siento —dijo esta última, cuando estuvo segura de que no la escuchaban—, mi madre me prohibió volver a verte. Nunca quise dejar de hablarte, Jimena. Espero que me creas.

—Si soy sincera, durante mucho tiempo no lo entendí; creía que te había hecho algo y por eso actuabas así.

—¿Has estado enfadada conmigo todos estos años?

—Al principio, mucho. —Sonrió Jimena—. Después, un día reuní valor para ir a tu casa a que me explicases de una vez qué pasaba, y fue tu madre la que me dejó claro que yo no tenía suficiente clase para ti. Me dijo que te había prohibido hasta mirarme por la calle. Sé que no fue cosa tuya. Alguna vez que nos cruzamos y me miraste, vi tristeza en tus ojos. Te he echado mucho de menos.

—Y yo Jimena. Tanto que a veces ha dolido.

Ambas se fundieron en un abrazo que resultó incómodo, pero no porque no lo sintieran muy dentro, sino por la enorme barriga de la panadera. Cuando estaban así, diciéndose sin palabras que dentro de sí mismas habían guardado esa amistad como el mayor de sus tesoros, el bebé de Jimena dio una patadita que Laura notó en su abdomen con claridad.

Se separó para mirarla, asombrada por la sensación.

Entonces, la emoción contenida se convirtió en un torrente de palabras por ambas partes. Se habían extrañado de manera insoportable, pero ya no eran dos niñas pequeñas. A partir de ese momento se las podrían arreglar para volver a verse.

Incluso si hubiera que pasar por encima de la autoridad de Ramona.

Capítulo 46

Alvarito se enzarzó aquella mañana en una discusión con un empleado de la fábrica, un hombre de Fuenterrebollo que, tras un aparatoso accidente en el que se rompió un brazo, le solicitó la ayuda de la

Sociedad de Socorros Mutuos. El hijo de los Martínez, que aquel día traía peor humor que nunca, se negó a escucharlo y le ordenó que volviera a su puesto. Álvaro, cuando se enteró del incidente, tomó a su hijo del brazo y se lo llevó a su despacho, después de pedir disculpas al obrero, al que indicó que se marchara hasta que se recuperase. No quería que los empleados se le soliviantaran, como estaba pasando en otras provincias y, si su hijo seguía así, no tardarían en montarle una huelga.

—Vete a casa —le ordenó, cuando entraron en su despacho.

—¿No te empeñas tanto en que venga a trabajar? ¡Pues aquí estoy, defendiendo lo nuestro!

—¡Bonita manera de hacerlo! ¡Ese hombre se ha roto un brazo, por más que quiera, no podrá trabajar! Lo que hay que hacer es buscar a otro y no perder el tiempo en discusiones. Alvarito, hijo, vete a casa, creo que necesitas unos días para asimilar la muerte de Enrique.

Este, furioso, agarró de encima de la mesa un cenicero del ceramista Zuloaga y lo lanzó contra la pared, donde se hizo pedazos. Iba a necesitar más de unos días para aceptar la muerte de Enrique y encontrar una paz que en esos momentos le era esquiva. El sueño le había evitado media noche, pero aún fue peor cuando lo alcanzó y se desató en su mente la pesadilla que le devolvió a la pelea. En ella, los sucesos mutaban.

Unas veces, el que movía el cuchillo era uno de los jornaleros de Santa Eulalia.

Otras, lo tenía Severino o de inmediato lo veía con claridad en las manos de la tía Paca.

Las más, volvía a las suyas.

Entonces, notaba los ojos aterrados de Enrique traspasándolo, con un silencioso porqué tatuado en la mirada. Despertaba sudando, ansioso y perdido, loco, porque no alcanzaba a distinguir verdades o mentiras en lo soñado, qué parte tenía aquello de real y qué de ficción construida por su atormentada mente. ¿Cómo podía despejar aquella neblina que opacaba sus recuerdos? ¿Era el príncipe que veía su madre o ese hombre que vejaba a sus empleados? ¿Era un asesino o había sido solo testigo de un crimen y eso era lo que perturbaba su mente?

«Todas las cosas importantes o grandes se sueñan», había escuchado en alguna parte.

Aquellas sentencias siempre le habían parecido cuentos de vieja, pero ¿y si no era así? ¿Había matado a Enrique? ¿No lo había hecho, pero lo soñaba porque en algún momento sería un asesino? Las horas sin dormir y todas aquellas ideas lo estaban enloqueciendo.

No paraba de hacer tonterías, gritar a un empleado o, como había hecho aquella madrugada, regresar al lavadero. Estaba aterrado porque había una chiquilla a la que, en un momento de estupidez, le había dicho su nombre y le había confirmado que las manchas de su camisa eran de sangre.

Toda la ciudad sabía ya del crimen y no solo eso, habían requerido a Severino para interrogarlo. No era más que cuestión de tiempo que alguien señalase su amistad y lo acabase situando en la pelea. Entonces, esa chiquilla ataría cabos. Tenía que lograr que mantuviera la boca cerrada y solo se le ocurría un modo: hacerle creer que se había enamorado de ella. Sabía que el beso le había gustado, se había derretido en su boca y notó su cuerpo estremecerse bajo sus caricias. Se notaba de lejos su inexperiencia y aquella sería su ventaja. Necesitaba callarla, manipularla para que no hablase, pero no iba a hacerle daño. No, eso no, él no era un asesino, él no podía ser un asesino.

Decidido, se había levantado aquella madrugada temprano, se había puesto ropa cómoda y había bajado a los lavaderos del Clamores. Se había ocultado para esperarla entre unos matorrales cerca de donde tendían. Mucho después, ella apareció allí con otra mujer; por el parecido podría ser la madre, pero para entonces aquel lugar ya estaba lleno de lavanderas. No pudo acercársele, así que esperó por si se diera la ocasión de que se alejara del resto. Su

paciencia obtuvo recompensa, pues en un momento se quedó sola tendiendo. Cuando estaba a punto de salir de su escondite para abordarla

, Pinar le descubrió y le miró con una expresión de pánico y no con ese anhelo que él esperaba. Salió corriendo antes de que le diera tiempo a moverse.

Frustrado, volvió a casa para cambiarse de ropa, llegaba tarde al trabajo. Allí se encontró a su hermana y a Ana haciendo planes para quién sabía qué. Le importaba muy poco lo que hicieran o dejaran de hacer, pero estaba enfadado y lo pagó con ellas.

Como a esa hora de la mañana lo había pagado con un obrero de la fábrica.

Capítulo 47

Germán condujo a Ana a la modesta salita de su casa, una estancia luminosa y ventilada, con grandes ventanas abiertas a la plaza Mayor, que enmarcaban la elegante silueta de la catedral. Las baldosas hidráulicas del suelo formaban un entramado geométrico en blanco y verde y, sobre ellas, descansaba una mesa de roble con cuatro sillas alrededor. Junto a la puerta, un aparador a juego con la mesa y, cerca de los ventanales, dos sillones que habían conocido tiempos mejores. Jimena disimulaba su edad con paños tejidos con encaje de bolillos por ella misma. En un rincón descansaba el mundillo, la almohada donde se prendían los alfileres que sujetaban la labor mientras se tejía, y colgaban los bolillos. A Ana, la tarea inconclusa le recordó a Candelaria. Su tía había tratado de enseñarle, pero siempre se le acababa enredando el hilo de algodón y el resultado era tan decepcionante que desistió en su empeño de que aprendiera.

Suspiró con nostalgia. Echaba de menos a Candelaria con desesperación.

—Siéntate ahí —le sugirió Germán, señalando uno de los sillones.

Él hizo lo propio en el otro.

—Dime, ¿qué es eso que están preparando en la Academia? —le preguntó ella.

—En realidad, nada. No estás aquí por eso; tengo un recado de Mateo para ti.

Aunque no la tomó desprevenida, el corazón de Ana se aceleró, tanto que notó el latido en la garganta, un martilleo que no era suave y que empezó a dificultarle la respiración. Se irguió en la silla, como movida por un resorte invisible.

Mateo.

Así que no estaba equivocada. Habían usado la mesa de beneficencia para atraerla hasta la panadería. Miró hacia la puerta,


como esperando a que él apareciera allí, pero Germán se le adelantó.

—No está aquí, no lo busques.

—Te ha dicho…

—A mí no me ha dicho nada; habló con Jimena ayer.

—¿Y ella ha organizado todo esto solo para que podamos hablar?

—Este acto benéfico era algo que llevaba tiempo preparando, lo único que ha hecho ha sido incluir a la señorita Martínez. —Sonrió Germán. Él estaba acostumbrado a la resolución de su mujer. Ella llevaba meses convenciendo a los comerciantes para que secundasen su idea y lo había logrado. Cuando Mateo le pidió ayuda, se le ocurrió que, si convocaba a Laura, Ana aparecería con ella. Estaba segura de que Ramona evitaría acompañar a Laura, pero no se podría permitir rechazar el ofrecimiento de Jimena y hacer un feo a los comerciantes. Los Martínez, por mucho dinero y muchas aspiraciones que tuviera la matrona, seguían perteneciendo a su clase.

—¿Sabías que Laura y Jimena eran amigas? —le preguntó Germán a Ana.

—Me lo contó Laura ayer, y que mi suegra le prohibió que se relacionase con ella.

—En cuanto crecieron un poco, a la señora Martínez le pareció que no tenía lustre que Laura se viera con la hija de un simple panadero. A Jimena, eso le rompió el corazón. No creas que solo te está ayudando porque Mateo y yo se lo hayamos pedido, lo hace por sus propias razones.

—Volver a ver a Laura… —aventuró Ana.

—Y fastidiar lo que pueda a Ramona. Y lo hará: un periodista del *Diario de Avisos* se pasa por aquí todas las mañanas a comprar el pan y le ha hablado de su puesto de beneficencia. Creo que le ha arrancado la promesa de que os tomarán una fotografía para el periódico a cambio de un surtido de dulces.

Ana se echó a reír y se sorprendió del sonido de su risa. Hacía mucho que no la oía, que no reía de esa manera tan franca y tan sincera. Se dio cuenta de que casi se extrañaba a sí misma tanto como a su tía.

—He hablado con Mateo hace un rato —continuó Germán—. Se pasará por allí, pero me temo que, con la gente que habrá, no podréis hablar con tranquilidad o con algo de intimidad.

—Solo necesito hacerle una pregunta, pero es cierto: habrá gente y estará Laura… —razonó Ana.

—Exacto, y es posible que le cuente a Ramona que os ha visto hablando. Por eso Jimena pretende que vosotras dos establezcáis un vínculo a partir de hoy, algo que te permita venir aquí sin levantar sospechas en tu casa. No sé cómo hará para evitar a esa mujer, pero te aseguro que es capaz. Ya no es una niña como cuando la separó de Laura. Cuando eso se estabilice, nos las arreglaremos para que ambos podáis conversar a solas.

El planteamiento de Germán era bastante sensato, aunque a ella no le ilusionaba. Sería prolongar la agonía de la espera quién sabía cuánto tiempo y, además, no era tan optimista como Germán en cuanto a que Jimena pudiera con la firmeza de carácter de Ramona. A ello había que sumarle la inusual actitud posesiva de su marido de esa misma mañana y que, si se enteraba de que volvía a hablar con Mateo, sus viejas rencillas de niños se lo pondrían aún más difícil. Capaz era de encerrarla.

—Debemos vernos cuanto antes, Germán —le dijo—. Tiene que ser ya.

—Ya ¿cuándo?

—Hoy mismo.

—Pero…

—No podemos arriesgarnos. Mi familia no me presta atención, pero porque jamás hago nada que no puedan anticipar. Hoy ha sido el primer día que me he atrevido, y quién sabe cuándo podrá repetirse. Tiene que ser hoy.

—Puedo ir a buscarlo, pero estará en su casa. A buen paso, y siempre que lo encuentre allí, no tardaremos menos de una hora en regresar.

Ana sabía que Laura y ella no podían permanecer mucho más en la panadería; tenían que volver a casa. Su mente empezó a buscar una excusa para salir, una oportunidad. Mientras pensaba, retorcía nerviosa la limosnera que siempre llevaba. Había sido el regalo de

Candelaria en su dieciséis cumpleaños y, aunque estaba muy gastada, seguía usándola porque le recordaba otra vida, aquel tiempo en el que fue feliz con su padre y su tía. Frenó en seco sus manos cuando notó algo duro dentro, algo que casi había olvidado que llevaba siempre encima: la llave trasera de su casa.

—Ya sé cómo y cuándo —le dijo a Germán, con un brillo emocionado en los ojos.

Abrió la limosnera y extrajo la llave de hierro.

—Es la que abre la puerta trasera de la que siempre fue mi casa, la que da a Santa Engracia.

Se la dio a Germán, que la miró sin comprender. Ana continuó:

—La otra, la llave principal, tuve que dejarla en la entrada de la casa en la que vivo ahora. Fue una exigencia de Ramona, pues, como ya no me quedaba nada, la casa fue mi dote, pero de esta nunca le hablé. Quería poder regresar cuando quisiera, pero no he sido capaz todavía. —Se interrumpió y tomó aliento—. Jimena me ha dicho que necesita una mesa para exponer los dulces, y yo le he ofrecido una madera y unas borriquetas que mi padre guardaba en el desván. No puedo mandar a nadie a que las recoja, porque ni yo recuerdo dónde están exactamente; por eso he quedado con ella en que iría a las doce a buscarla. Ella se encargará de que alguien traslade las maderas. Dile a Mateo que entre por Santa Engracia y me espere. Cuando los hombres que me acompañen estén bajándolo todo, les diré que hace mucho que no doy una vuelta por la casa y que se marchen. Ahí podremos hablar.

—¿Y no le extrañará a nadie que vayas sola? ¿No se empeñarán en que te acompañe Laura?

Ana negó con vehemencia. Le dijo que a esa hora había una misa en San Esteban por los días festivos. Ramona quería que Laura la acompañara, y tanto su suegro como Alvarito no habrían regresado de la fábrica. Nunca volvían antes de las dos y media de la tarde.

—Dispongo de un rato para salir sin que ellos lo sepan, al menos hasta que haya vuelto. Espero que no interroguen a las criadas; serán las únicas que puedan notar mi ausencia.

—Entonces, en eso quedamos. Me voy de nuevo a casa de Mateo para darle esto —dijo Germán, mostrando la llave.

Se fue a levantar, pero Ana lo retuvo.

—Aún tenemos que hablar de otra cosa.

—¿Qué sucede?

—Laura me va a preguntar por el homenaje de la Academia. Se supone que me has traído aquí para contármelo.

Germán se sentó. Se había olvidado de la excusa con la que consiguió un rato a solas con ella.

—Cuéntale que te he dicho que solo se lo están planteando, que la idea ha partido de la banda de música. No será mentira: voy a proponerlo en cuanto vuelva.

Ana asintió.

Bajó las escaleras y Laura y ella se despidieron de Jimena y abandonaron la panadería.

Capítulo 48

En el camino de regreso a casa, Laura no paró de parlotear. Ana nunca la había visto tan eufórica, con ese brillo en la mirada de quien recupera algo que ha perdido hace mucho tiempo. Le contó, de manera atropellada, cómo eran Jimena y ella de niñas y cómo su madre las separó. Primero, de manera sutil, y, cuando se percató de que las sutilezas no funcionaban, fue una prohibición que su corta edad no logró evitar.

Sus vidas tomaron caminos diferentes, aunque la una siempre supo de la otra. Segovia era demasiado pequeña para no estar al tanto de las vidas de sus habitantes; habían coincidido en sus calles, pero no habían podido hablar ni darse un abrazo como el de aquella mañana desde hacía demasiado tiempo.

—Nunca te había visto así, tan feliz —le dijo Ana, a la altura de la travesía de la calle Escuderos, cuando quedaban pocos metros para llegar a su casa.

Laura se paró en seco.

—No le cuentes nada a mi madre, por favor; no le digas lo que Jimena y yo hemos hablado.

—Pero lo va a saber, Laura, hemos ido a su panadería.

—Sí, pero solo le diremos que nos ha pedido que asistamos a acto benéfico y que nos ha explicado nuestra función en el mismo. Jimena apenas estará allí; solo lo justo para llevar los dulces. Dice que con el embarazo se cansa mucho de estar de pie. ¡Por favor, Ana, no me delates! Nunca te he pedido nada.

Ana asintió, pero le hizo una advertencia.

—Se va a dar cuenta; no pareces la misma.

—Por eso no te preocupes; ya me encargaré de protestar por cualquier cosa para que no se percate.

Ana se echó a reír, mientras sopesaba la oportunidad que le estaba poniendo en bandeja su cuñada. Un favor por otro. Le convenía mucho que Laura demandara silencio, porque a ella le hacía falta que le regalase el suyo.

—Voy a ir a mi casa a buscar una mesa para Jimena, pero no me gustaría alertar a Ramona, ya sabes cómo es. Me atosigaría con preguntas y temo que en alguna se me escape algo inconveniente sobre lo que ha pasado en la panadería —le dijo.

—No se lo diré, pero ¿tienes la llave? —preguntó Laura.

—No, pero sé dónde está; tu madre me pidió que la dejase en la entrada, en el cajón donde se guardan las de la casa y la fábrica. Espero regresar antes de que volváis de misa y que nadie se dé cuenta de que he salido.

Laura hizo un comentario que interrumpió la respiración de Ana:

—La llave de tu casa no está ahí. Mi hermano lleva un tiempo diciendo que hay que venderla, y vi que la cogía hace meses, según sus palabras, «para enseñársela a alguien».

—¿Mi casa? ¿Sin decírmelo? —protestó Ana.

Era el legado de su familia, pero recordó con tristeza que su opinión no contaba, pues tuvo que entregarla como dote. Al menos, alguien debería haber tenido el detalle de contarle que pensaban venderla. En ella guardaba recuerdos familiares que deseaba conservar. Se maldijo una vez más por no estar atenta a lo que sucedía a su alrededor, por su apatía durante todo ese tiempo en el que se había fabricado una burbuja cómoda donde sufrir lo menos posible, pero que también la mantenía aislada de la realidad.

—Y ahora ¿qué? Tendré que volver a la panadería para decirles que no puede ser hoy… Es decir, que no puedo conseguir la mesa —se corrigió.

La impresión por la noticia, el que pensaran deshacerse de su casa sin contárselo siquiera, estuvo a punto de desatar frente a Laura la verdadera razón por la que Ana quería la llave.

—No te preocupes, aún es pronto, podemos buscarla —la animó Laura.

—¿Y si no la encontramos? ¡Retrasaremos a Jimena! Habrá

organizado todo esto para nada…

No le convenía comportarse de manera tan vehemente, pero se sentía incapaz de contenerse. Tanto tiempo de espera para aquella conversación con Mateo y, cuando al fin parecía que terminaba de caer la arena del reloj, un hecho fortuito lo volcaba y esa cuenta atrás se paralizaba, quién sabía hasta cuándo.

—Tú mira en tu cuarto, yo revisaré el despacho de mi padre —le dijo Laura, con mucho mejor ánimo que ella—. Recuérdame el aspecto de la llave.

Ana le describió una llave de plata que no tenía el agarre redondo, sino formado por un intrincado dibujo geométrico, enmarcado en cinco arcos lobulados. El paletón se retorcía como las columnas de algunos retablos de las iglesias y en la punta destacaban tres rectángulos de metal en escalera ascendente hacia la cabeza.

—Laura —dijo Ana, cuando llegaron a la puerta de la casa de los Martínez—, aunque la encontremos enseguida, no sé si me dará tiempo a volver antes de que regreséis de misa.

Calculaba que en ir y volver se le iría casi media hora —a menos que el recorrido lo hiciera corriendo, lo que llamaría la atención—, y la misa no se extendía mucho más allá de tres cuartos de hora. Aquello no le dejaba ni siquiera tiempo para que los muchachos que enviarían de la panadería se llevasen la mesa; mucho menos para que tuviera una entrevista con Mateo. Laura se quedó pensando en algo que pudiera retrasar la vuelta a casa de Ramona.

—¡Ya está! —dijo—. Le pediré a mi madre que nos quedemos a confesar.

—Pero ¿cuánto podrás tardar en confesarte?

—Un montón si le cuento al cura todo lo que me he comido a escondidas con detalle.

—¿Vas a confesar que comes a escondidas? ¿Desde cuándo eso es pecado?

—Desde que miento a mi madre y le digo que no lo hago.

—Pero si ella sabe que te pasas el día comiendo…

—Pero el sacerdote no. ¡Vamos! Tenemos que darnos prisa.

En el zaguán de la casa, ambas se separaron. Antes de abandonarlo, Ana echó un vistazo al cajón donde se guardaban las llaves, por si Alvarito la hubiera puesto de nuevo en su lugar. No estaba allí. Tendría que revisar su habitación y apenas restaba hora y media para su cita en la calle Real.

Al escucharlas, Ramona se presentó en la entrada e interrogó a Laura sobre el acto benéfico, y esta demostró dotes de actriz. Le contó que le parecía que aquello iba a ser aburridísimo y que lo mejor era que se quedase en casa durmiendo la siesta o comiendo pasteles, en vez de venderlos.

—¡¿Cómo que no vas a ir?! —gruñó Ramona.

—Que vaya Ana por las dos.

—¡De eso nada! ¡No me vas a dejar mal delante de la gente, Laura; otra vez no!

Ana se disculpó y abandonó la entrada, mientras madre e hija seguían discutiendo, no sin antes ver cómo su cuñada le guiñaba un ojo. Fue a su habitación y empezó una exploración frenética. Miró en los cajones de la mesilla, en la cómoda, debajo de la cama e incluso levantó la alfombra, pero la dichosa llave no aparecía. Cabía la posibilidad de que su marido la siguiera teniendo en su poder, con lo que aquella búsqueda sería infructuosa.

Se sentó en la cama tras casi media hora sin encontrarla. Después, despacio, se tumbó. Había vuelto a perder una oportunidad para hablar con Mateo. Se hizo un ovillo recogiendo su cuerpo sobre sí mismo y cerró los ojos.

Pero no podía rendirse, tenía que haber algún lugar donde se hubiera olvidado de mirar. Repasó mentalmente su exploración y, cuando llegó al armario, un pensamiento provocó que se levantase de la cama de un salto. Había revisado los cajones interiores, pero no se le había ocurrido mirar en los bolsillos de chaquetas, pantalones y chalecos. Las llaves, después de usarlas, solían acabar en los bolsillos y Alvarito no era el rey del orden. Empezó de nuevo su búsqueda y en el bolsillo de una de las chaquetas, dio con ella.

La llave no fue lo único que encontró en el armario. Arrugada en una esquina, había una camisa. Era extraño, pues las criadas no se atrevían a desafiar la ira de Ramona y siempre dejaban todo en perfecto estado. La sacó, la miró y notó que se desprendía de ella un olor extraño. Al estirarla, vio que tampoco estaba demasiado limpia. Tenía cercos de manchas en la manga izquierda. Seguro que Alvarito los había visto al ir a ponérsela y él mismo la había tirado ahí de cualquier modo, nunca dejaba ordenada la ropa para que las criadas la recogieran para la colada. Pensó bajarla a la cocina, pero no le sobraba tiempo, así que volvió a ponerla donde estaba.

Lo importante era que tenía la llave y debía decirle a Laura que dejara de buscarla.

También debería prepararse para su cita.

El reloj de arena volvía a estar de pie.

Capítulo 49

En el despacho de Álvaro Martínez, los recios muebles castellanos de caoba se distribuían de manera práctica. La estantería con los libros de cuentas de la empresa ocupaba el espacio entre las dos puertas de la balconada, enmarcadas por unas cortinas floreadas, seleccionadas con esmero por Ramona. La mesa de trabajo se ubicaba junto a una pared lateral para aprovechar la luz natural de uno de los ventanales y, tras ella, presidiendo el muro, se encontraba un retrato del matrimonio Martínez firmado por Daniel Zuloaga. Ella aparecía sentada en una silla y él de pie, con una mano reposando en su hombro. Una estufa de leña, situada cerca de la puerta y en ese momento apagada, se usaba para caldear la habitación en los días más crudos del invierno.

Ana se asomó buscando a Laura. Llevaba la llave tan apretada en la mano que, cuando se la mostró, se le había quedado la marca en la palma. Con un breve intercambio de miradas, las dos muchachas se entendieron. La pequeña de los Martínez salió del despacho y se dirigió a la cocina, donde su madre daba instrucciones a las criadas para la comida de ese día.

—Madre, creo que deberíamos salir para misa ya, no vayamos a llegar tarde —le dijo.

La mujer la miró como si le hubieran salido dos cabezas. Los cambios de humor de su hija, a los que debería estar acostumbrada, ese día parecían una peonza.

—Deja que les diga…

—Si tardamos, no conseguiremos sentarnos cerca de la marquesa —le aseguró, como al descuido, interrumpiendo a su madre, que quería dar algunas instrucciones más a sus criadas.

Laura sabía cómo encontrar los puntos que espoleaban a Ramona. Casi antes de escuchar la última palabra de la frase, la que había obrado la magia, la mujer abandonaba la cocina, olvidando lo que les quería decir.

—Voy a cambiarme.

Salió con tanta prisa, que ni vio a Ana esperando a Laura en el pasillo.

—Tú te quedas en el patio, ¿no, Ana? —dijo Laura, mucho más alto de lo que hacía falta, asegurándose de que su madre la escuchaba —. ¡Vamos, vete antes de que baje o llegarás tarde! —le susurró después, tan bajito como pudo, para que no la oyeran ni las criadas que estaban en la habitación de al lado.

Para entretener a las muchachas de servicio, Laura entró de nuevo en la cocina y les pidió un refrigerio, porque le había entrado hambre.

—Pero, señorita, ¿no va a comulgar? —le dijo una de las chicas.

Laura arrugó el gesto. Se le había olvidado la costumbre de no comer antes de comulgar.

—Pues dame un vaso de agua, anda —dijo, resignada.

Ana, aprovechando la distracción, se dirigió al zaguán y salió de la vivienda sin hacer ruido. Después, aparentado calma, se encaminó hacia la calle Real. Apenas diez minutos la separaban de la casa de su familia. Si Jimena había cumplido con su parte, llegaría casi a la vez que los hombres que debían trasladar la mesa. Rogó por no encontrarse con nada que la entretuviera y tuvo suerte. Aunque a la feria todavía le quedaban unos días, a esa hora de la mañana no había actos recorriendo la arteria principal del casco viejo.

Consiguió llegar incluso antes de que hubiera alguien esperándola en la puerta.

Con las manos temblorosas sacó la llave plateada de la limosnera y la introdujo en la cerradura. En cuanto un ligero chasquido le indicó que estaba descorrida, empujó la madera y la puerta se abrió con facilidad. Después, soltó el aliento contenido. Hacía demasiado tiempo que no había puesto los pies en esa casa y temía que muchos recuerdos se despertasen, abrumándola. Iba a entrar, cuando una voz a su espalda la detuvo:

—Es usted Ana Crespo —le dijo una voz masculina a su espalda.

La tensión que acumulaba le impidió disimular un respingo. Se dio la vuelta y se encontró con tres muchachos que la miraban expectantes.

—Sí, soy yo.

—Buenos días, señora, nos manda la panadera para buscar una mesa —le dijo uno de ellos, al que reconoció en ese momento.

Era uno de los ayudantes de Jimena, uno de los dos chicos que trabajaban en la tahona, y le había visto por la mañana.

—Venid conmigo —contestó ella.

Los invitó a pasar al zaguán, que olía con fuerza a cerrado, pero se agradecía el frescor que se sentía en él. Esos días de finales de junio, a media mañana, los rayos del sol caían inclementes sobre la ciudad y empezaba a hacer bastante calor, pero los gruesos muros de granito de la casa la protegían de su influencia, lo mismo que en invierno la cobijaban del frío extremo.

Ana les pidió a los muchachos que la siguieran escaleras arriba hasta el desván. Una vez allí, no le costó localizar lo que buscaba: las maderas que usaba Pedro para preparar la mesa y los manteles que servirían para embellecerlas y hacer que pareciera un elegante mostrador. Mientras los tres chicos se ponían de acuerdo sobre cómo bajar el tablero y las borriquetas,

se escucharon amortiguadas las

campanadas de una iglesia cercana, anunciando el mediodía. Ellos no les prestaron atención, acostumbrados como estaban al incesante toque de campanas de la ciudad, pero Ana, ansiosa por la cita que tenía con Mateo, las estaba esperando, y su corazón empezó a latir de anticipación. Segundos después de que cesara su toque, se oyó un ruido que procedía de la planta baja.

—Señora, ¿se ha dejado la puerta abierta? —preguntó uno de los chicos, temiendo que hubiera entrado alguien a husmear.

—No… Ha debido de ser un gato. A veces se cuelan por la parte de detrás, hay una gatera —contestó ella, con todo el aplomo que logró reunir.

Urgida por la necesidad de que se marchasen, se adelantó a ellos para abrirles la puerta de la calle. Mientras bajaba las escaleras, se acordó de Melocotón. Ella misma le había dejado un ventanuco de la parte trasera abierto. Era muy pequeño para que una persona se colase, pero suficiente para que su gato buscase refugio en las noches más frías. Los Martínez no le habían permitido llevárselo a su casa y

no le había quedado más remedio que abandonarlo a su suerte. Sabía que no podía ser su gato; él siempre era silencioso y, además, tras año y medio de que lo abandonara, ya no esperaba que siguiera vivo. Aquel ruido tenía que haberlo hecho Mateo. La parte trasera de la casa estaba muy poco iluminada, recordaba que ella misma había dejado las persianas bajadas y las contraventanas de madera cerradas. Era muy probable que hubiera tropezado con algún trasto.

El recorrido por la escalera acompañando a los muchachos se le hizo eterno. Cuando alcanzaron la calle, uno de los chicos le preguntó si subiría con ellos hasta la panadería.

—No, me voy a quedar a dar una vuelta a la casa. Decidle a Jimena que esta tarde Laura Martínez y yo estaremos puntualmente en la plaza.

Cuando se aseguró de que los chicos se alejaban calle arriba, cerró la puerta y se apoyó en ella, intentando templar los nervios.

Al fin estaba sola.

Entonces, la contención con la que se había conducido durante toda la mañana se evaporó. Al zaguán de la casa se accedía por la calle Real. Esta y la calle de Santa Engracia estaban a distinta altura, por lo que la entrada trasera quedaba un piso más abajo. Fue corriendo hasta las escaleras y bajó atropelladamente. La luz allí era muy escasa, pero no le hacía falta al conocer cada recoveco de aquel espacio. Corrió hasta la puerta para comprobar si alguien la había abierto.

El corazón le empezó a galopar desbocado cuando unos brazos pararon su avance para que no se estrellase.

Reconoció al instante el olor de la persona que la sujetaba.

Mateo.

Contuvo el aliento cuando lo sintió tan cerca, y ambos se quedaron en silencio, mirándose sin verse en realidad en medio de la penumbra.

—Ana —susurró él, al cabo de un instante.

Las manos de ella se habían quedado apoyadas en el pecho de Mateo y él la sostenía con suavidad por los brazos.

—Mateo —logró decir, al fin.

No podían verse, pero estaban tan cerca que sus alientos se mezclaron. No había gente frente a la que tuvieran que disimular, así que ni intentaron separarse. Había preguntas pendientes, pero las emociones, sin pedir permiso, se adelantaron.

Se abrazaron.

Fue un abrazo largo, como aquellos que le prodigaba su padre cuando era niña. Uno de los que tenían un efecto sanador y eran capaces de unir los pedazos desperdigados de un alma rota. No era un sueño; estaba allí de nuevo, encajando en sus brazos con la perfección con la que solo lo hacen las piezas de un puzle.

—No tenemos mucho tiempo —dijo él, cuando se dio cuenta de que, aunque quisiera quedarse con ella toda la vida, Ana no podía permitírselo.

—Lo sé.

—Ana, yo quiero disculparme…

Ella le puso la mano en los labios, y el suave roce de sus yemas les provocó a ambos un estremecimiento.

—No necesito una disculpa, Mateo. Solo quiero saber qué fue lo que pasó. ¿Por qué te fuiste sin decirme nada?

—Me costaba mucho aceptar lo que me había pasado en la mano.

—Pero a mí no me importaba tu mano; me importabas tú. Seguías vivo. Lo demás era secundario.

—Toda mi vida se desmoronó, Ana. Ese día, el último que te vi, fue uno de los más difíciles. Después…, ya no volviste al hospital. Pensé que no querías verme más.

A Ana se le escapó un gemido.

—Alvarito me visitó cada una de esas tardes en mi casa, y no fui capaz de escaparme para ir a verte. Y, cuando Candelaria y yo lo conseguimos, tu tío ya te había llevado a Madrid.

Entonces, al que se le revolvió todo por dentro fue a él. Tenía que haber sospechado que Alvarito no iba a permitir que se vieran, no después de que alardeara de que se iba a casar con ella.

—Podías haberme escrito desde Madrid —le dijo Ana—. No me moví de aquí en años.

Mateo se separó un poco de ella, pero no le soltó las manos. En su cara había un gesto de contrariedad.

—Te escribí, Ana, pero nunca contestaste.

—No recibí ninguna carta —musitó ella—. ¿Cuándo lo hiciste?

—Regresé solo un día con mi tío, en el verano del 96, y, aunque te busqué, no te encontré en casa. Cuando volví a Madrid, esa misma noche, te escribí una carta.

Ana recordaba la única notificación que había recibido por aquel entonces, una demasiado dolorosa, en la que procuraba no pensar: la que le anunció la muerte de su padre.

—Nunca llegó, Mateo —contestó ella, ahogando las palabras en un susurro.

Le temblaban las piernas, tanto que le pidió que se sentasen en los taburetes que estaban cerca de una de las ventanas cerradas. Ana le resumió los años difíciles, las muertes de su padre y Candelaria y su derrota, la que había hecho que ella misma aceptase la ayuda de Ramona y, como consecuencia, el matrimonio con Alvarito.

—¿Te trata bien, al menos? —preguntó él.

Si hubiera habido más luz, Mateo podría haber visto la tristeza infinita de los ojos de Ana.

—Ni bien, ni mal. —Se encogió ella de hombros—. Al principio del matrimonio, tomó lo que era suyo por derecho. —Tragó saliva después de pronunciar aquellas palabras—. Pero después no ha vuelto a mostrar ningún interés por mí. Soy alguien que está ahí, pero hace vida por su cuenta, apenas nos vemos y casi nunca hablamos. Supongo que, dentro de lo malo, es lo mejor que me puede pasar.

—No lo entiendo, parecía que su objetivo en la vida eras tú. Lo recuerdo a tu alrededor, intentando llamar tu atención, rondándote. Siempre.

—No era yo lo que buscaba en realidad, era quien soy. Creo que acató lo que ordenó su madre.

—Pero, cuando éramos pequeños, no podía soportar que me acercase a ti. Me pegó más de una vez.

—Y tú a él. —Se rieron, Mateo nunca se había quedado quieto ante las provocaciones de Alvarito Martínez—. Es caprichoso. No quiere algo, quiere tener la certeza de que es suyo y que nadie pueda arrebatárselo. Es así como le ha educado su madre.

—Nunca dejará de ser un imbécil —dijo Mateo.

Ana esbozó una tenue sonrisa.

—Imbécil y todo, es mi marido, y ante eso no hay nada que yo pueda hacer. Pero he hablado mucho de mí. Cuéntame qué pasó contigo.

Entonces fue el turno de Mateo. Resumió sus años en Madrid y le contó las razones que lo habían llevado de vuelta a Segovia. Le habló de sus estudios de Derecho, de Lucía y los niños, y de cómo ya no le importaba que se le quedaran mirando la mano.

Le habló de ella misma:

—Los recuerdos que conservaba contigo me dolieron más que las heridas. Dormir, pensar en algo que no fueras tú o incluso respirar se volvió tan complicado que no paraba de pensar en que deseaba estar a tu lado. Echaba de menos tu risa, tu inteligencia, reconocerme en tus ojos, como había pasado desde que éramos niños. Saber hace unos días que te habías casado me… Creía que tenía un lugar en el mundo, pero ya sé que no es así. Tú has encontrado el tuyo.

Ella le miró con ojos implorantes, no podía decirle todas aquellas cosas y después abrir la puerta y desaparecer otra vez.

—¿Te irás de nuevo? —le preguntó, con la angustia clavada en el pecho.

—En cuanto termine de arreglar los papeles de Jimena y Germán. Mi padre sigue en Madrid con mi tío, y aquí…

Ana sintió que le estaba diciendo que en Segovia ya no le quedaba nada. Aunque alguna vez pudieran encontrarse en alguna parte para hablar como en ese momento, eso sería todo. Mateo tenía su libertad sin comprometer, y ella, nada que ofrecerle. Sus manos estaban tan vacías como sus días.

—Ana, quiero que sepas…

Ella volvió a silenciarlo posando sus dedos en los labios de Mateo. No quería saber más; le estaba doliendo mucho aquella conversación.

Sin embargo, él necesitaba decirle algo que no se iba a llevar de vuelta. La carta podía haberse perdido por el camino, pero él estaba allí, y no le hacían falta cartas. Tenía algo para Ana, quizá insuficiente para llenar una vida, pero, si no se lo entregaba, cuando saliera por la puerta trasera de la casa de la calle Real, se sentiría más infeliz que en esos momentos.

Uno se arrepiente más de lo que no hace que de seguir a su corazón, aunque solo sea un instante.

Tomó el rostro de Ana entre las manos, inclinó la cabeza y le acarició con suavidad el contorno de los labios con el dedo. Ella sintió que un volcán explotaba en su interior y no se resistió cuando, en medio de la penumbra, él reclamó con una mirada su boca. La proximidad de sus labios actuó como un imán y dejaron que su fuerza de atracción los arrastrase.

Fue el primer beso de verdad para los dos.

Y quizá el último.

—Intenta ser feliz —le dijo ella, cuando al fin pudieron separarse.

—Nunca voy a ser feliz sin ti.

—Mateo, por favor, no digas esas cosas. Tú aún estás a tiempo. No te condenes a esta soledad que siento yo. Vete, no puedo quedarme mucho más.

Ana aguantó estoica verlo salir por la puerta trasera, pero, después de que él se marchase, se rompió. Unas lágrimas traicionaron la serenidad que necesitaba para volver a la plaza de San Esteban. Se las secó. Tenía que regresar, pero antes daría una vuelta a la casa, como les había dicho a los muchachos que haría.

Necesitaba disimular que acababa de vivir un momento tan dulce como amargo.

Capítulo 50

Cuando Mateo abandonó la casa, Ana todavía necesitó unos minutos en el sótano para serenar el temblor que había dejado en su cuerpo aquel beso. Lo había deseado muchas veces, pero se había convencido de que jamás iba a dar un paso en aquella dirección. Le habían enseñado respeto al vínculo sagrado que había firmado con su marido y, por muy mal que fueran las cosas, no osaría traicionarlo.

Lo había hecho, pero no era su deslealtad lo que más la alteraba.

El beso había sido la confirmación definitiva, la ratificación de años de errores. Había ido tapando los agujeros de su corazón, afirmándose que hacía lo correcto con mentiras, parches piadosos que solo le sirvieron para ir salvando los días uno a uno.

«Echas de menos a tu amigo», se decía y se convencía de que solo le ocurría eso.

«Extrañas vuestra infancia juntos y esa felicidad que se ha ido desmoronando poco a poco, y ya no queda de ella sino apenas el recuerdo», se repetía, hasta persuadir a su ánimo de que esas eran sus razones.

Ahora sabía que solo eran embustes que se contaba para no pensar en una verdad que la sobrepasaba. Mateo había dado un paso que, en términos científicos cuantificables, los aproximó en el espacio a lo sumo medio metro más de lo que nunca habían estado, pero que lo había cambiado todo. Su roce de labios le había mostrado, con una claridad extraordinaria que, más allá de pactos firmados o juramentos ante el Altísimo, había alguien con quien no estaba siendo justa: con ella y sus sentimientos.

Mateo no era solo su amigo, Mateo lo era todo para ella. Mateo no podía ser, aunque lo fuera. Por mucho que supiera que no había nada en el mundo que deseara más que escapar con él, por grandes y poderosas que se mostrasen aquellas emociones, frente a ellas solo veía un muro insalvable.

Tras su conversación, había vuelto a elegir el camino fácil de

rendirse, como cuando murió Candelaria y se vio sola en el mundo, aunque había sido todo menos sencillo decirle a Mateo aquellas tres palabras, un adiós que todavía no podía pronunciar sin sentirse morir: «Intenta ser feliz».

En esos momentos comprendió aún mejor las palabras que había leído con devoción en el libro de Bécquer. El amor podía ser sosiego, la paz de encontrarse con alguien que completaba su alma, pero también tormenta, una tempestad capaz de convocar los más lúgubres pensamientos. Un sí y un no a la vez, saberse seguro en los brazos de quien se ama y, al momento, sentirse perdido cuando no es posible ese amor.

Se levantó del taburete, se alisó la falda del vestido y subió la escalera hasta la entrada de la casa. No corrió, le daba igual llegar tarde, porque ya había alcanzado la meta de su vida, y no había sido para ganar una carrera, sino para reconocer otra derrota.

Cuando estaba a punto de marcharse, recordó lo que les había dicho a los muchachos, que daría una vuelta por las habitaciones, cerradas desde hacía demasiado tiempo. No le apetecía en absoluto, no necesitaba cargar con más peso en su espíritu, pero quién sabía si podría regresar en alguna otra ocasión. Si era cierto lo que decía Laura, en poco tiempo Alvarito vendería su casa, y no podría volver a ella.

Subió la escalera, despacio, acariciando la barandilla con la punta de los dedos, sintiendo el tacto liso de la madera y llevándose el polvo que se acumulaba en ella, como un tributo al abandono en el que se encontraba.

Entró en el cuarto de Pedro y alisó la colcha de la cama.

Fue a la habitación de Candelaria y recogió de la mesilla su ejemplar del libro de Bécquer, el que era idéntico al suyo, que aún reposaba en ella. Seguía con un señalador en la última página que había leído su tía. Lo apretó contra su pecho, decidida a llevárselo. No era como abrazarse a ella, pero estaba segura de que tenerlo la ayudaría a sentirla mucho más cerca.

Tras un brevísimo paseo por su cuarto, se dirigió a la salita, cuyas ventanas daban a la sierra y en la que tantas veces se había sentado a pasar las tardes bordando. Al entrar sintió un molesto olor a tabaco impregnado en el aire y, al mirar hacia la mesa donde solían dejar las labores, su expresión cambió. La melancolía que la embargaba fue

dando paso a otra emoción que no se le parecía en absoluto. Sobre el delicado tapete, desperdigados, había cuatro vasos y una frasca de vino terminada. Al lado, una baraja de cartas y un cenicero rebosante de colillas.

Así que era para eso para lo que Alvarito usaba la llave.

Tuvo que cerrar los ojos para controlar la rabia.

Capítulo 51

Ana regresó a casa antes de que Ramona y Laura volvieran de la iglesia, un poco después de la una. Durante el camino de vuelta, iba pensando que no devolvería la llave de la casa. Si su marido la echaba de menos, se pondría furioso, pero no más que ella. Le bullía el alma al saber que estaba usando la vivienda de su padre para correrse juergas con sus amigos, timbas de cartas en las que quién sabía qué se estarían apostando. La rabia que fluía por sus venas se mezclaba con esas otras emociones que seguían martilleándola por dentro, las que había convocado el beso de Mateo. Un beso, un solo beso que había descolocado sus certezas y había llenado todo su ser, pero que sintió como el preludio dulce del gran vacío al que se precipitaría a partir de entonces.

«Intenta ser feliz», le había dicho.

Había sido sincera cuando pronunció esas palabras; estaba segura de que ella nunca podría serlo y, al menos, uno de los dos se lo merecía. Hacía demasiado que había empezado a olvidarse de sí misma. Agotada tras varios años de contratiempos, había dejado de perseguir lo que de verdad deseaba y se había dejado arrastrar, porque no vio más salida. Había encontrado un plato caliente en la mesa y sus necesidades cubiertas, pero ¿a qué precio? A renunciar a su felicidad. Se había condenado ella sola a vivir en silencio y había incluso cerrado la puerta de su jaula y tirado la llave. Tenía ganas de gritar, de romper todo cuanto había alrededor, de patalear como si fuera una niña, porque la única culpable, lo sabía, era ella.

Una niña.

Eso era un año atrás, aunque su edad de entonces lo contradijera. Su padre y Candelaria la habían protegido tanto mientras estaban ahí que no se dieron cuenta de que, si faltaban, se quedaría sin las muletas que le facilitaban sus días. Justo como se hace con los niños. Cuando ellos desaparecieron, Ana no sabía andar y empezó a caerse. Intentó batir sus alas, pero estaban tan nuevas que no aprendió a volar; los raspones en las rodillas, los moratones y las heridas la asustaron tanto que acabó aferrándose a otra muleta para sobrevivir.

Ahí se condenó.

Aunque en la calle la llamasen «señora», no había dejado de ser una niña necesitada de afecto.

Abrió la mano y ahí seguía la llave. Le había dicho a Mateo que intentase ser feliz, pero era un consejo que ella misma debía seguir. Esa llave que sostenía en la mano abría una puerta, pero era la del pasado, la de esa infancia a la que nunca podría volver, porque se había esfumado. No tenía ni idea de cómo, pero debía encontrar otra llave, la de su futuro. No estaba dispuesta a que el resto de sus días siguieran empezando con una misa en la catedral y un encierro en una casa que nunca sintió como suya, atada a una persona que solo la exhibía como un trofeo y a una familia que la consideraba un peldaño sobre el que apoyarse para escalar socialmente.

Dicen que hay que perder para ganar, y a ella le quedaba muy poco que perder ya.

Devolver la llave donde la encontró esta vez no sería una renuncia.

Sería el cierre de una etapa: ya era una mujer y debía empezar a manejar su vida. Nada podía ser peor que seguir anclada donde estaba.

Capítulo 52

Caía la tarde y el frescor que anunciaba una noche tibia llegaba desde la sierra envuelto en una suave brisa. La gente abría los balcones y las ventanas, y algunos salían a la calle, silla en mano, para departir con los vecinos hasta que el sueño los reclamase sin remedio. Extramuros, esta costumbre no escrita era inexcusable en Segovia en cuanto llegaba el verano, pero en la parte vieja de la ciudad cada vez eran menos los que la practicaban. Las tertulias se trasladaban a los patios privados, más frescos por la proliferación de plantas, que se regaban a esas horas para mantener bonitas las macetas y refrigerar el ambiente.

En casa de los Martínez, la tertulia en el patio era siempre un monólogo de Ramona, que esos días versaba sobre el acto benéfico al que había sido invitada y la posibilidad, que casi podría decirse que era una certeza, de que acudiera la tía del rey, la infanta Isabel.

—Qué suerte tenemos de que le guste tanto Segovia —decía Ramona para su concurrencia, compuesta por Ana, Laura, su marido y su hijo—. Toda una princesa de España, y voy a estar con ella en la mesa del acto benéfico.

—No es princesa, madre —dijo Laura—; es infanta.

—Y ¿qué más da una cosa que otra?

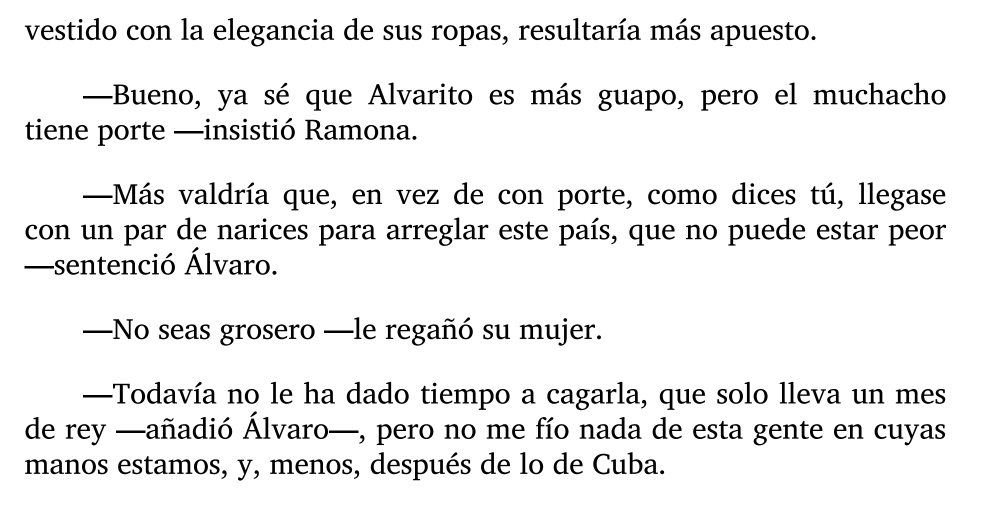
—Las infantas nunca son reinas; las princesas, sí —contestó la chica.

—Ay, pues yo me acuerdo de que ella ha sido princesa, princesa de Asturias, si no estoy confundida.

—Pero eso sería antes de que naciera el rey —dijo Ana.

—Qué guapo es, ¿verdad? —añadió Ramona.

Ana y Laura escondieron detrás de sus abanicos una sonrisa simultánea. Menos guapo, Alfonso XIII les parecía cualquier cosa. Lo habían visto en una de sus visitas a Segovia y cualquier muchacho



vestido con la elegancia de sus ropas, resultaría más apuesto.

—Bueno, ya sé que Alvarito es más guapo, pero el muchacho tiene porte —insistió Ramona.

—Más valdría que, en vez de con porte, como dices tú, llegase con un par de narices para arreglar este país, que no puede estar peor —sentenció Álvaro.

—No seas grosero —le regañó su mujer.

—Todavía no le ha dado tiempo a cagarla, que solo lleva un mes de rey —añadió Álvaro—, pero no me fío nada de esta gente en cuyas manos estamos, y, menos, después de lo de Cuba.

Antes de que le diera tiempo a repetir por enésima vez las reflexiones sobre la identidad y el orgullo nacional heridos tras la pérdida de las colonias, reflexiones que no eran suyas, sino escuchadas en el Casino, una de las criadas entró en el patio con un recado.

—Señor Alvarito —dijo, en cuanto Ramona le dio permiso—, hay un amigo suyo en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó él.

—Severino Cuesta.

—Dile que pase.

—Dice que no, que prefiere que usted salga, que será solo un momento. Lleva un poco de prisa.

Alvarito se levantó y dejó el patio, después de disculparse ante su familia. Cuando llegó a la entrada, encontró a su amigo con

cara de circunstancias. Le pidió que entrase en el patio, pero este solo aceptó que se quedaran en el zaguán y cerrasen la puerta.

—¿Cómo estás, Severino?

—Me alegro de que por fin te dignes a preguntarlo —dijo este—, aunque haya tenido que ser yo quien haya venido a tu casa, y no tú a la mía.

—Lo siento, he estado un poco ocupado —se disculpó Alvarito.

—¿Trabajando? Mira que lo dudo: no acostumbras a ello.

—Aunque tú creas que no, trabajo —se defendió.

—Y no bebes, no juegas a las cartas, ni te acuestas con cuanta mujer encuentras en tu camino, ¿verdad, Martínez? —le dijo el boticario, en tono irónico.

—¿A qué has venido? ¿A echarme en cara que no haya ido a preguntarte qué ha pasado con tu detención? No he tenido tiempo.

Severino negó con la cabeza mientras componía una sonrisa irónica.

—No, eso ya me lo esperaba. El tiempo se tiene cuando se busca. Tú no has ido porque es mejor que no te vean conmigo estos días, ¿verdad? Pero he venido a advertirte.

—¿A advertirme de qué? —preguntó Alvarito, y notó que su aplomo empezaba a aflojarse y se convertía en una pesadez de ánimo, la misma opresión que lo acompañaba desde hacía un par de días.

—Los civiles me dejaron irme cuando les dije que pasé por la taberna, pero me fui antes de la pelea, pero no se creen que haya sido la Paca y la han soltado. Hay quien les ha dicho que mentí en mi declaración.

—Ese no es mi problema —señaló Alvarito con cinismo.

—Claro que lo es.

No pienso cargar yo con el muerto. Si me vuelven a preguntar, les diré que fuiste tú quien le clavó el cuchillo a Enrique, que te vi.

Las pesadillas que lo perseguían ya no eran solo sueños perturbadores; Severino no estaba dentro de su cabeza y le decía lo mismo que soñaba a veces: que era él quien manejaba el cuchillo, quien lo hundió en el cuerpo del hijo del tabernero. Alvarito no se movió de la losa que ocupaban sus pies, pero tampoco habría podido, de haberlo intentado.

—Y ¿por qué iba yo a querer matar a Enrique? —se defendió.

—Les diré que se la tenías jurada, porque le debías dinero de una partida de cartas. No querías matarlo, claro que no, pero lo hiciste, y yo diré que no me puedo seguir callando a pesar de nuestra amistad, que me remuerde la conciencia. No voy a caer sin llevarte por delante, eso quiero que sepas.

—¡Tú eres un desgraciado! —le espetó, con la máxima rudeza que pudo.

—No más que tú, Alvarito, no más que tú. Hemos aprendido todo juntos, ¿recuerdas?

—¿Qué quieres? ¿A qué has venido realmente?

—Ya te lo he dicho, a advertirte. ¿No somos amigos? A los amigos se les advierte de las desgracias cuando están a punto de llegar, para que puedan ponerles remedio.

—¿A eso le llamas tú ser amigo? ¿A acusarme de asesinato?

—Soy tan buen amigo como tú, Martínez. Falso, cobarde, desleal, egocéntrico, mentiroso, despreciable, pendenciero… ¿Sigo? Te voy a dar una oportunidad; estoy dispuesto a obviar tus «pequeños» defectos si consigues dinero para encontrar a alguien a quien se pueda culpar de la muerte de Enrique. Saldremos beneficiados tú y yo. A mí me dejarán en paz, y nada saldrá de mi boca.

Alvarito se enfureció y no le dejó terminar. Notó cómo todo su interior se revolvía y le nacieron unas ganas tremendas de echar las manos al cuello del boticario y presionar hasta que perdiera el sentido. Le sorprendió lo poderoso del deseo de matarlo y se asustó hasta de ser capaz de pensarlo. Hizo el esfuerzo de serenarse, logró respirar, apretar los puños y susurrar:

—No te voy a dar nada. Hay alguien que puede testificar que esa noche estuve en otro sitio.

Severino no esperaba eso, que Alvarito hubiera encontrado a alguien dispuesto a darle una coartada para la Noche de San Juan.

—Creo que no tenemos nada más de qué hablar. Vete, Severino —le dijo, antes de que no pudiera seguir controlándose y se dejara llevar por la ira.

Lo invitó a que saliera del zaguán y cerró la puerta tras él.

—¡Hay gente que te vio en la tasca y que hablará en cuanto se lo pida! —gritó Severino—. Y no te va a servir ese testigo ni aunque fuera el mismísimo papa de Roma.

Alvarito escuchó a la perfección sus palabras a través de la puerta y tuvo que sentarse en una silla del zaguán a recomponerse, antes de

regresar al patio.

No sabía si había matado a Enrique, pero las ganas de asesinar a Severino las había sentido demasiado reales.

Y ese día no había bebido nada que pudiera confundirlo.

Capítulo 53

Mateo madrugó aquel día. Todavía danzaba en su mente la conversación con Ana y se sentía frustrado. Sabía que no podía esperar mucho de ese encuentro tan ansiado entre los dos, porque la vida había repartido sus cartas y ninguno obtuvo una mano ganadora. En el momento en el que estaban, solo hacer trampas podría inclinar la balanza a favor de que pudieran vivir algo juntos.

Pero no se resignaba a perder.

No podía.

El roce de los labios de Ana había sido puro fuego. Lo que había sentido desde niño se vio confirmado en cuanto dio un paso hacia ella. No solo sus bocas encajaban y se completaban, sino que ellos mismos eran dos piezas de un mecanismo que estaba seguro de que fue creado para funcionar al unísono. Se hubiera quedado para siempre en esa oscura habitación, abrazado a ella, con la nariz hundida en su cuello y los brazos sosteniendo su cintura. Llevaba mucho tiempo imaginando cómo sería atreverse a dar ese paso, pero ninguna de sus hipótesis se acercó a la dulzura de la realidad.

«Renunciar», ahora que sabía lo que sentía, era un verbo que no quería verse obligado a conjugar.

Lucía se levantó temprano, como cada día, y lo encontró sentado frente a la balconada de la cocina. La puerta permanecía abierta para que entrase de la calle el frescor de la noche.

—¿No has podido dormir? —le preguntó.

No se sobresaltó: había escuchado los pequeños ruidos de ella mientras se levantaba y se vestía.

—Hace calor —contestó, lacónico.

La mujer, ayudándose de un gancho de hierro, abrió los anillos que cubrían el compartimento por el que se alimentaba de combustible la cocina. Los dejó a un lado y con el mismo gancho

removió las cenizas. Al asomarse, vio que quedaban algunas brasas encendidas del día anterior.

—¿Me alcanzas el carbón y un poco de paja? —le pidió a Mateo.

Mateo le dio lo que le pedía metido en una lata. Mientras ella los ponía dentro de la cocina y colocaba los anillos de nuevo, él se limpió las manos con el agua que contenía un cubo de latón.

—¿Quieres un poco de leche caliente? —le preguntó Lucía.

Él asintió. Ella buscó un cazo en la alacena, echó en él la leche y lo puso sobre la cocina. Después, sacó el cajón donde se acumulaban las cenizas y estas las depositó en una vasija de barro, que casi rebosaba.

—¿Quieres que las baje a la calle? —le preguntó Mateo a Lucía, señalando el pesado recipiente.

—No me quiero deshacer de ellas, las guardo porque sirven para hacer jabón de ceniza. Si me las tiras tendré que enfadarme contigo —le contestó, risueña.

—No lo sabía.

—Yo tampoco sé nada de leyes. «Cada uno en su casa es rey», como decía mi padre. De lo que sí sé es de penas, y esas las llevas en los ojos, Mateo.

Él se acercó a la puerta del balcón y después se volvió para mirarla.

—¿Cómo sabes…?

—Porque soy vieja y «Más sabe el diablo por viejo que por diablo». Igual que sé que le pasa algo a Pinar, te pasa algo a ti, Mateo. Dime que no tiene nada que ver, dime que ella y tú… —dijo, alarmada de pronto por una posibilidad que hasta ese momento no había barajado, que su hija se hubiera encaprichado de Mateo y fuera aquello lo que la tenía alterada.

—¡No, claro que no! —contestó él—. ¿Cómo se te ocurre?

—Ay, si es que ya no sé qué pensar.

Estuvieron unos minutos en silencio, mientras Lucía daba vueltas a la leche; el leve vapor que desprendió le dijo que era el momento de

retirarla del fuego. Si la dejaba más, se acabaría quemando en el cacito, y después le costaría un mundo limpiarlo.

—Ayer vi a un hombre que la miraba en el lavadero —dijo ella.

—¿Quién era? —le preguntó, preocupado.

—No lo reconocí, y desapareció sin decirle nada, pero volvió a ponerse tan nerviosa como por la mañana —le contestó entre susurros, temerosa de que la niña se hubiera despertado ya y los escuchase.

Sirvió la leche en dos vasos y le dio uno al joven.

—¿Quieres que vuelva a hablar con ella? —preguntó Mateo.

—No, déjala, a lo mejor es que yo le guardo mucho celo, porque, al no estar el padre, tengo que ocuparme de todo. —Bebieron la leche sin hablar. Unos minutos después, a Lucía le acabó pudiendo la curiosidad—. Y a ti ¿qué es lo que te pasa, Mateo?

—Nada.

—Mientes tan mal como mi hija.

—Bueno, sí, me pasa algo, pero…

—Si no quieres, no me lo cuentes.

—La verdad es que necesito hablar con alguien —confesó Mateo.

—Soy una tumba. Puedes confiar en mí.

Él se sentó en la silla en la que Lucía lo había encontrado y ella arrimó otra a su lado. Aún quedaba un poco para que terminase de amanecer.

—Ayer por la mañana vino a verme Germán, cuando aún estabais en el río.

Le contó su encuentro con Ana en la casa de la calle Real, le habló de las explicaciones que se debían y después, cuando no pudo más, cerró los ojos. Al abrirlos, miró a Lucía.

—La besé.

Tragó saliva, esperando que lo juzgase, que le dijera que aquello no estaba bien, que se empeñara en que le pidiera disculpas a Ana por

inmiscuirse en una vida que ya tenía un plan trazado por el que debía discurrir hasta el final de sus días. Era una puerta cerrada con un enorme cerrojo que no debía descorrerse. Sabía que no estaba bien lo que había hecho, y la lógica indicaba que recibiría un rapapolvo.

Pero no fue así.

Lucía le miró durante más tiempo del que sus nervios destemplados podían aguantar sin alterarse aún más, hasta que al fin habló:

—¿Alguna vez tu tío te dijo que la primera vez que nos vimos le conté que mi padre había sido cura?

—No —contestó Mateo, sorprendido.

—Mis padres se conocieron cuando él llegó al pueblo para suplir al anterior cura, que había muerto hacía unas semanas. Pasaron al menos tres años hasta que ella, que entonces tenía veinte años, le dijo en el confesionario lo que sentía por él, lo que la atormentaba su presencia y el no quitarse de la cabeza a alguien que estaba prohibido. Le preguntó si existía alguna manera de sacarse esos sentimientos de dentro. Mi padre le impuso como penitencia unas oraciones que no tuvieron ningún efecto. Cada semana, ella le confesaba lo mismo y le pedía que la absolviera, porque no podía dejar de pensar en él como hombre y no como párroco.

»Tantas veces le confesó aquello que, al final, él acabó cayendo en los mismos sentimientos. Lucharon por desterrarlos, pero eran tan poderosos que, aunque apenas se hablasen fuera de aquel minúsculo espacio del confesionario, los perseguían.

»Mi padre le aconsejó que se buscase a un buen hombre y se olvidase de él. Ella se sintió morir, porque entendió que él no sentía nada. Pero no era verdad. Los dos estaban condenados por ese amor que germinó en mi madre y que, poco a poco, se trasladó a él. Mi madre lo intentó, se comprometió con uno del pueblo, e incluso se preparó la boda, que encima debía oficiar mi padre.

—Qué duro tuvo que ser para los dos —señaló Mateo.

—Lo fue. Ella, en el último momento, en medio de la iglesia y mirando a mi padre a los ojos, rechazó al hombre. Imagina el escándalo que se formó en un pueblo pequeño.

Los ojos de Lucía se habían quedado mirando al infinito, inmersa

en la historia de su origen que tantas veces había evocado para sí misma.

—¿Qué pasó después? —preguntó Mateo.

—Mi abuelo le dio una paliza. Era una vergüenza para la familia lo que había hecho, y durante más de un año no salió a la calle.

—¿Un año?

—Más. Luego, cuando le levantó el castigo, lo único que le permitía era ir a misa. Pobre, mi abuelo ni sospechaba que le había dado permiso para hacer lo que quería, que era volver a ver a mi padre. Entonces nadie se había dado cuenta aún de lo que sentían. Solo hizo falta otra mirada entre los dos para saber que nada había cambiado en ese tiempo en el que no se habían visto. Mi madre, que era más cabezota que Pinar, siguió confesándole a mi padre sus sentimientos. Cada semana. Y «Tanto va el cántaro a la fuente…».

—«… que al final se rompe» —terminó Mateo.

—Y de ahí salí yo.

—Menuda se armaría cuando se enterasen de que tu padre era el cura —dijo él.

—Se supo que estaba preñada por el mes de julio, y la gente, que lo sabe todo, le echó la culpa a uno de los segadores que vinieron a trabajar ese verano. Ellos lo desmintieron, claro, pero se acabó sabiendo la verdad. Si intentas tapar el sol con un dedo, ya sabes, el brillo te delata.

»Imagina el resto. Mi padre dejó los hábitos, tuvo que buscar un trabajo, lo que no resultó fácil. Mi abuelo. El pueblo entero murmurando. El mote que me asignaron en cuanto nací… Nita.

—¿Nita? ¿Qué tiene que ver eso con Lucía? —preguntó Mateo.

—A mi madre, cuando se enteraron de que estaba preñada, empezaron a llamarla «barragana». —Lucía sonrió cuando vio a Mateo elevar una ceja—. No me mires así, no todo el mundo creció con un diccionario en las manos. Para cuando nací, yo era la Barraganita. De ahí a «Nita», un paso. Ya sabes, los pueblos, los motes… Mis padres se marcharon pronto a Cantalejo. Ahí el escándalo llegó amortiguado, aunque no tanto como para deshacerme del mote. No viví una infancia sencilla, pero todo se calmó; pasada la tormenta, pude

disfrutar de mi padre. Me enseñó mil cosas y lo amé con locura, fue mi máximo apoyo al morir mi madre, cuando yo no tenía más que catorce años. Pero a los dieciséis tuve que marcharme de Cantalejo. No te imaginas lo cruel que puede ser la gente y la memoria colectiva, las cosas que guarda para lanzarlas cuando más duele. Y no solo lo hacen con quienes se saltaron las normas, incluso salpican a los hijos, que me dirás qué culpa tienen las criaturas de nada. La primera vez que mi marido me besó, en la romería de la Virgen del Pinar, alguien del pueblo de mi madre nos vio. Inventaron coplas en las que el insulto más suave era «puta», además de otros que incluían a mi padre, que nos volvieron la vida insoportable. Mi marido pensó que lo mejor que podíamos hacer era venirnos a Segovia, sin nada, y empezar de cero. Pero, de vez en cuando, alguien me llama «Nita» y sé que, por mucho tiempo que pase, esa historia siempre me perseguirá.

—¿Tu padre vive? —preguntó Mateo.

—No, vino con nosotros a Segovia, pero, ese mismo invierno, unas fiebres acabaron con su vida.

—¿Por qué me has contado esto?

—Porque quiero que sepas que todo se puede romper, se puede vivir la vida que elige tu corazón, pero habrá un precio que no solo tendrás que pagar tú. Lo pagará ella y, si existieran, vuestros hijos. Si estás dispuesto a asumir las consecuencias, hazlo. Yo no soy quién para darte consejos. Nunca he sentido algo tan grande, pero lo vi en mis padres y sé que a veces es imposible renunciar.

Mateo supo que hablar con Lucía solo había multiplicado su inquietud. La puerta que veía cerrada había descorrido el cerrojo, pero debía averiguar aún si se atrevía a accionar el picaporte.

Capítulo 54

Ana regresó de la misa diaria matinal y fue directa a su cuarto. Quería dejar el velo y el rosario y cambiarse los zapatos por unos más confortables antes de desayunar. Cuando se había levantado, Alvarito no estaba, como empezaba a ser costumbre en él, así que, al encontrarlo de nuevo en la habitación, se extrañó de su presencia. Tenía el gesto desquiciado de alguien que lleva tiempo sin descansar y se adivinaba, solo con mirar el descuido con el que se había peinado, que había algo que ocupaba su mente de tal modo que no era capaz de prestar atención a detalles que, en otro momento, nunca hubiera pasado por alto. Él era presumido, y ese aspecto dejado, sumado a las ojeras que enmarcaban sus ojos, empezaba a ser preocupante.

—¿Dónde está? —preguntó Alvarito, en un volumen demasiado alto para alguien que tenía al lado.

—¿Dónde está el qué? —respondió Ana con otra pregunta.

Él había sacado todos sus trajes del armario y los había tirado encima de la cama. Ana pensó que buscaba la llave y se sobresaltó. La llevaba ella, dentro de la limosnera.

—¡¿Dónde está?! —volvió a repetir él, histérico, esta vez agarrándola por los brazos y apretando con demasiada fuerza.

—No sé qué estás buscando —contestó ella, y, aunque lo intentó disimular, un leve temblor se le escapó de los labios.

—¡Mi traje, el que llevé la Noche de San Juan!

Ana primero se soltó de su agarre con un gesto brusco y después intentó recordar el traje que llevaba Alvarito esa noche. ¿Era en él donde había encontrado la llave? No se había fijado y no conseguía recordarlo.

—Yo no he tocado tus trajes, ¿para qué iba a hacerlo? —preguntó ella.

—Y ¿dónde está si tú no lo has cogido?

—Tienes muchos trajes; usa otro —le sugirió ella, como al descuido, como si aquellas voces y la violencia con la que la había asido de los brazos no estuvieran alterando su ánimo.

—¡Quiero ese traje! —bramó.

Ana no entendía nada. ¿Por qué aquel precisamente? Volvió la vista al armario para inspeccionar si quedaba algo en él, pero no había ni una sola prenda colgada en la barra. Observó que, tirada en un rincón y arrugada, seguía la camisa que le llamó la atención el día anterior. Alvarito siguió sus ojos y también la vio. Algo se alteró aún más dentro de él. La agarró y salió de la habitación con ella en la mano. Después, se oyó un enorme portazo.

Cuando bajó al comedor a desayunar, encontró a Ramona, que se disponía a hacer lo mismo.

—¿Qué le pasaba a mi hijo? —le preguntó la mujer.

—Está buscando uno de sus trajes.

—¿Tanto alboroto por un traje? Tiene muchos.

—No sé qué le pasa, la verdad —dijo Ana.

—En alguna parte tiene que estar. Mira que, si estas criadas mugrientas que tenemos lo han robado, las despediré.

—Y ¿para qué iban a robarlo? ¿En qué ocasión se lo podrían poner? —preguntó Ana.

Los trajes de Alvarito eran de paño caro, y poca gente en Segovia se podía permitir esos tejidos sin llamar la atención.

—Lo han podido robar para venderlo y sacarse unas perras. La gente pobre no tiene escrúpulos —dijo.

Ana se ahorró decirle que a veces tenían más dignidad y más bondad que la gente con dinero. Lo había comprobado cuando se quedó sin nada y quienes más la ayudaron sin preguntas o sin esperar algo a cambio no fueron quienes más tenían.

Ramona, furiosa por el disgusto de su hijo y dispuesta a solventarlo, llamó a las tres criadas y las interrogó. Una de ellas, la más joven, fue la que contestó:

—Se lo he dicho bien de mañana a su hijo, doña Ramona; al día

siguiente, por la tarde, recogí el traje que había tirado en el suelo de la habitación.

—Y ¿qué hiciste con él?

—Saqué lo que tenía en los bolsillos y *me se* ocurrió meterlo en el saco donde ponemos la ropa para que se la lleven las lavanderas. ¿Hice mal? —contestó ella.

—Y ¿se lo llevaron?

—Hasta esta mañana, no, doña Ramona —se excusó la chica—. Con las fiestas, algunas lavanderas no han bajado todos los días al arroyo, pero hoy ha venido la que nos lava y se lo ha llevado con el resto de la ropa. Lo traerá como siempre, a última hora de la mañana.

—Bueno, pues, si es así, hoy mismo recuperaremos el dichoso traje —concluyó la señora—. Podéis retiraros.

Cuando se fueron, Ramona le hizo una confidencia a Ana.

—Estoy preocupada por mi hijo. Creo que es tan sensible que la muerte de Enrique lo ha dejado alterado. Deberías ayudarlo a pasar el duelo; es tu marido, y el deber de una esposa es apoyar a su marido. Puede que últimamente estés descuidando tu papel.

Ana no dijo nada, aunque se quedó con las ganas. Lo último que deseaba era apoyar a Alvarito y, mucho menos, cumplir como una abnegada esposa.

No lo soportaba más.

Alvarito había vuelto a casa después de regresar de madrugada al arroyo a buscar a Pinar. Allí se mantuvo entre los arbustos, por donde no era infrecuente que algunos mozos rondasen para agasajar a las lavanderas casaderas. Con la excusa de ayudar a cargar con la ropa limpia de vuelta a Segovia, entraban en conversación con ellas, y muchas relaciones habían empezado de ese modo. Esos días, debido a la fiesta, no había apenas muchachos entretenidos en aquello, entre los que disimular su presencia. Alvarito tuvo que echar mano de la paciencia.

El lugar que eligió le proporcionaba una buena visión de la pila y estaba lo suficientemente cerca como para escuchar las conversaciones

de las mujeres. Decidió que, al primer descuido de la guardiana de Pinar, la abordaría, pero no pudo. Estaba aún más vigilada por su madre que el día anterior, pero no fue eso lo que le frenó, sino una conversación que escuchó.

—¿De qué son estas manchas, que no salen por más que froto? —preguntó una lavandera a la que estaba a su lado.

Esta le cogió la chaqueta que trataba de limpiar y la examinó.

—No sé. Igual, si me las hubieras enseñado antes de mojarlas y darles jabón, te podría decir.

La chica le mostró un chaleco que aún no había metido en el agua y un pantalón que pertenecía al mismo traje, donde todavía no había empezado a tratar las manchas. La mujer la miró con la cara espantada.

—Esto es sangre, sangre seca. ¿De quién es este traje?

—No te lo voy a decir; los asuntos de los patronos son solo suyos. Yo necesito las perras para comer y, si me voy de la lengua, se acabó la guita —le dijo la chica, volviendo a meter las prendas en el agua.

—Ni que el traje fuera de quien mató al chico del tabernero de la judería —comentó la otra.

Estalló un silencio violento en el lavadero, uno de esos que preceden a la tormenta, que resonó en forma de murmuraciones. Ya lo decían ellas, que la Paca no podía ser. ¿De quién era el traje?, le preguntaban a la que lo estaba lavando, que seguía en su empeño de no abrir la boca.

—¿No será del boticario? —acabó diciendo una voz, que podía haber sido la de cualquiera, pues en las mentes de todas estaba el rumor de que lo habían interrogado.

Los de Santa Eulalia decían que lo habían visto donde la tía Paca, molestando a Petra.

La mujer no quería hablar. Se mantuvo en el silencio que le permitiría guardarse la bolsa para el futuro. A las chismosas no las contrataba nadie. Pero las hipótesis no se sumaron a su mudez, sino que se incrementaron. Si no era de ese, tenía que ser de otro que manejase parné, ese paño no era moco de pavo.

Mientras, Pinar permanecía en silencio. Sintió unas tremendas ganas de vomitar y lo hizo retirándose un poco del agua para no estropear la faena y para que Lucía no viera el miedo en su rostro. Tal vez por eso tampoco vio que el motivo de su inquietud estaba allí, que había escuchado toda la conversación y había visto su reacción.

Alvarito se había agarrado a la esperanza de que Pinar pudiera mentir por él y afirmar que habían pasado juntos la noche. Solo tenía que camelársela, pero eso hubiera sido mucho más sencillo antes de que ella empezara a convencerse de que él era el asesino de Enrique. Y, por su nerviosismo, Alvarito no dudaba de que lo estaba pensando.

La mujer sacudió la chaqueta después de retorcerla, y el chico de la fábrica de luz se quedó mirándola.

A aquella distancia no podía asegurar que fuera la de su traje.

Por eso se había puesto a buscarlo como un loco al volver a casa, porque, aunque la verdad le golpeaba desde los sueños y desde las certezas con las que iba tropezando cada día, él no quería creerla. Alvarito Martínez no quería creer que fuera un asesino.

Él no podía ser un asesino.

Capítulo 55

Alvarito prometió a Ramona que iría al mercadillo benéfico, pero esa no fue la razón por la que dejó su puesto en la fábrica aquella tarde mucho antes de la hora de salida. Su padre lo había echado otra vez, pues había vuelto a tratar mal a los obreros. Álvaro Martínez tomó medidas para que no los acabase soliviantando y empezaran a ponerse tan reivindicativos como leía en los periódicos que pasaba en ciudades como Madrid. No quería huelgas de esas que proliferaban por todas partes; bastante quebradero de cabeza le estaba dando ya el que algunas de las grandes fortunas que se habían amasado en América hubieran decidido volver tras el desastre del 98. Empezaban a llegarle rumores de que estaban comprando las empresas eléctricas, amén de las mineras y siderúrgicas del país. A su lado, por mucho dinero que hubiera logrado acumular, no era más que un hombre de origen humilde que emigró de Bernardos en busca de fortuna. No era lo mismo haber llegado de un pueblo a Segovia que de la exótica Habana.

—¡Vete a casa ahora mismo! —le gritó Álvaro, delante de los empleados.

—Y ¿por qué me tengo que ir?

—Porque yo te lo mando.

—¡Haré lo que me parezca!

—Deja ese tono, hijo —gruñó el padre—. No sé qué te pasa, pero estás más inaguantable que nunca. No te quiero en la fábrica. No, mientras sigas así.

Alvarito era un volcán a punto de entrar en erupción. Aquellas salidas de tono avisaban de que algo iba a explotar dentro de él, y lo peor era que lo sabía. Se pasó la mano por el pelo, nervioso, y a punto estuvo de replicarle algo más a su padre, pero logró contenerse.

No encontraba descanso.

No lograba calmar la ansiedad que lo estaba matando.

No recordaba haber matado a su amigo.

Sí, había estado allí, pero no se acordaba de haber tenido el cuchillo en sus manos. Solo en esos malditos sueños se veía con él, y podía incluso sentir el terror de los ojos de Enrique abriéndose mucho, fijos en los suyos. Tan cerca que sus respiraciones se mezclaban y era capaz de leer en ellos una pregunta:

«¿Por qué?».

¡Eran solo sueños, maldita sea! ¡Eso no había sucedido!

Salió de la fábrica dando un portazo y, mientras bajaba hasta el Azoguejo, su camisa manchada de sangre y las palabras de Severino le enviaban más certezas de una verdad a la que se negaba.

«No pienso cargar yo con el muerto».

Tenía que hacer algo para que aquella tortura cesara, tenía que conseguir que alguien fuera acusado y condenado, ahorcado en la plaza y que todo aquel asunto quedase enterrado, porque necesitaba dormir, pero también necesitaba que alguien le ayudase a exculparse frente a la justicia. Ya eran muchos días sin conseguir descanso; eso hacía que no pudiera pensar con claridad, y su mente no le concedía un respiro.

«Yo no soy un asesino», se repetía.

Más o menos a la altura de San Martín, se quedó mirando a un grupito que subía unos pasos por delante de él. La chica joven atrajo su atención cuando escuchó su voz y la conversación que mantenía con la que parecía su madre. Estaban paradas admirando el escaparate de la sombrerería.

—Lo que daría por poder llevar uno de esos —le dijo a la mujer.

—No sé con qué vestido te quedaría bien, ni para qué ocasión lo usarías. Nosotras no tenemos pedigrí para lucirlos los domingos por la tarde en el paseo del Salón —le contestó la madre.

—Pero ¡es tan bonito! Además, ¿qué ley dice que no podamos pasear por allí los domingos?

—No hagas caso a tu madre —dijo un hombre, que caminaba unos pasos tras ellas, acompañado de dos niños—. Pinar, un día irás a Madrid y te prometo que allí podrás ponerte el sombrero que quieras

y pasear por cualquier lugar, sin que nadie se pregunte por tus orígenes.

Alvarito escuchó «Pinar», y a la voz familiar se sumó su nombre. En ese momento, ella se volvió un instante para echar un último vistazo al escaparate y, al verla, no le cupieron dudas: era la chica del lavadero.

Procuró mantenerse unos pasos por detrás del grupo, dejando que varias personas se situasen entre medias. Cuando Pinar perdió interés por la sombrerería, se acercó al hombre trotando y lo agarró del brazo con confianza, lo que le hizo pensar a Alvarito que debía de ser su padre. Pero, entonces, ese hombre giró la cabeza lo justo para enfrentarla a la de Pinar y devolverle una sonrisa, y Alvarito reconoció a Mateo.

Sabía que Garrido estaba en Segovia porque se lo había tropezado el primer día de fiesta, incluso recordó que había visto a esa misma chica agarrarse de su brazo, pero no se fijó en ella lo suficiente como para reconocerla a la mañana siguiente en el río. Un amargor le subió por el esófago y se le instaló en la boca de una manera incómoda. Si tenía relación con Mateo, jamás se prestaría a mentir por él, y este tampoco se cruzaría de brazos cuando supiera que la había besado.

El último tramo de subida de la calle Real a Alvarito se le hizo eterno. Se mantuvo a unos pasos, intentando no perderlos, pero a una distancia a la que ellos tampoco advirtieran su presencia.

Capítulo 56

Bajo la sombra del quiosco de música, se montaron los puestos del rastrillo, dejando libre la otra parte de la plaza Mayor, la del lado opuesto a la catedral. Al final de la tarde, habría una representación teatral en esa zona que pondría el broche final a los actos benéficos. El ayuntamiento había colocado más de un centenar de sillas, que se podían alquilar a diez pesetas, y se pasaría un sombrero entre los que se quedasen de pie para recaudar la voluntad.

Mientras llegaba la hora de apertura, unos operarios revisaban el tablado del escenario, y las responsables de las dos mesas de beneficencia ultimaban los detalles para abrir. La que capitaneaba Jimena Márquez estaba compuesta por una representación de los comerciantes segovianos; pero era la otra, la de la marquesa, la que concentraba la atención popular. A pesar de que faltaba un rato para la apertura oficial, muchos curiosos se movían ya por la zona alentados por la posibilidad de ver a alguien de la familia real.

Jimena aún estaba colocando los dulces sobre la preciosa mantelería de lino de Ana, cuando esta llegó con Laura.

—¿Podemos ayudar? —preguntó la pequeña de los Martínez, después de los saludos de cortesía.

—Por supuesto. No sé las prisas que le han entrado a todo el mundo hoy por venir tan pronto.

—Se ha corrido la voz de que va a asistir la Chata —dijo Laura—. Mira cómo se han acicalado las de la otra mesa.

Señaló hacia donde su madre departía con damas nobles de la ciudad. Se habían vestido con sus mejores galas. El que estas incluyeran mangas largas y varias capas de tela provocaba que los abanicos se agitaran con excesivo brío para sofocar el calor de esa tarde.

Pronto dejaron de preocuparse por la otra mesa, porque enseguida llegaron la carnicera y la dueña de un colmado de la plaza, las que serían sus compañeras en la mesa. Jimena, como buena

anfitriona, hizo las presentaciones y dio unas cuantas instrucciones: los precios de los distintos dulces y cómo debían envolverlos para los clientes de modo que no se aplastasen.

Mientras practicaban, Jimena llamó aparte a Ana.

—No le he dado las gracias lo suficiente por la mesa y los manteles. Cuando los he extendido, me he quedado boquiabierta; son maravillosos. Debería haber elegido otros más sencillos. Me da miedo que se puedan estropear.

—No tiene que preocuparse —le explicó Ana—; tienen ya un montón de años.

—Pero esto es bordado segoviano, tienen pinta de ser una reliquia familiar —dijo la panadera.

—Lo son.

Ana pasó el dedo por las puntadas bordadas sobre el mantel de lino beis. Bordeado por una cenefa en estambre de lana negro, tenía detalles de punto de cruz que recordaban a caracteres árabes enlazados. Las letras se enmarcaban con otras dos cenefas en azul oscuro, con dibujos geométricos que evocaban a los alicatados y artesanados musulmanes y mudéjares. El otro mantel era un sencillo paño de lino blanco, pero con un hermosísimo remate alrededor tejido con un hilo muy fino en encaje de bolillos.

Para Ana, el valor sentimental de aquellas piezas de tela era incalculable. Durante un instante, las había imaginado bajo unos naipes, con restos de ceniza manchando la tela, y quién sabía si con algún agujero producto de alguna imprudencia con el tabaco, y la punzada de angustia que sintió provocó que tomase una decisión espontánea.

—Jimena. Quiero que se los quede.

—Pero, Ana, son… ¿Cómo voy a quedármelos?

—Porque los cuidará.

—Por supuesto, pero son su legado, debería pensarlo antes de deshacerse de ellos.

Eso era lo que llevaba haciendo un rato, pensar en el destino de aquellos bienes materiales que en realidad tenían poco más valor que

el que les daba ella. Si se hubieran podido vender, lo habría hecho cuando lo necesitó. Ahora, lo único que le importaba era que no se perdieran, que no cayeran en manos de alguien que no iba a valorarlos. Jimena había alabado la labor que un día salió de las manos de la madre de Ana, y esta estaba segura de que apreciaría el trabajo de cada centímetro de cenefa confeccionada con los bolillos.

No se le ocurría otro destino mejor para impedir que acabasen estropeados o en la basura.

Eulogio Martín Higuera, el alcalde, se aproximó a los dos puestos y se dispuso a inaugurar el acto con unas palabras, así que dejaron la conversación y le prestaron atención. El médico y periodista, escoltado por un par de canónigos, dio las gracias a quienes se habían prestado a dedicar su tiempo y habían cedido además productos para que los ciudadanos menos favorecidos tuvieran la oportunidad de mejorar sus vidas.

Tras el aplauso unánime de la concurrencia, el rastrillo se puso en marcha. Toda clase de personas se mezclaban en él, gentes modestas venidas de los arrabales, monjas que habían dejado el convento por unas horas, señoritas luciendo sus trajes estrenados en San Juan, pillastres o periodistas. El que había quedado con Jimena aún no había aparecido, pero esta, a pesar de que no le desagradaba nada salir en el periódico, se excusó con sus compañeras en cuanto el alcalde se marchó.

—Me voy. Si necesitan algo, estaré ahí mismo, en la panadería. Hoy esta criatura me está dando el día, y me hace falta descansar un poco.

Se sujetó la parte baja de la barriga y cerró los ojos un momento, para abrirlos después de una inspiración profunda. Parecía muy cansada.

—Nosotras nos ocuparemos de todo, Jimena; puede marcharse a casa tranquila —dijo Ana.

La panadera las dejó, y Laura no tardó en mostrar su enfado ante la poca afluencia de curiosos que convocaba su puesto.

—De momento, no se puede decir que nos estén haciendo mucho caso.

El grueso del gentío se arremolinaba en el puesto adyacente, donde admiraban los elegantes productos procedentes de donaciones

de la gente pudiente —sombreros, sombrillas, guantes y abanicos— y las piezas de artesanía confeccionadas para la ocasión, que se exponían con un gusto exquisito y a unos precios al alcance de casi cualquiera.

—¿Queréis que nos presten atención? —preguntó la carnicera.

En un momento, preparó un par de platos con pequeños trozos de merlitones, rosquillas y bizcocho, que les entregó a Laura y a la dueña del colmado.

—Dádselos a probar a la gente y ya veréis que pronto se olvidan de los abanicos.

Ramona se pasó media tarde lanzando miradas al puesto donde Ana y su hija parecían moverse como peces en el agua. Si bien al principio el de la marquesa concitó mucha más atención que el de las comerciantes, en cuanto empezó a pasar el tiempo sin que la visita real se produjera, el interés bajó, pero no tanto como cuando los dulces de Jimena, ofrecidos en pequeñas porciones para probar, empezaron a ganarse el favor de los asistentes.

—Creo que hay demasiado dinero en la caja —comentó la carnicera, al cabo de una hora.

—Deberíamos llevarlo a la panadería; si no, en cualquier descuido, uno de estos pícaros que remolonean por aquí meterá la mano —añadió Laura.

Algunas criaturas desarrapadas, mal vestidas y sin zapatos, merodeaban por el puesto. Sin que la vieran, Ana les había dado a dos pequeños una magdalena para que la compartieran. Puso el importe de su bolsillo en la caja, pero no contó con que la voz enseguida se correría, y por eso la chiquillería hambrienta esperaba expectante alrededor de la mesa de dulces.

—Llevo yo a casa de Jimena la caja con el dinero —dijo Laura.

—¿Puedes pedirle que te dé una jarra de agua? Aquí hace mucho calor.

Laura asintió y se encaminó a la panadería con la caja bien sujeta y con el encargo de la mujer del colmado en la cabeza.

Ana no perdió de vista a su cuñada hasta que desapareció por la puerta de la panadería. Después, volvió su atención a la tarea que esa

tarde la ocupaba. Sonreía feliz a cuantos se acercaban a comprar o a preguntar, y lo estaba pasando mejor que desde hacía mucho. Su sonrisa se amplió cuando vio asomar a Mateo a lo lejos, subiendo por la calle Real. No venía solo; lo acompañaba la familia que había asistido con él al cinematógrafo. Después de su conversación en la casa, Ana ya sabía que eran los niños a los que había salvado y su madre. A su lado, también había una muchacha muy joven que supuso que sería la otra niña que sobrevivió. La voz de una mujer, preguntándole por el precio de una docena de rosquillas de palo, la distrajo y dejó de mirarlos. Cuando terminó de atender, se volvió sonriente hacia donde había visto a Mateo.

Quería contarle que había tomado una decisión, la más importante quizá en los últimos años, una que suponía saltar al vacío sin saber si habría algo para amortiguar su caída, pero también que no le importaba lo que sucediera. La vida no podía vivirse esperando y Ana ya lo había hecho durante suficiente tiempo.

Había decidido abandonar la casa de los Martínez, irse donde nadie la conociera y empezar una nueva vida, aunque para ello tuviera que mentir sobre su estado civil o su identidad. Y había decidido pedirle a Mateo que huyera con ella si quería. Se iría con o sin él, aunque la primera opción era su favorita, porque sentirse acompañada le daba un extra de coraje.

Pero su gesto mutó y la sonrisa se le borró del rostro de inmediato, a la vez que se le escapaba un gemido. Unos metros por detrás de Mateo, estaba Alvarito. ¿Qué hacía allí? No le gustaban nada esos actos. Aunque la distancia entre ellos era grande, sus constantes vistazos hacia Mateo le sugirieron a Ana que lo vigilaba. Ella pudo percibir algo oscuro en su mirada, en el desorden de sus ropas y de su pelo, y en su manera de andar. Parecía muy pendiente de la espalda del abogado, como si fuera a abalanzarse sobre él en cualquier momento.

Tembló.

¿Se habría enterado de la cita que había tenido ella con Mateo?

¿Estaría pensando en hacerle daño a él?

Ana empezó a sudar profusamente, y su respiración se volvió caótica. Lo que menos necesitaba ahora, que por fin había dado un paso adelante, era que Alvarito volviera a frustrarlo.

Los últimos días, su marido parecía otra persona. Siempre había

sido un niño mimado, un vividor al que pocas cosas le preocupaban, un chismoso y un vago, un marido de mentira que jamás había ocultado su desinterés por ella, pero no era violento. Salvo la escena que montó cuando se enteró de que Laura y ella irían al puesto, apenas había dado muestras ni de preocuparse en qué empleaba su tiempo. Pero esos días Alvarito parecía desquiciado y Ana temió por su amigo, que caminaba tranquilo hacia el quiosco de la plaza.

—Buenas tardes —dijo Mateo, separándose un poco de la familia de Lucía y acercándose hasta el puesto de las comerciantes. Levantó el sombrero y le dedicó a Ana una de sus deslumbrantes sonrisas.

Ella le ignoró. Seguía con los ojos fijos en Alvarito, que se había detenido a unos pasos y parecía mirar en su dirección, aunque ya no estaba tan segura de que Mateo o ella fueran el objeto de su atención.

—Ana —la llamó Mateo y movió su mano izquierda delante de sus ojos, en un intento de que le hiciera caso.

Ella parecía no verlo. Ni a él, ni a un hombre que traía una máquina de fotografiar y que debía de ser el periodista del que les habló Jimena.

—¡Ana! —dijo un poco más alto Mateo.

Esa vez, al escuchar su nombre, pareció reaccionar. Se agarró la falda para levantarla un poco, rodeó la mesa y tiró del brazo de Mateo, arrastrándolo. Ni le importó que media Segovia, entre ellos Ramona y el fotógrafo al que había dejado con la palabra en la boca, se quedasen mirando mientras salía corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Mateo.

Apenas le dio tiempo a decirle adiós con la mano a Lucía y a ver que Lucas y Andrés se miraban con cara de sorpresa.

—¡Vamos o los perderemos! —le gritó.

—¿A quién vamos a perder? Ana, no entiendo nada.

Pero ella sí entendía, porque había visto algo que había despertado todas sus alarmas. Alvarito, poco antes de llegar al grupo familiar con quien había acudido Mateo a la plaza, se abalanzó sobre Pinar. Le tapó la boca con la mano y, mientras ella trataba de zafarse con unos bruscos movimientos, él le dijo algo al oído. Lo que fuera, actuó como un bálsamo y la calmó de inmediato. Dejó de resistirse y

lo caminó a su lado, a pesar de que en sus ojos llevaba dibujado el miedo.

Incluso Ana, desde la distancia a la que se encontraba, pudo sentirlo en su piel. La niña había mirado alrededor, suplicando ayuda, pero nadie parecía haberse dado cuenta de que no le estaba siguiendo de manera voluntaria.

Nadie, excepto Ana.

Empezó a pensar que Alvarito se la quería llevar para dañar a Mateo y se convenció de que tenía que ser por su culpa, por haberse citado con su amigo. Cualquiera pudo verlo salir de su casa por la parte de atrás a pleno día, y el rumor habría corrido por la ciudad hasta llegar a su marido. Se sintió estúpida. Por su acción, había una criatura aterrada, y ella debía hacer algo, no iba a consentir que le hiciera daño por algo que era su responsabilidad.

Alvarito puso rumbo hacia Malcocinado y Ana corrió tras él, maldiciendo los incómodos zapatos que hacían que tropezase con los adoquines. Mateo, que no entendía qué estaba sucediendo, tiró de ella y la frenó para que le explicase qué le pasaba.

—Por Dios, Mateo, ¡vamos! ¡Se la ha llevado! ¿No lo has visto?

—¿Quién se ha llevado a quién? ¡No te entiendo, Ana!

—Alvarito se ha llevado a la muchacha que venía contigo.

Mateo sintió que se le helaba la sangre. Se giró hacia donde habían dejado a Lucía y comprobó que Pinar no estaba con ellos.

—¿Alvarito se ha llevado a Pinar? ¿Por qué? —preguntó, intentando entender qué sucedía.

—No sé cómo se llama, pero era la niña que venía contigo. ¡He visto cómo Alvarito le tapaba la boca y se la llevaba de la plaza! ¡Mira!

Mateo se volvió hacia donde ella señalaba y vio a la pareja. No le cupo ninguna duda de que la chica era Pinar, llevaba la falda que le había arreglado su madre para que se la pusiera en la fiesta.

Antes de que Ana pudiera explicarle algo más a Mateo, Laura salió de la panadería, gritando. Jimena se había puesto de parto. Necesitaba ayuda, pues Germán, esa tarde, estaba en el Regimiento.

Capítulo 57

Ana y Mateo se quedaron clavados en el suelo al escuchar los gritos de auxilio de Laura. Fue un instante el que tardaron en reaccionar, lo justo para que la espalda de Alvarito, con Pinar a su lado, se perdiera por las intrincadas calles al este de la plaza.

—Voy a seguirlos; ve tú a buscar ayuda para Jimena —decidió Mateo.

Ana estuvo de acuerdo, pero, antes de correr a buscar a un médico, se acercó a él y le habló al oído:

—No me ha gustado nada lo que he visto en su gesto. Encuéntralos, por favor.

El acercamiento no había sido casual, Ana lo usó para abandonar un fugaz beso en la mejilla de Mateo. Este se sintió tan confuso que tardó unos instantes en reaccionar. No podía pararse a analizar por qué se había arriesgado a que cualquiera los viera, tenía que encontrar a Pinar y asegurarse de que no le ocurría nada. Alvarito era capaz de todo cuando perdía el control, lo había experimentado cuando eran niños.

Mateo corrió lo más rápido que pudo y se internó en las calles adyacentes a la plaza de la Rubia, esquivando a quienes encontraba a su paso. Maldijo en silencio. Los instantes de desconcierto, cuando Laura avisó del parto de Jimena y ese beso inesperado de Ana, habían concedido a Martínez un tiempo precioso para desaparecer de su vista. El plano de aquellas calles era endiabladamente intrincado y, sin saber dónde iba, dar un paso en cualquier dirección era como caminar a ciegas. La suerte podría caer de su lado y podría tropezar con él, pero también pudiera ser que acabase perdiéndolos.

Mateo, tras unos minutos sin atisbarlos, cada vez estaba más convencido de que no iba a encontrarlos. Lo único que le animaba era que Segovia era una ciudad muy pequeña y no podían haber ido muy lejos. Si Alvarito no quería llamar la atención, a la fuerza tenía que ir caminando, aunque fuera rápido, y eso le podía conceder cierta ventaja, siempre que no errase la dirección.

No podía rendirse.

Si un día de hacía seis años, había entrado en el infierno de una casa en llamas para rescatar a unos niños desconocidos, con más razón debería salvar a Pinar ahora que ya no lo era. Mientras corría, vigilaba cada portada, rastreaba los rincones de cada calle por la que pasaba, y una idea se iba abriendo paso, poderosa, martilleando su cerebro y llenándolo de culpa.

¿Qué podía tener que ver la hija de Lucía con alguien como Alvarito Martínez?

«Nada», se decía.

No vivían exactamente en la misma ciudad, porque Segovia tenía el poder de desdoblarse. Había una ciudad altiva, que observaba a la otra desde la atalaya sobre la que estaba construida. Había otra, humilde, por debajo de ella, que la miraba con desconfianza. Ambas se medían desde los dos lados de la muralla, con la misma capacidad de mezclarse que el agua y el aceite. Ni siquiera intramuros había una sola ciudad, él lo sabía. Alvarito y Pinar estaban tan lejos el uno del otro como la luna del sol, y no encontraba otra razón para que se la hubiera llevado que el que quisiera hacerles daño a Ana y a él. Alguien tenía que haberle contado su encuentro en la casa de la calle Real, aunque casi podía asegurar que nadie lo había visto salir o entrar por la puerta trasera.

Entonces, en medio de la carrera, con el golpeteo intenso de su corazón, que bombeaba sangre con ímpetu para que sus piernas respondieran, a Mateo le vino a la cabeza el comportamiento anormal de Pinar en los últimos días, del que Lucía no paraba de quejarse.

Su humor endiablado.

Sus protestas vehementes.

Su fingir que estaba enferma para no salir o para no ir a lavar al río.

Su llanto.

Los gritos a su madre.

Todos esos fragmentos disonantes se empezaron a reordenar en su mente y adquirieron la dimensión de una canción perversa cuando uno más brilló en su cerebro: aquello había arrancado después de la noche de la hoguera. Entonces, como si el fuego de esta lo iluminase, algo le hizo frenarse en seco y contener el aliento: Lucía le había contado que, esa misma mañana, una mujer estaba quitando sangre seca de un traje en el lavadero, uno de esos que solo se puede permitir la gente de posibles, uno de los que se sacan en los días de fiesta, y las mujeres empezaron a especular sobre si sería el que llevaría el asesino de Santa Eulalia.

Con el pensamiento llegaron en tropel más retazos de esos días, alborotando más su ánimo, que vibraba de confusión.

El muerto era Enrique, el tabernero, uno de los amigos de Alvarito Martínez.

Uno de los que se llevaron a declarar, porque decían que estuvo en la taberna, era Severino, el de la botica, el tercero que formaba el triángulo de amigos inseparables desde la infancia.

Los nombres de Severino y Enrique no cuadraban en Santa Eulalia, no era un sitio para ellos, que presumían de ser de otra clase. ¿Sería posible que Alvarito también hubiera estado allí? ¡Claro que podía ser! Esos tres nunca se separaban.

Más alterado, Mateo decidió girar por el callejón de la Rubia, un pasadizo estrecho que desembocaba en la calle de la Herrería, cuyo olor a pescado no invitaba en absoluto a frecuentarlo con aquel calor. No le hicieron falta más que unos pasos para intuir que Martínez no se habría rebajado a elegir ese pestilente camino. Decidió entonces encaminarse a la plaza de los Huertos, pero, cuando llegó, allí tampoco encontró rastro de la pareja.

—¿Hacia dónde te la has llevado, hijo de puta? —susurró Mateo, rabioso—. ¿Qué quieres de Pinar?

Capítulo 58

Un rato antes, en la plaza Mayor, Alvarito se situó al lado de Pinar, la agarró por la cintura con un brazo y le puso la mano contraria en la garganta. Susurrándole al oído, le hizo una advertencia:

—Ni un grito o no lo cuentas. ¡Tira!

La muchacha al principio no acertó a comprender qué estaba pasando, pero solo necesitó girar un poco la cabeza para reconocer a quien la estaba reteniendo: el hombre al que había conocido en el arroyo. El mismo que llevaba días vigilándola desde los matorrales. Tuvo que obligarse a respirar después de unos primeros instantes en los que sus pulmones perdieron la capacidad de hacerlo de manera autónoma.

—Te voy a soltar, no nos conviene llamar la atención, pero vas a seguir caminando a mi lado si no quieres lamentarlo —le dijo.

Por si tenía la tentación de salir corriendo, Alvarito le apretó en el costado con algo que Pinar sintió como una navaja. Experimentó un terror tan intenso que las piernas apenas la sostuvieron, pero a fuerza de coraje se obligó a caminar hacia donde él le indicaba. Sabía que la amenaza no era vana, porque había sido ella misma quien había borrado las huellas de sangre en su camisa la misma noche que se había cometido el crimen en Santa Eulalia del que hablaba toda Segovia.

En su ánimo, llevaba días sin caber ninguna duda de que él era el asesino.

Sintió que el pecho le iba a explotar; un ahogo intenso recorría su abdomen y le costaba horrores respirar, pero lo disimuló como pudo. Si él había sido capaz de matar a un hombre, tampoco tendría problemas para deshacerse de una chiquilla tan frágil y diminuta como ella. Su única salida a la situación en la que se encontraba, si existía alguna, era no oponer resistencia y dejarse arrastrar mientras intentaba controlar el pánico y las náuseas que le provocaba su cercanía, y aprovechar cualquier descuido para pedir ayuda. En esos

momentos, a pesar del gentío que ocupaba la plaza, no había ni una sola persona que la conociera lo suficiente como para entender el terror que solo podía expresar con los ojos.

Aunque Pinar intentaba mantenerse en calma, el instinto la traicionó y giró la cabeza, buscando con la vista a alguien que le sirviera de soporte.

Mateo.

Su madre.

Alguien del barrio.

Cualquiera.

Incluso el pequeño Lucas podría darse cuenta de que algo no iba bien solo con que ella lograse hacerle un leve gesto.

Pero a Alvarito no le había pasado inadvertido su escrutinio y le presionó de nuevo el costado para amedrentarla. Para su desesperación, lo consiguió. El valor que había logrado reunir se deshizo con tanta rapidez como se desvanecen las pompas de jabón al chocar con algo sólido.

—¡Procura sonreír, si no quieres que tu familia acabe llorando! —le dijo él—. Y sigue caminando hacia ahí.

Le señaló con la cabeza en dirección a Malcocinado. La calle de Reoyo —la de la iglesia de San Miguel— y la calle Real estaban demasiado atestadas debido al mercadillo benéfico de la plaza. Tenía que salir de allí sin llamar la atención, y solo le quedaba la alternativa menos concurrida, pues, a esa hora y ese día festivo, el mercado de la Rubia estaba cerrado.

La chica lo hizo y, mientras caminaba, lloraba. Parpadeó para espantar las lágrimas y estas resbalaron por su mejilla, pero no logró expulsar el miedo. Nunca, en toda su vida, había sentido tanto pánico, ni siquiera aquel aciago día en el que perdió a su hermana.

Pinar pensaba que el miedo causó la muerte de Carmen en el incendio, y que su capacidad para calmarse y enfrentarlo fue lo que la salvó a ella. No tenía ganas de morir ese día, como tampoco las tuvo cuando apenas era una niña pequeña. Respiró y decidió que, igual que se sobrepuso una vez al furor de las llamas, tendría que hacerlo ahora ante las amenazas de ese hombre.

Sin permitirse dudar.

Sin dejarse vencer por el desaliento.

Era lo que iba a hacer, agarrarse con uñas y dientes a cualquier posibilidad que pudiera sacarla de aquel atolladero y que, sobre todo, la mantuviera viva. Su madre no podía pasar por el mal trago de perder otra hija.

Ana se había equivocado en su percepción. Alvarito nunca llegó a la plaza de la Rubia, sino que giró con Pinar por la calle de la Herrería, puesto que sabía que era mucho menos transitada a aquella hora. A la altura de la plazuela de los Espejos, se detuvo y agarró a Pinar de un brazo para situarla frente a él. Se lo apretó tan fuerte que la chica tuvo que contenerse para no gritar de dolor.

—Le vas a jurar a todo el mundo que pasaste la Noche de San Juan conmigo —le dijo.

Ella dudó. Tenía que mantenerse sumisa, se recordó. No había un alma en la pequeña plaza que pudiera socorrerla en caso de soltarle la respuesta que le ardía por dentro.

—Les vas a decir que te llevé a una casa que está en la calle Real y allí te entregaste a mí durante toda la noche —continuó él, y había mucho de desesperación en sus palabras.

Mientras hablaba, Alvarito la seguía sosteniendo del brazo, pero la presión que ejercía empezó a aflojarse poco a poco.

—Dirás que nos conocimos en la hoguera de la plaza Mayor, que nos fuimos juntos después de medianoche, que saliste de tu casa para encontrarte conmigo cuando tu madre pensaba que dormías. Te había gustado tanto el beso que te di en un rincón de la plaza, y cómo te toqué sobre la camisa, que querías más.

Entonces, como si quisiera hacerle sentir lo que le estaba contando, la soltó del brazo y rozó su pecho a través de la ropa.

Pinar primero se enfureció y después sintió un profundo asco, no solo por lo que le estaba pidiendo y por notar sus manos sobre ella, sino porque en la mentira había retazos de una verdad: de un beso robado y de la necesidad de ir más allá que le gritó su cuerpo aquel día. No atenderla entonces la dejó insatisfecha, aunque no supiera de qué; ahora solo podía sentir repugnancia y no estaba segura de que fuera solo por él, sino también por lo estúpida que había sido.

La rabia que sentía prendió dentro de su cuerpo. El incendio, desde ese momento, fue imparable. Olvidando cualquier atisbo de prudencia, Pinar susurró en su oído:

—No voy a hacer eso. ¡Jamás!

—Lo harás, porque, si no, le contaré a todo el mundo que eres una puta que se acuesta con los hombres que se acercan al lavadero. Si lo cuentas, te juro que no volverás a ver a tu madre y a tus hermanos. Soy capaz —contestó, eliminando el espacio entre los dos, a la vez que la agarraba del cuello y situaba la cara tan cerca de su boca que ella no supo si temer que la ahogase o que la volviera a intentar besar.

—Y yo diré que lavé una prenda con sangre la mañana después de la hoguera, ¡que es usted un asesino! —le dijo, con la voz estrangulada, buscando el aliento que le robaba la mano presionando su garganta.

—¡Eso es mentira! ¡Yo no lo maté!

Un Alvarito desquiciado, después de gritarle aquello, le dio un bofetón a Pinar que le marcó la mano en la mejilla. Los dos se quedaron paralizados; ella protegiéndose la cara, por el dolor y el miedo; él, porque jamás le había pegado a una mujer.

¿Qué le estaba pasando?

¿Por qué se estaba comportando como un animal?

Las respiraciones de ambos se alteraron, y Pinar reaccionó la primera.

Corrió.

Todo lo que le dieron de sí las piernas.

Corrió y, antes de darse la vuelta por primera vez, ya había llegado a la fachada del obispado. Giró la cabeza y comprobó que Alvarito la seguía a pocos pasos. A Pinar le faltaba el aire, pero sabía que, cuando la vida es lo que está en juego, el cuerpo debe buscar fuerza en los pensamientos. Se convenció de que podía dejarlo atrás y siguió corriendo hasta el Seminario, para después dirigirse al postigo del Consuelo.

Si lograba bajar hasta el Azoguejo, sería más sencillo que alguien

la ayudase a librarse de aquel monstruo.

Era imposible que allí no hubiera nadie.

Capítulo 59

Mateo se detuvo un instante para tomar aliento y decidió enfilar hacia la calle del Seminario, con intención de acercarse al postigo del Consuelo. Supuso que desde la parte alta del acueducto podría divisar el Azoguejo y las zonas aledañas. Si Alvarito y Pinar habían bajado las escaleras que sustituían las rampas de tierra desde hacía unos años, los vería y, al menos, dejaría de correr a ciegas.

—¡Espere! —le dijo una voz a su espalda, que enseguida añadió—: ¡Espere, por favor!

Mateo se dio la vuelta. Vio a un hombre joven que se le acercaba jadeante y sintió un estremecimiento. Temió que llegasen malas noticias por otro lado.

—Soy Ernesto Guerra, del *Diario de Avisos* —resopló el joven, al llegar a su altura—. He visto al hombre que se ha llevado a una chica. ¿Le importa que le acompañe a buscarlo?

A Mateo le entraron ganas de abofetear al periodista. Si había visto que estaba persiguiendo a alguien, ¿cómo se le ocurría frenarlo para presentarse? No había tiempo de ponerse a discutir, así que hizo otra cosa: asintió sin decir palabra, y volvió a echar a correr, esta vez seguido por el reportero del periódico local.

El *Diario de Avisos* había empezado a publicar hacía unos años, poco más de dos hojas en folio grande, casi en su mitad ocupadas por anuncios y esquelas. El resto del espacio lo rellenaban con crónicas de pueblos de la provincia y noticias que no eran sino copias de otros periódicos. Solo en pocas ocasiones sucedía algo en Segovia digno de ocupar la primera plana, y Ernesto Guerra, un redactor sin sueldo ni formación específica, también era un entusiasta de la profesión que ejercía sin título, y seguía empeñado en perseguir cuanta noticia se cruzase en su camino.

Ese día, incluso, había dejado en el puesto de beneficencia la pesada cámara fotográfica que había llevado para tomar una imagen del momento.

Su intervención, lejos de perjudicar la búsqueda de Mateo, fue providencial y confirmó que, a veces, en la vida, es necesario pararse un instante para encontrar el camino correcto. Esa interrupción logró que aparecieran ante sus ojos Pinar y Alvarito. Nada más reanudar la carrera, Mateo vio a la muchacha, que giraba corriendo por la esquina de la residencia de los sacerdotes. Al momento, tras sus pasos, apareció Martínez.

—¡Ahí están! —gritó Mateo.

Los dos hombres se lanzaron tras ellos. Les llevaban bastantes metros de ventaja, pero no los suficientes como para que los perdieran de vista. Para cuando alcanzaron la placita donde la muralla se fundía con la parte superior del acueducto, los ojos de Mateo se agrandaron con terror. Aquello no podía acabar nada bien. Pinar había trepado a lo alto del acueducto romano y Alvarito la seguía.

Ambos caminaban por encima de él y su imagen le hizo contener el aliento.

Capítulo 60

Ana había regresado a la plaza. Jimena necesitaba una partera, pero ella no conocía a ninguna, y el único médico al que había visto era don Eulogio, el alcalde, cuando dio el discurso. Corrió hasta la mesa de la marquesa y, cuando llegó, despeinada y colorada por el esfuerzo, lo primero que recibió fue una reprimenda de Ramona:

—¡Pero ¿qué formas son estas de presentarte, Ana?!

—No tengo tiempo para reproches. ¿Dónde está don Eulogio? —preguntó.

—Y tú ¿para qué quieres ver al alcalde?

—Porque hace falta un médico, y no veo a otro por aquí. ¿Dónde está? —casi le gritó a su suegra.

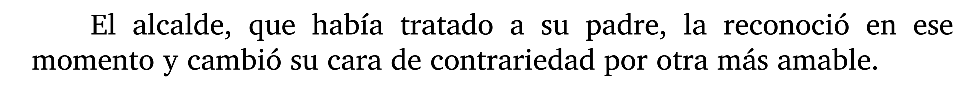
Una de las mujeres le indicó que el alcalde estaba en un corrillo cerca del tablado montado para la zarzuela. Hacia allí se dirigió Ana a toda prisa y no dudó en interrumpir la conversación que el hombre mantenía, sin observar las mínimas reglas de cortesía. Un parto era algo que no entendía de terminar conversaciones; además, cuanto antes encontrase ayuda para Jimena, antes podría seguir a Mateo.

Estaba nerviosa por el inminente nacimiento de la criatura, pero le preocupaba mucho más la suerte que habría podido correr la muchacha a la que Alvarito había sacado de la plaza. La incómoda sensación que la invadió cuando vio que se la llevaba, seguía gobernando su ánimo.

—Don Eulogio, necesito que me acompañe, hace falta un médico —le dijo al alcalde.

—Perdone, ¿usted quién es? —le preguntó este, un poco molesto por los escasos modales que había mostrado la muchacha.

—Ana Crespo —dijo ella—, la hija del coronel Crespo. ¡Tiene que acompañarme!


El alcalde, que había tratado a su padre, la reconoció en ese momento y cambió su cara de contrariedad por otra más amable.

—Hija, yo ejerzo poco… —se disculpó—. Tal vez si acude a la Misericordia…

—¡Necesito un médico ya! Jimena, la panadera de Malcocinado, se ha puesto de parto. Está sola con mi cuñada, y ella no sabe qué hacer —le dijo, angustiada.

—Pero ¡muchacha! —contestó él—. Yo solo he atendido un parto en toda mi vida, y fue hace tanto tiempo que ni me acuerdo.

—Pues ya tiene más experiencia que nosotras —replicó Ana, que se estaba poniendo nerviosa por la calma del hombre—. ¡Acompáñeme, por favor! No podemos dejarla sola.

—Voy con usted, pero permítame que dé instrucciones para que alguien busque mientras tanto a una partera; tanto la madre como el hijo estarán mejor atendidos.

El alcalde habló con algunas de las personas con las que departía antes de la llegada de Ana, y estas se dispersaron en busca de verdadera ayuda para la panadera. Sin esperarle, Ana se dirigió hacia la panadería de los Márquez, a tan buen paso que el alcalde tuvo que llamarle la atención.

—Pero ¡no corra tanto, que mis piernas ya no están para estos trotes!

—Discúlpeme, pero mi cuñada estaba pálida cuando me ha dicho que buscase un médico. Eso tiene que significar que era muy urgente.

—No se apure. Los partos son dolorosos e impresiona ver a las mujeres pasar por ellos. Es normal que su cuñada se haya sentido sobresaltada, pero la panadera es primeriza; yo compro el pan ahí —le dijo a Ana—, y las primerizas tardan en parir. No corra tanto, que no soy tan joven como usted.

—Disculpe, don Eulogio, no sé cuánto tardan los niños en venir al mundo.

Entraron en la panadería, y Ana condujo al alcalde, a través del obrador, a la planta superior. Laura había tumbado a Jimena en su cama, pero no parecía que allí pudiera ayudarla nadie. Era enorme, con el cabecero y el piecero de forja. Este último impedía el acceso de

alguien por esa zona, a menos que se subiera encima del colchón y, aun así, tenía muy poco margen de maniobra.

—¡Menos mal! —soltó Laura, en cuanto vio entrar a la pareja compuesta por Ana y el alcalde.

Llevaba un buen rato angustiada, refrescando la frente de Jimena con un paño húmedo, que era lo único que se le había ocurrido.

Jimena fue a decir algo, pero una contracción se apoderó de sus palabras y las convirtió en un grito agónico. Se agarraba con tanta fuerza al cabecero de la cama que las manos se le habían puesto blancas.

El alcalde le ordenó que se tumbase de modo que la estructura de la cama no molestase y les pidió a las dos jóvenes que trajeran paños limpios. Ninguna sabía dónde buscarlos en la casa, pero Jimena, a duras penas, les dio instrucciones. Mientras Laura la ayudaba a moverse, tal como le había pedido el médico, Ana revolvió en los armarios y sacó unas sábanas. Pasaron unos agónicos minutos en los que el ritmo de lo que allí sucedía lo marcaron las contracciones de la panadera.

En cuanto entró por la puerta una partera acompañada de dos ayudantes, Ana abandonó la casa.

No tenía ni idea de adónde podría haber ido Mateo en su persecución de Alvarito, pero allí no iba a ser de ayuda.

Se encaminó a la plaza de la Rubia un poco antes de que Ramona, contra sus principios, pusiera un pie en la panadería de Márquez para averiguar qué estaba pasando. No concebía que su hija y Ana hubieran abandonado el puesto de beneficencia.

Capítulo 61

Mateo no se explicaba cómo Pinar había podido trepar hasta lo alto del acueducto, pues se necesitaba salvar un muro de más de dos metros. Observó que había amontonadas unas piedras a un lado del boquete de la muralla que daba paso a las escaleras. Debía de haber escalado por ellas, pero su falda larga tenía que haberle supuesto un enorme estorbo. Como fuera, lo hizo, y Mateo, en esos momentos, veía aterrorizado cómo la muchacha trastabillaba, mientras trataba de huir de Alvarito por el lugar más peligroso de la ciudad. A lo estrecho de la estructura y lo irregular de la piedra, se sumaba que el acueducto estaba recorrido por un canal por el que viajaba el agua, un hueco en forma de u, de apenas medio metro de ancho en el centro, cubierto por vegetación salvaje. Pinar se deslizaba por un lateral del mismo, y su andar errático le hizo temer a Mateo que acabara precipitándose al vacío. El pánico provocó que eligiera la peor de las opciones para escapar, y ni siquiera lo peligroso del lugar había frenado al hombre que la seguía a pocos pasos.

Alvarito, que tampoco le prestaba más atención que ella al irregular suelo que pisaba, dio un traspié y perdió el equilibrio. Movió los brazos de manera inconsciente para reequilibrarse y acabó cayendo hacia el centro de la estructura, golpeándose la frente con el borde del canal por el que circulaba el agua. Sintió que un hilo de sangre empezaba a deslizarse hasta su ojo, se levantó, se limpió el líquido viscoso de la cara con la manga y retomó su persecución. Su obsesión por alcanzar a Pinar hizo que no se resintiera del dolor del golpe.

Desde su posición de observador en la muralla, Mateo consideró actuar.

—¡Voy a subir! —le gritó al periodista.

—¡Es muy peligroso! —le contestó este—. ¡Ni se le ocurra! ¡Está loco!

—¿Pretende que la deje a su suerte?

—Quiero evitar que usted se mate. ¿No ve que no va a poder

hacer nada? Asustarlos, todo lo más, y que se acaben cayendo los tres.

Mateo consideró esa posibilidad, pero Pinar cada vez caminaba más despacio y la distancia que la separaba de la furia de Alvarito iba menguando por momentos. No podía abandonarla; tenía que intentar cualquier cosa, aunque con ello se jugase la vida otra vez.

Se quitó la chaqueta y, sin pensarlo más, se la tiró a Ernesto y se encaramó a lo alto del acueducto, trepando por el montón de escombros. Una vez allí, caminó sobre el granito, procurando no bajar la vista. Los primeros pasos no le impresionaron tanto, porque la distancia con el suelo era moderada, pero, en el centro del Azoguejo, hacia donde se dirigía la hija de Lucía, había casi treinta metros hasta el suelo.

Al llegar a la altura de la cuarta columna de arcos, Pinar cometió el error de mirar hacia abajo y sintió un mareo. Se tambaleó y tuvo que parar para no caerse, lo que aprovechó Alvarito para alcanzarla y agarrarla del brazo.

—¡Por favor, suélteme! —le dijo ella, con un hilo de voz.

—¡Le vas a contar a todo el mundo que estuviste conmigo! —gritó él, mientras sus ojos refulgían desquiciados.

Ella miró abajo otra vez, y un nuevo mareo le hizo replantearse su decisión de no prestarse a lo que le pedía. No debería haberse subido al acueducto, ahora lo sabía, pero ya era tarde para arrepentirse. Tenía que lograr salir de allí y decidió que la única manera era hacerle esa promesa, aunque viera imposible cumplirla.

—Lo haré —dijo, casi en un susurro.

—Vamos —le respondió Martínez, tirando de ella.

Se giró, con el brazo de la chica agarrado con firmeza, y fue entonces cuando sus ojos tropezaron con los de Mateo Garrido.

Alvarito sintió como si alguien le hubiera propinado un puñetazo en el estómago.

Mateo siempre jugando a ser el héroe, como aquel lejano día en la puerta de Santa Eulalia cuando eran niños, cuando consiguió que todo el mundo lo viera como el defensor de Ana. Como cuando rescató a esos mugrosos del fuego, y la ciudad entera alabó durante meses lo que había hecho el joven militar.

—¡Déjala, Martínez! —le ordenó Mateo.

Pero Alvarito no obedeció. No iba a ser él quien le facilitara otra vez que acaparase los halagos.

Mateo vio una cólera incontrolada en su mirada y se detuvo a un arco de distancia de la pareja. No quería que su presencia o sus palabras les hicieran dar un paso en falso y cayeran. Tenía que convencerlo de que soltase a Pinar, aunque, maldita fuera la vida, no se le ocurría cómo. Desde luego, darle una orden no había dado el resultado esperado. Pinar acrecentó su gesto de dolor, y Mateo se fijó en que era porque Alvarito había incrementado la presión de su mano sobre el brazo de la chica.

—Martínez, baja de ahí y hablemos. Es peligroso. Puedes caerte y morirás —le dijo, sacando a Pinar de la frase. Tal vez, si se centraba en él, su propio egoísmo le hiciera reaccionar.

—¿Desde cuándo te importa que yo muera? —le preguntó.

—He venido a ayudarte.

—¡No es tu ayuda la que necesito! —gritó, con tanto ímpetu que al moverse volvió a desestabilizarse.

Pinar no pudo reprimir un grito, y a Mateo el corazón se le aceleró. A los pies del acueducto se empezaban a arremolinar curiosos que contemplaban la escena pasmados.

—Mira, me iré de aquí, lo prometo —le dijo a Alvarito, levantando las manos como símbolo de rendición—. Me iré, pero deja que Pinar venga conmigo.

Habló todo lo calmado que le permitieron las emociones que lo invadían.

—¡No tienes ni idea de nada!

—No, no sé qué está pasando —reconoció Mateo—, pero no creo que este sea el mejor sitio para averiguarlo.

Alvarito miró al suelo y después a Mateo. Aunque seguía agarrando a Pinar, parecía haberse olvidado de que ella estaba allí.

—¡Yo no lo hice! —gritó.

—¿Qué no hiciste?

—Yo no lo maté. ¡No maté a Enrique! ¡No lo hice!

Capítulo 62

Ramona entró en la panadería y ordenó de malos modos a uno de los aprendices de Jimena que le indicase por dónde se accedía a la vivienda. Este, sorprendido por la autoridad de la mujer, al principio dudó. Después, defendiendo su puesto de trabajo y la tranquilidad de su patrona, le ordenó que se marchase, pero Ramona no estaba dispuesta y empezó a vociferar. El barniz de buena educación que llevaba años cultivando para hacerse un sitio en la sociedad se llenó de desconchones y se empezó a caer ante los asombrados ojos del muchacho.

En la planta superior, las contracciones no daban tregua a la panadera; a pesar de sus gritos, Laura pudo escuchar la discusión entre el chico y una mujer, que no le cupo duda de que era su madre. No quería soltar la mano de su amiga, Germán aún no había llegado, pero tampoco le apetecía que Ramona entrase en la habitación con sus malos modos y lo complicase todo. Su amiga necesitaba un parto tranquilo.

—Jimena, ahora vengo —le dijo.

Esta le apretó más la mano que llevaba sosteniendo desde que empezó el parto y le suplicó:

—¡Por Dios, Laura, no te vayas! ¡No me dejes sola!

—Será solo un momento y no estás sola. —Señaló a la partera y a las dos mujeres que revoloteaban por la habitación ocupándose de los detalles necesarios para el parto, así como al alcalde, que se había quedado en un rincón intentando molestar lo menos posible.

—Esta criatura está a punto de salir —dijo Jimena mientras apretaba los dientes para soportar una nueva embestida de dolor— y te necesito.

—Ya está asomando la cabeza —confirmó la partera.

Laura miró a la puerta y a Jimena un par de veces, dudando entre bajar y echar a Ramona o quedarse con su amiga. Finalmente, le soltó

la mano.

—¡No te vayas! —volvió a suplicarle la parturienta.

—No me voy. Don Eulogio —le pidió al alcalde—, usted ya no hace falta aquí, haga el favor de bajar y llevarse a mi madre, que no es momento de que moleste.

—Créame que estoy mejor aquí que enfrentándome a su madre —le dijo el alcalde a Laura. Ante su mirada desconcertada, añadió, esta vez dirigiéndose a la partera—: Me voy, espero que todo vaya bien. Si me necesitan para algo, no duden en llamarme.

Esta, que era mujer de pocas palabras y estaba más pendiente de Jimena que de otra cosa, asintió.

—Ya estamos aquí nosotras para lo que se preste —dijo otra de las mujeres.

Cuando el alcalde salió de la habitación, Laura atrancó la puerta con una silla, por si ni él fuera capaz de contener a Ramona.

—Así estaremos mejor.

Le dio de nuevo la mano a su amiga y esta se la apretó con tanta fuerza que la chica creyó que se la partiría.

—Menos mal que jamás voy a tener que pasar por esto —dijo Laura, en tono de broma—. Alguna ventaja tiene que tener ser tan poco agraciada de físico y de carácter.

—¡Ya casi está! ¡Empuja con todas tus fuerzas! —alentó la partera a Jimena.

Hicieron falta tres contracciones más, y el ánimo de la partera y Laura, para que la panadera no perdiera el aliento y el bebé abandonase la comodidad del útero materno. Salió dando un berrido que interpretaron como un primer síntoma de buena salud.

—¡Es un niño! —dijo Laura—. Es un niño precioso, Jimena.

Le acarició el cabello a su amiga y le dio un beso. Las miradas de ambas se emborronaron, pues las lágrimas por tantas emociones inundaron sus ojos. Jimena, agotada por el esfuerzo, alcanzó a sonreír y a extender los brazos para que la partera le entregase a su niño. Lo observó con admiración, como si no fuera capaz de creer que ese

diminuto ser, que empezaba a mostrar su carácter al mundo llorando a pleno pulmón, hubiera salido de ella.

Le parecía perfecto.

—¡Eres la criatura más hermosa que he visto en mi vida! —le dijo, entre sollozos.

En ese momento, unos fuertes golpes se escucharon al otro lado de la puerta. Mientras una de las mujeres se ocupaba de limpiar al bebé, la partera le indicó a Jimena que aún quedaba un poco para finalizar el parto; tenía que expulsar la sangre y cualquier resto de la placenta para que después no hubiera problemas.

Laura no aguantó más. Seguía escuchando a Ramona, exigiendo que la dejasen llegar hasta su hija. Desatrancó la puerta y decidió que se llevaría a su madre de allí, aunque fuera del moño. Le parecía inaceptable que hubiera organizado semejante alboroto. Abrió sin miramientos, dispuesta a gritarle si hacía falta, pero se quedó con la boca abierta.

—¡¿Se puede saber por qué no puedo entrar ni en mi propia casa?! —gruñó Germán, cuando consiguió por fin que le franqueasen el paso.

—¡Ay, lo siento! Pensé que era mi madre, lo siento, lo siento —le dijo Laura.

Pero Germán, que en ese momento no veía más que a Jimena en la cama, no la escuchó. Avanzó hacia su mujer y se reunió con ella. La había oído gritar y se sintió morir por haber sido el causante de tanto dolor.

—Es un niño, Germán. Míralo, es nuestro hijo —le dijo ella, con un brillo en la mirada que no reflejaba en absoluto el sufrimiento de momentos antes.

Una de las mujeres le acercó al bebé, envuelto en un arrullo. Ya no lloraba, permanecía con los ojos abiertos y se lo dio a la madre. En cuanto Germán acercó su dedo para acariciarle el diminuto rostro, el niño se agarró. Lo sintió como sellar un pacto, como la más hermosa de las alianzas posibles. Miró a Jimena y en sus ojos también había otro extremo del nudo que estaban atando entre los tres y que los acababa de convertir en una familia completa.

—Lo hemos conseguido, Jimena.

—Yo, un poco más que tú. —Se rio ella.

Laura decidió que debía dejarlos solos y bajar al obrador, donde aún seguía Ramona. Sabía que tendrían una discusión, pero en esos momentos le daba lo mismo, se sentía feliz por su amiga.

—Espera, Laura —dijo la panadera.

Esta se volvió. No solo quería marcharse para frenar a su madre, sino porque había presenciado una escena que había removido sus certezas y no quería ponerse a llorar allí mismo. En su casa se querían, de eso no dudaba, pero nunca había visto esa mirada entre sus padres, esa complicidad que iba mucho más allá de un pacto. Tampoco entre Ana y Alvarito. Había llegado a pensar que el matrimonio solo era un contrato al que se acababa acostumbrando uno.

No era cierto, existían otros con sentimientos compartidos que a veces se multiplicaban y lo inundaban todo, capaces de contagiar el aire y dejarle ver a sus oscurecidos ojos que la vida podía ser mucho más amable.

—Quiero darte las gracias por estar conmigo en este momento. Y, si a Germán no le importa —le miró un instante—, me gustaría que fueras su madrina.

Este respondió con una sonrisa y una afirmación. Los dos la habían incluido en esa pequeña burbuja de felicidad, y deseó que nunca explotase, porque hacía mucho tiempo que no la sentía con tanta intensidad. Laura, cuando salió de la habitación, supo que aquello era el mejor regalo que había recibido en toda su vida. Le importaba muy poco lo que en adelante dijera su madre de su amistad con la panadera.

Ella iba a cuidarla, como cuidaría de por vida de su ahijado.

Capítulo 63

Desde que dejó al alcalde en la panadería, Ana se dedicó a recorrer los alrededores de la plaza de la Rubia. Callejeó veloz, pero no encontró ni rastro de Mateo, ni de su marido y la muchacha a la que este se había llevado a la fuerza. En su desesperación, corrió sin plan y sabía que, desde hacía rato, estaba dando vueltas erráticas por las mismas calles. Se paró en seco en un cruce, preguntándose si debía detener una búsqueda que no tenía visos de éxito.

Mientras consideraba regresar a la plaza Mayor, un grupo de niños desarrapados, los mismos que un rato antes rodeaban la mesa de los pasteles demandando alguna limosna, pasaron corriendo por su lado. Gritaban a todo pulmón:

—¡Pelea! ¡Pelea! ¡Pelea en el acueducto!

Ana agarró a un chiquillo por la sucia camisa, deteniendo su carrera. Él intentó zafarse, pero ella estaba tan nerviosa que aplicó toda su fuerza en impedirle la huida. Por más que el pilluelo se retorció, no lo dejó escapar.

—¿Quién se está peleando? —le preguntó, ansiosa.

—¿No lo ha oído? —le respondió él, rendido a la evidencia de que no lo soltaría a menos que le contestase—. Dicen que hay unos hombres pegándose en lo alto del acueducto. Vamos a verlo. ¡Seguro que se cae alguno!

—¿Sabes quiénes son?

El chico la miró evaluándola, y enseguida contestó:

—Unos finolis de los suyos.

Aprovechando la lividez de Ana, el chiquillo se soltó de su agarre y corrió hacia el monumento. Se le habían escapado sus compañeros de pillerías por culpa de esa mujer tan curiosa.

Después de unos segundos de estupor, Ana reaccionó. Se sujetó

las faldas en alto y corrió, siguiendo el camino que habían tomado los críos, hasta el lugar en el que la muralla se encontraba con el acueducto, el postigo del Consuelo. Nada acostumbrada a trotar, le costaba respirar, y parecía que el corazón le latía en la garganta. Llegó exhausta, pocos minutos después, a tiempo de atisbar la espalda de Mateo sobre el monumento. Desde su posición, solo podía vislumbrarlo a él y ningún signo de pelea, pero Mateo no habría subido allí solo para observar los campanarios de las iglesias de la ciudad, no estaba tan loco. Y los chiquillos no habrían corrido gritando hacia el acueducto de no ser porque alguien les había alertado de que sucedía algo extraordinario.

De refilón, percibió que el grupo de niños trotaba escaleras abajo hasta el Azoguejo, buscando una mejor visión de lo que sucedía sobre el acueducto. Ella se quedó pegada al suelo cuando, a la visión de la espalda de Mateo, se sumó el grito de una voz que reconoció como la de su marido.

«Yo no lo maté. ¡No maté a Enrique! ¡No lo hice!».

En ese momento, Mateo se giró hacia un hombre encaramado en un montón de piedras pegadas a la muralla, el periodista del *Diario de Avisos*. Al volverse, sus ojos tropezaron con los de una aterrada Ana que no reaccionó ante el gesto de él para que se marchase, pues seguía intentando entender las palabras de Alvarito. ¿Por qué defendía su inocencia en la muerte de Enrique? Hasta donde ella sabía, los sospechosos del crimen de Santa Eulalia eran el boticario y la Paca, no tenía noticias de que su marido hubiera ni siquiera estado en la taberna aquella noche. ¿Por qué se defendía entonces? ¿Sería eso lo que estaba pasando, que la Guardia Civil lo estaba buscando por el asesinato de Enrique? Pero ¿por qué iba a matar a uno de sus mejores amigos? ¿Y por qué se había llevado a esa niña?

Una maraña de preguntas se agolpaba en la mente de Ana, incapaz de encontrar el hilo del que tirar para desentrañar la razón por la que Alvarito estaba actuando de aquel modo.

Mateo tampoco estaba tranquilo. Trataba de encontrar la mejor manera de sacar a Pinar de allí, antes de que Alvarito o ella, o los dos, dieran un resbalón y acabaran estampados contra el suelo.

—Por favor, Martínez, baja de ahí, es peligroso —le suplicó Mateo, intentando sonar calmado.

—¡No! ¡Yo no fui! —volvió a gritar Alvarito, desquiciado—. ¡Yo

no lo maté! ¡Era mi amigo! ¡No pienso dejar que me cojan y me den garrote! ¡No bajaré hasta que me aseguren que no lo harán!

—No es un buen lugar para hablar de esto. Baja, y escucharé lo que quieras contarme.

—No me vas a escuchar. Quieres que baje para entregarme a la Guardia Civil.

—Quiero que bajes porque es muy peligroso. No sé de qué estás hablando.

—¡No! ¡Estás mintiendo! Tú también crees que lo hice yo, que yo maté a Enrique.

—Nadie te está acusando de nada. Por favor…

Alvarito pareció considerar durante un instante la súplica de Mateo, y este dio un paso adelante tendiendo una mano. Estaba a pocos pasos de Pinar. Tal vez si alcanzase a agarrarla, podría sacarla de allí antes de que las cosas se complicasen más. La chica hizo el gesto de aceptar la mano de Mateo y esto provocó la ira de Alvarito.

—¡No te la vas a llevar! ¡Ella me puede salvar!

Tiró de la chica y ambos volvieron a desequilibrarse. Desde la plaza se escucharon algunos gritos procedentes de los espectadores de la escena, que cesaron en cuanto se dieron cuenta de que habían recuperado la estabilidad.

Ana se las había arreglado para apartar al periodista de su posición y trepar por el inestable montón de piedras. Con más miedo del que había sentido en toda su vida, se encaramó a la estructura del vetusto acueducto y se situó tras Mateo. Este escuchó su respiración a su espalda y se giró. No pudo reprimir una orden dirigida a ella. Lo que le faltaba era tener que ocuparse de alguien más.

—¡Ana, vete de aquí! —le suplicó.

—Tal vez yo pueda convencerlo. Déjame intentarlo.

—¿De qué me vas a convencer tú? ¡Yo sé que no lo hice! —gritó Alvarito.

—Y te creemos —dijo Ana, aunque en su fuero interno no sabía qué pensar—, pero, por lo que más quieras, deja de hacer tonterías.

Deja que la niña baje de aquí.

Él miró a Pinar, que en ese punto era incapaz de controlar el llanto.

—No, estás mintiendo; todos vosotros mentís. Si os la lleváis, me matarán. Ella es la única que puede salvarme. —Le apretó el brazo de nuevo, y ella soltó un gemido lastimero.

—Alvarito —dijo Ana, con suavidad—, piensa en tus padres.

—¡Me dan igual mis padres!

—No te dan igual, piénsalo. Tu madre te adora.

—Y mi padre me odia.

—Eso no es cierto; solo se preocupa por ti; quiere que seas mejor —arguyó ella.

—Cuando se entere de esto, me odiará.

—¿Por haber hecho la estupidez de subirte al acueducto y llevarte a una niña? —preguntó Ana—. No será tan malo si lo detienes ahora mismo. Diremos que te encontrabas mal y perdiste la cabeza.

—¡Me odiará por matar a Enrique!

Alvarito empezó a llorar y se olvidó de Pinar. Le soltó el brazo para taparse la cara con unas manos temblorosas, que trataban de ocultar su desesperación. Mateo aprovechó para hacerle un gesto a Pinar y esta corrió hacia él y se lanzó a sus protectores brazos.

—Llévatela —le susurró Ana a Mateo—. Déjame a mí con él.

—No voy a hacer eso. ¿Estás loca? ¡Está desquiciado!

—Por eso, déjame que lo tranquilice.

—¡De ningún modo! ¡Me quedo contigo!

—Si te quedas, no lo conseguiremos. Te odia.

—No voy a bajar, Ana. Daré un paso atrás si quieres, pero no te voy a abandonar con él en este estado.

Alvarito se destapó la cara y parpadeó. Pareció, durante unos

instantes, que no sabía dónde se encontraba. Miró a su alrededor, al acueducto a sus pies, al Azoguejo plagado de gente expectante, y a Ana y Mateo, a pocos pasos de él. Respiraba alterado y se llevó las manos al cabello, que se mesó con tanta energía que algunos pelos se le quedaron enredados entre los dedos. Era como si estuviera librando una batalla interna en la que su mente lo torturaba.

—¡Yo no lo maté! —gritó, tan fuerte que su voz llegó nítida a los pies del acueducto.

—¿Quién lo hizo entonces? —preguntó Ana.

Él la miró, negando con la cabeza. Una profunda desesperación anegaba sus ojos, turbios y oscurecidos.

—¿Quién lo hizo? —volvió a preguntar Mateo.

Alvarito, derrotado, se frotó las manos en el pantalón, intentando deshacerse del sudor que las mantenía pegajosas. Cada minuto que pasaba se volvía más agónico.

—¿Quién lo hizo? Dilo si lo sabes, y nadie te acusará a ti —le sugirió Ana.

—¡Fue él!

—Pero ¿de quién estás hablando?

—

Fue él, Ana; fue él. Tienes que creerme. Tú lo conoces. A ti también te hizo daño. Por su culpa no eres feliz.

Alvarito sudaba copiosamente y parecía un loco, escupiendo frases inconexas, acusaciones que no apuntaban con certeza a ninguna parte. Cuando cayó de rodillas, ella se acercó y lo agarró para sacarlo de allí.

—¡Déjame! ¡Dejadme todos en paz! ¡Necesito que esto se acabe ya! —gritó él.

Rechazó la ayuda de Ana desprendiéndose de su agarre con un empujón descontrolado. Los gritos, en la plaza, volvieron a sembrar de pánico el aire de la ciudad, al ver a la muchacha desestabilizarse en el borde del acueducto. Alvarito se asustó y se levantó como impulsado por un resorte, aterrado por la posibilidad de causarle la muerte, a la

vez que Mateo reaccionó agarrando a Ana de un brazo. Esta, que se había quedado sin respiración al sentirse caer, inhaló un suspiro de alivio que duró apenas unos instantes: los que tardó Alvarito en ponerse en pie. El joven fue hacia ellos, trastabilló en una de las irregularidades de la piedra milenaria y, un instante después, su cuerpo se precipitó al vacío.

El ruido seco de su cuerpo contra el suelo enseguida fue sustituido por los gritos de la multitud.

Capítulo 64

Jimena y Germán observaban embobados a su pequeño, mientras la partera y las dos mujeres que la acompañaban terminaban de recoger la habitación. Estaban tan absortos que apenas repararon en los gritos que ascendían por la escalera procedentes del obrador, donde se libraba una batalla verbal entre Laura y Ramona. Esta se había serenado en presencia del alcalde de la ciudad, pero, cuando él se marchó, abandonó el papel de dama, que se esmeraba en interpretar en sociedad, y comenzó a lanzarle reproches subidos de tono a su hija por su comportamiento. Según ella, dejaba en evidencia a la familia al relacionarse con gente como la panadera. Si había consentido que colaborase en la mesa de los comerciantes, había sido porque era algo puntual y caritativo, y porque el comercio había sido el origen de la fortuna familiar, pero hasta ahí. Tenía grandes planes para los Martínez, y aquello de acompañar a «esa mujer» en su parto los frustraba, porque en su mente las devolvía a la casilla de salida en la partida social que estaba jugando.

—Madre, ¡ya está bien! No es lugar ni momento para reproches.

—Es el mejor lugar. No creo que nuestra casa, que es muy decente, se merezca que hablemos de esta…

—¡Insultar a mi amiga no es un buen camino…! —le espetó Laura—. ¡No lo voy a consentir ni una sola vez más! Ni eso, ni que me diga con quién puedo o no hablar, a quién puedo o no tratar.

—Y yo no te voy a consentir que me faltes al respeto. ¡Soy tu madre! Te ordeno que salgas de aquí. Esta gente no es como nosotros,

y no voy a permitir que te mezcles con ellos.

Laura negó con la cabeza, estupefacta por la ceguera de Ramona.

—Jimena es igual que yo —le dijo con toda la calma que pudo reunir.

—¡No es de nuestra clase!

—¿Qué clase? —le preguntó, comenzando a alterarse—. Jimena tiene un negocio, igual que padre. ¿Qué diferencia hay entre las dos?

—Pues… —intentó alegar su madre.

—¡Ninguna! —la cortó la chica—. La única diferencia entre nosotras está dentro de una cabeza llena de sueños de grandeza.

—Esa *mujer* —escupió con desprecio Ramona— no es como tú.

—Esa mujer se llama Jimena y es exactamente igual que yo. Nacimos el mismo año, fuimos juntas a la escuela, y no recorre nuestras venas ni una gota de sangre noble; por lo menos, las mías. Igual en la suya hay algún antepasado que desconocemos y resulta que sí —dijo Laura, con rabia—. Nuestra ropa, nuestra casa y los criados que tenemos solo indican que el negocio de padre funciona muy bien y da dinero. La suya, cubierta de harina, demuestra que trabaja con sus manos y se gana el sustento, algo que tiene mi admiración.

—¿Cómo puedes decir que admiras a una panadera?

—Y ¿cómo no iba a hacerlo? ¿Es que no lo ve? Es la dueña de su vida, una vida, por cierto, mucho mejor que la mía. Además de admirarla, la envidio. En esa habitación en la que está ahora mismo, hay un tesoro que nosotros no alcanzaremos a conseguir por mucho éxito y mucho dinero que pueda amasar mi padre.

Ramona miró alrededor intentando encontrar un motivo por el que Laura pudiera sentir envidia y admiración por Jimena. El obrador era una sala amplia en la que había un horno de leña donde se cocían el pan y los dulces, además de una mesa larga de madera en la que la panadera y sus ayudantes daban forma a las elaboraciones. Dos palas largas, de las que se usaban para sacar el pan, se apoyaban por el mango en el suelo y se recostaban contra uno de los laterales del horno. En un rincón, se amontonaban sacos de harina, y en otro había dos cubas de madera en las que se trabajaba la masa y se dejaba reposar hasta que la levadura fermentaba.

Olía bien y el suelo estaba limpio, pero se notaba que nada en aquella habitación era nuevo. Jimena había heredado de su padre el negocio, y este del suyo, por lo que las herramientas cargaban a sus espaldas muchos años de trabajo. El uso constante se notaba en el desgaste de la mesa, en las huellas en el mango de la pala y en los restos de humo que se acumulaban en el techo.

—No, no veo nada de lo que dices. Solo veo pobreza y alguien que está muy lejos de quien puedes llegar a convertirte tú —dijo Ramona, muy seca—. Sal de aquí de inmediato si no quieres ser toda la vida una fracasada. Tienes en tus manos el futuro que estamos labrando tu padre y yo, y lo vas a tirar por la ventana.

—¿Futuro? ¿De verdad? ¡Esto es en lo que me ha convertido ese «futuro»! —Se señaló sus generosas formas, que rebosaban del vestido que había elegido para esa tarde—. ¿Alguien se ha preguntado por qué como tanto? Porque es lo único en lo que no me controlan y es la única felicidad que le he encontrado a la vida tan maravillosa que me están dando mis padres. Porque, además, me di cuenta de que engordar, por contradictorio que suene, me hacía cada vez más pequeña y más invisible. Las hijas de esas nuevas amigas no querían jugar con la niña gorda, y sus hermanos… ¿cómo van a poner los ojos en alguien como yo?

—Siempre puedes comer menos y estilizar un poco tus formas —sugirió la mujer.

—¿Para resultar más atractiva y que me casen contra mi voluntad con alguien con quien no tengo nada en común, como a mi hermano?

—Tu hermano y Ana hacen muy buena pareja —argumentó Ramona.

—Madre, ¡ni se soportan! Llevan meses sin apenas hablarse, atrapados en una mentira.

—¡Qué vas a saber tú de los sentimientos de tu hermano, si ni siquiera os lleváis bien! Le odias porque brilla a tu lado.

Laura negó varias veces, perpleja por lo poco que la conocía su propia madre. No se daba por enterada de la infelicidad de Ana o Alvarito y, mucho menos, de los sentimientos que ella albergaba hacia él.

—No odio a mi hermano; solo odio de él que no haya sido capaz, siendo un hombre y pudiendo hacerlo, de plantarse. Es un comodón,

que no se ha molestado ni en ofenderse por un matrimonio infeliz.

—¡No es un comodón! ¡Yo solo quiero lo mejor para vosotros, y él lo entiende, no como tú!

—No, madre, es lo mejor para la familia. Queda bien frente a los demás y es la mejor baza para los negocios de padre. Pero son nuestras vidas, no las suyas. Vivir a través de los hijos no creo que sea buena idea. Pensaba que hay que vivir con ellos. Hay que buscar la felicidad, pero nunca a cualquier precio. Si es a costa de la infelicidad de los que nos rodean, entonces no creo que merezca la pena ni intentarlo.

—Y ¿qué piensas hacer? Dime —le preguntó Ramona—. Que yo sepa, nos debes respeto y obediencia a tu padre y a mí, al menos hasta que tengas un marido. Y si sigues como vas, dudo mucho que lo consigas. ¿Piensas irte de casa? ¿Adónde?

A Laura no le dio tiempo a replicarle a su madre. Se escuchó un gran revuelo de voces en la puerta de la panadería. Parecía que todo el mundo había decidido dejar la plaza Mayor a la vez. Un hombre vestido con uniforme militar entró en la panadería y preguntó por Germán.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura.

—Parece que un hombre se ha caído del acueducto hace un rato.

—Jesús. —Se santiguó Ramona—. Esta semana Segovia está desconocida. ¡Qué desgracia!

No sabía lo que esas palabras representarían en su propia vida.

Capítulo 65

Ernesto corrió todo lo rápido que pudo hacia el número 2 de la plazuela de Guevara, hasta la sede del *Diario de Avisos*. Desde ese mismo año, el periódico salía a última hora de la tarde y estaba seguro de que Pedrazuela, que vivía en el mismo edificio y que prácticamente no se movía de su despacho, estaría de acuerdo con él en que la noticia que traía requería parar la rotativa e incluirla en la primera plana. Recordaba pocas semanas como aquella en las que, por dos veces, tuvieran que informar de muertes dramáticas en la ciudad. En el diario eran más frecuentes las esquelas conmemorativas; proporcionaban notables beneficios, pero no excitaban el interés de los lectores, ni incrementaban las ventas y, mucho menos, estimulaban a los reporteros.

—¡Don Gregorio! —gritó el periodista, entrando a la carrera.

Pasó como una exhalación al lado de la pared decorada con retratos de hombres ilustres de la provincia como José Rodao, Ezequiel del Olmo, José Quevedo o Daniel Zuloaga, y casi derrapó hasta llegar a la mesa del director, que le observó estupefacto.

—¡Don Gregorio! —repitió, jadeante—. ¡Traigo la noticia del día! ¿Estamos a tiempo de publicarla?

Gregorio Bernabé Pedrazuela observó a Ernesto con gesto serio; evaluó su aspecto despeinado y sus mejillas enrojecidas por la carrera y después le señaló el reloj de la pared del despacho.

—¡Llegas tarde, Guerra! —le dijo—. He tenido que redactar yo mismo la crónica del mercadillo benéfico, y bien sabe dios que me lo he tenido que imaginar a través de lo poco que he logrado sacar en claro de lo que me ha contado mi sobrina, que es la que ha estado allí y a quien he debido recurrir. Todo aburridísimo, por cierto. Nada digno de una primera plana. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Persiguiendo una noticia de verdad. ¿No nos dice siempre eso, que debemos estar atentos? Pues yo lo he estado. El mercadillo no tenía ningún interés, pero lo que he visto…

—Ahora me dirás que es de primera plana.

—¡Por supuesto! —insistió Ernesto—. De esas noticias de las que se habla durante semanas y tenemos la oportunidad de ser los primeros que la den.

Pedrazuela se rascó la barba evaluando la situación. Ernesto no era una cabeza hueca. Si había llegado tarde con la noticia que le había encargado tenía que ser por algo, así que empezó a considerar lo que le estaba contando, aunque sin abandonar la prudencia.

—El cajista debe de estar a punto de terminar la composición de la página con la noticia. Pero ¿acaso tú la has redactado ya? —le preguntó a Ernesto.

—No, pero bastará con que pongamos unas letras enormes. No vamos a necesitar mucho más, se lo prometo. Mañana podemos desarrollarla; pare la impresión y escúcheme.

—No pienso hacer eso hasta que me digas de qué se trata —replicó Pedrazuela, que no acababa de compartir el entusiasmo de su reportero.

—Alvarito Martínez, el hijo del dueño de la fábrica de luz, se acaba de caer desde el acueducto y está muerto —soltó Ernesto.

Gregorio, amigo personal de Álvaro Martínez, se quedó paralizado unos instantes. Después, empujó la silla en la que estaba sentado y se levantó, durante un momento, no supo si para dirigirse a la zona de imprenta o para buscar a su amigo, pero al final le pudo la profesionalidad y reaccionó.

—Bendito sea Dios, qué semana llevamos en Segovia. Primero lo de Santa Eulalia, y ahora esto. Cualquiera que no sepa que en esta ciudad nunca pasa nada, podría pensar que es un sitio peligroso. ¡Qué casualidad que las dos cosas hayan sucedido con tan pocos días de diferencia!

—No es casualidad, don Gregorio, las dos noticias están relacionadas —dijo Ernesto, con entusiasmo—. Yo lo he visto y lo he oído todo. Alvarito, antes de precipitarse, ha dicho que él había matado a ese hombre de la taberna de la tía Paca.

—¿Estás seguro? —preguntó Pedrazuela.

—Dijo eso, que su padre no le perdonaría que hubiera matado a

Enrique; yo lo escuché.

—¡Imposible!

La voz que había pronunciado aquella única palabra no era la de don Gregorio, sino la de otro reportero que entraba en ese momento al despacho con las mismas intenciones que Ernesto. Era Félix Gila y traía una noticia que también consideraba que era de primera plana.

—¡Lo ha dicho! Yo lo he oído —se defendió Ernesto.

—Pues aquí hay algo que se nos escapa —argumentó Gila, arrugando el entrecejo—, porque hay otra persona en estos momentos detenida por la Guardia Civil. Vengo de allí; me dieron el soplo de la detención, y fui a ver si podía averiguar algo antes de que saliéramos a la calle.

—¿Y quién es? —preguntó don Gregorio.

—Severino Cuesta, el boticario de la calle Real —respondió Félix.

—Pero ¿a ese no lo habían interrogado y soltado ya? —preguntó Ernesto, que seguía impaciente por que se movieran para preparar la noticia, pues quería ir después a ver a Álvaro Martínez.

—Sí, pero, al parecer, siempre pensaron que había sido él; solo lo soltaron para ver si cometía un error. Y lo hizo. Le dio a una de las lavanderas del Clamores el traje que llevaba esa noche para que le limpiase la sangre, y a la chica le ardió la conciencia y ha ido a contárselo a la Guardia Civil. La hija de la Paca lo señaló desde el primer día como el tipo que la agredió en la taberna la Noche de San Juan.

—¿Y entonces por qué ha gritado Alvarito Martínez que él era el asesino? —se preguntó Ernesto.

—¿Estás seguro de lo que has escuchado? —preguntó Gregorio.

Ernesto se quedó pensativo.

—Sí, pero el caso es que…

—¿Qué?

—Que también dijo que él no lo había hecho. Parecía un loco. Y antes de precipitarse al vacío le gritó a su mujer que fue otra persona. Le dijo algo así como que ella lo conocía, que por culpa suya ella no

era feliz.

—¿Dónde estaba su mujer? —preguntó Pedrazuela.

—¡En el acueducto! Fue a ella a quien seguí cuando vi que salía corriendo y me olió raro.

Pedrazuela valoró unos segundos lo que le acababan de contar sus reporteros y enseguida reaccionó.

—Seguidme —les dijo.

Los condujo hasta la rotativa en la entreplanta y allí detuvo el trabajo del cajista, que estaba a punto de iniciar la impresión. Este chasqueó la lengua, molesto, pues aquello suponía que tendría que retrasar su llegada a casa, pero obedeció al director.

—Vamos a publicar dos noticias —dijo Pedrazuela, volviéndose a los reporteros— breves, que irán en la primera plana compartiendo espacio. Tú, Ernesto, contarás lo que viste de la muerte de Martínez, y tú, Gila, lo que sepas de la detención del boticario. En ningún momento quiero que la muerte del primero se relacione con Santa Eulalia. Al menos hasta que estemos seguros de lo que ha pasado. Solo publicaremos hechos constatados. Guerra, ni una sola palabra de lo que escuchaste de boca de Martínez. ¿Entendido? Ni una sola valoración personal de los hechos, y esto es para los dos.

Ambos reporteros asintieron.

—Poneos ahora mismo. Tenéis un cuarto de hora para redactar los artículos.

Pedrazuela cogió su sombrero y su bastón.

—¿Se va? —preguntó Ernesto.

—Mañana ampliaremos las noticias, pero antes debo enterarme bien de lo que está pasando. Soy amigo de Álvaro Martínez, así que se impone que lo acompañe. A ver si puedo hablar con la mujer de su hijo, y sacamos algo en claro de todo esto.

Los dos reporteros se miraron un instante y, ante un gesto impaciente del cajista, salieron disparados hacia la redacción para preparar sus artículos.

Capítulo 66

Eran más de las ocho y media cuando Ana llegó a la casa, impresionada y exhausta por lo vivido en las últimas horas. Desde su posición en el acueducto, sujeta por los protectores brazos de Mateo, no alcanzó a seguir la trayectoria de Alvarito al caer al vacío, pero sí lo vio trastabillar y precipitarse. El golpe seco de su impacto contra el suelo y los gritos sobrecogedores de los testigos seguían resonando en su interior y alterando su respiración.

No debió asomarse después, ahora lo sabía. Lo que habían percibido sus oídos anticipaba la dantesca imagen que encontró, el horror del cuerpo desmadejado y roto de su esposo contra el suelo. Ese instante, la imagen le provocó un malestar físico, mezcla de incredulidad, repulsión e impotencia, y su recuerdo ahora la torturaba por no haber podido ayudarle.

En la salita de la casa encontró a Ramona, sentada en un sillón y acompañada de Laura. Esta se empeñaba en ofrecerle consuelo, pero su madre la rechazaba una y otra vez con soberbia. No lloraba; permanecía erguida e impertérrita, como si aquella tarde no hubiera sucedido nada. Semejaba estar entera hasta que volvió la vista a Ana y los enrojecidos ojos de su nuera le confirmaron lo que no quería creer. Entonces, sin caerse, Ramona cayó. Se partió por la mitad, como si un rayo hubiera deshecho el suelo que la sostenía y la hubiera convertido en una ruina. Empezó a encogerse en el sillón, bajó la cabeza y empezó a encogerse muy lentamente.

En silencio.

Sin lágrimas.

Su mente se enredó en preguntas sin respuesta y, en medio de la tormenta que la azotaba, empezó a ahogarse. No podía soportar que todo su mundo se hubiera precipitado esa tarde de junio junto a su hijo, esa realidad nueva que se abría paso en su corazón y la convertía en una madre huérfana de su hijo.

«¿Hay una palabra para esto? ¿Cómo es posible que no la encuentre? ¿Cómo se han olvidado de inventar algo que abarque este

dolor tan absoluto?», pensaba Ramona.

Su hija volvió a insistir con la tila, con el mismo nulo éxito que las veces anteriores. Ella la apartó con una suavidad impropia de su carácter y fijó los ojos en un punto de la pared. Laura, rendida, miró a Ana y le hizo un gesto para que salieran de la habitación, después de dejar a su madre al cuidado de una vecina. Ambas jóvenes se encaminaron al patio trasero para hablar en privado.

—Ana, tienes que decirme qué es lo que ha pasado, qué le ha sucedido a mi hermano —suplicó Laura.

Ana suspiró. Precisaba una tila o algo que mitigase las emociones de ese día, que empezaba a declinar en Segovia, quedarse a solas y gritar para sacarse de dentro la angustia y la impotencia, pero entendía que Laura necesitase aquella conversación.

—Todavía no lo entiendo, solo te puedo hablar de lo que vi —le dijo.

—Eso será suficiente.

Ana inspiró un aire que le pareció más denso que nunca y empezó a hablar:

—Después de que te marchases, se presentó tu hermano en la plaza. Incluso desde la mesa pude ver que su rostro no auguraba nada bueno. Venía… no sé si furioso o delirante; en cualquier caso, muy alterado. Pensé que se iba a acercar a mí, que me gritaría por estar en la mesa de las comerciantes, o que… —se ahorró contarle que se le había pasado por la cabeza que Alvarito se hubiera enterado de su cita con Mateo—, pero… —necesitó otra pausa para tomar aliento— lo que hizo fue taparle la boca a una chiquilla y arrastrarla fuera de la plaza. Se la llevó delante de todo el mundo y sin que nadie se percatara de que lo hacía. Nadie, excepto yo, que lo estaba mirando.

—Y ¿por qué hizo eso? —preguntó Laura, con gesto preocupado.

—Aún no lo sé, pero me asusté tanto al ver los ojos espantados de la chica que arrastré a Mateo conmigo y salimos corriendo tras él.

—¿A Mateo Garrido? ¿Por qué pediste ayuda a Mateo? ¿Dónde estaba Mateo?

—Se acababa de parar junto a la mesa, y la muchacha venía con él, pero estaba a su espalda cuando Alvarito la cogió, y él tampoco lo

vio. Le obligué a correr tras ellos, pero entonces, cuando llegamos a la altura de la panadería, apareciste tú.

Laura recordó que en ese momento Mateo estaba allí, pero pensó que había sido una casualidad, que iría a visitar a Germán y se habían encontrado en la puerta.

—Mateo siguió a tu hermano mientras yo buscaba a un médico —continuó Ana—. Cuando pude seguir buscándolos, los encontré en el acueducto. Llegué a tiempo de ver cómo tu hermano gritaba incoherencias, como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué incoherencias? —preguntó Laura.

—Decía que él no había matado a nadie, que teníamos que creerlo. Que esa muchacha podría salvarlo.

—¿Salvarlo? No entiendo.

—Yo tampoco entiendo qué le estaba pasando —dijo Ana.

—¿A quién se supone que mató mi hermano?

—A Enrique; dijo que tu padre no le perdonaría haber matado a Enrique. Estaba como ido, loco, desquiciado… Subí al acueducto y le pedí a Mateo que me dejase a mí convencerlo para que bajara.

—¡Dios mío, Ana! ¿Cómo se te ocurrió subirte ahí?

—Daba mucho miedo verlo tan enfurecido. Temía por la chica, pero también por él. Me acerqué y, en un momento en el que nuestra conversación lo despistó, la niña se zafó y se puso a salvo. Pero entonces…

—¡¿Lo empujaste?! —gritó Laura—. ¡¿Lo empujaste, Ana?! —volvió a gritar, zarandeándola, presa de un ataque de histeria.

—No, no lo empujé, tranquilízate. —Ana se soltó de Laura con la mayor suavidad de la que fue capaz y siguió hablando—: Logré agarrarlo, pero él se soltó, gritando otra vez, y me hizo perder el equilibrio, tanto que a punto estuve de caerme del acueducto. Estoy segura de que no pretendía empujarme; al momento intentó sujetarme para que no me precipitara, pero tropezó, a la vez que Mateo me atrapaba del brazo, y… Laura, lo siento, lo siento tanto…

Una lágrima rodó por el rostro de Ana, a la vez que Laura

Martínez se dejó caer en el asiento de piedra del patio. Esta se cubrió el rostro con las manos y también empezó a llorar. El dolor que sentía empezó a desbordarse de su interior con cada lágrima. No se llevaba bien con Alvarito, discutían y se provocaban, pero era su hermano y lo quería. No podía creer que estuviera muerto, que ya no volvería a hablar con él ni podrían lanzarse todos aquellos reproches que formaban parte de su extraña manera de relacionarse.

—¿Y no sabes por qué se llevó a esa niña? —preguntó Laura, cuando logró serenarse.

—No —susurró Ana, temblorosa, sentándose al lado de su cuñada y tomándole una de las manos con las suyas.

Álvaro Martínez entró en el patio, buscándolas. Llevaba unas horas de un lado a otro, hablando con las autoridades, atendiendo a los amigos que se habían acercado para prestarle su apoyo y organizando todo para el velatorio.

—Estáis aquí —les dijo—. Laura, ocúpate de tu madre. De que coma y de que se acueste un rato, mañana será un día complicado. Tengo que hablar con Ana.

—Sí, padre.

La chica se levantó y entró en la casa, dejando a su cuñada a solas con su padre.

—¿Puedes contarme qué pasó? —dijo Álvaro, y, más que a petición, sonó a orden.

Ana se puso en pie, se secó las lágrimas y volvió a repetir la historia. La misma que les contó a los agentes que se presentaron tras el accidente. La que le había contado hacía unos instantes a Laura. La que martilleaba su cerebro porque, cada vez que la recordaba, volvían a su mente las imágenes de lo ocurrido, y su cuerpo se estremecía con las sensaciones evocadas, que eran capaces de reproducirse con una nitidez tan pasmosa que la estaban dejando sin energía. Cuando llegó a las últimas palabras que pronunció Alvarito, su padre se quedó callado.

—¿Quién te hizo daño a ti? ¿A quién se refería, Ana?

—¡No lo sé!

—Pues tendré que averiguarlo. Está en juego el nombre de mi

hijo. En un par de horas, nos traerán el cadáver para velarlo; voy a hacer que dispongan todo en el zaguán. Estoy seguro de que vendrán muchos curiosos y no quiero que entren en casa. Bastante tenemos con lo que hablarán de todo esto. Después, me iré a ver a Mateo Garrido.

A Ana el corazón le empezó a latir a toda velocidad, pero procuró disimular el sobresalto. Álvaro sabía que los chicos se llevaban mal desde siempre y temió que le quisiera acusar de empujar a su hijo.

—Mateo trató de que bajase —dijo ella.

—Lo sé, había mucha gente allí y todos me lo han dicho, pero quiero que me diga qué pasaba con esa chica y Alvarito —contestó el hombre.

Cuando Álvaro se dio la vuelta para marcharse, Ana se sentó de nuevo y se quedó un rato más en el patio. Empezaba a refrescar y se abrazó a sí misma, en un intento de espantar el frío. Hacía solo un día buscaba desesperada la manera de huir de Alvarito y, en ese momento, se daba cuenta de que se había abierto una puerta inesperada.

Sintió vértigo.

Era lo que necesitaba para recuperar su libertad, pero, por más que quisiera correr y atravesarla, no sentía que las cosas debieran haber sucedido así. Prefería que la tachasen de cualquier cosa por abandonarlo que aquella espantosa muerte de la que se sentía de alguna manera responsable. Si no hubiera tratado de agarrarlo… Si no le hubiera puesto más nervioso de lo que estaba… Se cubrió la boca con una mano y lloró, buscando el consuelo donde siempre lo encontraba, en los poemas de Bécquer. Silenciosa, los fue recitando, en un orden sin orden. Sus lágrimas se mezclaron con las rimas del poeta, se perdió en ellas, entonándolas bajito, como una oración que, poco a poco, consiguió que se sintiera mejor.

Más calmada, dejó el patio y subió hasta su habitación. Las criadas habían vuelto a dejar en el armario los trajes de su marido, colocados como antes de que él los desordenase por la mañana. Supuso que, como Ramona no estaba en condiciones, ella debería elegir uno para amortajarlo.

Fue recorriéndolos todos, intentando decidir cuál era el más apropiado.

Al repasarlos, uno de ellos le llamó la atención porque el pantalón

tenía algunas manchas. Lo sacó y lo observó con detenimiento a la luz de la bombilla de la habitación y probó a frotar aquella suciedad. La eliminó sin ningún esfuerzo, no era más que polvo.

Al sacudirlo, desapareció.

Capítulo 67

La Guardia Civil, tras un intento frustrado de interrogar a Pinar, decidió que lo aplazaría para el día siguiente. Quizá la noche lograra que se serenase y pudiera, al fin, hablar. Llevaba temblando desde que Alvarito le puso la mano sobre la boca en la plaza Mayor. Sudaba, su respiración discurría errática, y ni las caricias de Lucía, un bálsamo siempre para ella, lograban bajar sus niveles de ansiedad.

Tampoco había conseguido descansar cuando los agentes se marcharon.

En cuanto cerraba los ojos, la sensación del hombre a su espalda, con la mano sobre su boca impidiéndole gritar, se colocaba en un primer plano. La impresión de realidad era tan abrumadora, que necesitaba abrir los ojos y repetirse que aquello ya había pasado. Pero no podía. Sus sentidos, engañosos, la devolvían al acueducto; notaba el agarre de Alvarito en los brazos y el vértigo mareándola. Su respiración irregular competía con el caos de sus latidos y reclamaba el refugio de los brazos de su madre, sintiéndose la niña pequeña de la que días antes renegaba. Se fue a la cama, sin contarle a nadie por qué el hijo de los Martínez se la había llevado.

Sin embargo, aunque su familia y las autoridades se lo consintieron, había una persona que no podía esperar. Álvaro Martínez se presentó en la casa de la calle de la Plata un poco después de las diez de la noche. Pedrazuela había hecho algunas preguntas y había averiguado para él la dirección y el nombre de la chica.

—Quiero ver a Pinar —exigió Álvaro a Lucía, cuando esta le abrió la puerta.

—Mi hija no se encuentra en condiciones ahora mismo, y no son horas, señor —se excusó, pero no fue capaz de evitar que el hombre entrase en tropel hasta la cocina.

—Tiene que decirme qué pasó. ¡Lo exijo! —le gritó.

—Y yo le exijo que se marche. Mañana volverán las autoridades para hablar con ella. Quizá esté más tranquila y pueda contarnos a

todos lo que sabe. Ahora no es momento, está muy impactada.

Álvaro siguió con sus exigencias, lo que asustó a Andrés y a Lucas, que se acurrucaron en la cama, y a Pinar, que comenzó a llorar en la suya. Mateo, al escuchar el alboroto, se levantó, se vistió con rapidez y se dirigió a la cocina.

—¡Basta! —gritó enérgico, en cuanto entró y se encontró con el hombre furioso—. ¿Con qué derecho entra en esta casa, a estas horas, y arma este escándalo?

Al verlo, Martínez pareció percatarse de dónde estaba. Recordó, del tiempo en el que vendía capotes para el Ejército, que había visitado aquella casa cuando Garrido padre se ocupaba de las compras de material para el Regimiento.

—¿Esta es tu familia? —preguntó Álvaro.

Mateo le sostuvo la mirada y no contestó de inmediato, así que Álvaro, fuera de sí le gritó:

—¡Tienes que decirme qué ha pasado!

Mientras Martínez gritaba, Pinar entró en la cocina. Traía los ojos enrojecidos y unas profundas ojeras enmarcaban sus párpados. Llevaba puesto un camisón que en algún momento había sido de Lucía, iba despeinada y descalza, y la fragilidad que transmitía su aspecto se contradijo con la firmeza de sus palabras.

—Yo le diré lo que quiera, pero deje en paz a Mateo.

—Pinar, no es necesario que hables ahora, tienes que descansar. Ha sido un día muy duro —le dijo Lucía.

—Sí es necesario —contestó ella.

Se quedó parada, con la postura crispada. Mantenía los puños cerrados con fuerza y la tensión de su cuerpo era palpable.

—Pinar… Si no quieres…

—No, Mateo, ya no voy a callar. Quiero hablar.

Lucía se acercó a su hija y la condujo a una silla de la cocina. Después, con un gesto, invitó a los demás a que se sentaran. Los dos hombres lo hicieron sin mediar más palabras. Pinar iba a abrir la boca, pero entonces Lucía vio las figuras de sus dos hijos pequeños en

la puerta de la cocina. Les pidió que le dieran un momento y se los volvió a llevar a la habitación. No sabía lo que iba a contar Pinar, pero prefería que ellos no estuvieran presentes.

—Habla, cariño —le dijo con delicadeza a su hija, cuando volvió y se sentó a su lado. Le tomó la mano para prestarle su apoyo.

—La mañana después de la hoguera…

Pinar relató lo que había sucedido en el arroyo. Al principio, las palabras le eran esquivas, pero, a medida que avanzó el relato, se fue tranquilizando y las encontró. Les contó todo, incluido el beso que le había dado Alvarito, que ella había aceptado y devuelto, y que había borrado cualquier preocupación durante el poco tiempo en el que no fue consciente de lo que realmente había pasado. Habló de la sangre en la camisa, de aquella historia de la gallina y de cómo, pasados los días, empezó a temer que fuera él quien había matado al hijo del tabernero, del que todo el mundo hablaba. Les contó el miedo que había sentido esos días, cuando vio a Alvarito rondando por el lavadero. Al llegar al momento en el que se la llevó, su relato se volvía más confuso.

—Me decía que yo era la única que podía salvarlo, que tenía que contar a todo el mundo que estuvo conmigo. Pero no es verdad. Cuando mataron al tabernero, yo estaba durmiendo en casa. Volví de la hoguera con mi familia y con Mateo cerca de medianoche, mucho antes del asesinato, y a él me lo encontré al amanecer en el arroyo.

—Así que es verdad lo que dijo, fue él… —concluyó Mateo, tenso—. ¡Fue él quien mató a Enrique!

Siempre había detestado a aquel hombre, pero no pensó jamás en que se convertiría en un asesino. No lo veía capaz de matar a nadie. A Pinar se le escaparon otra vez las lágrimas.

Álvaro se cubrió el rostro con las manos. Su hijo era un vago, un malcriado, pero tampoco podía asumir que se hubiera convertido en un monstruo semejante. Si esa niña contaba a las autoridades lo que había dicho sentada a la mesa de la cocina, no habría manera de limpiar su nombre jamás. El de su familia también se vería arrastrado, y sus negocios podrían irse a pique. Pensó en Ramona, en Laura. Pensó que el naufragio de su vida estaba a punto de consumarse. A la deriva, su barco solo tenía una salvación posible, y era hacer una apuesta. Al fin y al cabo, el dinero era lo único que le sobraba a Álvaro Martínez.

—¿Cuánto quieres por no hablar? —le preguntó.

Lucía y Mateo se miraron.

—¡¿Cómo dice?! —Lucía gritó fuera de sí. No iba a consentir que su hija mintiera para proteger a un asesino—. Si Pinar no cuenta esta

historia —le amenazó ella apuntando a Álvaro con un dedo acusador mientras se levantaba de la silla—, lo haré yo.

—Piénselo, podrían mejorar su vida.

—No necesito mejorar nada, señor, me hace más falta estar en paz con mi conciencia —dijo Pinar.

Lucía la abrazó. Podía haberse equivocado, todo el mundo se equivocaba muchas veces, pero Pinar le acababa de demostrar que lo que había tratado de enseñarle durante toda su vida no había caído en saco roto.

Mateo rogó a Álvaro que se fuera, y este, cabizbajo porque entendió que no iba a conseguir nada, lo hizo. No necesitaba ni media hora para llegar a su casa, pero tardó mucho más.

Precisaba un tiempo a solas para asumir que todo por lo que había trabajado durante toda una vida se había precipitado por el acueducto junto con su hijo.

Capítulo 68

Ana siguió en su habitación arropada por las rimas de Bécquer, anhelando el consuelo que, como una oración, serenase su espíritu y plegase el tiempo y la soledad de esas horas de espera, pero las letras se emborronaban frente a sus húmedos ojos. Había oído salir a Álvaro, pero no lo había oído regresar. Laura se había llevado a Ramona a su cuarto y la había acostado, y el espeso silencio de la casa, que se desharía en cuanto trajeran el cuerpo de Alvarito y las plañideras empezaran su trabajo, la aplastaba. Entre verso y verso, repasaba una y otra vez lo necesario para la mortaja:

el traje, los calcetines, los zapatos, la camisa. El traje, los calcetines, los zapatos, la camisa. El traje, los calcetines, los zapatos, ¿la camisa?

La camisa… Cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla. Cuando, por la mañana, Alvarito perdió los nervios al no localizar su traje, descubrió en el armario la camisa arrugada que ella encontró al buscar la llave de su casa y pareció sobresaltado al verla. Ana recordaba que él había salido del dormitorio con ella en las manos. Si por casualidad la había llevado al cuarto de la ropa, tendría que seguir allí, porque las criadas confirmaron que esa mañana la lavandera se había llevado la ropa sucia, pero antes de que Alvarito se pusiera como loco.

¿Qué sucedía con esa camisa?

Ansiosa por la ingrata tarea que tendría que abordar cuando trajeran a su marido, ataviarlo para su funeral, Ana decidió bajar a la estancia de la ropa para lavar. Quizá concentrarse en averiguar qué pasaba con esa prenda detendría la letanía de su mente y haría más soportable el tiempo que restaba hasta que hubiera de vestirlo para el sepelio. Cuando llegó al cuarto, inspeccionó los sacos. Había uno que contenía ropa limpia de Ramona, en otro se encontraba la de Álvaro, y en un tercero, un traje que reconoció como el que llevó a la romería Alvarito.

Al abrir el cuarto saco, entre las escasas prendas de ropa sucia de ese día, apareció la camisa. La observó a la luz de la bombilla y vio

restos de manchas concentradas en la manga izquierda. No parecía sucia, sino como si alguien la hubiera intentado lavar sin mucha pericia. No le dio tiempo a pensar mucho más, pues escuchó que llamaban a la puerta.

A esa hora solo podía ser que les traían el cadáver de Alvarito.

Capítulo 69

La larga madrugada en la casa de los Martínez arrancó con la preparación del cuerpo de Alvarito. Asistidas por las criadas, Ana y Laura se dispusieron a vestirlo, mientras Ramona seguía en su cuarto, aturdida por el dolor, y Álvaro continuaba sin aparecer.

—No puedo soportar esto —dijo Laura, nada más empezar.

Le temblaban las manos, y al desasosiego de su alma se sumaron la angustia y la ansiedad. Aunque antes de entregarles el cuerpo se habían disimulado las heridas de la caída, era difícil obviar su rostro deformado, o pasar por alto el frío que transmitía el cadáver. Laura, protegida por su madre desde niña, jamás había visto un muerto, y al dolor de aquella experiencia había que añadir que el primero era su hermano. Una náusea provocó que se llevase la mano izquierda a la boca y desató un torrente de lágrimas.

—Ve a tu cuarto, Laura, yo me encargo —le dijo Ana.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Ana ya no temblaba, asistida por una serenidad impropia de su juventud.

—No lo estoy, pero mira a tu madre, mírate tú; no sabemos dónde se ha metido tu padre. Alguien tiene que tomar las riendas.

—Pueden hacerlo las criadas.

—Si fueras tú, ¿te gustaría que tu familia te dejase en manos de otros?

Laura comprendía a Ana, pero se sentía asustada. En las últimas horas, había descubierto que su vínculo con Alvarito era más fuerte de lo que sospechaba. La mayor parte del tiempo, su relación navegaba entre insultos y bromas de mal gusto, pero ahora constataba que, por su parte, era un extraño juego en el que había disimulado su verdadero afecto. La noticia de su muerte la había sentido como un golpe que la derribó, pero el verlo inmóvil en aquella mesa la había

desarmado por completo. Su ánimo se ahogó por el ascenso en una colina tumultuosa de emociones: tristeza, desconcierto, conmoción, a las que se unió la soledad. A un dolor profundo como ninguno que pudiera recordar, vino a sumarse una invitada inesperada: la culpa. Esa convidada inoportuna le susurró al oído que se había portado mal con él en muchas ocasiones. Algunas, porque envidiaba las atenciones que le prodigaba su madre. Otras, porque añoraba su posición en la familia, el rol de hermano mayor, que en su mente siempre le pareció la situación más cómoda en la que uno podía caer al nacer.

Pero ahora sabía que no era cierto. Siendo la segunda, la niña, la que no contaba, la presión de Ramona había sido menor en ella. Se le antojó que sus imposiciones solo fueron incómodas piedrecitas en el zapato, no le había exigido ningún sacrificio personal como a su hermano. Aquella muerte inesperada la convertía en la única hija de los Martínez, el foco futuro de la atención de Ramona y sus pretensiones sociales.

Miró a Ana con cierta envidia. Esta estaba a tiempo de huir de su madre, pues el lazo que la ataba a la familia se había deshecho contra el suelo del Azoguejo. Pero ella debía quedarse y quién sabía qué planes se trazarían para su futuro sin tomarla en consideración. No era solo su presente el que se había teñido de negro.

Laura no pudo más y abandonó el improvisado velatorio del zaguán; en su cuarto, se encerró con un portazo.

Ana no le reprochó la huida. Sobreponiéndose a las sensaciones que a ella también la invadían, terminó de acomodar el cadáver con la ayuda de las criadas. Al abrochar la camisa con la que lo enterrarían, observó los moratones del pecho, los había visto en Alvarito de refilón días antes. No fue solo el recuerdo lo que llamó su atención, sino su color amarillento, que delataba su antigüedad, que los situaba en un momento anterior a la caída.

Cuando terminaron, Ana se dirigió a la habitación de Laura y llamó con los nudillos.

—¡Vete!

—Por favor, déjame entrar —le suplicó.

—No quiero hablar contigo. No quiero hablar con nadie.

—Laura…

Ana esperó a serenase sus sollozos. Aguardó unos minutos, con la espalda apoyada en la madera de la puerta y, cuando dejó de escuchar el llanto, se giró para abrirla. No le dio tiempo, pues por el pasillo avanzaba Álvaro Martínez; parecía haber envejecido años en las últimas horas y, aunque aún conservaba cierta serenidad de ánimo, llevaba la derrota escrita en los ojos. Ante un gesto suyo, Ana se apartó de la puerta.

—Laura —dijo él—, tenemos que hablar.

Sin esperar, giró el pomo y entró en la habitación, seguido por Ana. La luz de la luna perfilaba la silueta inmóvil de su hija en la penumbra, alentada por la tenue luz que se filtraba por la ventana abierta. Sentada en la cama, Laura ya no lloraba. Álvaro encendió la luz y después cerró la puerta y la ventana.

—Tengo algo que deciros. No sé ni por dónde empezar. —Suspiró y, después, con el aliento que le quedaba, soltó las palabras que le golpeaban la conciencia desde hacía unas horas—. Alvarito mató a Enrique.

Las dos muchachas escucharon el susurro de un padre derrotado, que admitía en voz queda el crimen que había cometido su hijo.

—Eso…, ¡eso no puede ser cierto!

—Todo indica que sí, Laura.

Álvaro Martínez tenía el alma hundida, y su cuerpo se acompasó a ella cuando se sentó en la cama, al lado de ella. Los hombros caídos, el cuerpo encorvado, la mirada al suelo. Su hija le tomó una mano y se la apretó con cariño.

—He localizado a la chica del acueducto y lo que me ha contado no deja muchas dudas. Estuvo en Santa Eulalia en San Juan; nos mintió.

Ana tembló. Acababa de cubrir con la camisa mortuoria los moratones de Alvarito, que sugerían lo mismo. Había tenido las pruebas de que él estuvo en la pelea delante de sus narices. También había encontrado una camisa con manchas que él se empeñaba en ocultar. Pero aún había más, sus propias palabras. Aunque en el acueducto defendió de forma vehemente su inocencia, en un momento de angustia extrema, se había inculpado en voz alta. Su desesperación y el miedo en sus ojos desquiciados y atormentados sostenían aquella posibilidad.

—¿Qué es lo que te ha dicho? —preguntó Laura.

Álvaro relató punto por punto lo que había contado Pinar en su casa. Al terminar el relato, Laura miró a su padre mientras se mordía el labio.

—Pero ¿por qué mi hermano mató a su mejor amigo?

Se habían dejado llevar por el quién, pero, como señalaba Laura, no había un porqué, al menos no uno que encajase dentro del cuadro de una amistad que había enmarcado casi toda su vida.

—No lo sé, Laura, no lo sé. Baja tú a atender a la gente —ordenó Álvaro a Ana—, yo me quedaré un rato más con mi hija. Y no digas nada de esto, te lo ruego, va a ser nuestra ruina. Al menos intentaremos que pase el entierro antes de que todo se sepa.

Esta asintió y salió del cuarto.

En la salita, Ana se encontró con vecinos de la ciudad que se habían acercado a mostrar sus condolencias y acompañarlos en aquella larga noche. Reconoció a muchos de los amigos de la familia y recibió como pudo las palabras de duelo, mientras de fondo se escuchaba el murmullo del rezo y los llantos de las plañideras.

Al amanecer, Ana vio a Mateo atravesar el zaguán, abierto para quien quisiera acercarse. Se levantó de la silla en la que llevaba sentada un rato y se acercó a recibirlo.

—Mi suegro nos ha dicho lo que cuenta Pinar. ¿Es cierto que Alvarito mató a Enrique? —le preguntó entre susurros, sin más preámbulos.

—Eso parece —contestó él, con el tono más bajo que pudo.

—Necesito pedirte algo, Mateo.

Ana tomó aliento antes de hacer su petición.

—No cuentes nada de esto.

—No es mi decisión, debe ser Pinar quien decida callar. Pero no lo va a hacer. Lucía tampoco se lo permitirá —le dijo, mirándola apenado, adivinando el hervidero de su mente.

—Por favor, Mateo. Por nuestra amistad. Esperad un poco antes de contarlo.

—Pero ¿por qué? Él lo gritó; tú y yo lo escuchamos y no estábamos solos.

—Lo sé. Y hay muchas más cosas que hacen pensar que fue él, pero Álvaro me ha pedido que al menos mantengamos esto en privado hasta que pase el entierro.

Mateo pensó que eso iba a ser muy complicado. No hacía falta que Pinar hablase para que los rumores empezaran a recorrer las calles de Segovia y la inundasen entera.

—Hay algo a lo que no dejo de dar vueltas —susurró Ana, y se detuvo para tomar aliento—. ¿Recuerdas lo último que dijo Alvarito? Sus últimas palabras.

—No sé; fue todo muy confuso —confesó Mateo.

La tensión de aquellos momentos le había impedido procesar toda la información y guardarla en su memoria de manera literal, pero a Ana se le habían clavado unas palabras en el alma. Por lo desesperadas y porque, en la mirada de Alvarito, vio algo que a Mateo se le escapaba.

—Yo las recuerdo. Dijo: «Fue él, Ana, fue él, tienes que creerme. Tú lo conoces, a ti también te hizo daño. Por su culpa no eres feliz».

—¿De quién hablaba?

—No lo sé. Además, ¿por qué Alvarito iba a matar a Enrique? ¡Era su amigo!

Ramona apareció en el zaguán acompañada de Álvaro, decidida a afrontar la realidad, y Ana, con un gesto leve de cabeza se despidió de Mateo.

Un estremecedor lamento de madre rota rasgó el cielo segoviano con las primeras luces del alba.

Capítulo 70

El lamento de las campanas volvió a despertar Segovia aquel 28 de junio de 1902, y el repiqueteo se repitió por la tarde, cuando se celebró el entierro. Los murmullos a la puerta de San Esteban, la iglesia donde se celebraba el funeral, recreaban la desgracia de boca en boca, aportando matices oídos aquí y allá, componiendo una historia hecha de retazos, en los que, con suerte, había algo de verdad y muchas fabulaciones. El deseo de Álvaro de que no se supiera que Alvarito estuvo en Santa Eulalia no se estaba cumpliendo, aunque aún no se gritara a los cuatro vientos que era el asesino, por respeto al momento.

Lo único que consiguió el empresario fue que el rumor no llegase hasta Ramona; la blindó con su abrazo y la protección de Laura y Ana, que la flanqueaban frente al altar. Al salir de la iglesia, la madre rota se desvaneció, y él aprovechó para ordenar a Laura que la llevase a casa con ayuda de unos vecinos. No consideró necesario exponerla al dolor del cementerio.

Después de que el coche fúnebre, por segunda vez en unos días, abandonara el Santo Ángel, Pedrazuela paró a Álvaro.

—Siento mucho todo esto —le dijo.

—Gracias, amigo, lo sé.

—Querría hablar contigo un momento a solas, si puede ser.

Ana escuchó al periodista y vio que se alejaba con su suegro de los corrillos de gente que esperaban para darles el pésame. Se había quedado sola frente a las condolencias, atendiéndolas desde detrás del velo negro que cubría su rostro, pero aun así pudo comprobar que la cara de Álvaro mutaba ante las palabras de su amigo periodista. No podía escucharlas, pero las intuía graves. No tuvo que esperar mucho para confirmarlas, en el coche de caballos que los llevó de vuelta, Álvaro le contó lo que el periodista le había confiado.

—Severino se está defendiendo, y su testimonio está regando por Segovia que el asesino de Enrique fue Alvarito, y que lo hizo porque

Enrique le debía dinero por asuntos de cartas. Dice que se la tenía jurada y que aprovechó la trifulca para darle un susto, pero que se le fue la mano. Salvo que suceda un milagro y las cosas cambien en unas horas, Pedrazuela publicará mañana esto en el *Diario de Avisos*.

—Y eso que es amigo de la familia —comentó Ana, con ironía.

—Da igual si no lo hace, de eso me quería hablar, no es el único periódico de la ciudad y esto es algo imparable. Entiendo que él tiene que proteger la reputación de su periódico. Si no lo publica, porque somos amigos, la gente desconfiará de su imparcialidad cuando cuente otras noticias —contestó Álvaro, rendido.

Después volvió a centrarse en sus pensamientos, oscuros y dolorosos. Solo se oían los cascos de los caballos que arrastraban el coche por la calle Real. El sonido rítmico de sus pisadas parecía un reloj descontando segundos hacia esa caída a la que estaba abocada la familia Martínez.

—Sé que no estabas enamorada de él —dijo el patriarca, rompiendo esa cadencia—, que te convertiste en su esposa porque mi mujer te tendió una trampa. Vete. Líbrate de lo que nos espera, tú puedes. Yo te daré dinero antes de que empiece nuestra ruina.

Álvaro extendía una alfombra a la huida que ella misma planeaba días antes. Era tentador, un camino fácil para empezar de nuevo, pero no dijo nada. Ese día había demasiado ruido dentro de sí misma para tomar cualquier decisión.

Ana cenó a solas con Álvaro y después se retiró a su habitación, donde las cortinas, los armarios y cada insignificante adorno empezaron a ahogarla. A pesar de que ella y su esposo habían pasado allí más de un año juntos, no se habían mezclado. Su espacio, el lado izquierdo de la estancia, se vestía con lo justo, ordenado y sobrio; el derecho, el de Alvarito, acaparaba objetos de niño consentido en su desorden ordenado por las criadas. Ambos se habían visto abocados a una situación que aceptaron de cara a los demás, pero, en la intimidad de su cuarto, deslizándose en el hueco entre las dos camas, un muro invisible los separaba. En ese instante se desvaneció frente a sus ojos, deshecha por la muerte la farsa de sus vidas, y sintió con fuerza su derrota.

Siempre estuvo enfadada por su poca capacidad de reacción; por no haber luchado con más ahínco para salir adelante cuando su vida se complicó, a la muerte de Candelaria. Por no haber agotado todas

las opciones antes de conformarse a aceptar ese matrimonio, pero ahora sabía que no había sido la única. Tampoco fue el deseo de Alvarito, y no solo porque no estuviera enamorado o porque, como siempre pensó, la considerase un trofeo del que se cansó enseguida. Alvarito había sido solo una marioneta en manos de Ramona, un peón en su juego de ascenso social. Un niño malcriado que se acomodó a lo que le dijeran con tal de tener lleno el bolsillo.

Se acostó, mas no conseguía que el sueño la alcanzase. Las palabras de Alvarito rebotaban en su mente una y otra vez, y, por más que lo intentaba, no encontraba a esa persona que él le dijo que le había arruinado la vida.

Pensó si se refería a Mateo, a su huida después del incendio. Quizá no eran más que palabras que reproducían la inquina que tenía hacia él, pero en ese caso podría haberlo señalado, aunque fuera con una mirada, pues lo tenía enfrente.

Pero no lo hizo, solo la miró a ella.

Se durmió dándole vueltas. Cuando su mente logró serenarse, empezó a soñar con una escena tranquila. Estaba en su casa de la calle Real, con Candelaria y Pedro, tomando una limonada. Los tres se contaban anécdotas y planeaban una salida, se iban a acercar hasta la Fuencisla. Pasearían por las inmediaciones de la iglesia de San Juan y después se acercarían al río. A Pedro le gustaba construir pequeños barcos con juncos que tiraban desde el puente. Ana, que en el sueño era una niña aún, correría hasta el otro lado para verlos cruzar y perderse con la corriente. Se reía anticipando la diversión, cuando Melocotón se subió encima de la mesa y le tiró encima el vaso de limonada que tenía frente a ella, al lado de su mano derecha. El líquido le manchó la manga y el pecho, a pesar de que intentó dar un saltito hacia atrás para evitarlo.

Entonces, despertó sobresaltada.

Se sentó en la cama, con los ojos muy abiertos y la respiración jadeante.

No era la limonada vertida en su vestido del sueño lo que le había causado el sobresalto, sino algo que debía comprobar.

Capítulo 71

Ana se levantó y se vistió a toda prisa. Bajó con premura las escaleras de la casa y entró en el cuarto de la ropa, rogando por que nadie se hubiese ocupado de ella aún. Aunque la familia hubiera estado abrumada con el funeral, supuso que las criadas habrían continuado con su tarea diaria, reduciendo las posibilidades de que todo siguiera en el mismo lugar en el que lo había encontrado el día anterior. Un primer vistazo le indicó que los sacos que había revisado no contenían lo mismo, pues algunos se veían bastante menos abultados. Emitió un gemido entre el fastidio y la desesperanza, pero enseguida se recompuso.

—Tiene que estar —susurró bajito, para infundirse ánimos.

Empezó por la talega más a la izquierda y la vació en el suelo sin ningún cuidado. Otro gemido se escapó de sus labios, era la ropa que llevaba Alvarito cuando se precipitó por el acueducto. La debían haber entregado con el cuerpo, cuando lo llevaron a la casa. Intentó obviar los restos de sangre y trató de controlar el temblor que le provocó recordar la terrible escena de su caída.

Tragó saliva y, después de apartar las prendas con el pie, abrió el siguiente saco. Manteles, los paños que habían colocado en el zaguán para adornar el velatorio. El tercero era la ropa de Ramona y Álvaro, el cuarto, la de Laura, otro más contenía la suya. Solo quedaba uno casi vacío. Lo volcó, con temor de que no contuviera lo que estaba buscando y que el rayo de luz que había vislumbrado en el sueño se desvaneciera.

Dejó salir un suspiro de alivio cuando la localizó. Se sentó en un taburete y estaba examinando la camisa cuando escuchó una voz a su espalda.

—¿Ana?

Al oír su nombre, se sobresaltó. Estaba tan concentrada que no había oído a Álvaro entrar en la estancia. El hombre no podía dormir y había bajado a la cocina a buscar un vaso de agua. Le pareció raro que hubiera alguien tan temprano en el cuarto de la ropa, pues las

criadas no se levantaban hasta una hora después. Se extrañó aún más cuando a quien encontró allí fue a su nuera, con la ropa tirada por el suelo.

—¿Qué haces? —preguntó.

—¿Cuándo sale la edición del periódico de Pedrazuela?

Ella le contestó con otra pregunta, mirándole a los ojos con un brillo que le desconcertó.

—¿Por qué?

—¿Cuándo sale? —insistió Ana.

—Supongo que por la tarde, como siempre.

—Pues entonces, aún nos queda un poco de tiempo.

Ana se levantó y se recogió la falda, como si tuviera la intención de salir corriendo en ese mismo instante. Él la sujetó por el brazo.

—¿Para qué nos queda tiempo? —preguntó.

—Para limpiar el nombre de Alvarito, al menos para sembrar la duda sobre si ha sido un asesino. Tenemos que hacer unas visitas, yo voy a peinarme un poco.

—Ana, no creo que sirva de nada ya. Las cosas son como son. Hay demasiadas evidencias que apuntan a que él mató a Enrique —dijo Álvaro, con pesar.

Ella se irguió y le miró con determinación.

—Hay otras que cuentan una historia diferente, y yo no me conformo.

—¿Y por qué? —inquirió su suegro—. Ya te dije que tú puedes irte. Te daré dinero para que empieces una vida en otra parte, no tienes por qué aguantar lo que acabará diciendo todo el mundo. No tienes por qué cargar con esto.

Álvaro se dejó caer en el taburete que antes había ocupado ella y se agarró la cabeza con las manos. Ana se agachó a su lado para que pudiera mirarla a los ojos.

—Si no hubiera intentado agarrarlo, quizá no se hubiera caído.

—Ana…

—Me iré, pero no pienso huir, y menos ahora que sé que hay algo que aclarar.

—No hay nada que aclarar —gruñó.

—Sí, ¡claro que lo hay! Alvarito gritó que no había sido él. ¡Un montón de veces por una sola que dijo lo contrario! ¿Vamos a dejar pasar eso?

—Nadie lo creyó, estoy seguro de que tú tampoco lo hiciste en ese momento. ¿Por qué te empeñas ahora en esto?

—Porque sé que me equivoqué. He encontrado algo.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó Álvaro.

—Tiene que ver con esta camisa; es la que lavó Pinar en el arroyo, creo que podría ayudarnos. Pero es largo de explicar y ahora nos queda poco tiempo.

Los ojos de Álvaro se quedaron fijos en los de Ana y se iluminaron levemente, como si devolvieran el reflejo de una luz que ella hubiera encendido, una diminuta que aflojó un poco el nudo que apretaba su pecho, dejando que el aire entrara en su cuerpo con más normalidad. Recogió la prenda que le tendía Ana sin comprender aún.

—Vístase. Me cambio y haremos unas visitas.

—¿A estas horas?

—No tenemos tiempo que perder.

Cuando se adecentó y regresó a la planta baja, con una llave en el bolsillo de la chaqueta y un chal por encima de los brazos, Álvaro la esperaba en el zaguán, también con una chaqueta. A pesar de que estaban a finales de junio, la madrugada segoviana era fresca.

—¿Dónde vamos? —preguntó Álvaro.

—A buscar a Pinar, y después tendremos que despertar al director del *Diario de Avisos* antes de que escriba nada para la edición de hoy.

—Y ¿para qué necesitamos a Pinar? Ya me contó lo que pasó.

—Contó lo que vivió, pero ella no estuvo en la taberna. Esa

camisa que tiene en las manos sí estuvo.

Álvaro se dejó guiar por ella. El día anterior había pensado en sus negocios, en lo que acusarían el golpe de toda aquella historia, pero desde que los empleados municipales bajaron el ataúd de Alvarito a la tumba y la sellaron, lo único en lo que podía pensar era en que había perdido a su hijo. Le alegraba que Ana estuviera decidida a limpiar su nombre y que lo arrastrase en su empeño.

Álvaro y Ana salieron de la casa a las cinco y media de la mañana. Al silencio del trayecto se sumó el de ambos, que no hablaron en todo el camino hasta la calle de la Plata. Sus mentes, sin embargo, no callaban.

La de Álvaro boqueaba entre emociones; la pena que sentía se parecía a unas manos que quisieran sumergirlo bajo el agua. Le costaba respirar. El padre de Enrique llevaba razón cuando lo vio derrumbarse en la puerta de la catedral, solo unos días antes: nada tenía sentido cuando se perdía a un hijo. No había fortuna capaz de saldar el precio de una vida, ni dinero suficiente para tapar el dolor. Las ganas de volver a la fábrica se habían esfumado y, si pudiera permitirse esa debilidad, haría lo que Ramona, encerrarse en el cuarto y llorar hasta quedarse sin lágrimas.

La mente de Ana bullía en hipótesis desde que se despertó de madrugada. Quería hablar con Pedrazuela para exponerle lo que había deducido y suplicarle que no publicase lo que Severino estaba contando a la Guardia Civil. Estaba convencida de que no era cierto, aunque entendía que el boticario lo hiciera para defenderse; las dos personas que podrían confirmar o desmentir que Enrique y Alvarito tenían deudas de dinero que saldar —la razón que el boticario esgrimía como móvil del asesinato— eran ellos mismos y estaban muertos, así que parecía una buena baza empeñarse en ello. Severino se jugaba acabar ajusticiado por asesinato; inventaría cualquier historia para salvarse del garrote. Ana sabía que era una persona ruin a quien no le importaba nadie que no fuera él mismo, incluso tirar por los suelos el honor de dos personas fallecidas. Lo sabía porque, cuando ella le pidió ayuda, que le fiase las medicinas para Candelaria, la echó de la farmacia de malos modos, demostrando una nula compasión por su situación y, con ello, abocándola a la vida triste que la había mantenido en pausa durante año y medio.

¡Él era la persona de la que le habló Alvarito! Era Severino quien le había dado el último empujón, el que la rindió, tras el cual acabó bajo el ala de Ramona, sin la posibilidad de ser feliz. Se rebulló de

rabia otra vez.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Álvaro, al oír que se le escapaba un bufido.

—Ahora lo contaré, cuando estemos todos —le contestó.

Llamaron a la puerta de Mateo y abrió Lucía, que se había despertado ya para ir a lavar. Con reticencia, los invitó a entrar a la cocina. Allí, Ana les explicó que tenían que hablar con el director del periódico antes de que se publicase ese día por la tarde.

—Necesito que Pinar responda a unas preguntas —le dijo Ana a Lucía.

—No entiendo su postura —contestó ella, con la cabeza alta—, le recuerdo que su marido se la llevó y puso su vida en peligro. La besó, y la estuvo acosando en el lavadero, yo lo vi. ¿Y todavía lo piensa defender?

—No voy a exculparlo de eso, pero tampoco quiero que su familia cargue con algo que no hizo. Es importante —suplicó Ana.

—¿Y no es también importante ella? Quiero que esto se acabe ya y mi niña vuelva a ser la que era. No voy a dejar que la agobien.

Mientras hablaban, Pinar y Mateo se acercaron a la cocina y se quedaron parados en la puerta. Ana, cuando se dio cuenta de que la firmeza de Lucía casi iba a ser imposible de derribar, se volvió hacia la muchacha. Tal vez a ella fuera más fácil convencerla de que la ayudase, aunque tenía que elegir bien las palabras.

—Ya sé que ahora no lo entiendes, Pinar, pero te prometo que, cuando me escuches, lo harás. Te suplico que me ayudes, por favor.

—Ana, creo que Lucía lleva razón —dijo Mateo—. Yo te acompañaré si quieres, pero no insistas con ella.

—Tú mejor que nadie sabes que no haría esto si no estuviera convencida de que es importante. No es por Alvarito —dijo, mirando a Álvaro, casi con una disculpa en sus ojos—, sino porque tiene que hacerse justicia para que todos podamos descansar con la conciencia tranquila. Confía en mí, Mateo —le pidió.

Él apartó a Lucía y se la llevó para hablar con ella en uno de los cuartos. Hasta Álvaro, Ana y Pinar llegaron, ahogados por la distancia,

unos susurros que ni el denso silencio de la cocina logró hacer comprensibles.

A las siete y media de la mañana, Ana, su suegro, Mateo y Pinar esperaban a que les abrieran la puerta de la redacción del *Diario de Avisos*, donde también se ubicaba la casa de su director.

Capítulo 72

Gregorio Pedrazuela acudió a abrir la puerta despeinado y en ropa de dormir, arropado en una bata. Los fuertes golpes que le propinó Mateo con la aldaba no solo lo despertaron a él, sino también a alguna vecina más de la plaza de Guevara, que se asomó a la ventana al escuchar el alboroto. Las visitas al editor solían llevar noticias jugosas, y a ella le encantaba enterarse de algo para animar sus conversaciones.

—¡Álvaro! —dijo el periodista, al reconocer a su amigo en el grupo de gente que esperaba en la calle—. ¿Qué sucede?

—Mi nuera quiere hablar contigo —contestó este, señalando a Ana.

La frente de Pedrazuela se arrugó en un gesto interrogante cuando, junto a Ana y Álvaro, descubrió a Mateo y a Pinar. Lo intempestivo de la hora, la premura con la que habían tocado a su puerta y la ansiedad de sus rostros solo podía significar que querían comunicarle algo muy importante relacionado con la muerte de Alvarito, algo que podía cambiar la noticia que había redactado en persona para el periódico. No dudó en recibirlos.

—Si me lo permiten —les dijo—, voy a ponerme más presentable. Pueden aguardarme en la redacción.

Los condujo por un pasillo hasta su despacho en el entresuelo de la casa, y allí los dejó esperando los escasos minutos que tardó en vestirse.

—He encargado que nos preparen un café —dijo, al entrar en la habitación—. Lo traerán en un rato. Pero, por favor, siéntense.

Había solo tres sillas además de la de Pedrazuela, así que este se levantó para buscar una más.

—No se preocupe —le interrumpió Mateo—, yo puedo quedarme de pie.

—Bien, díganme entonces, ¿qué es lo que desean de mí?

—Ana cree que Alvarito no mató al hijo del tabernero y quiere que no publiques todavía lo que me contaste, que esperes hasta que podamos demostrar su teoría —empezó Álvaro.

—Pero todo indica que así fue —dijo el periodista—. Es más, Severino Cuesta afirma que, además de ser testigo de lo que pasó en la taberna, conocía las razones que hicieron que tu hijo matase a su amigo. A su testimonio hay que sumar que Alvarito se llevase a esta joven. —Señaló a Pinar—. Y que confesase a gritos. Todo eso no deja muchas dudas.

—Eso es lo que le he dicho yo —continuó Álvaro—, pero dice que…

—¡Creo que él no lo hizo! —le interrumpió Ana, con vehemencia.

—Querida, solo con creer algo, esto no se convierte en verdad. Estoy seguro de que usted amaba mucho a su esposo y por eso está buscando la manera de exculparlo, y de que su honor no se vea mancillado, pero…

Ana resopló, perdiendo los nervios.

—¡Tiene que escucharme, por favor!

Se levantó apoyando las manos en la mesa de Pedrazuela e inclinó su cuerpo hacia el periodista, en actitud demandante. Impulsada por la impaciencia, se incorporó con demasiada premura y la camisa que llevaba entre las manos se cayó al suelo. Mateo la recogió para devolvérsela a Ana, pero, antes de hacerlo, lanzó una pregunta:

—¿Esta es la camisa que lavó Pinar?

—Es esa camisa, ¿verdad? —dijo Ana, arrebatándosela de las manos y mostrándosela a la chica.

Esta la examinó y asintió. La recordaba muy bien; el paño fino,

los botones negros lacados con el borde en marrón, el tacto suave y el corte perfecto. Le avergonzó acordarse también de la tela mojada, pegada al pecho de Alvarito cuando se la puso.

—¿Esto no es lo que prueba que mi hijo participó en la reyerta?

Álvaro, que no sabía aún de las conjeturas de su nuera, solo estaba seguro de una cosa. En casa de Mateo, Pinar había afirmado que había lavado una camisa ensangrentada de Alvarito. El dueño de la fábrica de luz no entendía por qué la tenía Ana y por qué se empeñaba en asegurar que era lo que exculparía a su hijo. A él le parecía que lograba justo lo contrario.

—Pinar, quiero que nos digas algo, es muy importante. Puedes tomarte el tiempo que quieras. Cuando Alvarito te dio la camisa, ¿dónde tenía las manchas?

El recuerdo de aquella mañana golpeó a Pinar de lleno. A pesar de todo lo que había sucedido después, mientras estuvo en el arroyo con Alvarito no se sintió en peligro, sino todo lo contrario, fascinación por aquel hombre descarado que se atrevió a besarla justo antes de marcharse. Inspiró para reponerse del recuerdo y la miró con calma.

—Cuando me la dio, estaba mojada, la había metido él en la pila del lavadero, pero aún no la había frotado.

—¿Dónde tenía las manchas? —insistió Ana.

—En la manga —contestó Pinar.

Ana extendió la camisa, mostrándole el lugar de la manga izquierda donde se notaban huellas de suciedad.

—¿Solo tenía estas que se ven aquí o había alguna más?

—Solo esas, lo sé porque pensé que iba a ser muy sencillo ganarme un duro.

—¿Qué duro? —preguntó Mateo.

—El señor me ofreció un duro por lavarle la camisa y me lo dio al acabar. Lo tengo en casa.

Ana le pidió al periodista que hiciera sitio en su mesa para la prenda. Después, con toda la calma que pudo reunir, les explicó sus deducciones:

—Cuando tropecé con la camisa la primera vez, no me fijé bien. Solo observé que estaba sucia, arrugada en el armario y que olía mal, como si la hubieran guardado húmeda.

—Cuando se fue del arroyo, se puso la camisa antes de que se secara —añadió Pinar.

Después, dándose cuenta de su descortesía con aquellas personas que no conocía, bajó la mirada.

—Perdón, no quería interrumpir —dijo.

—No pasa nada —le contestó Ana, que enseguida continuó con su exposición—: La segunda vez que la vi fue el día que él estaba desquiciado buscando un traje que no aparecía. Confieso que había otras cosas en mi cabeza y ni le di importancia.

Intercambió una mirada con Mateo, recordando el encuentro que habían tenido. Inspiró aliento y siguió:

—Tras la muerte de Alvarito, la encontré en el cuarto de la ropa sucia. En ese momento, cuando vi estas manchas, pensé que no había dudas de que había sido él el que había matado a Enrique. Me parecieron como las que deja la sangre cuando no se lava bien una prenda.

Volvió a hacer una pausa y tragó saliva.

—Vamos, hija, continúa —dijo Pedrazuela.

—Esa noche, tras el entierro, soñé algo que no tenía nada que ver con esto. Era un sueño con mi padre y mi tía, pero en él sucedió algo que me hizo despertarme sobresaltada. Soñé que se caía un vaso con limonada y me salpicaba.

Los cuatro la miraron esperando a entender la relación que aquello tenía con una camisa manchada de sangre y cómo podía exculpar a Alvarito Martínez de un crimen.

—¿No se dan cuenta? —dijo ella—. Cuando un líquido salpica a alguien, lo primero que se ensucia es la parte más próxima. En mi sueño, la limonada me había caído por aquí. —Se señaló el pecho—. Porque estaba sentada. Para apuñalar a una persona en el abdomen, como hicieron con Enrique, el agresor debió de situarse forzosamente cerca de él. La sangre debería haber ido a parar a la parte baja de la camisa de Alvarito y a las mangas, pero cerca de las manos.

Se la mostró, exponiendo esa parte más a la vista sobre la mesa. La camisa de Alvarito solo tenía restos de manchas en la manga izquierda, pero estas estaban en la parte superior del bíceps y también bajo la axila. Demasiado lejos del abdomen. Además, no seguían un patrón irregular como lo haría una salpicadura, sino que sugerían una forma. Los tres hombres la examinaron atentos bajo la luz de la bombilla. Ana, impaciente, la colocó del mismo modo que le había hecho a ella encajar todas las piezas y, entonces, ellos comprendieron lo que trataba de decirles, cuando, sobre la marca, colocó su pequeña mano. Lo que allí se reproducía era el rastro de una mano, una mucho más grande que la de Ana. Quien fuera que hubiera agarrado a Alvarito tenía las manos grandes y manchadas de sangre.

—Esta camisa lo que dice es que estuvo en Santa Eulalia, en la pelea. Los moratones que vi en su cuerpo creo que lo confirman; no eran de la caída del acueducto, tenían un color que hacía pensar que llevaba días con ellos, pero esto grita que él no lo mató.

La exposición de sus deducciones había dejado a Ana exhausta.

—Tiene sentido lo que dices, muchacha —dijo Pedrazuela.

—Si Alvarito hubiera apuñalado a Enrique, la camisa estaría salpicada en otro sitio, en el abdomen y en las mangas, al menos en la derecha, porque él no era zurdo, y ahí no hay restos de nada —conjeturó Mateo.

—Alguien con una mano grande ensangrentada lo agarró del brazo, eso es lo que cuenta la camisa. Que estuvo allí, pero no que fuera él quien lo mató —dijo Ana—. ¡Se habría manchado!

—Y, entonces —se preguntó Álvaro en voz alta—, ¿por qué confesó que había sido él?

—Es lo que no consigo entender —dijo Ana, con tristeza—, y hay que averiguarlo; por eso necesitaba esta conversación con todos ustedes. Mientras lo hacemos, esto debería servir para, al menos, frenar lo que está diciendo Severino y que la Guardia Civil no se conforme con su palabra. Ya sé que Alvarito ha muerto, ya sé que lo fácil sería dejar que cargue con la culpa, pero nadie se merece eso. Y menos si, como parece, no lo hizo. Puede ser culpable de otras cosas, de acosar a Pinar, ponerla en peligro, pero no de esa muerte que Severino quiere echar sobre sus hombros. Si acusan a Alvarito y, como creo, es inocente, además, habrá un asesino suelto.

Miró a Mateo mientras decía aquellas palabras. Supuso que en sus

ojos encontraría decepción por defender a su marido, pero no fue así. Él le apretó el hombro con la mano.

—Me parece muy noble lo que estás haciendo, Ana —dijo.

—Deberíamos llevar esta prenda a las autoridades —sugirió Pedrazuela—. Yo, de momento, no publicaré lo que está declarando el boticario. Espero que usted esté en lo cierto; me juego mi prestigio al no publicar algo que espera leer toda Segovia, señora.

Ana suspiró y su cuerpo sintió que se descargaba de un peso, pero no le duró mucho la alegría. Enseguida, la voz de Mateo la sacó de la burbuja de paz a la que había logrado insuflar aire.

—Llevarles la camisa no creo que sirva de nada —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Ana, con impotencia.

—Porque dirán que ha aparecido de manera muy oportuna para salvar el nombre de Alvarito, e incluso podrán decir que hemos preparado esto y hemos inventado la historia. También su reputación de periodista podría verse tocada si se involucra demasiado —le dijo a Pedrazuela.

—Pero ¡Pinar la lavó! Ella la acaba de reconocer. —Ana estaba desesperada—. ¡Esta camisa dice que fue otra persona quien clavó el cuchillo a Enrique! Alvarito estuvo allí, sí, mintió cuando dijo que no había pisado la taberna, pero no es cierto que lo matase. Estaba desquiciado, Mateo, pero… Severino está contando que Alvarito mató a Enrique por dinero, un dinero que este le debía de una timba de cartas. Usted se lo dijo a mi suegro —dijo ella volviéndose a Pedrazuela.

—Sí, yo se lo dije; es lo que me contó la Guardia Civil —afirmó el editor.

—¿Cuándo le ha faltado dinero a Alvarito? Jamás. Se desprendía de él sin problema.

—Eso es cierto —dijo Álvaro—. Era como su madre, gastaba sin límite porque nunca aprendió lo que costaba ganarlo. Ramona le daba lo que pedía y a veces a mí me costaba un tiempo enterarme.

—Pudo ser una cantidad enorme, una de la que no pudiera disponer sin llamar la atención enseguida —sugirió Mateo.

—Ramona se lo habría dado —dijo Álvaro.

—No tiene sentido que esa sea la razón, y creo que hay alguien que sabe más de esta historia.

Ocho ojos miraron a Ana cuando dijo aquello, esperando que completase sus palabras, pero no siguió hablando, se puso en pie y les pidió que la siguieran, quería mostrarles algo.

Al salir del despacho, se encontraron con una mujer que traía café. Ni se pararon a tomarlo.

Capítulo 73

Las dudas de Ana sobre si Alvarito había cometido aquel crimen empezaron cuando Laura se preguntó en voz alta por qué querría asesinar a su mejor amigo. Tenía tan poca lógica que, a pesar de que todo apuntaba a él, empezó a titubear. A sus dudas se unió la impotencia que destilaban sus últimas palabras, la absoluta desesperación que sintió en él cuando gritó que no lo había hecho.

Era el grito agónico de alguien que necesitaba que le creyeran.

A Ana se le ocurrían tres motivos para matar a alguien: dinero, celos o venganza. Si fueran celos, cabía suponer que tendrían que ver con ella y con Mateo, pero, a pesar de que los tuvo enfrente en sus últimos minutos de vida, no mostró ninguna actitud que llevara a pensar que sabía que se habían visto. Si aventuraba una venganza, no encontraba nada que tuviera que ver con Enrique. Quedaba el dinero, lo que Severino argumentaba para su defensa y que apuntaba a que Alvarito había cometido el crimen por esa razón.

Pero tampoco la entendía. Podría concebir que hubiera perdido los papeles en un arrebato de celos, incluso por venganza; ambas eran poderosas emociones humanas, capaces de nublar el juicio de cualquiera en un momento desesperado, pero no así el dinero. Este podía levantar pasiones, cierto, pero si a la persona la movía la ambición o si le hubiera costado mucho conseguirlo y temiera perderlo. No eran razones para Alvarito, quien se encontraba el dinero por los bolsillos sin sudar una gota, y porque, aunque era un catálogo de defectos, la ambición desmedida no estaba entre ellos.

Ninguna de las tres le parecía suficiente ni siquiera para que se le hubiera ocurrido asustar a Enrique.

Entonces, ¿por qué lo había hecho?

La defensa de Severino, su insistencia en que había sido por dinero, por deudas de juego, le hizo recordar algo que la había alterado la última vez que estuvo en su casa de la calle Real, que era hacia donde en esos momentos conducía a sus acompañantes de aquella mañana de principios de verano. En cuanto llegaron, abrió la

puerta y les invitó a seguirla hasta la salita.

—Esto es lo que quería enseñarles —les dijo señalando la mesa.

Estaba como el día en el que había quedado con Mateo en la casa: el cenicero sucio, la frasca de vino casi vacía y los vasos sobre la mesa. Las cartas desperdigadas frente a las sillas vacías dejaban pocas dudas de que allí se había estado jugando.

—¡Hay cuatro vasos, cuatro sillas y cuatro montones de cartas! —dijo Ana, con vehemencia, pero la concurrencia no seguía sus pensamientos.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Álvaro—. ¿En qué estás pensando?

—No entiendo dónde quiere ir a parar —añadió Pedrazuela.

Ana tomó aliento, le parecía tan obvio lo que eso significaba que no podía comprender que no lo vieran. Habló, reuniendo los escasos fragmentos de una calma que parecía no querer acompañarla aquella mañana.

—¿No lo ven? Alvarito, Severino y Enrique ¡eran tres! El otro día necesité la llave para venir a buscar la mesa para el acto benéfico de la plaza —les explicó—. Busqué la llave para abrirla, pero Laura me dijo que no la iba a encontrar donde yo la había puesto al mudarme. Alvarito se la había guardado, y le dijo que era porque pretendía vender la casa. La necesitaba con urgencia, así que revolví la habitación y, al final, la encontré en el bolsillo de una de sus chaquetas y vine hasta aquí.

—Nunca hablamos de vender esta casa —la interrumpió Álvaro—. No nos hace falta dinero.

Ana, a esas alturas, estaba segura de que Álvaro no mentía. Siguió con su exposición.

—Antes de irme, decidí recoger algunas cosas que no me había llevado al marcharme. Al entrar en la salita, vi esto. Deduje que Alvarito no quería vender nada, que usaba la casa para correrse juergas con sus amigos y por eso se había hecho con la llave. Me enfadé mucho, esta era la casa de mis padres, mi casa. En ese momento, no le di importancia a que la mesa dijera que aquí habían estado cuatro personas…, aunque ellos siempre habían sido tres.

—Había alguien más —continuó Pedrazuela, que empezaba a entender lo que quería decirles Ana.

—¡Él jugaba al mus, necesitaban ser pares para completar la partida! —señaló ella—. Por eso era lógico que hubiera cuatro jugadores.

—Lo que crees es que hay alguien que estaba con ellos y que puede saber si realmente se hizo alguna apuesta, ¿no es eso?

Ana asintió tras las palabras de Mateo. Eso era lo que daba vueltas por su cabeza: que había una persona que compartió la timba con ellos y podía saber si era cierto que Alvarito y Enrique tenían deudas que saldar.

—Pero hay algo que no estamos contemplando —dijo Mateo—. No sabemos si vinieron más veces. Puede que la apuesta no se hiciera este día. Deberíamos preguntar a los vecinos, por si se fijaron en si salían voces de la casa o luz por las noches. Quizá alguien recuerde algo. Quizá alguien sepa quién es esa cuarta persona.

Ana se sentó en una de las sillas, desencantada. Faltaban piezas para apuntalar aquellas teorías que podrían dejar la memoria de Alvarito libre de una culpa que creía que no era suya.

—Podemos preguntar a Severino —aventuró, a la desesperada.

—Ana, si él mató a Enrique, que es lo que creo que llevas pensando todo este tiempo, no nos lo dirá.

—Creo que hemos llegado a un callejón sin salida —concluyó Álvaro, separando otra de las sillas de la mesa y sentándose en ella. Las noches sin dormir le estaban pasando factura.

Pinar se había mantenido en silencio todo el tiempo. Observaba a los adultos y seguía muy fatigada las elucubraciones. Toda su participación en aquella historia ya se la había explicado y se quería ir a casa. Su cuerpo acusaba los días sin descansar bien, días en los que apenas había comido. Imitando a Ana y a su suegro, fue a sentarse en una de las sillas; quería limitarse a esperar a que terminasen sus conjeturas y que Mateo la llevase de vuelta a la casa.

Entonces, al apartar la silla de la mesa, en el suelo, vio algo que le llamó la atención. Lo recogió y se quedó mirándolo porque lo reconoció; no era la primera vez que lo veía, aunque sí la primera que lo tenía entre sus manos.

—Es el pañuelo de la cucaña —susurró.

Solo Pedrazuela, que en ese momento estaba en silencio, se volvió hacia ella.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—Que este es el pañuelo de la cucaña que pusieron en la plaza la Noche de San Juan.

Se lo tendió al hombre y este lo tomó en sus manos y lo revisó con atención. El pañuelo era mucho más grande que uno de bolsillo; llevaba bordada en una de las esquinas la palabra «Segovia» y la fecha: «24 de junio de 1902». No había dudas: era el pañuelo que se había utilizado en la cucaña.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó Mateo.

—Estaba en el suelo, aquí mismo, lo he visto al mover la silla —contestó ella, con timidez.

—¿Alguien sabe si alguno de los tres amigos participó en la cucaña? —le preguntó Mateo a Ana.

—No, ninguno de los tres.

—¿Estás segura?

—Sí, Alvarito estuvo con ellos un momento antes de que me fuera a casa, y eso fue cuando ya estaba en marcha la competición.

«Fue cuando te vi», pensó, mirando a Mateo.

—Yo puedo saber quién ganó la competición y se llevó ese pañuelo, tal vez tengamos al cuarto hombre —dijo Pedrazuela, levantándose tan deprisa de la silla que la derribó—. En el *Diario de Avisos* publicamos el nombre del ganador del jamón en la crónica de ese primer día de fiestas. Estoy seguro de ello. Lo que no recuerdo es el nombre, por supuesto, pero está en el número que salió el día 24 por la tarde. Podemos consultarlo.

Una ligera esperanza de que la verdad se supiera empezó a iluminarse.

Capítulo 74

Mientras Álvaro, Ana y Pedrazuela iban a buscar el ejemplar del *Diario de Avisos* del Día de San Juan, Mateo acompañó a Pinar a casa. Más de la mitad del trayecto lo hizo en silencio.

—Te doy un duro si me dices qué estás pensando —le propuso Mateo.

—No pienso volver a hacer nada en esta vida por un duro —replicó ella, sobresaltada.

Mateo le presionó el hombro un instante mientras caminaban, un gesto para brindarle su apoyo. Se había olvidado de que ella les comentó que esa fue la cantidad de dinero que Alvarito le dio en el arroyo. A los pocos segundos, la tensión que había generado su comentario en ella pareció diluirse.

—Bueno, pues cuéntamelo entonces porque soy tu amigo.

Ella se miró las manos. A pesar de su juventud, las tenía ajadas por el esfuerzo de lavar en el río y por el daño que les hacía el jabón. No se parecían en nada a las de las muchachas de la parte alta, aunque todavía estaban lustrosas si las comparaba con las de su madre, agrietadas y envejecidas por los cientos de días en contacto con el agua fría y los jabones de ceniza.

—¿Tú cómo crees que debería sentirme? —le preguntó, y sonó confusa, como si tampoco supiera cómo formularle bien la pregunta.

—No entiendo a qué te refieres, Pinar —le dijo Mateo.

La muchacha suspiró, intentando encontrar las palabras que definieran su ánimo. Le costó seleccionarlas, eso era mucho más complicado que decidir qué prendas lavar primero o cómo debería tenderlas para que se secasen sin arrugarse demasiado. Al fin, tras unos momentos de reflexión, encontró un camino.

—Sé que, en un entierro, hay que llorar y, cuando nace un niño, alegrarse. O también sé que se es feliz en una boda. Sé que, si pierdes

algo importante, lo que se supone que hay que hacer es preocuparse. Pero no sé cómo debo sentirme yo ahora. ¿Debería estar aliviada? ¿Debería estar tranquila, ahora que sé que no hay peligro porque Alvarito ha muerto? ¿Cómo debería sentirme?

—Creo que la clave no está en cómo deberías, sino simplemente en cómo te sientes —le dijo Mateo.

—Pues ese es el problema. Creo que lo siento todo a la vez. Me siento aliviada, pero también triste. Tengo miedo aún de ir sola al arroyo, aunque sepa que no puede aparecer; pero, precisamente por eso, porque sé que nunca más lo volveré a ver, quiero llorar. ¡Y no lo entiendo!

Mateo tampoco entendía muy bien por qué Pinar sentía esa compasión por Alvarito, que a él le parecía que no se merecía después de lo que le había hecho. Intentó tranquilizarla.

—Pasará. Cuando todo se serene, cuando esto se solucione, esos sentimientos se irán, Pinar. Podrás pensar con más claridad.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. ¿Te acuerdas de esto? —Le enseñó su mano izquierda—. Perdí una parte minúscula de mi cuerpo, pero esos días pensaba que lo había perdido todo. Entonces creía que pasaría mi vida sirviendo en el Ejército, como mi padre, me había esforzado para hacerlo bien, había estudiado para ser el mejor, y, en un momento, tres dedos que ya no estaban en su sitio descolocaron mi mundo. Me sentía como si me hubieran arrancado algo más, la libertad, porque al principio necesitaba ayuda para todo.

—¿Te dolía mucho?

—La mano no era lo que más dolía, era otra cosa. Ya no iría a Cuba como mi padre y tenía que pensar en qué hacer con mi vida. Encima, yo mismo aparté a Ana de mi lado y dejé Segovia, jurándome que sería para siempre.

—Pero has vuelto.

—He tardado mucho. Creo que es cuestión de tiempo que todo se recoloque aquí. —Señaló su frente—. Y, mientras tanto, lo que debes hacer es no pensar demasiado en ello. No dejes que ese miedo te venza. Yo sé que tú puedes; siempre has sido una chica valiente. A mí me costó mucho entender que no pasaba nada por tres dedos menos,

que podía vivir sin ellos y sin que me importara que la gente se me quedase mirando con lástima. Ahora sé que fueron un precio muy pequeño por teneros de vuelta a ti y a tus hermanos, y daría otros tres si fuera necesario.

A Pinar, los ojos empezaron a picarle y muy pronto notó cómo la vista se le emborronaba. Al ir a hablar, la voz le salió estrangulada y tuvo que respirar antes de decirle lo que estaba pensando.

—De lo que te he dicho, ahora, sobre todo, estoy muy triste.

La primera lágrima resbaló por su rostro alentada por el pestañeo, y a ella le siguieron otras más, que, silenciosas, recorrieron su rostro. Continuaba caminando hacia casa, pero solo porque conocía las calles como para recorrerlas con los ojos cerrados, pues ya apenas veía en aquel mar acuoso en el que se había convertido su mirada.

—Cada vez que intento recordar lo que pasó en el acueducto, está más confuso, pero en el arroyo…

La pausa preocupó a Mateo.

—¿Qué te hizo allí? —preguntó, con más severidad de la que hubiera pretendido.

—Allí no me hizo daño. Al contrario, fue tan bonito que, desde que murió, solo puedo recordar eso, lo bueno que sentí. Lo otro se está borrando y no siento ira, sino tristeza. Pero es un asesino…

—Todavía no lo sabemos, Pinar.

—Eso lo dices porque era el marido de tu amiga.

—Alvarito y yo nos llevábamos fatal. Jamás fuimos amigos, ni de niños. Que se casara con Ana es una de las cosas que más dolor me ha producido, pero creo que entiendo las dudas que ella tiene sobre lo que pasó y también que quiera aclararlo todo.

—¿Ella te gusta?

Mateo sonrió. Esa palabra se quedaba muy corta para lo que sentía por Ana.

—Vamos a casa, necesitas descansar —le dijo.

Y Pinar entendió que no quería hablar más de ello.

Capítulo 75

A Gregorio Pedrazuela no le costó encontrar el ejemplar del Día de San Juan en la redacción del periódico. Lo puso sobre la mesa y fue directo al artículo en el que se repasaban los actos con los que dieron comienzo las fiestas de Segovia. Allí aparecía el nombre del muchacho que se había hecho con el premio de la cucaña: Alfonso Olaso. Ana, en cuanto lo leyó, supo que le conocía.

—¡Era mi vecino! Sé dónde vive.

Álvaro también recordaba al chico; había estudiado con Alvarito, pero hacía tiempo que no lo veía. A pesar del cansancio que acumulaba, fue el primero en seguir a Ana cuando esta se recogió la falda para no pisársela y se dirigió con prisa de nuevo hacia la calle. La chica había abierto un resquicio a la esperanza de reconducir la penosa situación en la que le había colocado todo aquel asunto y, a esa pequeña luz que se colaba por él, debía aferrarse. Nada de lo que averiguaran le iba a devolver a su hijo, eso estaba claro, pero tal vez, si lograban demostrar que no había sido un asesino, Ramona pudiera sobreponerse al terrible mazazo de su muerte. Nunca la había visto así, rendida ante algo, entregada por completo. El escándalo, y cómo afectara a sus negocios, desde luego que era lo último que le importaba ya; no entendía cómo había pensado en ello en las primeras horas. Le importaba su familia, mantenerla en pie, y sabía que solo podría ser de ese modo si demostraban que su hijo no había matado a Enrique.

Caminó en silencio, mientras Ana le explicaba al periodista lo que sabía de Alfonso:

—La madre es familia de los Vargas, sobrina del dueño de la fábrica de loza. El padre trabaja allí, pero no estoy muy segura de cuál es su función. Los conocí, porque mi tía Candelaria a veces la visitaba y ella fue la que me contó a qué se dedicaban. La madre de Alfonso presumía de los azulejos que hay en la entrada de su casa, porque fueron diseñados por Daniel Zuloaga para la fábrica. No perdía ocasión de recordárselo a mi tía, orgullosa de poseer algo que había salido de la imaginación del ceramista. Para ella era un signo de

distinción.

—Creo que sé de quiénes hablas —señaló Pedrazuela—. ¿Y dices que el muchacho que ganó la cucaña es su hijo?

—Olaso es el apellido del padre, uno nada común en Segovia, y el hijo se llama Alfonso, así que es muy posible. Sé que Alvarito y él fueron juntos a la escuela, es probable que estuviera en esa partida.

Recordaba que Mateo también había cursado sus primeros estudios con ellos y tenía una relación algo mejor con Alfonso que con los otros amigos de Alvarito. El chico era más estudioso y formal que el trío que formaba su marido con el boticario y el tabernero, pero a veces los había visto juntos; aunque también, si era sincera, hacía mucho que había perdido la pista a aquel muchacho. Según contaban, se había ido a estudiar fuera.

—Espero no equivocarme —dijo ella, cuando valoró esa posibilidad.

—No perdemos nada por preguntar. Eso sí, no podemos demorarnos mucho más; el periódico debe salir esta tarde, y aún no tengo nada más que conjeturas. Solo escribiré algo con lo que sienta que no estoy faltando a la verdad.

Ana asintió ante la afirmación del periodista. Entendía que debía hacer su trabajo y que lo que le había expuesto aún eran razones endebles para que él se prestase a darles un eco tan poderoso como el del diario. Pero su corazón le decía que no se estaba equivocando, así que lo único que se le ocurrió fue apretar el paso para llegar antes a la casa de los Olaso.

Esta tenía tres plantas; cada una de ellas contaba con un pequeño balcón y una ventana que se asomaban a la calle Real, y que en ese momento lucían pletóricas de geranios. Álvaro, impaciente por la premura que había detectado en las palabras de su amigo redactor, hizo sonar la aldaba con cuatro golpes contundentes y, al poco, abrió una mujer joven; por su aspecto, la criada de la familia.

—Buenos días —dijo Álvaro—, nos gustaría hablar con Alfonso Olaso.

La muchacha iba a decirles algo, pero no le dio tiempo porque, tras ella, apareció la figura de la madre.

—¿Quién lo busca?

—Buenos días, señora. Soy Álvaro Martínez.

—Ya sé quién es usted —dijo ella, que no tuvo problemas en reconocer al dueño de la fábrica de luz—. ¿Para qué quieren a mi hijo?

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas.

Ella se fijó en ese momento en quien le hablaba, Pedrazuela. Conocía al antiguo diputado, que dirigía uno de los periódicos de la ciudad. Con un gesto, apartó a la muchacha de servicio y le indicó que se marchase. Sin franquearles la entrada, siguió con sus propias preguntas:

—Y ¿para qué quieren a mi hijo?

—Es posible que él sepa algo que…

—Mi hijo no está —dijo ella, sin dejar terminar a Ana.

—Estuvo en Segovia hace unos días, ¿verdad?

Pedrazuela casi afirmó, detectaba la actitud defensiva de aquella madre y decidió que era mejor idea señalarle que había detalles que ellos sabían.

—Estudia en Madrid —contestó ella, y con su respuesta ni afirmó ni desmintió al periodista.

—Sabemos que estudia en Madrid —siguió Ana—, pero pasó la Noche de San Juan en Segovia.

—Y ¿en qué te basas para decir eso? —le preguntó la mujer de malos modos. No era una de las vecinas que se habían apiadado de Ana en el pasado.

—En esto.

Pedrazuela le mostró el ejemplar del periódico en el que aparecía el nombre de su hijo. La mujer lo tomó en las manos, aunque no lo leyó puesto que no sabía. En ese momento, acompañado por la criada que había subido a buscarlo, apareció el padre del muchacho.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

—Queremos hablar con su hijo, es muy importante —dijo Álvaro, que empezaba a enfadarse—. El Día de San Juan estaba en Segovia,

fue el que consiguió el premio de la cucaña.

El matrimonio se miró. No había nadie en Segovia que no supiera lo que había pasado en Santa Eulalia aquella aciaga noche y, tras la muerte de Alvarito a muy pocos metros de su casa, tampoco les quedaban muchas dudas de que la presencia de su padre y de su mujer tendría que ver con ambos acontecimientos. Máxime si añadían que el director de uno de los diarios de la ciudad los acompañaba.

—Se fue a Madrid —se apresuró a decir la madre—. No está.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —insistió Álvaro, que a esas alturas no quería rendirse.

—Va a costarles, ha emprendido un viaje al extranjero.

La mujer cerró la puerta tras aquellas palabras, sin concederles más preguntas. Ana sintió que el mundo se le venía encima. Si no lograban hablar con Alfonso, tendría que rendirse a que el *Diario de Avisos* publicase la acusación de Severino. La culpabilidad de Alvarito no sería ya solo un rumor, sino que el murmullo suave de una ciudad ociosa se convertiría en un grito.

—¡Esperen!

La puerta de la casa se volvió a abrir y allí, parado en el umbral, apareció Alfonso. Tenía aspecto cansado y unas profundas ojeras enmarcaban sus ojos.

—Por favor, pasen. Estoy harto de esconderme.

—¡Hijo, no! —gimió la madre, que trataba de evitar que su nombre se mezclase con aquella turbia historia.

Él la apartó con suavidad y le rogó a su padre que se la llevase y le dejaran hablar con aquellas personas. Después, se volvió hacia la calle y, con un gesto, los invitó de nuevo a pasar.

—Alguien les ha contado que estuve en la pelea —afirmó, una vez dentro.

Ninguno de los tres se molestó en objetar nada a sus palabras, había dicho mucho más de lo que esperaban.

—¿Viste quién mató a Enrique? —preguntó Álvaro, sin poder contener la pregunta.

Alfonso se mantuvo en silencio. Cerró los ojos y contuvo el aliento un instante antes de mover la cabeza afirmativamente.

—¡Dinos quién fue!

El ruego de Álvaro fue un bramido desesperado que acompañó con el gesto de agarrar al joven por los brazos y zarandearlo. Pedrazuela intervino para separarlos, no les convenía que lo asustase.

—Tranquilidad, por favor —le pidió al desesperado padre. Y, después, se dirigió al chico—: Queremos que nos cuentes primero qué pasó en la partida de cartas en casa de Ana.

—¿Cómo saben que estuve allí?

—Por esto.

Ana le mostró el pañuelo de la cucaña. Alfonso llevaba unos días echándolo de menos, temeroso que se hubiera quedado en la pelea de la taberna de la Paca. Por eso se había escondido; por eso llevaba todas las fiestas sin salir de casa y apenas de su habitación. A la angustia que le producía el recuerdo de lo allí vivido, tuvo que sumarle la idea de que la Guardia Civil acabase yendo a buscarlo tras encontrar aquel objeto que delataba que había estado allí y acabase, como Severino, teniendo que declarar. No habían sido las autoridades, pero habían dado con él. Dejó caer los hombros, derrotado. En casa había contado lo sucedido, pero eso no había mermado ni un ápice el sufrimiento que cargaba. Tenía que deshacerse de él y, aunque sus padres le hubieran insistido en que no lo hiciera, él ya no podía más. Comenzó a hablar, temblando.

—Estuvimos en la casa de Ana bebiendo y jugando, y apostamos, como habíamos hecho otras veces, calderilla, pero después Enrique sugirió subir la cifra. Alvarito y yo nos queríamos ir a otro sitio; no nos apetecía jugar, y nos retiramos, pero él y Severino siguieron, a pesar de nuestras protestas.

—¿Quién perdió? —preguntó Pedrazuela.

—Enrique.

—¿Era mucho dinero?

La respuesta que dio Alfonso fue escandalosa para una partida de cartas entre amigos: cinco mil pesetas.

—Pero ¿al mus no se juega en parejas? —preguntó Ana.

—Es que no jugamos al mus —aclaró él—, sino a las siete y media. Antes de salir de la casa, yo pensaba que todo había sido eso, un juego, que la apuesta no iba en serio, pero al bajar las escaleras escuché cómo Severino le susurraba al tabernero que no se pensara que le iba a perdonar las cinco mil pesetas. Enrique le contestó que ni muerto le daría ese dinero y se rio. Cuando ya estábamos en la calle, el boticario nos dijo que se había olvidado algo en casa, que lo esperásemos. No tardó mucho. En ese momento no vi que hubiera traído nada, pensé que igual necesitaba dinero para pasar la noche, pero en la taberna supe que no era eso. Llevaba una botella de absenta. Nos ofreció beber a los tres. Ellos dos aceptaron, pero yo rehusé porque la he probado y no me gusta lo rápido que te sientes borracho.

Les contó lo que sabían, que había sido Severino quien había molestado a la hija de la Paca y que por eso se montó aquel tumulto.

—Había mucha gente, casi no se cabía en la taberna, era complicado distinguir con quién te estabas pegando. Incluso yo golpeé a Alvarito una vez sin querer. Él no pudo hacer daño a nadie, ni Enrique tampoco, a la absenta se le había sumado el vino que habíamos tomado y apenas se sostenían en pie.

»La Paca gritó a alguien que llamase a los civiles y la gente se empezó a dispersar. Entonces fue más fácil ver lo que sucedía. Esa mujer sacó de alguna parte un cuchillo enorme, pero estaba tan asustada que se le cayó al primer golpe. Severino lo cogió y yo pensé que amenazaría a uno de los tipos con los que nos estábamos pegando, pero se volvió a Enrique y le dijo algo que no llegué a escuchar. Enrique le contestó y se rio, y fue entonces cuando se lo clavó.

Tuvo que hacer una pausa para coger aliento.

—¿Crees que tenía intención de matarlo? —preguntó el periodista.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, solo sé que lo hizo y que, cuando Enrique se agarró a Alvarito, se tambaleó y fue al suelo. Severino lo miró aterrorizado. Yo grité que nos marchásemos de allí y es lo que hicimos, aunque no sé dónde fue Alvarito, lo perdí casi en la puerta. A Severino tampoco lo volví a ver.

—¿Lo agarró así?

Ana sujetó a Alfonso del brazo, del mismo modo que creía que habían sujetado a su marido. El leve asentimiento de cabeza del chico se lo confirmó. Pedrazuela sacó de su bolsillo un reloj y comprobó que aún había tiempo de hacer algo más antes de volver a la redacción a escribir el artículo.

—¿Estás dispuesto a contarle esto a la Guardia Civil?

Alfonso ni dudó. Asintió, pese a que conocía la oposición de sus padres, que en esos días habían tratado de evitar que se le relacionara con la riña.

—Vamos ahora mismo —dijo el periodista.

—¿Necesitaré un abogado? —preguntó él.

—Solo vamos a contarles lo que sabes, pero no estaría de más —le dijo Pedrazuela.

—Puedo ir a buscar a Mateo Garrido —dijo Ana, mirando a Alfonso, esperando su conformidad, que le llegó con un asentimiento y un leve suspiro de alivio.

—Hazlo —la instó el periodista—. De momento, yo puedo ocuparme mientras llegáis.

Ana salió de la casa, camino de Santa Eulalia.

Capítulo 76

Antes de llamar a la puerta de Mateo, Ana intentó relajar su respiración. Llegaba acalorada, pues había apretado el paso para acercarse sin demora hasta el barrio de Santa Eulalia. Cuando se serenó un poco, tocó con decisión. Él abrió enseguida:

—Ana, ¿qué haces aquí? ¿Ha pasado algo más? —le preguntó, al ver en su rostro el sofoco.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Mateo se apartó para dejarle sitio y después la condujo hasta la sala de la casa. Ella ni esperó a que le ofreciera asiento. Lo que tenía que contarle era demasiado importante y era muy consciente de la necesidad de no perder un solo minuto más.

—Hemos encontrado al dueño del pañuelo —le dijo sin preámbulos—, es Alfonso Olaso, tú lo conoces, y nos ha confesado lo que vio. ¡Es verdad, Mateo! ¡Alvarito no lo hizo! ¡Fue Severino! Pedrazuela y mi suegro han acompañado a Alfonso a la Guardia Civil para que cuente lo que pasó. He venido a pedirte que vayas al cuartel por si necesita un abogado. Y quizá necesitemos de nuevo a Pinar; no lo sé.

A Mateo no le dio tiempo a replicar nada, pues ella estaba tan decidida a que lo acompañase que, por el camino, había aventurado las preguntas que podrían rondar por su cabeza y se las respondió incluso antes de darle tiempo a que se las hiciera.

—Él está de acuerdo y sus padres no tendrán problemas para pagarte, si es lo que te preocupa. Solo necesito que me acompañes ya.

—¿Qué os ha dicho?

Ana contó con todo detalle lo que Alfonso les había expuesto. Cuando acabó, parecía exhausta.

—Hazlo por mí —le suplicó a Mateo—. Quiero que esto se termine. Antes de la mesa de beneficencia, había tomado la decisión de marcharme de casa de los Martínez; me daba igual si eso suponía que me cuestionasen para siempre, o si no tenía ningún lugar donde ir, pero ahora sé que puedo hacerlo con la cabeza alta. Quiero aclarar esto también por Laura. Se merece un poco de tranquilidad y que no la señalen, bastante mal se lo ha hecho pasar su madre toda la vida. Y bastante mal lo va a pasar con la muerte de su hermano. Aunque estuvieran todo el tiempo peleando, sé que le quería.

—¿Habías decidido marcharte? —preguntó él, sorprendido, incapaz de procesar sus razones, más allá de la primera—. ¿Tú sola? ¿Te ibas a ir tú sola?

Ana necesitaba más valor para decirle aquello que el que había logrado reunir para todo lo que había hecho desde que se despertó de madrugada.

—Iba a marcharme, sí, pero también pensaba preguntarte si querrías hacerlo conmigo.

Mateo vio la determinación de una decisión tomada en sus ojos. Se limitó a agarrarla de las manos y las palabras fueron innecesarias en ese momento. La respuesta estaba anclada en sus ojos, en la sonrisa que se dibujó en su rostro y en la fuerza con la que le apretó las manos, como si dudase aún de lo que había escuchado y quisiera retenerla para que se lo confirmara.

—No puedo ignorar lo que sentí el otro día, ni lo que te he echado de menos todos estos años, Mateo. Eres tú; siempre has sido tú —le susurró Ana.

—Me hace muy feliz saber que lo que siento no es solo cosa mía —afirmó él, y solo entonces se permitió soltarla para colocarle un mechón tras la oreja.

—Siempre ha sido cosa de los dos, aunque lo escondiéramos en una amistad. Cuando me besaste el otro día, me aterrorizó, te lo confieso. Estaba casada, se suponía que nunca deberían posarse en los míos otros labios que no fueran los de mi marido, que no debía permitirlo. Durante un instante, solo uno, lo que sentí fue mucho miedo. De lo que pudieran pensar de mí. De estar haciendo algo incorrecto. De estar rompiendo un pacto, aunque ni Alvarito ni yo creyéramos en él. Pero después…, Mateo, después pensé en lo que sentía y en mí misma. No ha habido ni un solo día en estos seis años que no me haya despertado pensando en ti, en cómo estarías. No ha habido una noche en la que no cerrase los ojos imaginando que mi vida podría ser muy distinta a tu lado. Nunca temblé cuando Alvarito me miraba, ni cuando me agarraba la mano, ni cuando… Nunca sentí nada de lo que se supone que debía sentir. Me había conformado, pero tu beso me despertó. Y no quiero volver a vivir dormida.

A Ana la voz le salía estrangulada. No quería llorar, porque no era triste como se sentía al confesarle lo que bullía en su interior, pero temblaba tanto que le resultaba inevitable. Cuando leía a Bécquer, parecía fácil desvestir el alma delante de quien se ama, pero estaba comprobando que eso solo debía ser sencillo en papel y tinta. ¿Cómo decirle que sin sol, sin mar, con el eje de la Tierra quebrado, aun muerta, seguiría sintiendo ese fuego que la había invadido con el roce de su boca sin parecer una loca? Cerró los ojos y al abrirlos se olvidó de rimas y versos, solo debía dejar salir su verdad.

—Quiero esos sentimientos en mi vida, te quiero a ti. No voy a vivir más dentro de una mentira. Cuando todo esto acabe, te seguiré donde vayas. Si tú estás de acuerdo… —terminó.

La sonrisa de Mateo fue el anticipo de un segundo beso que empezó siendo suave; sellaba un pacto entre los dos que, esta vez, nadie iba a conseguir romper. Después, poco a poco, la respuesta de sus cuerpos hizo que se volviera anhelante. Estuvo a punto de hacerles olvidar que no podían entretenerse en ellos mismos. Si querían despejar el camino para que en adelante sus vidas discurrieran libres de la carga de aquella historia, debían reunirse con Alfonso.

Y debían hacerlo antes del cierre de las rotativas del *Diario de Avisos*.

Capítulo 77

Cuando Mateo y Ana llegaron a las inmediaciones del puesto de la Guardia Civil, encontraron a Pedrazuela y a Álvaro, que salían de allí con el semblante serio. Un Alfonso cabizbajo los seguía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, inquieta por unas noticias que aún no conocía y que no quería aventurar tras aquellos rostros, pues solo leía en ellos preocupación y tristeza.

—Yo tengo que irme a la redacción —dijo el periodista—, ya vamos muy tarde hoy.

Se tocó con la punta de los dedos el sombrero y se alejó por el barrio de las Canonjías con el paso más firme que le permitían sus piernas. Álvaro les indicó que caminaran unos metros para alejarse de la puerta del cuartel. Solo entonces, cuando se sintió a salvo de oídos, se permitió hablar, no sin antes mirar con intensidad a Ana.

—Gracias, hija —le dijo.

La abrazó, y ella, desconcertada por el gesto que no había tenido nunca y por la palabra que había salido de sus labios, no acertó a corresponder al abrazo. Se le quedaron los brazos pegados al cuerpo, incapaces de reaccionar.

—¿Qué ha pasado, Alfonso? —preguntó Mateo esta vez, que también estaba confuso.

—He contado todo lo que vi.

La respuesta seguía siendo insuficiente y no calmaba las dudas de Ana y Mateo. Cuando Álvaro la soltó, fue él quien la miró a los ojos para empezar a contarle lo que había sucedido dentro del cuartel.

—No sé si nos han creído cuando hemos llegado con todo lo que hemos averiguado —empezó diciendo—, aunque me temo que no, que pensaban que habíamos venido en un intento desesperado por salvaguardar la memoria de mi hijo.

A Ana se le enturbió la mirada. Llevaba horas despierta, estaba muy cansada y parecía que su esfuerzo no había servido para nada. Quizá para darle esperanzas a un padre derrotado que se esfumaban en esas horas finales de la mañana.

—He pedido que me dejaran repetir lo que sé delante de Severino —añadió Alfonso.

Mateo y Ana se volvieron hacia él.

—Ha negado su culpa —siguió— y ha intentado empujar la responsabilidad contra mí. Ha sido en ese momento cuando ha empezado a perderse en sus explicaciones —dijo.

—Nunca antes había mencionado a Alfonso, no les había dicho, cuando le interrogaron, que estuvo en la taberna y, el que de pronto lo señalase, ha alertado a los agentes. Creo que ha sido en ese momento cuando han empezado a poner atención real a su testimonio —añadió Álvaro.

Severino llevaba en el calabozo más de un día. Había mal dormido, apenas había probado nada de lo que le habían llevado para comer y el cansancio hizo mella en él. Le alertó ver entrar a Alfonso, pero no fue hasta que el chico volvió a repetirles a los agentes delante de él lo que había vivido, que se destemplaron sus nervios. Cambió su versión de los hechos y empezó a exponer datos confusos y contradictorios.

—Los guardias le han acorralado con sus preguntas y ha acabado delatándose él solo.

—¿Ha confesado? —preguntó Mateo.

—Así es —dijo Álvaro.

Les contaron que Alfonso había vuelto a recrear frente a Severino el momento en el que el cuchillo se cayó de las manos de la Paca y él lo tomó en las suyas.

—Le he dicho que escuché su amenaza en la escalera de tu casa, Ana, y, después, que oí lo que le dijo a Enrique justo antes de clavarle el cuchillo.

Ana recordó que les había contado que había visto cómo el boticario le decía algo al tabernero y que este le había contestado y se había reído, pero también que no había escuchado sus palabras en

medio del caos de la pelea. Compuso un gesto de extrañeza.

—Solo he mentido en eso. Se ha puesto como loco, se ha agarrado a los barrotes del calabozo y me ha gritado que no era verdad, pero me he mantenido firme.

Álvaro recordaba la tensión del momento, cómo Alfonso apretaba los puños, pero no dejaba de acorralar a Severino, insistiendo una y otra vez, hasta que el boticario se vino abajo. Era cierto, él solo había acabado confesando que, al verse con el cuchillo en las manos, pensó que podría asustar a Enrique para que reconsiderase su idea de no saldar la deuda de cinco mil pesetas. Pero el tabernero, borracho como estaba, ebrio por el vino y la absenta, y en medio de aquella batalla campal que se había montado en la taberna, se rio.

En su cara.

Le dijo que no le daría el dinero.

Se rio y a Severino fue eso lo que le hizo hervir la sangre.

«Ni muerto».

Esas fueron las palabras que pronunció Enrique, las que no había alcanzado a escuchar Alfonso y que tampoco pudo oír Alvarito porque fueron apenas un susurro envuelto en la sonrisa carente de alerta que Enrique compuso. Incluso borracho, Alfonso estaba seguro de que el tabernero no pudo anticipar la reacción de Severino, la de su mano alentada por la rabia que se movió rauda en dirección al abdomen del que era su amigo.

Alcohol.

Dinero.

Un instante de descontrol que provocó que los ojos de Enrique se abrieran como platos al sentir el agudo dolor del hierro atravesando su carne. Los de Severino no se quedaron menos perplejos al notar la sangre caliente en su mano.

—Cuando el boticario se ha dado cuenta de que ha confesado, se ha venido abajo —señaló Álvaro.

—Ha empezado a llorar como un niño y ha firmado su sentencia —terminó Alfonso.

—Volvamos a casa —pidió Martínez, agotado.

Sin pronunciar más palabras, los jóvenes le siguieron y así estuvieron un rato, hasta que Ana le dijo a Mateo:

—Espero que Severino pase el resto de sus días en la cárcel.

—Es posible —contestó Mateo—. O puede que, tras el juicio, lo condenen a muerte.

La gravedad de los hechos le indicaba que así sería. Mateo sabía que nada iba a librar a Severino de morir ajusticiado, que lo que había hecho y su confesión lo conducían directo al garrote, pero también pensaba que matarlo no iba a solucionar nada. No iba a devolver la vida a Enrique. El profundo debate social sobre la pena de muerte que se libraba en el país desde hacía años, a Mateo lo había situado al lado de los que peleaban por su abolición, aunque eran escasos los pasos que se habían dado en ese sentido.

—Nada de esto explica por qué Alvarito creía que había sido él —dijo Ana.

—Bebió mucho y la absenta multiplicó los efectos del alcohol —aventuró Alfonso—; por eso, yo no quise tomarla. Cuando una vez lo hice en Madrid, hubo cosas de ese día que no conseguía recordar.

Daba igual intentar encajar esa pieza del puzle; la realidad era que dos amigos habían perdido la vida de manera absurda, y el otro, casi con toda probabilidad, acabaría muerto.

Las fiestas, que deberían haber supuesto solo unos días lúdicos en Segovia, habían acabado manchadas de tragedia.

Capítulo 78

Cuando Ana y Álvaro entraron en casa, los recibió un silencio extraño. No se oía trastear a las criadas atareadas en la cocina, ni a Laura protestando, ni a Ramona dando sus continuas órdenes. El frío que transmitía ese silencio hacía que no pareciera un mediodía de finales de junio. A pesar de que era la hora de la comida, Álvaro y Ana decidieron no sentarse en el comedor. Las criadas, nada más verlos, les dijeron que Laura había pedido que le sirvieran el almuerzo en su habitación, y Ramona, aunque también le habían acercado una bandeja, se negaba a comer; ni había tocado el desayuno esa mañana. Lo habían retirado igual que se lo llevaron.

—Creo que debo contarles lo que ha pasado —se disculpó Álvaro con Ana—. Espero que sientan cierto alivio.

—Yo también lo espero. Pediré un refrigerio y, después, voy a descansar un rato.

—Hazlo, han sido muy intensas estas horas.

Ana asintió y se marchó. Después de comer algo, se cambió de ropa y se tumbó para dormir, pero no lo consiguió. Dio vueltas en la cama y, tras unas horas, rendida a la evidencia de que no podría hacerlo, desistió. Se puso un vestido cómodo y decidió salir al patio para leer. Allí, entre petunias, alegrías y geranios, arropada por el frescor de la sombra de la parra, se sentó y abrió por cualquier página el libro que había cogido de la mesilla de Candelaria.

¿Vuelve el polvo al polvo?

¿Vuela el alma al cielo?

Sintió el impacto de las palabras que se habían presentado ante sus ojos, esas preguntas sobre la muerte que parecía presidirlo todo en los últimos días; incluso el azar había elegido ponerla frente a ellas.

Laura se presentó a su lado y Ana se sobresaltó, pues no la había

oído salir de la casa.

—Ha llegado el periódico —le dijo, tendiéndole el ejemplar.

Ana se levantó, dejó el libro en una silla y lo cogió. La primera página del *Diario de Avisos* la llenaba la noticia de la confesión del boticario. Pedrazuela se había ocupado de no mencionarlos a ella ni a Álvaro, otorgaba los méritos de la confesión de Severino a las autoridades, lo que para Ana supuso un alivio. La gente hablaría, pero el foco de la atención no estaría en la familia y ayudaría a que sobrellevasen mejor los días que se avecinaban. Lo dejó sobre la silla donde reposaba el libro y volvió la atención a su cuñada.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Esta se encogió de hombros. La postura rendida de su cuerpo y sus ojos, enrojecidos de tanto llorar, decían mucho más que si hubiera pronunciado un largo discurso. Ana le cogió una mano.

—¿Quieres hablar?

—Estoy muy confusa, Ana —dijo Laura—. Nunca pensé que la muerte de mi hermano pudiera dolerme tanto. Durante mucho tiempo he envidiado las atenciones que le prestaba mi madre y he deseado que desapareciera. Si me hubieras preguntado hace una semana, solo una semana, te hubiera dicho que me alegraría si se moría. Pero no es verdad. —Le brillaron los ojos a causa de las lágrimas que se obligaba a retener—. ¡Qué tonta he sido! Es como… si me estuviera rompiendo por dentro. ¿Cuánto tiempo dura esto? ¿Cuánto tiempo voy a sentirme así? ¿Cuándo podré volver a respirar con normalidad? —susurró.

—No lo sé, lo único que puedo decirte es que nunca terminas de acostumbrarte. Yo sigo extrañándolos a todos. A mi tía, a mi padre… —le dijo Ana, mientras le apretaba más la mano—. No he olvidado a mi madre y a mis hermanos, y eso que ha pasado media vida desde que murieron.

—No puedo con esto —dijo Laura—. Me ha vencido. ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde voy a encontrar la fortaleza para seguir y para sostener a mis padres?

—Para sostener a alguien, primero debes mantenerte tú en pie. No cargues con más peso del que puedes, o te romperás.

—No te vayas —le pidió Laura, mirándola a los ojos. Y un pestañeo inoportuno provocó que dos regueros acuosos recorrieran sus

mejillas—. Sé que ya nada te retiene en esta casa y lo entiendo, pero, Ana, no te vayas, por favor, quédate conmigo.

Laura le soltó las manos y se abrazó a ella.

Los sollozos casi mudos que sacudieron su cuerpo mermaron la decisión que Ana tenía tomada. Laura parecía tan perdida como lo estuvo ella no hacía tanto tiempo, y sabía que iba a necesitar ayuda para volver a recolocar su mundo. Era cierto que Jimena había regresado a su vida y no la iba a dejar sola, pero el reciente nacimiento de su hijo y la panadería no le iban a permitir ocuparse de ella tanto como necesitaba. Ana se separó de Laura para mirarla a los ojos. No quería

mentirle.

—No me iré de inmediato, pero lo haré. Me quedaré un tiempo, hasta que me digas que te sientes mejor, te lo prometo. Toma, quiero que tengas esto. —Se volvió hacia la silla y recogió el libro de Candelaria—. A mí me ayudó. Puede que no encuentres las palabras ahora mismo para explicar lo que sientes, pero te prometo que están aquí. Lo que estás sintiendo se parece a lo que sintió Bécquer en algún momento y te vas a encontrar entre sus rimas. No va a ser complicado entender cada palabra ni verte en cada emoción. Los libros nos salvan, Laura. A mí este me acompañó, me salvó de volverme loca, me ayudó a no hundirme del todo. Quizá no sea el más adecuado para ti, es posible, pero te marcará el camino para encontrar otro que sí lo sea.

—¿Y tú? ¿Cómo seguirás adelante si me lo das a mí?

—Yo tengo otro igual, este era el de mi tía. De todos modos, conozco de memoria cada palabra que contiene, las he leído mil veces.

Laura se volvió a abrazarla y después, al soltarla, se abrazó al libro, como un náufrago que se agarra a un tablón para no hundirse en medio de un mar embravecido. Ana no le prometía que la tormenta cesaría en breve, pero sí le daba algo con lo que no ahogarse.

Unos pasos se oyeron a su espalda, y las dos se volvieron para encontrarse a Ramona.

—Así que te vas —le dijo a Ana.

Las palabras no llegaron con su dureza habitual, sino carentes de energía. Ella se enderezó para contestar, enfrentándola sin bajar la cabeza.

—Todavía tardaré un tiempo, pero sí, me iré.

El silencio de Ramona hizo que se le acelerase el corazón, pero se preparó para su ataque. Esperaba cualquier argumentación por su parte. Que le recriminara la premura de su decisión, sin respetar ni un mínimo luto por su amado hijo. Que arguyera que no podía hacerlo porque formaba parte de la familia. Que reflexionara sobre lo que diría la gente.

Pero no lo hizo. Ninguna de las defensas que había levantado Ana fueron necesarias. En esta nueva partida de ajedrez, la reina que había caído era Ramona.

—Siento mucho haberos hecho infelices a los dos.

Tras pronunciar esas palabras, la mujer de Álvaro Martínez abandonó el patio.

Capítulo 79

Eran las cinco de la tarde. Una brisa cálida recorría las vacías calles intramuros y no se oía más que el rumor suave de los cascos de los caballos de un carruaje que partía de la plaza Mayor. La vida en Segovia, a mediados de aquel mes de julio, empezaba a recuperar su acostumbrada tranquilidad; el crimen que la había quebrado encontraba cada vez menos eco entre las paredes de los edificios o en las bocas de sus habitantes. Se empezaba a desdibujar de lo inmediato, a diluir en esa calma suave de las tardes de bochorno, las noches frescas y las mañanas segovianas que invitaban a un paseo.

Mateo se dirigía a una cita. Su amigo Germán le había pedido que lo visitara esa tarde para ultimar los detalles del bautizo del pequeño Miguel, que se celebraría al día siguiente por la mañana. Habían decidido que ese sería su nombre, el mismo del santo a quien estaba dedicado el templo donde la panadería apoyaba sus muros. Mateo había pasado la última semana en Madrid y ese mismo día había regresado a Segovia.

—Necesito un vaso de agua —le dijo a Germán, nada más poner un pie en la casa de la tahona.

—¿Ni un «buenas tardes», primero? —le preguntó, jocoso su amigo.

—El calor de ahí afuera achicharra hasta los buenos modales —le contestó Mateo, a la vez que le daba el sombrero junto con su bastón para que los colgara en el perchero de la entrada.

—Tonterías, hace mucho menos calor que en Madrid. Si no fuera así, no tendríamos la ciudad llena de gente que viene a pasar el verano.

—Gente ociosa que se queda tranquila en casa hasta que el sol deja de derretir hasta a los gurriatos. ¡No hay ni un alma en la calle a estas horas! Creo que me voy a quitar también la chaqueta.

—Espera un poco —le dijo Germán, y con un gesto le indicó que entrase primero a la salita.

Allí, rodeando a Jimena, que, sentada en el sillón, sostenía en sus brazos al pequeño Miguel, estaban Laura y Ana.

Mateo y ella apenas se habían visto en las dos últimas semanas. Su regreso a Segovia antes de San Juan se justificó porque debía solucionar la cuestión de la herencia de Jimena y, finalizadas las fiestas, con la vida burocrática de nuevo en marcha, concluyó su tarea. Las mañanas tras San Pedro le tuvieron ocupado reuniendo la documentación para conseguir que la familia Márquez se pusiera de acuerdo y no acabasen a tiros.

Suficiente tragedia había vivido la ciudad como para sumarle otra.

Terminado esto, supo que tenía que volver a Madrid; la enfermedad de Hilario era una carga demasiado pesada para una persona sola y Benito debía estar sobrepasado. Antes de marcharse, había concertado una cita con Ana en la que le había comunicado su regreso a la capital. No quería que ella interpretara que se volvía a ir sin despedirse y decidió contárselo en persona.

—Quiero que sepas que me vuelvo a Madrid de nuevo —le dijo en esa ocasión.

—Espero que no tardes seis años en regresar —le contestó ella, y por sus ojos, por un instante, cruzó un atisbo de tristeza. Había deseado que Mateo se quedase para siempre en su ciudad y su partida a Madrid la afligía.

—Nunca más pasará eso —le dijo él, para tranquilizarla—. Serán solo seis días, no te preocupes, estaré de vuelta para el bautizo de Miguel. Me temo que van a ser los seis días más largos de mi vida sin verte. Ahora que todo está bien entre los dos, no quiero que volvamos a separarnos tanto tiempo.

—¿Prometido? —le preguntó ella, recuperando el ánimo, mientras se enroscaba en un dedo un mechón de cabello y le miraba con una sonrisa de alivio dibujada en su rostro.

—Sí. Además, si no regreso, Germán es capaz de ir a buscarme, y recuerda que tiene un arma.

Ana se echó a reír tras el comentario y le dijo:

—Necesito que hablemos sobre lo que te comenté el otro día en tu casa. Quiero quedarme aquí hasta que termine el verano. Laura

precisa compañía, y yo también necesito un tiempo para poner algunos asuntos en orden. Después, está decidido: me iré de su casa.

—¿No te arrepentirás en estos meses de la decisión que has tomado?

Ella le agarró las manos. Miró la izquierda y sonrió.

—¿Sabes? —le dijo entonces—. Es muy curioso. La ausencia de tus tres dedos siempre adquiere mucho más protagonismo que los siete que conservas, exactamente igual que me sucedió cuando te marchaste. El resto de mi mundo permaneció igual, mi casa, mi tía Candelaria, la ciudad entera no se movió, pero yo me llené de tu ausencia. Nos duele lo que perdemos, mientras perdemos de vista lo que se queda. Nunca he estado más segura de algo, Mateo. Quiero empezar una nueva vida y, si tú lo sigues deseando, querría que fuera contigo. No quiero sentir ese vacío otra vez.

—Nunca volveré a dejarte atrás.

Al ver a Ana ahí, seis días después de aquella conversación, sentada junto a sus amigas, Mateo sintió que el corazón le bailaba igual que en aquellos momentos. Todos los días que había pasado en Madrid los había presidido la impaciencia por volver a verla.

—No esperaba tan grata concurrencia —dijo, y se acercó a saludarlas una a una.

Primero, a Jimena y al pequeño, que estaba despierto y que se agarró a uno de sus dedos cuando lo extendió para rozarle con él la mejilla. Aunque habían pasado solo unos días desde que lo viera por última vez, le pareció que había crecido mucho.

—Creo que le gusta su padrino —comentó Jimena, observando la fuerza con la que el pequeño se agarraba de su mano.

—Es un chico listo, hay que amarrarse a las buenas personas —dijo Germán.

—Este bebé es el más precioso del mundo —añadió Laura, que no podía dejar de mirarlo.

En todo aquel caos que habían sido los últimos días, la joven encontró consuelo en el niño, en las atenciones que le prodigaba, no solo porque se fuera a convertir en su madrina, sino por la felicidad que le proporcionaba su sola presencia. Tenerlo en brazos le había

servido de alivio más que cualquier cosa.

—¿Cómo estás, Laura? —le preguntó Mateo.

Ella se encogió de hombros y sonrió. Había perdido peso en aquellas semanas, se hacía evidente en su rostro y en su cuerpo. La pena, el tener que ocuparse de su madre, que no levantaba cabeza, de la casa y de su padre, que también se movía taciturno, habían hecho mella en ella, pero, por contradictorio que pareciera, parecía tener mejor aspecto que en los últimos años.

Ana se levantó de la silla para saludar a Mateo, y este le tomó la mano para besársela. Se entretuvo un poco, entrelazando su mirada con la de la mujer que amaba, y solo un carraspeo de Germán interrumpió el momento.

—Jimena se ha empeñado en dar una comida tras el bautizo, pero no sé cómo lo vamos a hacer; yo estoy sobrepasado.

—¿Tú? —preguntó Jimena, perpleja.

—Tengo más sueño que en toda mi vida.

—¡Serás…! Si duermes como un lirón cuando Miguel se despierta por las noches. ¡Soy yo quien se levanta!

Todos se echaron a reír.

Jimena les explicó que había quedado con sus amigas para que fueran ellas las que preparasen el ágape, que pensaba celebrar en la misma casa.

—No seremos muchos, apenas la familia y algunos amigos —dijo.

—¿Tu familia? —preguntó Mateo.

—Sí, parece que, solucionado el problema de la herencia, se han venido a buenas, y el niño ha terminado de limar asperezas, aunque uno de mis tíos aún se puso un poco bruto, porque quería ser el padrino.

—Podría cederle mi puesto… —empezó Mateo, a quien no le apetecía ser fuente de nuevos conflictos.

—Nada de eso, que se aguante —comentó la panadera—. Es nuestra decisión y la tendrán que respetar.

Empezaron a hablar de los preparativos, del traje de cristianar, que se había empeñado en comprar Laura, y de los detalles de la ceremonia. Después, salvados esos puntos, Germán sacó una botella de vino dulce y extendió unas copas para que todos brindasen.

Poco después, Laura les dijo que se tenía que marchar. Le había prometido a Ramona que no se demoraría demasiado. Ana decidió quedarse algo más, pues quería preguntarle algo a Mateo. Con la muerte de Alvarito, la hipervigilancia a la que la sometía su suegra se había desvanecido, y ya ni acudía puntual a las misas de la mañana en la catedral. Y había vuelto a recuperar el placer de pasear por Segovia.

Cuando Jimena fue a cambiar al bebé y Germán la acompañó, Mateo y Ana se quedaron a solas en la salita.

—¿Sabes algo de Severino? —le preguntó ella.

—Nada nuevo. Sigue en prisión esperando el juicio, aunque creo que todos sabemos cuál será su sentencia.

—No entiendo el sentido que puede causar añadir una muerte más a todo esto, la verdad.

—Yo tampoco —dijo Mateo—, pero supongo que la gente se siente más tranquila.

—Nada de eso va a devolverle la vida a dos personas.

—Llegará un día en el que la sociedad entienda que ese no es el camino. Mientras tanto, Ana, creo que las ejecuciones aplacan conciencias y tranquilizan a la gente, que por alguna razón se siente más segura.

—Pues yo no estoy tan «segura» de que en mi caso sea así —dijo Ana.

—¿Sientes lástima por Severino? —preguntó Mateo.

—No, no es eso. Creo que se merece un castigo, pero…

—No pienses más en ello. Mañana celebraremos el bautizo de Miguel; concéntrate en eso, en la nueva vida que se abre paso. Piensa en el futuro y deja que lo pasado se vaya, Ana.

Ella bajó la mirada. Mateo, con cuidado, levantó su barbilla con la punta de los dedos y se quedó mirándola a los ojos. No quería

hablar del boticario ni del bautizo de Miguel, había algo que quería tratar con Ana y no estaba dispuesto a posponerlo más.

—Ana, quiero pedirte una cosa, pero no sé cómo hacerlo.

Los ojos de él ardían entre sus pestañas, mostrando un brillo que quizá era la promesa de un beso. Ana posó su mano en el pecho de Mateo, intentando leer sus latidos, como leía cada poema de su libro. Sintiéndolos. No dudó de que, en su interior, algo burbujeaba, pugnando por mutar de promesa a realidad, y no pensaba negárselo. Se alzó sobre las puntas de sus pies para recibirlo, anhelante, y él se entregó. El aire pareció inflamarse y palpitar a su alrededor; sin haber mar, sintieron el roce de las olas chocando con sus cuerpos, los ojos cerrados, el alma abierta. Duró un instante, porque Mateo separó sus labios y posó su frente sobre la de Ana. La miró como solo se mira lo que se desea, antes de hablar.

—No tengo ni idea de a quién le tengo que pedir tu mano.

Ana sonrió.

No había nadie a quien pedírsela, ni hacía falta. Era ella quien tomaba esa decisión. Y se la concedía. Esperarían un tiempo para comunicárselo a los demás, pero de ningún modo iban a ser los dos años que exigía el luto.

Capítulo 80

El sábado por la mañana, una pequeña comitiva esperaba en la puerta de San Miguel para celebrar un bautizo. Bajo la mirada de piedra de los tres santos que custodiaban la puerta lobulada del templo, Germán se deshacía en nervios, mientras Laura sujetaba en sus brazos al bebé, que en esos momentos estaba dormido.

—Jimena está enfadadísima —dijo el padre del niño.

—Ya la he escuchado renegar por todo antes de salir de vuestra casa —contestó Mateo, que, como padrino, se situaba a su lado y portaba en la mano un enorme cirio.

—Dice que, si ya nos hemos saltado la costumbre de cristianarlo a los ocho días, qué más dará que ella se salte también la cuarentena y salga de casa para asistir al bautizo de su hijo.

—Pobre, yo también me sentiría mal si me tuviera que quedar en casa un día así. No me extraña que haya liberado todo su carácter cuando nos veníamos —dijo Mateo, con una sonrisa.

—Le he prometido que le contaré cada detalle para convencerla de que se quedase tranquila —aseguró Laura—, así que será mejor que no digáis nada inconveniente, porque llegará a sus oídos.

Antes de que a ninguno le diera tiempo a replicar, el párroco salió a recibirlos a la puerta del templo. Sin mucho preámbulo, salpicó a la concurrencia esparciendo gotas de agua bendita con el hisopo. Alguna cayó en la cara del niño, y este amagó con despertarse, pero debía de estar tan a gusto en los brazos de su madrina que solo se arrebujó un poco más contra su pecho. El sacerdote, a continuación, se acercó para poner unos granitos de sal en los labios del pequeño, que este recibió rebulléndose de nuevo. Tras unas palabras murmuradas en latín, el cura los invitó a entrar en la iglesia.

Durante la ceremonia, Mateo miró varias veces a Ana y al pequeño. Nunca se había planteado ser padre, pero en ese momento supo que no le importaría. Se imaginó un futuro en el que ellos dos pudieran sentir la dicha que veía en los ojos de su amigo y no le

pareció mala idea. Tan absorto estaba en sus pensamientos que el sacerdote le regañó por perder de vista su papel de padrino.

Cuando salieron del templo, después de hacer un donativo a la iglesia, como le correspondía, Mateo lanzó al aire unos caramelos con algunas monedas, que recogieron los niños congregados allí. Los bautizos eran celebraciones que los pilluelos esperaban con ansia, pues en pocas ocasiones más podían probar los dulces y conseguir unas monedas sin más esfuerzo que pelearse por ellas a la puerta del templo. La familia estaba preparándose para regresar a la panadería, donde Jimena los esperaba con una enorme mesa dispuesta con dulces y licores, cuando una pareja de mediana edad se les acercó.

—Buenos días.

La voz de Ramona provocó que Laura se volviera. La sonrisa que había presidido el rostro de la joven hasta ese momento se le borró. Su madre le había asegurado que no intervendría en su amistad recuperada con Jimena, y Laura, al verla allí, se alertó.

—Felicidades, señor Rubio —le dijo Ramona a Germán, muy seria.

—Gracias.

—Mi marido y yo nos hemos acercado para trasladarle nuestros mejores deseos para su hijo.

Sonó fría, aunque sus palabras estuvieran cargadas de buenas intenciones, y esa frialdad hizo que Germán las recibiera sin saber qué contestar. Álvaro no dijo nada, pero su asentimiento puso calidez al discurso de su esposa. En su expresión, además, había algo de triunfo, pues había sido él quien había logrado convencer a Ramona para que saliera de casa y se acercase a la salida de la ceremonia. Le había parecido un buen momento para firmar una tregua en esa guerra estúpida en la que se había embarcado contra Jimena.

—También hemos traído esto. —Ramona tendió un paquete envuelto en una suave tela a Germán—. Solo es un arrullo para el bebé, era de Laura y creo que a ella le gustará que lo use su hijo.

En el gesto de Ramona se apreciaba que aún no se sentía cómoda, aunque, al entregar ese paquete, mostraba su conformidad con que su hija se hubiera convertido en la madrina de aquel bebé. Y había salido de casa, lo que suponía un pequeño paso en su recuperación. Hasta ese día no había encontrado el ánimo o la razón para hacerlo.

Ramona nunca volvería a ser la misma mujer, algo en ella se había roto para siempre, pero aún quedaban rasgos de su tozudez. Después de una larga conversación con Álvaro, había logrado entender que la vida tenía que seguir y que su prioridad no debería ser nunca más buscar la aceptación de los demás, debía ser Laura, su hija. A Álvaro le había costado, pero le había hecho ver a Ramona que ese, y no otro, debía ser su objetivo en adelante. ¿De qué servía ser alguien notable en una comunidad si, cuando cerrase la puerta de su casa, no encontraba el calor de la familia? Con paciencia, Álvaro le haría entender que era suficiente con haber perdido a un hijo; que debía empeñarse en conservar a la que le quedaba y permitir que fuera feliz.

Y a Laura lo que más feliz le hacía en esos días era ese niño.

La muchacha se acercó a su madre con el bebé en los brazos para darle un beso. Ramona lo aceptó, había anhelado ese contacto cálido y la sensación de bienestar que le proporcionaba. Después, quizá, superando otro de sus recelos, se volvió al pequeño y acarició su rostro. Este, que se había despertado, la miró con sus grandes ojos negros y Ramona sintió que el piso bajo sus pies se deshacía. Recordó otro día, otro niño vestido para un bautizo, y fue más de lo que podía soportar por el momento. Respiro hondo y la mujer que siempre había sido afloró y la ayudó a no venirse abajo. Casi sin palabras, alzando de nuevo orgullosa el rostro, se despidió y se alejó del brazo de su marido, cruzando la plaza Mayor de Segovia.

Nadie dijo nada durante unos momentos.

—Ha tenido que costarle mucho venir. —Ana rompió el silencio cuando el matrimonio casi había cruzado la plaza.

—Pero lo ha hecho, y eso, espero, es una excelente noticia —le contestó Laura, aferrada al pequeño Miguel. Todavía trataba de recuperarse de la emoción que la había embargado al ver llegar a su madre.

—Me parece que este niño, aunque sea muy pequeño, tiene ya trabajo —añadió Germán, tan perplejo como los demás—. Creo que deberías llevarlo a tu casa alguna vez, Laura. Los niños son un bálsamo para todo, y tu madre necesita con urgencia algo así. Le va a venir muy bien la alegría que transmite un niño pequeño.

Ella asintió, pues había pensado lo mismo, y le agradeció a Germán su permiso. Ramona no solo necesitaba sanar una herida; necesitaba aprender a cambiar sus prioridades. Veía algo más que un

atisbo en lo que había hecho esa mañana, pero también le provocaba una profunda tristeza que por la lección hubiera pagado tan alto precio.

—¡Bueno, señores! ¡Vamos a celebrarlo!

Los invitados siguieron a Germán hasta la panadería. Mateo se retrasó a propósito. Ofreció su brazo a Ana, y esta lo aceptó.

—Estás muy guapa —le susurró.

Ana vestía de negro, como correspondía al luto, y no se sentía especialmente favorecida por ese color, pero al observar a Mateo supo que no estaba mintiendo con sus palabras. En sus ojos había un brillo inequívoco de sinceridad. Las palabras pueden engañar, pero son los gestos los que lo dicen todo. Ella se limitó a devolverle solo uno, la sonrisa que se dibujó en su semblante.

—Debo hacerte una confesión —le dijo él.

—¿A mí? ¿No hubiera sido más oportuno que te confesaras con el párroco? —bromeó Ana.

—Creo que tener miedo no es un pecado de los que se deshace uno en el confesionario.

—¿Tienes miedo, Mateo? ¿De qué?

Él se detuvo. Estaban ya en la puerta de la panadería y temía que, en cuanto la atravesaran, fuera difícil que se quedaran a solas y pudiera decirle lo que estaba pensando.

—Ana —dijo, soltándose de su brazo y enfrentando su cuerpo—, aunque quiera quedarme para siempre contigo en Segovia, mi trabajo me lo impide. Tengo que volver a Madrid en unos días, hay dos casos que me están esperando.

—Y ¿por qué eso te da miedo?

Ana recordó el valor de Mateo al salvar a los hijos de Lucía, lo poco que pensó en subirse al acueducto para rescatar a Pinar y al mismo Alvarito. En la escasa prudencia de la que hizo gala, cuando la agarró, impidiendo que se precipitase desde lo alto del monumento. No era el miedo lo que presidía sus actos. Como su mirada, hablaban, pero en ese momento sus palabras los contradecían.

—Me da miedo que cambies de idea cuando acabe el verano. Que, cuando dejemos de vernos, te olvides de lo que hablamos ayer. Yo entendería que tú…

Ana posó un dedo en su boca para que las dudas de Mateo, esas que habían alentado una sensación que ni siquiera lo acompañó de niño, se quedaran dentro de él.

—Mateo, he llegado al fin a casa. Volver a casa no es regresar a la calle Real, como he pensado mucho tiempo. Un hogar no es un edificio, nuestra casa está al lado de las personas que queremos y la mía eres tú. Hasta que volviste, me limité a sobrevivir, perdí hasta la esperanza de sentir alguna vez que el mundo, mi mundo, tenía sentido. No voy a cambiar de idea ahora que al fin nos hemos reencontrado.

Mateo la miró sin moverse; a los ojos de los demás se mantenía a la distancia que las rígidas formalidades les obligaban.

—No sabía que era tan cierto —dijo Ana.

—¿El qué?

—Que todo lo que he leído añorando que fuera verdad, lo es; se puede besar con los ojos, una mirada puede hacer que brille un tiempo gris; que a veces una mirada llega cargada de promesas que no necesitan palabras. Puede encenderte y despertarte sin necesidad de que unas manos te rocen.

—¿Estás notando ahora mi beso? —preguntó Mateo.

—Como si me ardiera en los labios —susurró Ana.

Dos horas después, los invitados de Germán y Jimena empezaron a abandonar la casa. Laura fue una de las primeras que se disculpó, quería ver a su madre, asegurarse de que lo que había pasado en la puerta de la iglesia no había sido un espejismo.

—Me marcho ya, Ana, pero, si quieres quedarte, les diré a mis padres que estás ayudando a Jimena a recoger todo esto.

Ana agradeció la complicidad de su cuñada. Sabía que en el fondo le estaba ofreciendo la posibilidad de pasar unos minutos más con Mateo. Se despidieron con un suave beso en las mejillas.

—¡Dios santo! —se oyó de pronto decir a Germán.

Tenía a Miguel en los brazos y, al notar un calor sospechoso, lo separó bruscamente de su cuerpo. Se acababa de hacer pis encima de su uniforme de gala.

—Anda, trae. —Se rio Jimena—. Vamos a cambiarlo.

—Dirás que tú vas a cambiarlo, yo tengo que quitarme esta ropa —protestó Germán.

—¡Hombres! —renegó Jimena.

Ambos se encaminaron a su cuarto, dejando solos a Ana y Mateo en el obrador, que recogieron la vajilla usada para el convite y desvistieron la mesa. Casi habían terminado, cuando Ana empezó a sonreír.

—Deja eso un momento —le dijo a Mateo, echando un vistazo hacia la cortina que separaba la estancia del despacho de pan, y otro hacia las escaleras.

Arriba se escuchaba al matrimonio hablar, amortiguadas sus palabras por la distancia. Ana le cogió de la mano y le aprisionó contra la pared. Se quedó mirándole con deseo.

—Cuidado, podría entrar alguien y vernos —le dijo él, aunque le encantaba que ella hubiera tomado la iniciativa.

—No me importa —susurró Ana.

—A mí sí, piensa en tu reputación. Piensa en lo poco que tardarías en estar en boca de todo el mundo.

Ana emitió un gruñido de insatisfacción.

—Creo que ya estamos en boca de todo el mundo, aunque no nos hayan visto nunca hacer nada.

—Pero no están seguros, solo lo suponen, que es muy distinto.

Ana sintió la sangre cabalgando en su pecho, imprimiendo a su corazón un ritmo que pocas veces se había permitido. La vida discurría por él, poderosa, y no quiso refrenarla, a pesar del riesgo. Posó sus labios en los de Mateo y sintió un estremecimiento. El beso que iba a ser una suave despedida se volvió largo y anhelante. Por Ana, hubiera continuado media vida, pero Mateo todavía conservaba algo de sentido común. Se separó de ella con suavidad y cambió sus

labios por besarle la mano.

—Tenemos toda la vida para repetir esto —le dijo, ante su mirada de disconformidad—. Solo hay que tener un poco más de paciencia.

—Toda la vida —repitió ella.

DIARIO DE AVISOS

1 peseta al mes

Jueves, 20 de abril de 1905

Redacción e imprentas, plaza de Guevara, núm. 2. Segovia. Administración: plaza Mayor, núm. 5

TRIBUNALES

Los segovianos que hayan vuelto la cabeza esta mañana a la fachada de la cárcel de la Dehesa han podido contemplar una bandera negra ondeando en ella, que daba noticia de la ejecución en su interior de Severino Cuesta. Con las primeras luces del día, el reo expió su execrable crimen teniendo como únicos testigos del trabajo del verdugo a una comisión de autoridades de la ciudad, conforme a lo dispuesto por la ley Pulido, aprobada hace cinco años.

De los últimos momentos del boticario, responsable del abominable crimen de Santa Eulalia, en la aciaga Noche de San Juan de 1902, no vamos a hacernos eco en este diario. Esas escenas macabras, que tanto alboroto festivo ofrecían al pueblo, ya han dejado de ser motivo lúdico para una sociedad que quiere conducirse de manera más civilizada en este nuevo siglo recién comenzado. Comprendemos que hay hechos tan detestables que deben ser castigados con rotundidad para que sirvan de ejemplo, y que abolir la pena de muerte podría conducir a que estos delitos, a falta de castigos severos, se extendieran sin control, pero también deberíamos reflexionar sobre si esta sociedad moderna, hacia la que nos queremos encaminar, puede asegurar que esta pena es verdaderamente útil. Nos tememos que aún siga siendo un mal necesario, aunque desde este humilde diario de provincias deseamos que, más pronto que tarde, llegue un día en el que la instrucción saque a la gente de este pozo de ignorancia que conduce al crimen y sea del todo innecesaria la



aplicación de semejante castigo.

Epílogo

Madrid, 3 de mayo de 1905

Queridísima Laura:

Espero que, cuando esta misiva llegue a tus manos, te encuentres bien y extiendo mi deseo a tus padres, a quienes guardo afecto.

Me alegró mucho recibir tus noticias, creo que mientras leía tu última carta, Mateo no dejaba de preguntarse por qué sonreía tanto. No te imaginas lo que me anima saber que te vas a casar, y más cuando recuerdo lo que me cuentas de Antonio en tus cartas; siento que lo que estáis viviendo es maravilloso, casi se puede tocar en tus palabras esa complicidad entre los dos, ese cariño sincero de quien ha sido tu apoyo y tu sostén en este tiempo. Me alegro mucho, amiga mía, de que tu madre no se haya opuesto a que te visitara. Vas a ser muy dichosa.

Le voy a dar esta carta a Lucía en lugar de ponerla en el correo por varias razones. Mañana mismo regresa a Segovia, después de haber pasado unos días con nosotros. Mateo le prometió que le enseñaría la ciudad y por fin ha podido venir. Lucía es una mujer excepcional, capaz de hacerte mirar con otros ojos, lugares que has visto mil veces. Hemos paseado por Madrid y casi ha sido ella, con esa habilidad que tiene para, como dice, «leer en las piedras», la que nos ha servido de guía. Fue especialmente emotivo el paseo que dimos una tarde por el Jardín Botánico. La primavera se puso a nuestros pies y nos lo mostró en todo su esplendor, hermoso y fascinante, con todas esas especies que yo no he visto en otra parte. Pero ella, tan segoviana como siempre, nos dijo que este puede ser más grande y más distinguido, pero, como el de Santo Tomás, ninguno. Su hija, que vino con ella y con Lucas, negó con un gesto tan elocuente que no pudimos evitar todos soltar una carcajada. Pinar estaba pletórica ese día, porque para ella también fue un sueño cumplido. Hace unos años, Mateo le prometió que le regalaría un sombrero para que se pudiera

vestir como las señoritas finas, como dice ella, y paseara por la ciudad. Estaba guapísima ataviada con él, y con una sombrilla y unos guantes, que también le regaló, a los que Benito, el tío de Mateo, añadió unos zapatos preciosos.

Y, hablando de Benito, esa es la segunda razón por la que la carta te la llevará Lucía en mano. Ahora mismo te imagino mirando el paquete que te ha dado. Ábrelo antes de seguir leyendo, por favor.

¿Lo tienes ya?

Es mi regalo para tu boda, aunque sospecho que, siendo yo empleada de una zapatería, no te habrá sorprendido demasiado. No tengo ni idea de cómo será tu vestido, pero creo que estos zapatos le pueden ir bien a cualquiera que elijas. Tenemos la misma medida de pie, así que espero que eso no sea un problema. Sobre tu petición de que Mateo y yo asistamos a la boda, la respuesta es sí. Me alegra saber que Ramona está conforme, sé que no le resultó fácil aceptar mi marcha tras ese triste verano, y después enterarse de que me casé con Mateo, pero el tiempo es sabio, la vida sigue y este momento tenía que llegar.

Mateo me contó que hace unos días ejecutaron a Severino en el patio de la cárcel. Sin público, ya era hora de que algo así dejara de ser un espectáculo. No sé si eso, para las familias de las víctimas, supone un consuelo, pero al menos sabemos que se ha hecho justicia y que Enrique y tu hermano podrán descansar en paz.

Pero no hablemos de cosas tristes, pensaba decirte algo más cuando nos veamos, aunque va a ser un día repleto de emociones y prefiero que nada distraiga lo importante: tiene que ser tu día.

Como sabes, tu padre vendió la casa de la calle Real a un conocido suyo de Bernardos. Estuve de acuerdo; en esos momentos pensé que mi marcha de Segovia iba a ser definitiva, pero Mateo y yo echamos de menos mucho vivir allí. Madrid puede ser hermosa, pero no tiene nada que hacer al lado de lo que sentimos los dos al recorrer nuestras calles. Nos llevan a la infancia, a esa parte de la vida en la que fuimos tan felices, es la ciudad que nos vio crecer y donde queremos que crezcan nuestros hijos, cuando los haya.

No te emociones, aún no hay ninguno en camino, pero los habrá.

Laura, vamos a volver, Mateo, Hilario, Benito y yo, y espero que esta vez sea para quedarnos para siempre. Ya está todo casi listo para que el hermano de mi suegro abra una zapatería muy cerca del

Azoguejo. Para mí, pensar en esto es como si volviera la primavera. Añoro los paseos por la Plaza Mayor, las reuniones en el paseo del Salón, la planta regia de la catedral presidiéndolo todo y el enorme acueducto, que es la envidia del mundo, pero, más que eso, te añoro a ti. Ese verano triste que nos tocó vivir, descubrí a una hermana. Nuestras confidencias, las lágrimas compartidas, las lecturas en el patio. Todo eso necesito recuperarlo.

Nos veremos, entonces, en poco más de un mes. Ya estoy deseando que llegue ese día, el abrazo aplazado que nos prometimos.

Recibe mis más cordiales saludos, Ana Crespo

Nota histórica

Hay ciudades que te hablan, y Segovia es una de ellas. A mí, cada vez que posaba un pie en sus calles, me susurraba al oído que quería que contase alguna parte de su historia, pero no con el rigor científico de mi formación de historiadora, sino a través del tamiz de mis emociones de escritora.

Caprichos de ciudades milenarias que no hay que tomarse a broma.

Cuando llegué a ella, a finales del siglo XX, me sentí fascinada por cada edificio, cada iglesia, cada rincón, por las huellas del tiempo que, a lo largo de los siglos, como estratos que dejan memoria en sus calles, la han ido convirtiendo en la extraordinaria ciudad que es. Pequeña y milenaria, grande y acogedora. Indolente cuando se descuida, fría y cálida, dependiendo de ti.

Por aquel tiempo de finales de otro siglo, escribir ya era mi pasión, pero sabía que no contaba con las herramientas necesarias para defenderme en una empresa tan ambiciosa como escribirle una novela a Segovia, por mucho que yo sintiera que me lo pedía a gritos, y lo fui postergando.

Un año.

Otro.

Otro.

Un día, a base de leer y leer, de escribir y equivocarme, de borrar y volver a empezar, empecé a sentir que la pluma en mis manos se volvía cada vez más firme. Fui capaz de escribir algunas novelas sencillas que me proporcionaron un suelo estable para aventurarme en otras empresas más grandes. Siempre he sido osada, así que, otro día cualquiera, se me ocurrió que podría escribir una novela ambientada en el

Siglo de Oro, y otra más en la Primera Guerra Mundial. Nacieron así *Brianda* y *La colina del almendro*, y, con ellas, con sus tramas algo

más complejas, empecé a entender cómo se manejaban de verdad los mecanismos de la ficción. Durante la redacción de estas dos novelas tropecé, me caí, me volví a levantar y, después de enfrentarlas al juez más implacable, el lector, pensé que quizá podría estar preparada para llegar a la novela que hoy tienes entre tus manos: *La lectora de Bécquer*.

No quería para ella una trama complicada. Me interesaba captar la esencia de esta ciudad castellana; su carácter y su personalidad envueltos en ficción, por supuesto, pero que, a pesar de eso, cualquier segoviano pudiera reconocerla.

El problema era por dónde empezar.

Hay ciudades que tienen una historia tan breve que es muy fácil no perder el foco del único acontecimiento importante. Pero hay otras, como Segovia, cuya historia es tan poderosa que casi todo está escrito ya. Así, iban pasando los años, y mi proyecto se iba pareciendo cada vez más a un deseo insatisfecho, a un sueño de los que jamás se cumplen.

Hasta un día de la primavera de 2022.

Navegando por la red, cayó en mis manos un artículo que repasaba un crimen que había sucedido en el invierno de 1894. Había leído sobre él en la novela más bonita que se le ha escrito nunca a Segovia, el *Itinerario sentimental* de Julián María Otero (1915). En ese insuperable texto, el autor segoviano reseñaba una ciudad que me hubiera gustado conocer. Al recordarlo, supe que mi novela se sumergiría en aquellos años de finales del XIX y principios del XX, que me habían resultado tan fascinantes al leer a Otero.

El asesinato, por otro lado, me pareció una paradoja curiosa con respecto a la tranquila ciudad que conozco, así que se me ocurrió que quizá podría investigar si había otros crímenes. Encontré dos más, pero ninguno de ellos despertó mi imaginación. Yo sabía que no quería hacer un retrato que pareciera una crónica, una versión realista que pudiera asimilarse a una fotografía. Entre pintar como Goya o como Antonio López, prefiero a Goya. Puede que no tenga trazos tan precisos, que el resultado difiera un poco de la verdad que refleja la luz para cualquier pupila, pero el alma está ahí.

Un poco como cuando miras *El grito* de Munch.

En ese cuadro notas el miedo, la angustia; una sensación te inquieta y te recorre el interior y, si alguien te pregunta qué has visto,

contestas de inmediato que a un hombre lleno de ansiedad. Pero no es un hombre; es un monigote inclasificable que es capaz de volcar mil sensaciones en ti que aterrorizan.

Así fue como descubrí que debía ser la ficción quien recorriera las calles de otro tiempo de una ciudad a la que, aunque no pertenezco por nacimiento, pertenece mi corazón. En ella han nacido mis hijos, ese vínculo es fuego en el alma de una madre.

En esta novela, Segovia es Segovia. La trama es una ficción que conserva la mínima verdad necesaria para que el marco la arrope. Es un grito que te hace sentir allí, aunque no sea un espejo de la realidad.

En su redacción, me ha encantado devolver antiguos nombres a las calles, y eso ha sido posible gracias al fantástico libro de Mariano Sáez, *Las calles de Segovia*, impreso en 1918. Hay una en especial, Malcocinado, que ocupaba parte de lo que es ahora la calle Cronista Lecea, que me fascina por su sonoridad y porque, paradojas del tiempo, aludía a lo mal que se comía en Segovia entonces. Justo la calle en la que ahora se sitúa uno de los restaurantes con mejores valoraciones del mundo, el Mesón José María.

Me ha fascinado conocer a Gregorio Bernabé Pedrazuela y su *Diario de Avisos*, el primer periódico de la provincia, que por sí solos se merecen una novela. En este punto, quiero dar las gracias a Álvaro Díaz, bibliotecario de Cantimpalos en aquel momento, a quien pedí ayuda para buscar más datos de este periodista, diputado y abogado, natural de ese pueblo. No encontramos prácticamente nada, así que lo siguiente es pensar que habría que solucionar este hecho. Al fin y al cabo, aunque Pedrazuela sea uno de los personajes de esta novela, del real, poco ha quedado y debería ser de otro modo, pues fundó el primer diario de la ciudad.

Hay tres periódicos, *El Adelantado de Segovia*, *El Norte de Castilla* y el *Diario de Avisos*, cuyas crónicas, noticias y artículos han servido de base para nutrir mi imaginación y, sobre todo, para construir el marco de esta novela. Son incontables, y no me quiero extender, pero sí quiero señalar que los tres, a su manera, han ido dibujando el presente de esta ciudad, un presente que ya es pasado e historia, y en ellos ha quedado como testimonio.

Pero hay dos nombres con letras doradas en esta novela y es justo que los mencione: Rubén de la Fuente Núñez y Alejandro González. Tropezar en la red con el

TFG del primero, «Evolución histórica de Segovia, 1900-1936», supuso el disparador necesario para no tener miedo a abordar la tarea. En este trabajo, la extensa bibliografía fue iluminando mi camino y abrió las ventanas de la mente, dejando que cada uno de los datos se abriera paso en mí y empezase a construirse esta novela.

A Alejandro González Esteban le debo sus charlas sobre la época precedente, relacionadas con su TFG, cuyo tema central fue la pena de muerte a finales del siglo XIX. A través de él supe de la existencia de la ley Pulido, del 9 de abril de 1900, que consiguió que las ejecuciones dejasen de tratarse en este país como un espectáculo público al que se acudía como si se fuera a un concierto o al teatro. A partir de entonces, Ángel Pulido, con su persistencia, logró que solo pudiera aplicarse la pena máxima en los patios de las cárceles, y que las condenas a muerte dejasen de ser un asunto de recreo para el pueblo. Un paso previo necesario para que, mucho tiempo después, la pena de muerte desapareciera de nuestro Código Penal.

La fábrica de luz de Segovia existió, aunque es obvio que sus dueños nunca fueron los Martínez de mi historia. También es cierto que en Bernardos se fabricaron capotes para el Ejército, pero tampoco fueron ellos los dueños de este negocio. Y, si bien es verdad que en la calle Real hay una farmacia, juro solemnemente que ningún boticario de la misma fue Severino Cuesta. Al final de la novela, Álvaro Martínez vende la casa de Ana a un conocido de Bernardos. Un segoviano observador, o un turista curioso, podrá darse cuenta de que la vivienda de los Crespo la sitúo en el Bernardino, un restaurante de la calle Real que también es historia de la ciudad, un guiño de los muchos que tiene la novela.

En un capítulo, uno de los personajes de esta historia, Lucía, habla en gacería. Esta es una jerga exclusiva de Cantalejo, el pueblo (ciudad) donde vivo desde hace más de veinte años, con la que los

trilleros se entendían entre ellos para la venta de trillos, el motor del pueblo durante muchas décadas. También quería que estuviera de algún modo reflejado en la historia. Quiero darle las gracias a Ana Rosa Zamarro, que se prestó a ayudarme con esos diálogos, pues mis conocimientos de gacería son mínimos, y ella es la autora de una traducción a esta jerga de la maravillosa novela de

Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*.

La gestación de esta novela tiene otra protagonista: mi madre. Tras la redacción de cada uno de los capítulos, como ella estaba

pasando por un proceso previo a una operación de cataratas, los grabé con mi voz. Uno a uno, los audios de la historia le iban llegando a su teléfono y ella, en su impaciencia por saber cómo seguía la trama, me los pedía con insistencia. Es por ello que el borrador de la novela lo escribí, a pesar de su extensión, mucho más rápido de lo que es habitual en mí.

Quiero dar las gracias a mis lectores cero habituales: Pilar, María José, Laura y Roberto, pero en esta novela hay más: Mayte, Mónica, Isabel, Enrique y Ricardo. Soy consciente de que, muchas veces, se me cataloga como escritora de literatura para mujeres, pero me rebelo contra eso: soy una mujer que escribe e intento hacerlo para cualquier lector, por eso hay casi un empate entre hombres y mujeres.

Gracias a Elisa Mesa, mi editora, que rema en mi misma dirección, buscando el mejor acomodo para mis palabras. Sé que entre las dos lo vamos a conseguir, porque, cuando pones el alma en lo que haces, al final se nota y lo notan. Y porque no vamos a rendirnos hasta conseguirlo.

La novela está dedicada a una ciudad. Si tú formas parte de ella, también es para ti. Si sientes una emoción inmensa al pisar sus calles, aunque no seas de allí, también es tuya. Si sientes que quieres visitarla, te invito a hacerlo.

Igual también te susurra algo al oído.

Notas

[1]

Una limosna para alimentar a mis hijos.

[2]

Por caridad, señor, deme algo, que mis hijos tienen hambre y no tengo con qué llenarles el estómago.

[3]

Yo puedo ayudarle a llegar donde quiera. Una limosna, por favor.

[4]

Tenemos una hora. Menos mal que no has traído maleta.

[5]

«Tonta» en gacería.